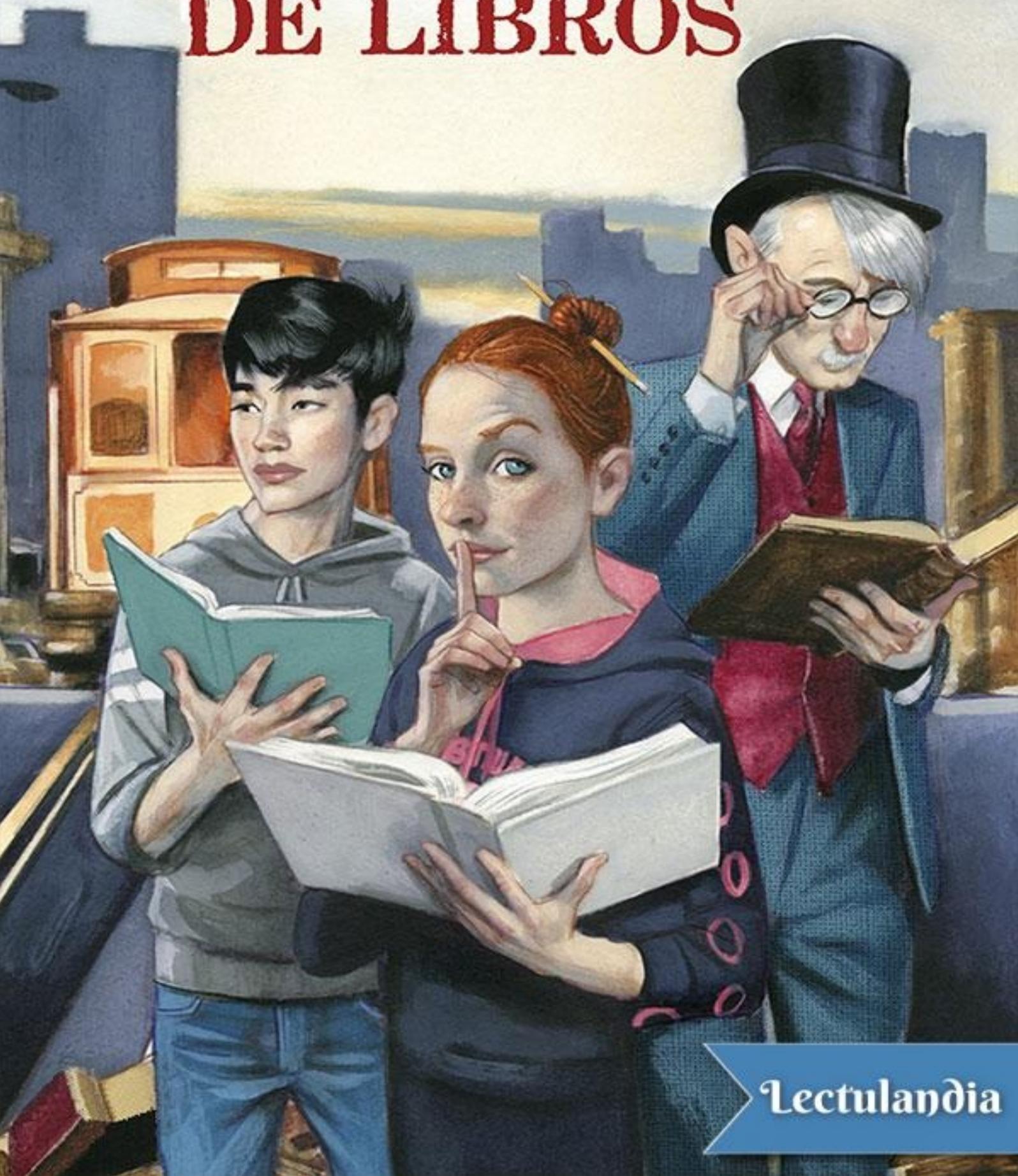


Jennifer Chambliss Bertman



# LOS BUSCADORES DE LIBROS



Lectulandia

Emily es una fan absoluta de Buscadores de Libros, un juego online que consiste en encontrar libros escondidos por todo el país. Pero el creador del juego ha sido atacado y permanece en coma, para desesperación de sus seguidores. De modo que Emily y su nuevo amigo James deciden investigar ese misterioso accidente. Descifrando las pistas de cada enigma que se les presenta, Emily y James desentrañarán un misterio sobre el juego en el que participan, y sobre los libros desaparecidos.

**Lectulandia**

Jennifer Chambliss Bertman

# **Los buscadores de libros**

**Buscadores de Libros - 1**

ePub r1.0

Titivillus 13.08.2018

Título original: *Book Scavengers*  
Jennifer Chambliss Bertman, 2016  
Traducción: Noemí Risco Mateo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mis padres por aportar los cimientos,  
a mi hermano por servirme de inspiración,  
a mi marido por creer siempre en mí,  
a mi pequeño campeón, por todas las razones.*

# ¡SALUDOS, BUSCADORES!

Garrison Griswold os da la bienvenida al maravilloso mundo de los Buscadores de Libros. Somos una comunidad de bibliófilos, amantes de los acertijos y cazadores de tesoros. ¿Tú también? ¡Entonces, ven y únete a nosotros!

Aquí tienes las instrucciones para jugar:

## Esconde un libro

1. Elige el libro que enviarás a una aventura.
2. Escoge un lugar público para esconder tu libro. Por ejemplo: un parque del barrio, una cafetería, la biblioteca o una parada de autobús. (Por favor, respeta el medio ambiente así como las leyes y normas de la zona en la que escondas tu libro). Visita nuestra tienda *online* y compra encubrelibros o librodifrazes para ayudar a ocultar tu libro, o créalos tú mismo. También puedes esconderlo tal cual está; al fin y al cabo, a veces no llevar disfraz es el mejor disfraz de todos.
3. Inventa y sube alguna pista. Da a los otros buscadores alguna indicación de cómo encontrar tu libro. Por ejemplo: «La rama más baja del árbol más alto». Para aumentar la dificultad de nivel (¡y la diversión!), muchos usuarios ocultan su pista con una clave o un código, o hacen que su pista sea la solución de un acertijo. Usa la aplicación «Autogenerar» de nuestra página web para conseguir una encriptación digital o toma ideas de la Acertijopedia y créalo tú mismo.
4. Registra el libro que te gustaría esconder. Todos los libros registrados reciben un código de seguimiento único. Coloca la etiqueta de seguimiento en el interior de la tapa de tu libro, descarga esta etiqueta de tu perfil e imprímela. (Puedes imprimirla sobre papel adhesivo o usar un folio y pegarlo con cinta adhesiva al libro).
5. ¡Esconde el libro! Sigue su viaje a través de la pestaña «Libros escondidos» de tu perfil mientras otros buscadores encuentran, registran y vuelven a esconder tu libro.

## Encuentra un libro

1. Elige un libro. Busca libros escondidos cerca de ti. Selecciona qué libro quieres buscar por título, ubicación o selección al azar. ¡Lo que prefieras! Si no, escribe un título concreto. Si los usuarios han escondido ese libro, verás una lista de las ubicaciones donde está escondido.
2. Descarga la pista del libro. Si marcas el libro antes de haber descargado la pista, ganarás el doble de puntos si encuentras el libro sin utilizar la pista. A esto se le llama declarar un libro. Mira la sección «Puntos» para más información.
3. Resuelve la pista.
4. ¡Ve a buscar el libro!

## Puntos

Ganas un punto por cada libro que escondes, encuentras o si alguien encuentra uno de tus libros escondidos. Mientras acumulas puntos, irás ascendiendo por los niveles del juego. Cuánto más alto sea tu nivel, más privilegios especiales ganas, como por ejemplo descubrir páginas secretas, resolver acertijos y juegos *online*. También puedes canjear puntos en la tienda de los Buscadores de Libros por suministros para cazar libros, ¡o por más libros, claro!

Para ganar más puntos y añadir un elemento de suspense a tu búsqueda, un participante puede declarar un libro. Para hacerlo, debes seleccionar «Declarar un libro» antes de descargar su pista. No puedes declarar un libro que has escondido tú ni tampoco alguno que haya escondido un amigo buscador. Declarar un libro doblará el valor de los puntos. Pero ¡cuidado!, los libros declarados están marcados para que los vean todos los usuarios y alertan a cualquier sabueso de los libros que en ese momento pueden conseguir doble puntuación. ¡Ahí es donde entra el suspense! ¿Serás tú el primero en conseguirlo o lo cogerá un birlador? Los birladores son aquellos buscadores de libros cuyo objetivo es hacerse con libros declarados antes que el buscador original.

## Niveles

**Enciclopedia Brown.** (0-25) Un sabueso joven, inteligente y espabilado. Enciclopedia Brown fue un detective de referencia en su vecindario que ofrecía sus servicios por la tarifa casi regalada de veinticinco centavos al día más gastos. Este es el nivel de entrada para todos los que juegan a los Buscadores de Libros.

**Nancy Drew.** (26-50) ¡Tu curiosidad y buen ojo para las pistas están haciendo que asciendas en el mundo de los Buscadores de Libros! Nancy Drew es una sabuesa adolescente, lista e ingeniosa, que empezó a resolver misterios en los años treinta y continúa resolviéndolos a día de hoy.

**Sam Spade.** (51-100) Ahora eres un buscador de libros intrépido. Este detective privado es la creación del hijo literario predilecto de San Francisco, Dashiell Hammett, y apareció en su novela *El halcón maltés*, así como en tres relatos cortos.

**Miss Marple.** (101-150) La famosa detective de Agatha Christie es más de lo que parece a simple vista, y ahora eres un buscador de libros al que no deberían subestimar.

**Monsieur C. Auguste Dupin.** (151-200) Eres un profesional de este juego. A menudo se considera a Dupin como el detective original. A su creador, Edgar Allan Poe, se le atribuye el inicio de las novelas policiacas en 1841.

**Sherlock Holmes.** (201+) El nivel más alto de un buscador de libros. Eres un maestro de los acertijos, la lógica y la deducción.

El último paso, el más importante y el más divertido de todos: ¡LEER el libro! Además de ofrecer juegos de pistas literarios, los Buscadores de Libros proporcionan una maravillosa comunidad *online* de grandes lectores de todas las edades. Publica reseñas en tu perfil, únete a conversaciones literarias en el foro y disfruta del ambiente bibliófilo.

¡Estas son las reglas, amigos buscadores! Y no olvidéis nuestro lema: «La vida es una partida y los libros son las fichas».

Vuestro en las páginas y el juego,  
**Garrison Griswold**  
*Creador de los Buscadores de Libros y*  
*director ejecutivo de Bayside Press*



## Capítulo 1

Garrison Griswold bajaba por la calle Market silbando mientras el pelo cano se movía sobre su cabeza como el ala de una paloma. Iba dando golpecitos con su característico bastón a rayas, con los colores de Bayside Press, siguiendo el ritmo de su melodía. Un taxista redujo la velocidad, tocó el claxon y se inclinó hacia la ventanilla del pasajero.

—¡Señor Griswold! ¿Quiere que lo lleve? Corre de mi cuenta, amigo.

—Muy amable por su parte, pero estoy bien, gracias —respondió el señor Griswold, y levantó el bastón a modo de saludo.

Prefería viajar en tranvía o en los ferrocarriles del BART, el metro de San Francisco. Al fin y al cabo, eran las venas de la ciudad que amaba.

Una mujer que agarraba firmemente un móvil corrió hacia el señor Griswold.

—A mi hijo le encanta los Buscadores de Libros. ¿Le importaría que nos hiciéramos una foto?

El señor Griswold consultó su reloj de pulsera. Había tiempo de sobra antes de ir a la biblioteca principal para anunciar la gran noticia. Apoyó una mano en el hombro de la mujer mientras ella sostenía el teléfono a un brazo de distancia para tomar la fotografía.

—Entonces ¿es verdad? —preguntó—. ¿Está trabajando en otro juego?

Como respuesta, el señor Griswold cerró una cremallera imaginaria en sus labios y le guiñó un ojo. Continuó su camino por el torrente de peatones, silbando y dando golpecitos con su bastón sobre la acera de adoquines, totalmente ajeno a los dos hombres que habían comenzado a seguirle.

Uno era alto y desgarbado, con unas cejas negras y pobladas que asomaban por el borde de una gorra de béisbol colocada hacia atrás. Su compañero parecía un bulldog al moverse, como si fuera el pecho el que lo impulsara por la calle en vez de las piernas. Llevaba las manos metidas en los bolsillos delanteros de su sudadera y no apartaba la mirada de su objetivo.

El señor Griswold bajó a la estación del BART. Cuando se detuvo ante las puertas

de acceso para sacar el bono de la cartera, oyó una voz detrás que pronunciaba su nombre. El señor Griswold se dio la vuelta para ver quién lo llamaba. Su sonrisa vaciló. Era temprano, por la tarde, fuera de hora punta, y había un goteo lento de gente que entraba y salía. Inexistente en aquel instante.

Se ajustó las gafas sin montura y miró al hombre alto a los ojos.

—Llego tarde a una cita, caballeros.

El señor Griswold movió su bigote entrecano, un tic nervioso. El modo en que el hombre bajo crujía los nudillos y la mirada que le lanzó, que solo podía calificarse de desdenosa, lo hicieron ponerse en guardia.

—Tenemos un amigo en común —dijo el hombre alto.

—Sí, un amigo.

El bajo rio con voz ronca.

—Ah, entiendo.

El señor Griswold se dio la vuelta para cruzar la puerta de acceso, pero el alto se puso delante de él y le bloqueó el paso.

—Tengo bastante prisa —dijo el señor Griswold—. Si no les importa, llamen a mi oficina y estaré encantado de hablar con ustedes más adelante.

El señor Griswold extendió el bastón entre los dos hombres para intentar abrirse paso, pero el alto lo agarró firmemente del hombro.

—Queremos el libro —exigió.

El señor Griswold contuvo las ganas de apretar con fuerza contra el costado su maletín de cuero. Dentro se hallaba una edición especial de *El escarabajo de oro* de Edgar Allan Poe que él mismo había impreso usando la encuadernadora y prensa Gutenberg 2004 EX-PRO que guardaba en casa. Tenía planeado hacer cuarenta y nueve más, pero en aquel momento solo existía el de su maletín. Llevaba *El escarabajo de oro* como apoyo en la presentación del nuevo juego que había desarrollado. Bastaría para dejarle echar un vistazo al público, para darle una pista de en qué consistiría. Pero esos hombres no podían estar hablando de aquel libro. Nadie sabía nada de él aún; nadie en Bayside Press ni nadie de su vida privada.

El señor Griswold usó el puño de la chaqueta de su traje para secarse una gota de sudor en la sien.

—Dirijo una editorial, caballeros. Tratamos con cientos de libros. Miles. Tendrán que ser más específicos.

—Ya sabe cuál queremos —dijo el hombre bajo y fornido, que se acercó poniéndose de puntillas como si fuera a mirar de cerca la nariz del señor Griswold. Echó hacia atrás el cuello para mirar a su amigo—. Sabe al que nos referimos, ¿verdad, Barry?

El alto dio un pisotón en el suelo.

—Dijimos que utilizaríamos nombres falsos, ¿recuerdas?

—Lo que tú digas —contestó el otro—. Este tío es viejo. Probablemente no oiga bien.

Aprovechando aquel breve conflicto, el señor Griswold balanceó el bastón, golpeó a Barry en la mejilla y después lo empujó para abrirse paso hacia la entrada del nivel inferior.

—¡Ayuda!

Su grito retumbó en la cavernosa estación. Se oyó un estallido bajo, como el estruendo de un trueno a lo lejos. El señor Griswold sintió algo parecido a un puñetazo en la espalda. Dio un traspié, cayó y se golpeó la cabeza contra el suelo de piedra. ¿Le habían disparado? Se esforzó por respirar. Una humedad se extendió por la parte baja de su espalda entumecida y sintió que la cabeza le estallaba en la zona que había chocado contra el suelo.

Barry maldijo y echó a correr hacia él. Se agachó junto al señor Griswold y colocó una palma sobre su frente, como si le comprobara la fiebre.

—¿Qué has hecho, Clyde?

—¿Qué ha pasado con eso de que «tenemos que usar nombres falsos»? —replicó Clyde.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Barry—. ¿Tienes un arma? ¿Le has disparado? Eso no era parte del plan.

Clyde se encogió de hombros.

—He improvisado.

—¿Y si no lleva el libro encima?

—Por supuesto que lo lleva encima. —Clyde examinó el agujero en el bolsillo de su sudadera, donde había escondido la pistola—. Lo necesita para la rueda de prensa.

Un anuncio automatizado se oyó desde el piso inferior, donde llegaban trenes y autobuses.

—Tenemos que salir de aquí.

Barry deslizó los brazos bajo los del señor Griswold y lo arrastró hacia atrás, a un banco vacío.

Con un suave gruñido, el señor Griswold se desplomó contra la resbaladiza pared de granito que había detrás de él. Pasó de estar sentado a quedar tendido boca abajo, y al deslizarse por la pared dejó una mancha de sangre que marcaba su rastro. Trató de caer sobre su maletín en un intento de mantenerlo alejado de los hombres, pero Clyde se lo quitó de un tirón y sacó el libro del maletín del señor Griswold.

—*El escarabajo de oro* de Edgar Allan Poe. —Se lo lanzó a Barry—. Tiene que ser este.

El señor Griswold tenía la visión borrosa y veía a los dos hombres juntos y separados al mismo tiempo. Quería decir algo, detenerlos, pero solo le salían gemidos.

Barry apenas miró el libro antes de tirarlo a un rincón, donde rebotó en la pared y se deslizó detrás de una papelera.

—¡Es un libro nuevo! —gritó.

—Sigue siendo un libro —apuntó Clyde.

—¡Es un editor! Siempre lleva libros encima. Nos dijeron que buscáramos un libro antiguo. Un libro muy muy antiguo.

Un tren del BART entró con gran estruendo en la planta inferior. El murmullo de las personas que bajaban de los vagones llegó al piso de arriba. Los dos hombres corrieron hacia la salida.

Un bullicioso grupo vestido con jerséis negros y naranjas subió por la escalera mecánica. Una de esas personas vio al señor Griswold desplomado en el banco y se acercó a él a toda prisa. Un hombre marcó el 911 en el móvil. Una mujer se agachó a su lado y dijo:

—Aguante. Todo saldrá bien.

Mientras Garrison Griswold se hallaba al borde de perder la conciencia, no estaba preocupado por cuándo llegaría la ayuda. Lo que consumía sus pensamientos era la edición de *El escarabajo de oro* metida entre la pared y la papelera. Todo ese trabajo, todos sus planes. Estaba todo preparado, pero sin *El escarabajo de oro* su juego no vería la luz. Su tesoro casi inestimable nunca se descubriría. Esperaba con todas sus fuerzas que la persona adecuada encontrara el libro. Alguien que se tomara el tiempo para entenderlo y apreciara los secretos que guardaba.



## Capítulo 2

Emily estaba segura de que la pista era un cifrado por sustitución. Averiguar eso había sido fácil. Lo difícil era resolverlo. Cambió de sitio las letras para intentar solucionarlo:

«El ferter dango del fuelle».

No podía estar bien. ¿Qué era un «ferter» y qué relación tenía con un «fuelle»? ¿Y un «dango», por cierto? Así no iba a llegar al nivel Auguste Dupin de los Buscadores de Libros.

Con un resoplido, Emily arrancó la página de su libreta, la arrugó y la tiró junto a los otros intentos fallidos que llenaban la cabina de la camioneta. En la parte superior de una hoja nueva volvió a copiar con detenimiento el código que había impreso hacía unos días de la página web de los Buscadores de Libros.

—¡Eh, Sherlylocks! —La interrumpió su padre—. Tómame un descanso y disfruta del paisaje. Sabes quién vivió una vez en San Francisco, ¿no?

—A ver... déjame pensar...

Emily continuó escribiendo en su libreta sin levantar la vista. Su padre solo había mencionado que se mudaban al hogar de su ídolo literario unos sesenta millones de veces.

—«No había adónde ir excepto a todas partes». Jack Kerouac lo escribió en...

—*En el camino*, papá. Ya lo sé.

Emily suspiró, frustrada por el código y frustrada porque su padre le había

cortado la concentración. Volvió a deslizar el lápiz por su coleta de caballo para ponerlo a buen recaudo. Atravesaban un valle abarrotado de filas de casas rodeadas por laderas como correas de transmisión. Emily pensó que en aquel rincón de California había más casas que en todo el estado de Nuevo México, de donde se acababan de mudar.

Por el espejo retrovisor lateral veía la pequeña furgoneta destartada de la familia, que iba detrás de ellos. La habían apodado *Sal*, otro homenaje al gran Jack Kerouac. Su madre agarraba el volante de *Sal* y se inclinaba hacia delante igual que siempre, como si estuviera muy entusiasmada por ir a cualquier parte, ya fuera al colmado o a la propia California. Matthew, el hermano mayor de Emily, movía su cresta torcida mientras escuchaba música. Lo más probable es que fuese Flush, su grupo favorito. Emily se apostaba una caja de libros a que así era.

—No hay nada más emocionante que empezar de nuevo, ¿no crees? —le preguntó su padre.

Emily asintió, aunque no estaba segura de estar de acuerdo. Sus progenitores estaban muy orgullosos de la vida que habían decidido llevar, pero ella no compartía su entusiasmo por los nuevos comienzos. Era como empezar un montón de libros y nunca terminar ninguno.

California sería el noveno estado para Emily en sus doce años y nueve meses, todo parte del plan de sus padres, que consistía en vivir alguna vez en cada uno de los cincuenta estados. Sí, pretendían vivir en todos los estados. La gente siempre se lo tomaba bien cuando Emily intentaba explicarles por qué se mudaban con frecuencia.

—¿Sois militares?

—¿Estáis en un programa de protección de testigos?

—¿Estáis huyendo de los federales?

—¿Solo os mudáis por diversión?

Antes de que ella naciera, sus padres empezaron a ir de un estado a otro porque, según sus palabras, «allí es donde nos llevaban nuestras pagas». Cuando Emily tenía cinco años, vivían en Nueva York y a su padre lo echaron del trabajo en una empresa de publicidad. Después empezó a aceptar encargos como corrector autónomo. Ese mismo año le dieron permiso a su madre para desempeñar a distancia su trabajo como programadora, lo que significaba en cualquier lugar donde hubiera un ordenador. Al darse cuenta de que el trabajo no los ataba a un sitio en concreto, sus padres decidieron hacer realidad su fantasía de vivir una vez en cada estado. Comenzaron un blog llamado *50 casas en 50 estados*, donde describían las aventuras de sus traslados. Al principio, el blog fue un pasatiempo, una manera de preservar recuerdos de los diferentes lugares en los que vivían, pero se convirtió en un negocio secundario cuando empezó a haber empresas que pagaban por anunciarse en la página, y revistas y agencias de viajes les pidieron que escribieran artículos. Desde entonces, la familia Crane se había mudado una media de una vez al año.

Durante un tiempo a Emily le encantó. Era una gran aventura familiar. Descubrir

lugares nuevos, el suspense de adónde irían la próxima vez. Y sus padres siempre intentaban que fuera divertido. Como su tradición de revelar. Se trataba de una cena sorpresa para Emily y su hermano mayor con pistas que señalaban su nuevo destino. Hacía tres semanas, Emily había entrado en casa después del colegio, pensando en qué punto de referencia destacado de Nuevo México podía aparecer en su proyecto de diorama, y se encontró sobre la mesa de la cocina unos cuencos de pan rellenos de monedas de chocolate envueltas en papel de aluminio dorado. Se le había tensado el cuerpo entero, porque sabía que aquello anunciaba una cena de revelación, lo que significaba que iban a mudarse otra vez. Tal vez penséis que ya estaba acostumbrada a estas sorpresas, pero no era el caso.

Al principio solo pensaba en que no podría hacer sus propias estalactitas de cristal para la idea del diorama de las cavernas de Carlsbad. Luego vio más pistas de su nuevo destino: una camiseta para Matthew donde se leía PACIENTE EXTERNO DEL PSIQUIÁTRICO DE ALCATRAZ; un ejemplar de bolsillo de *El halcón maltés* para Emily; la gorra negra y naranja de los Giants que llevaba su madre; y su padre iba vestido como un *beatnik*, con un jersey negro de cuello alto, una boina y unas gafas de montura negra.

Al deducir que San Francisco era su siguiente paso, Emily debería haber lanzado al aire las monedas de oro para celebrarlo. La ciudad no había sido únicamente el hogar del ídolo literario de su padre, sino que también lo era del de Emily: Garrison Griswold, el director ejecutivo de Bayside Press y el cerebro de los Buscadores de Libros, el juego de pistas literario más guay que existe. (También el único juego de pistas literario que existe). Los Buscadores de Libros es una comunidad *online* de personas aficionadas a los libros, los acertijos y los juegos tanto como Emily, y viajaba con ella sin importar dónde viviera su familia.

Pero en lugar de celebrarlo, se encontró a sí misma dedicándoles a sus padres una sonrisa forzada. Ahora que los Crane llevaban años yendo de un estado a otro, las aventuras de la familia comenzaban a parecer... Emily no estaba segura de la palabra que lo describía. Lo único que sabía era que hacía unas semanas estaba sentada con un libro y la bolsa de su almuerzo en su lugar habitual, la jardinera de piedra que rodeaba el viejo roble de su colegio en Albuquerque, cuando un grupo de niñas que apenas conocía se tumbó junto a ella en el césped. Las escuchó quejarse sobre lo aburrido que sería su próximo fin de semana porque iban a la piscina comunitaria, y luego empezaron a hablar de una clase de baile a la que asistían juntas. Dos de las niñas se pusieron en pie de un salto e intentaron recordar una coreografía que habían interpretado hacía unos años haciendo los pasos ahí mismo, en la hierba. Emily, mientras fingía leer su libro y no prestarles atención, se había puesto nostálgica y un poquito celosa. No porque quisiera ir a clases de baile, ser parte del grupo o ir a la piscina comunitaria con tanta frecuencia que llegase a ser aburrido. Lo que la molestaba, advirtió mientras observaba disimuladamente a aquellas niñas, era que nunca tendría un círculo de amigas como aquel. Gracias al estilo de vida itinerante de

su familia, siempre sería «la nueva». Podría ir a clases de baile y a la piscina, claro, pero nunca se quedaba el tiempo suficiente para hacer amigos de verdad, y mucho menos para revivir recuerdos con ellos años más tarde.

Mientras la camioneta salía de la autopista y pasaba traqueteando junto al estadio de béisbol, Emily intentó concentrarse en lo positivo: ¡Los Buscadores de Libros! ¡San Francisco!

La luz del sol destellaba en un puente plateado que se arqueaba sobre sus cabezas. No era el puente Golden Gate; Emily sabía que aquel puente era rojo y no plateado. A un lado del vehículo quedaban los muelles y el agua mansa, y al otro, un grupo de rascacielos. De algún modo, le recordaba al lago Michigan de cuando vivían en Chicago, con vistas a la ciudad en una dirección y una extensión de agua calma en la otra. Aunque la bahía de San Francisco era una piscina en comparación con el lago Michigan, con montículos de tierra al otro extremo que parecían estar lo bastante cerca para nadar hasta ellos.

Se alejaron del agua y tomaron una calle concurrida. Pronto estuvieron rodeados de edificios de oficinas tan altos que Emily no veía la parte superior desde donde estaba sentada. Comprobó dos veces la emisora de radio que estaba escuchando — 104.5— para asegurarse de que coincidía con los números que había escrito en su libreta. De acuerdo con la información que aparecía en el foro de los Buscadores de Libros, aquella emisora retransmitiría en cualquier momento el anuncio del nuevo juego del señor Griswold. Además de dirigir una editorial, Garrison Griswold organizaba actividades disparatadas, como un torneo anual de Quidditch en el parque Golden Gate y un bingo literario con tantos participantes que llenaba un estadio de béisbol, lo que le había hecho ganarse un lugar en el libro *Guinness World Records*. Por esa razón lo llamaban el Willy Wonka del mundo editorial. La gente viajaba a San Francisco para participar en sus juegos, y ahora Emily iba a vivir en esa ciudad. Bueno, al menos por un tiempo. Le habría gustado estar allí para oír el anuncio, pero cuando se enteró de que se mudaban a San Francisco ya se habían vendido todas las entradas.

—Tráfico. —Su padre suspiró.

Habían avanzado lentamente hasta detenerse y esperaban en una larga cola de coches. Su madre y su hermano los seguían en *Sal*, la furgoneta. Un tranvía verde pasó traqueteando por en medio de la calle. Se movieron poco a poco. Aparecieron las luces destellantes de un coche de policía, luego un camión de bomberos y después una ambulancia. Estaban colocando una cinta amarilla de precaución en un amplio perímetro alrededor de las escaleras que descendían al metro.

Un policía los dirigió para que rodearan los vehículos de emergencia. Emily estiró el cuello para ver mejor.

—¿Es eso una estación de metro? —inquirió.

—Aquí lo llaman el BART —contestó su padre—. Me pregunto qué estará pasando.

Emily buscó alguna pista de lo sucedido, pero no había nada que ver salvo las luces destellantes y los vehículos de emergencias. Inclino la cabeza, la cola de caballo se le enroscó alrededor del cuello y continuó intentando descifrar el código.



## Capítulo 3

El camión de mudanzas subió la colina y dejó atrás el centro de San Francisco. De la acera brotaban árboles; los barrotes en las ventanas habían sido sustituidos por jardineras con flores. Su padre giró por una calle tan empinada que a Emily le sorprendió que no se inclinara todo y cayera cuesta abajo, intersección tras intersección, hasta chocar caóticamente.

El furgón redujo la velocidad hasta detenerse delante de un edificio que Emily había visto en la web de alquileres. La nueva casa era más alta que ancha, como si contuviera la respiración para caber entre las casas vecinas.

—Está clarísimo que para esta calle se necesita el freno de mano —dijo su padre, empujando el pedal del freno con el pie—. ¿Estás lista?

Emily miró el reloj. Faltaba un minuto para el anuncio del señor Griswold. Su padre se dio unos toquecitos en la sien, su manera de decir «te leo la mente».

—Dejaré la radio encendida. Sé que no quieres perderte nada —dijo.

Abrió la puerta con un chirrido y saltó al pavimento para reunirse con el resto de la familia en la acera. La madre de Emily rebuscó en su bolso al tiempo que el dobladillo de su vestido de *patchwork* sin mangas se le enroscaba por los tobillos. Matthew arrastraba los pies en círculo, protegiéndose los ojos del sol con una mano mientras observaba el nuevo entorno. Su cresta descentrada te hacía mirar dos veces, al pensar que tenía la cabeza ladeada cuando en realidad no era así. A su hermano no podía importarle menos que volvieran a mudarse. Siempre le daba igual. Matthew atraía amigos como los arco iris atraen a los leprechauns. Y tampoco le importaba dejarlos. Lo consideraba una acumulación de seguidores para su futuro como estrella del *rock* famosa en todo el mundo.

Al oír mencionar «Griswold», Emily volvió su atención a la radio. El comentarista estaba diciendo:

—Hemos recibido la llamada de una oyente que nos dice que de momento Griswold no se ha presentado.

—¿Que no se ha presentado? —le preguntó Emily a la radio.

—¿Estás ahí, oyente? —dijo el comentarista.

Una voz de mujer contestó:

—Sí, estoy aquí, en la biblioteca, pero no hay ni rastro de él. La gente está poniéndose nerviosa. Hay un tipo a mi lado despotricando sobre que esto es una pérdida de tiempo. Pero no sé. Yo misma estoy preocupada. Garrison Griswold es un tío de fiar, ¿sabes?

Y de pronto Emily supo con certeza por qué el señor Griswold no había aparecido. ¡Era parte del nuevo juego! Estaba fingiendo su desaparición y el reto sería encontrarlo, similar al misterioso asesinato que había planeado hacía dos Halloweens. ¡Magnífico!

Su madre dio unos golpecitos en la puerta del pasajero.

—Las cajas de la mudanza te llaman —se oyó su voz amortiguada por el cristal.

Una fresca brisa marina soplaba cuando Emily salió del camión, y llevaba consigo un débil coro de rebuznos y ladridos. Se preguntó si serían los leones marinos del Pier 39 sobre los que había leído algo. Desde su lugar estratégico en aquella cuesta empinada, podía contemplar la ciudad y alcanzaba a ver un trozo de la bahía más allá del paisaje urbano. Pero no distinguía leones marinos desde aquella distancia. El único velero que veía no era más grande que su uña, así que un león marino tendría el tamaño de una peca.

Mientras ayudaba a su familia a descargar el camión de mudanzas, a Emily le venían ideas a la cabeza de cómo podía estar incluida en el juego la desaparición del señor Griswold. Quizá había que encontrar algo en la biblioteca donde se suponía que iba a hacer el anuncio, o quizá había un mensaje oculto en la página web de los Buscadores de Libros.

Una ventana del tercer piso se abrió con un chirrido. A pesar de que el nuevo edificio parecía una casa normal de tres plantas, aunque superdelgada, Emily sabía por la web de alquileres que cada piso era un apartamento diferente. Una mujer asiática mayor que sus padres se asomó por la ventana abierta.

—Estáis bloqueando la entrada —gritó.

—¡Hola! —El padre de Emily se quitó la gorra de béisbol para secarse el sudor de la frente y la agitó a modo de saludo—. La señora Lee, ¿verdad? Somos los Crane, sus nuevos inquilinos. Solo estamos descargando nuestras cosas, luego devolveremos el furgón y lo quitaremos de en medio.

—Mueva el camión o llamaré a la policía —advirtió la casera, y cerró la ventana de golpe.

—Nota mental: no bloquearle la entrada —dijo Matthew. Colocó un pie contra la

puerta del garaje y el otro cerca de la alcantarilla—. Aunque esto en realidad no puede considerarse la entrada a la finca, ¿no?

—Ni siquiera una acera para aparcar —comentó Emily.

Matthew se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—Para sentarse no está mal.

Emily sonrió. A veces olvidaba lo gracioso que podía llegar a ser su hermano, cuando no era ella el blanco de sus bromas.

La casa tenía tres puertas principales que daban al porche, una por cada apartamento. Mientras su madre probaba las llaves, Emily advirtió que la puerta de la derecha estaba abierta de par en par. Una escalera privada ascendía hasta perderse de vista y llegaba a la planta de la señora Lee. A mitad de camino, sentado en la escalera, había un niño de la edad de Emily, que supuso que debía de ser el nieto de la señora Lee. Estaba escribiendo con esmero en una revista de pasatiempos.

La madre de Emily empujó la puerta para abrirla y dejó a la vista su propia escalera. Mientras el resto de su familia entraba, Emily se quedó atrás. El niño tenía un pelo negro y brillante que se le levantaba por la parte de atrás de su cabeza como si hubiera dormido sobre él de forma extraña. Miró a la chica.

—¿Os mudáis aquí? —preguntó.

Emily se sobresaltó un poco y se sonrojó. ¿Llevaba mucho tiempo mirándolo fijamente?

Levantó el contenedor de plástico lleno de ropa.

—Reparto *pizzas*.

El niño la miró parpadeando dos veces. Había querido hacerse la graciosa, pero quizá aquello había sonado borde. Se volvió hacia su puerta, pero no sin antes ver que la comisura de la boca del chico se curvaba para formar una sonrisa.

Arriba, el padre de Emily dejó caer una caja en el salón. Extendió los brazos y giró en círculo sobre sí mismo.

—¿Parece esto un «hogar dulce hogar» o qué?

—Parece un apartamento con pocos muebles —contestó Emily, y dejó su contenedor al lado del de su padre.

—¡Me pido esta habitación! —gritó Matthew desde el final del pasillo.

—¡Eh, no es justo!

Emily pasó corriendo por delante del dormitorio que había reclamado su hermano para ver qué le quedaba. Una habitación estrecha como el propio edificio. La puerta de un armario cortaba una esquina y a Emily le sorprendió ver que el espacio interior era un triángulo en vez del cuadrado habitual. Nunca había tenido un armario triangular. También había una ventana que daba al edificio de al lado. Emily la abrió y estiró el brazo. Casi podía rozar con la yema de los dedos la casa vecina.

La ventana justo encima de ella se abrió. Emily se retiró al interior, temiendo que la señora Lee apareciera y le gritara por tocar el edificio de al lado. En cambio, oyó un chirrido repetitivo.

Había estado tan concentrada en la casa de al lado que no vio la cuerda que pasaba por el lateral de su ventana. La cuerda estaba atada a una polea sujeta al exterior del edificio y subía hasta otra polea fijada al lado de la ventana que estaba justo sobre la de ella. Un cubo de hojalata oxidado se ataba al final de la cuerda, y en cuanto llegó a su altura, la ventana de arriba se cerró.

Emily, perpleja, inclinó el cubo para ver qué había en el interior. Sacó un trozo de papel que tenía dibujada una cuadrícula de tres por tres con un mensaje: «Que una iguana no caiga ebria».

Emily volvió a leer el mensaje. No tenía sentido. Se asomó por la ventana y echó un vistazo hacia arriba, pero no había nadie.

El niño de la escalera debía de haber enviado aquello. Pero ¿qué diantres iba a hacer una iguana ebria o cómo iba a evitar ella que se emborrachara? ¿Y aquella cuadrícula? El tres en raya tenía nueve cuadrados, pero entonces, ¿por qué no habían marcado con una X el inicio del juego?

Emily se sacó el lápiz de la coleta y se sentó en el suelo para estudiar el papel más detenidamente. La frase no le parecía un código, pues estaba hecha de palabras reales y no se trataba de una mezcla confusa de letras. Emily intentó recolocarlas, al pensar que quizá era un anagrama.

Su madre se apoyó en la puerta.

—Ya tendrás tiempo más tarde para hacer de detective, Em.

—Esto no es de los Buscadores de Libros —masculló Emily.

Pero a veces, cuando se tomaba un descanso, veía los acertijos de otra manera, así que volvió a meterse el lápiz en el pelo y bajó la escalera.

El niño estaba sentado en el mismo sitio de antes, absorto en su revista de pasatiempos. No dio muestras de haber acabado de enviarle un acertijo metido en un cubo, pero ahora llevaba puesta una gruesa bufanda púrpura. Extraño, pues hacía el suficiente calor como para que Emily llevara una camiseta sin mangas.

Esta se entretuvo en el camión de mudanzas mientras vacilaba si debía preguntarle al chico por el cubo y la nota. Pero ¿qué iba a decirle? «¿Me has enviado esto?». No. «¿De quién más iba a ser?». ¿De la señora Lee? «¿Qué se supone que debo hacer con esto?». Si decía algo así, sonaría como que se rendía, y Emily no era de esas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Matthew a su espalda.

Emily se sonrojó al darse cuenta de que había estado haciendo gestos mientras se imaginaba la conversación. Cogió de la caja del camión lo que tenía más cerca: su maleta llena de libros.

—Buscar esto —respondió, y tiró de ella hasta el suelo.

—Vaaale.

La maleta estaba tan llena de libros que Emily tuvo que arrastrarla hasta el porche delantero paso a paso.

—¿No puedes ir más despacio? —la apremió Matthew.

—Esto pesa —gruñó ella, y se quedó mirando hacia el interior de su casa, a la escalera interminable—. Si tienes tanta prisa, pasa tú delante —añadió.

Matthew la esquivó y la adelantó con su mochila y el monopatín. Emily se sentó encima de la maleta para recuperar el aliento. Echó una ojeada por la puerta de la señora Lee. El niño llevaba ahora unas gafas de natación junto con la bufanda. Emily resopló sorprendida y después se tapó la boca con la mano. Él continuó escribiendo en la revista y actuó como si no fuera consciente de que ella estaba allí.

Le pareció que se había pasado una hora arrastrando la maleta escaleras arriba, durante la cual los tres miembros de su familia habían pasado por su lado yendo arriba o abajo y ninguno se había ofrecido a ayudarla. A menos que como ayuda se pudiera contar a su madre diciendo: «Te advertí que no metieras todos los libros en una maleta, Em».

Mientras subía, se puso a darle vueltas al acertijo, al mismo tiempo que recordaba su archivo de acertijos resueltos para los Buscadores de Libros. La cuadrícula tenía que ser la clave. ¿Por qué incluirla si no? Los juegos de lógica utilizaban cuadrículas, pero no terminaba de ver cómo ese trozo de papel llegaba a ser un juego de lógica.

Emily arrastró la maleta a un rincón de su habitación y volvió a sacar el papel y el lápiz. Al intentar leerlo al revés resultó un galimatías. ¿Y si cogía la primera letra de cada palabra...?

—Quince —leyó en voz alta.

La primera letra de cada palabra formaba «quince». Podría ser una coincidencia. ¿Quince qué? ¿Era esa la solución? Y en ese caso, ¿qué significaba? Aun así la cuadrícula seguía sin tener explicación.

—¡Un cuadrado mágico!

Emily tiró triunfalmente el lápiz al aire.

En un cuadrado mágico, una cuadrícula está llena de una serie de números consecutivos, de modo que cada fila, columna y diagonal suman la misma cifra. En una cuadrícula de tres por tres y los números del uno al nueve, la solución siempre es quince. Había descubierto los cuadrados mágicos cuando buscaba *El secreto de Shakespeare* en Colorado. La pista era un cuadrado mágico a medio terminar. Los números usados para resolver el cuadrado acabaron siendo la combinación para la cerradura de una caja oculta que contenía *El secreto de Shakespeare*.

Cuando Emily terminó de resolver el cuadrado mágico del niño, había quedado así:

8	1	6
3	5	7
4	9	2

Volvió a echar la nota en el cubo y tiró de la cuerda para subirlo a la habitación del muchacho. Luego bajó corriendo la escalera y saltó al descansillo. Esta vez el chico había añadido unas astas de reno a su sorprendente conjunto. Emily soltó una risita.

—¿Ya es Halloween? —murmuró su padre cuando pasó por su lado al entrar en casa.

La voz de la señora Lee se oyó por la escalera:

—¡James! —gritó—. Ven a ayudarme, por favor.

Sin mucho más que una mirada en dirección a Emily, James se puso en pie de un salto y corrió escaleras arriba haciendo sonar a cada paso los cascabeles de las astas de reno.

—Mira tu cubo —le dijo Emily, que esperó que la hubiera oído.



## Capítulo 4

Más tarde, Emily volvió al camión de mudanzas para coger su libreta de los Buscadores de Libros, pero la cabina vacía le recordó que ya se había llevado su montón de libros y papeles. Revisó su nueva habitación, pero no la encontró por ninguna parte. Buscó también por el resto del apartamento y el pánico estalló cuando la libreta seguía sin aparecer.

No se trataba de una libreta cualquiera. Era el Volumen 9 de sus cuadernos de los Buscadores de Libros. Era donde escribía los borradores para las reseñas de los libros que publicaba en la web. Era donde escribía las anotaciones sobre los libros más destacados que había encontrado. Era donde plasmaba todas sus ideas para acertijos, códigos y escondites, y donde intentaba resolver las pistas de los libros que buscaba. Combinado con su perfil *online*, básicamente documentaba su vida entera.

Salió afuera corriendo y abrió una vez más la puerta del camión de mudanzas. Encontró el envoltorio de una barrita de cereales y un bolígrafo debajo del asiento, pero no la libreta. El pánico estaba totalmente desatado cuando alguien dijo:

—Has establecido un nuevo récord.

Emily se dio la vuelta. Aquel niño —James— estaba en el porche. Se había quitado la bufanda y las gafas de natación que llevaba antes, pero todavía lucía las astas de reno.

—Otis jamás lo habría resuelto tan rápido como tú. Pero bueno, Otis siempre decía que era alérgico a los números.

—¿Hablas reno? —le preguntó Emily.

Lo que decía aquel chaval no tenía sentido y ella estaba impaciente por volver a la búsqueda del cuaderno.

—Otis vivía antes que tú en tu apartamento. Se le daban mejor los acertijos de letras que los de números. Se mudó a la Costa Este para estar cerca de sus nietos. Otis era genial. No me malinterpretes, pero me alegro de que ahora viva aquí alguien de mi edad. Al menos pareces de mi edad. ¿Estás también en séptimo? Soy James, por cierto.

El chico cambió de postura y Emily se dio cuenta de un detalle importante que antes había pasado por alto: la libreta estaba en sus manos.

—¿Dónde has encontrado eso?

La niña subió los escalones de hormigón, le arrebató la libreta y la apretó contra su pecho.

Los cascabeles de las astas tintinearono ligeramente cuando James retrocedió. Con cierto tono defensivo, dijo:

—Estaba en el suelo, delante de tu puerta. Antes llamé, pero no contestó nadie. Iba a enviártela por el cubo, pero entonces me asomé por la ventana y parecía que habías perdido algo y...

Emily no sabía qué pensar de aquel chico. Llevaba astas de reno y mandaba juegos de ingenio a través de un viejo cubo oxidado. Parecía realmente ofendido porque ella creyera que le había robado la libreta, pero aun así se lo veía simpático. Hasta el mechón en la parte de atrás de su cabeza se levantaba como un ala que saludara.

—¿Te ha hipnotizado mi pelo? —preguntó James.

Emily notó que enrojecía, pero él hizo un gesto para quitarle importancia.

—No pasa nada. Le gusta atraer la atención.

—¿A quién?

—Se llama *Steve*.

—¿Tu mechón de pelo se llama *Steve*?

—Iba a llamarlo *Gerónimo*, pero me pareció ridículo —respondió James.

Emily se rio y su escepticismo se fue derrumbando.

—Nadie te tomaría en serio con un mechón llamado *Gerónimo*.

—Exacto —asintió James, y luego añadió—: Ese acertijo en el que trabajabas era interesante. ¿Te gustó el que te envié en el cubo?

—¿El cuadrado mágico? Me dejaste perpleja con la iguana ebria. Estaba en plan: ¿qué demonios es esto? —El cerebro de Emily recapituló—. Espera. ¿Cómo sabías que estaba trabajando en un acertijo?

La espiral de la libreta se le clavó en los dedos y abrió el cuaderno mientras subía la irritación a cada página que pasaba. Bajo el código «ferter dango» otra persona había escrito con letra de imprenta: EL TERCER BANCO DEL MUELLE.

Emily dio un grito ahogado.

—¿Lo has resuelto?

—Ya casi lo tenías. Te habías dejado una letra.

No se había dejado una letra. Emily revisó el código original y su trabajo. Aspiró

sobresaltada cuando vio, casi inmediatamente, que James tenía razón.

Se había dejado una letra.

El texto del código tenía dos enes y ella había asignado una letra diferente a cada una. Un error de principiante.

Con voz tranquilizadora, James dijo:

—Es fácil fallar en ese tipo de cosas. Por esa razón dos ojos son mejor que uno. Sin ánimo de ofender a los cíclopes.

Las mejillas de Emily se sonrojaron por el calor de la vergüenza.

—Mis ojos están bien. Llevo dos días en un coche, eso es todo.

Miró las líneas con la letra de James, prácticamente burlonas: ¡EL TERCER BANCO DEL MUELLE! Menudo caradura. Encontrar la solución a un acertijo que claramente no tenía que resolver él. Si hubiera querido ayuda se lo habría enviado en aquel cubito de mala muerte. ¡Qué fanfarrón! Sabía que su simpatía era demasiado buena para ser verdad.

—Bueno, ¿y qué eres tú? —quiso saber Emily—. ¿Un birlador? Supongo que ahora también querrás capturar el libro que yo busco, ¿no?

La sonrisa en los ojos de James se tornó en tristeza.

—¿De qué estás hablando? ¿Un birlador? ¿A qué te refieres con «capturar un libro»? —Continuó disculpándose—: El acertijo me miraba y me decía «resuélveme»...

Sus astas parecieron inclinarse hacia abajo. Hasta *Steve* parecía abatido.

—«Birlador» y «capturar un libro» son términos de los Buscadores de Libros. ¿Es que aquí en San Francisco no juega todo el mundo?

James negó con la cabeza.

—He oído hablar de ello, pero yo no juego.

Emily se quedó mirando a James boquiabierta. Vivir en San Francisco y no jugar a los Buscadores de Libros era como vivir en una fábrica de chocolate sin comer bombones.

—Está claro que te gustan los acertijos. —Emily miró a James con recelo—. ¿Te gusta leer?

—Sí —afirmó James.

—Entonces tienes que probarlo. Los Buscadores de Libros están llenos de gente a la que le encantan los libros, los acertijos y los juegos. Además de tener aventuras y explorar sitios nuevos.

—¿Cómo funciona?

—Se esconden libros usados en lugares públicos, como un parque; después, se sube a la web un acertijo o una pista para que la sigan otros. Ganas un punto por cada libro que escondas o encuentres, o también si alguien encuentra uno de tus libros escondidos.

—¿Para qué sirven los puntos?

—Los puntos te ascienden de nivel. Todos empiezan en Enciclopedia Brown,

luego está Nancy Drew, Sam Spade, Miss Marple, Auguste Dupin y Sherlock Holmes. Cuanto más alto estás, más ventajas tienes en la web, como material extra para diferentes libros, acertijos secretos y juegos. También puedes intercambiar puntos y comprar cosas de la tienda de Bayside Press.

—Entonces ¿«el tercer banco del muelle» te lleva a un libro? ¿Cómo lo encuentras con eso?

—Los libros están listados en la web por ubicación. Este está escondido en el Ferry Building. Allí debe de haber un muelle con bancos y... —Durante una fracción de segundo Emily se detuvo a mirar la cabeza ladeada de James y sus ojos concentrados; hasta *Steve* se inclinaba hacia delante como si quisiera oír más. Sin pensar, Emily dijo—: Quizá podría enseñártelo. ¿Quieres ir de búsqueda este fin de semana?

Las palabras habían salido de su boca y flotaban entre ambos. Emily contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta de James.

El muchacho sonrió.

—¡Claro!

Emily se sintió como si hubiera bebido un refresco muy rápido: con el subidón de azúcar pero a la vez un poco mareada. Demasiado para lo acostumbrada que estaba a evitar hacer amigos a los que luego tuviera que abandonar. Pero a James se le daban bien los acertijos, lo había demostrado. Y era divertido. Quizá no era tan malo tener un compañero en la búsqueda de libros, aunque solo fuese durante un tiempo.

—¿Te has enterado de lo que le ha pasado a Garrison Griswold? —le preguntó James.

—¿Cómo es posible que no juegues a los Buscadores de Libros pero sepas quién es Garrison Griswold? —se sorprendió Emily.

—Todo el mundo sabe quién es Garrison Griswold. Hasta llegué a conocerlo en persona en su feria de libros la primavera pasada.

—¿Lo conociste en persona? —exclamó Emily—. ¿Cómo es? ¿Cómo es la feria?

Llevaba muriéndose por ir a la famosa feria de libros de Griswold en San Francisco desde la primera vez que oyó hablar de ella hacía cinco años. Con un poco de suerte su familia seguiría viviendo en la ciudad la próxima primavera.

—Paseaba con su traje a rayas azules y burdeos y un sombrero de copa con el bastón a juego. Me dio unas entradas para los juegos. Y todos los niños que van a la feria reciben una bolsa sorpresa llena de libros gratis.

—La verdad es que realmente es el Willy Wonka del mundo editorial —dijo Emily con admiración.

—Es horrible lo que le ha pasado, ¿no? —opinó James.

Emily hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—¿Que no se haya presentado hoy? No me preocupa. Creo que su desaparición es parte del próximo gran juego.

James ladeó la cabeza y las astas tintinearón.

—¿No te has enterado? Acaban de anunciarlo. Garrison Griswold no ha desaparecido. Está en el hospital.



## Capítulo 5

—Dijiste que necesitabas un mensajero —dijo Barry entre dientes al móvil, e hizo un gesto de dolor cuando el teléfono rozó la gasa que le tapaba la mejilla herida—. Eso fue lo único en lo que estuve de acuerdo.

Habría pasado una hora desde que habían dejado a Griswold en la estación del BART. Barry y Clyde se habían subido a un tranvía para salir pitando hacia el Pier 39, donde podrían perderse entre la multitud. Iban por la pasarela de madera, por detrás de las tiendas y los restaurantes. A través de un pasaje techado se oía el alboroto de los turistas y la musiquilla incesante del tiovivo. Al final del muelle, un grupo de personas contemplaba los leones marinos que tomaban el sol sobre unas plataformas flotantes del puerto, haciendo tanto estruendo como un puñado de hombres escandalosos en las carreras de caballos. Y allí estaba Clyde, sentado a unos metros de Barry, fuera del alcance de su oído, tan pancho, metiéndose un donuts en la boca.

—Por cierto, ¿quién es este tipo que me has puesto de compañero?

Se oyeron gritos por el teléfono. Barry agachó la cabeza como un perro al que hubieran regañado.

—¡Está en todas las noticias, tío! —exclamó Barry—. Me estoy poniendo de los nervios. Hasta los vagabundos de la calle saben quién es Garrison Gri... ya sabes quién.

Barry apretó los nudillos de su mano libre contra uno de sus globos oculares y escuchó.

—Sí, nos deshicimos de eso. Clyde dijo que la limpiaría y la tiró a la bahía.

El loco de Clyde estaba con la vista clavada en una gaviota posada en la

barandilla delante de él. Le tiró un trozo de donuts al pájaro. La gaviota batió las alas para recoger su premio.

—Mira —le dijo Barry al teléfono—, págame y ya está. Puedes buscar a otro. O que se ocupe Clyde a partir de ahora.

Escuchó durante un momento y luego se dio una palmada en el muslo.

—¡Pero eso no es culpa mía! No lo llevaba consigo. Podría haber hablado con el hombre si el Sundance Kid no le hubiera disparado.

...

—Miramos por todas partes —replicó Barry—. En su bolsa solo había un libro, pero era nuevecito.

...

—Pero dijiste que sería superantiguo. Lo dejaste muy claro.

...

—No lo sé. Era de Poe. Algo de oro...

...

—¡Bueno, no lo sabía! Dijiste que era un libro antiguo. Si hubieras dicho «coge cualquier libro»...

...

—No, no lo tiene Griswold. Lo tiré a la basura.

...

—Lo siento, ¿vale? Volveremos a mirar. Luego me das el dinero y quedo fuera de esto. ¿Estamos?

...

—Muy bien. Pero ahora no podemos ir. Ese sitio estará plagado de policías. Iremos el fin de semana. Mañana. Es lo único que puedo hacer, o lo tomas o lo dejas.



## Capítulo 6

El sábado por la mañana, Emily entró en el foro de los Buscadores de Libros para ver si había cualquier información de última hora sobre el señor Griswold, pero la noticia seguía siendo la misma: en estado crítico en el hospital St. Mary tras ser asaltado en una estación del BART. Cualquier plan para un nuevo juego se posponía indefinidamente. Las palabras «estado crítico» preocupaban a Emily.

—Significa que está gravemente herido, pero aparte de eso es difícil hacerse una idea sin tener más información —le había dicho su madre—. La gente en general se recupera después de haber permanecido en estado crítico.

Además de estar preocupada por el señor Griswold, Emily no podía evitar sentirse desilusionada por lo del juego. Era el momento perfecto por su mudanza a San Francisco. Se alegraba de haber hecho planes para ir a buscar el libro con James aquella tarde. Sería una buena manera de distraerse y no estar actualizando continuamente el foro de los Buscadores de Libros para leer algún rumor sobre el juego o las últimas noticias sobre cómo estaba el señor Griswold.

Pero antes de ir al Ferry Building tenía que pedirles permiso a sus padres. Estaban colgando el lema familiar que su padre había grabado en madera hacía años: VIVE, VIAJA, AVENTÚRATE, BENDICE Y NO TE ARREPIENTAS. De Jack Kerouac, por supuesto.

—Por favor —volvió a suplicar Emily.

—Hoy no, Em —dijo su madre con un clavo sujeto en los labios mientras clavaba otro en la pared.

—Tenemos que tantear el terreno antes de dejarte salir sola —apuntó su padre. Como sabía que Emily pondría objeciones, se apresuró a añadir—: Aunque James vaya siempre él solo al Ferry Building. Tu madre y yo tenemos el día ocupado

desempaquetando e instalándonos. Aunque tienes otra alternativa.

Su padre inclinó la cabeza hacia la puerta de Matthew.

Emily suspiró. Esperaba evitar esa alternativa. Curioso; si hubiera viajado en el tiempo unos años atrás, habría sido Matthew el que la hubiese llevado de aventuras a la fuerza. Eso era antes, cuando eran inseparables, cuando a los dos les iba el Geocaching, un juego de búsqueda del tesoro que usa un GPS para encontrar montones de regalos, los inicios de los Buscadores de Libros. Luego Matthew pasó a sexto y sus compañeros de clase querían montar un grupo, así que su hermano empezó a tocar la guitarra. En cuanto descubrió Flush, dedicó todo su tiempo a la música. Las búsquedas de tesoros no estaban a su altura. Adiós al mejor amigo y compañero de fechorías; hola, hermano-grano en el culo.

Emily respiró hondo y llamó a la puerta de Matthew. Podía sentir los graves de una canción de Flush a través de las plantas de los pies. La guitarra de Matthew gritaba acorde equivocado tras acorde equivocado mientras ensayaba siguiendo la música. Volvió a llamar. La canción paró repentinamente y luego empezó otra vez desde el principio.

Empujó la puerta para abrirla y chilló su nombre, pero si la oyó, no se dio la vuelta. Emily le dio unos golpecitos en el hombro y Matthew se volvió al tiempo que sorprendentemente tocaba el acorde correcto por una vez. Llevaba su camiseta preferida de Flush, la del nombre del grupo impreso sobre un retrete.

—¿Qué? —gritó por encima de la música.

—¿Quieres ir al Ferry Building? —le preguntó Emily también a voces.

—No.

Se dio la vuelta y levantó el mástil de la guitarra.

—¡Matthew!

El amplificador estaba a su lado en el suelo y lo apagó con un golpe del dedo del pie.

—¿Qué? —repitió—. Me has preguntado si quería ir y te he dicho que no. Quizá si me preguntaras si quiero ganarme cinco pavos...

—Mira, no me dejan ir sin ti. James dice que podemos ir hasta allí en tranvía. Sé que nunca has subido a uno. ¿No te apetece explorar un poco San Francisco?

Matthew tocó repetitivamente una cuerda de la guitarra mientras pensaba.

—Muy bien —contestó.

Se encontraron con James en el porche y los tres subieron por la colina. Matthew grababa un vídeo con el móvil mientras caminaban. Tomó una panorámica de un sofá a rayas descolorido en la acera con un cartel en el que se leía libre, y un banderín de los Giants ondeando en una azotea. A una manzana de distancia desde la cima de la colina, un murmullo parecido al de un enorme enjambre de abejas se alzó sobre los sonidos distantes del tráfico.

—¿Qué es eso? —preguntó Emily.

Antes de que James pudiera responder, llegaron arriba y Emily pudo verlo por sí

misma. Unas vías recorrían el cruce, y los cables de tracción vibraban aunque no había ningún tranvía a la vista.

—Aquí es donde subiremos —anunció James—. Debería llegar un tranvía en cualquier momento.

La calle por la que habían subido bajaba en pendiente siguiendo las vías. Se acercó un grupo de turistas sobre patinetes motorizados. Matthew grabó a los que pasaron junto a ellos con los Segways en fila india.

—Están haciendo el recorrido de la calle Lombard —explicó James—, una famosa calle llena de curvas que está en esa dirección.

—Frisco es genial —dijo Matthew.

—No la llames Frisco —lo corrigió James sacudiendo la cabeza—. La gente de aquí lo odia.

—Anotado.

Matthew enfocó un anticuado letrero iluminado que sobresalía de una heladería al otro lado de la calle.

—Puedo usar algunas de estas imágenes para mis vídeos de Flush.

—¿Flush?

James levantó las cejas.

Emily puso los ojos en blanco.

—Se refiere a vídeos de fan. Mi hermano cree que los miembros de Flush lo conocen de verdad y prestan atención a lo que hace.

—Y así es. Me conocen como FiveSpade. —Matthew dio unos golpecitos sobre la pantalla de su móvil y su grabación se detuvo con un ding—. Trevor, el batería —le aclaró a James—, una vez comentó un vídeo que subí a la página de los *swirlies*. Y luego lo compartió en su propio blog. Era animación *stop-motion* con LEGO, bastante impresionante, aunque sea yo el que lo diga.

—Pero nada de eso significa que Trevor o cualquier otro de los Flush te conozca en realidad. Hablas de ellos como si fueran tus mejores amigos.

James, que se encontraba entre Emily y Matthew, había estado volviendo la cabeza de un lado a otro, entre el hermano y la hermana, mientras continuaba el debate. Antes de que Matthew pudiera replicar, James espetó:

—A *Steve* le gusta tu pelo.

Matthew bajó la barbilla para mirar a James.

—¿Ah, sí? —Se alisó la cresta torcida con una mano. Aquella mañana se había afeitado tres líneas sobre la oreja izquierda—. ¿Quién es *Steve*?

James señaló el mechón de pelo que se elevaba desde la parte trasera de su cabeza.

Matthew estudió el remolino y después asintió.

—*Steve* tiene buen gusto —dijo.

Sonó una campana. Un tranvía rojo y canela llegó al final de la pendiente y se detuvo en la intersección con otra campanada. Emily no estaba segura de por dónde

subir o a quién pagar, pero James los guio, subió por la parte delantera y le enseñó un abono al conductor. Se sentaron en los bancos de madera en los laterales exteriores del tranvía, de cara a la acera. Matthew quería un buen vídeo del recorrido, así que se quedó de pie a un lado en vez de sentarse, agarrado a una barra con un brazo.

Cuando el tranvía dio un tirón al ponerse en marcha, Emily se agarró con los dedos al borde del banco. No había cinturones de seguridad ni nada parecido. En cuanto bajaron un par de manzanas, se relajó al darse cuenta de que no iba a caerse.

Todo lo que James señalaba iba acompañado de una historia. Una tintorería que llevaba un tío suyo que fingía estornudar monedas de veinticinco centavos. Una catedral gigantesca con un laberinto, pero no de esos tan guais hechos de setos. Un mercado donde su abuela compraba ostras para el Año Nuevo chino.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí? —le preguntó Emily a James.

—Toda mi vida.

—¿Nunca has vivido en otra parte?

—Ni siquiera en una casa diferente. Mi familia vive en este edificio desde siempre. Creo que mi abuela lo compró en los sesenta. Mi habitación era la de mi madre cuando era pequeña. Mi familia lleva aquí desde que mis bisabuelos vinieron de China.

Emily trató de imaginárselo: año tras año en la misma casa, el mismo barrio, el mismo colegio, con recuerdos que se remontaban generaciones. No podía hacerse una idea. Lo único que le venía a la mente era un revoltijo disparatado de todos los lugares en los que había vivido: la soleada cocina alicatada en Nuevo México, la chimenea en Colorado que se encendía con un interruptor, los pasillos inclinados de su casa en Connecticut, la escalera enmoquetada en Dakota del Sur por la que bajaban Matthew y ella resbalando sobre sus traseros.

—Lo máximo que he vivido en un sitio fueron casi tres años —dijo Emily—. Y ni siquiera lo recuerdo. Fue justo después de nacer.

—¿En serio?

No había tono de burla en la pregunta de James, pero Emily se irritó igualmente. A veces olvidaba lo extraña que le parecía su familia a otras personas. Matthew había estado escuchando, con el brazo enganchado a la barra de forma despreocupada, como si estuviera esperando un autobús en vez de bajando a toda velocidad por una pendiente empinada. Bueno, el tranvía no es que fuera a toda velocidad; más bien bajaba la cuesta traqueteando.

Su hermano entró en la conversación con ganas de ponerlo al tanto de su historia de mudanzas. Le encantaba contarle. Parecía casi jactarse de la excentricidad de su familia.

—Nací en Arizona y Flemily nació en Washington. Luego fuimos a Massachusetts, y cuando estábamos viviendo en Nueva York, nuestros padres se dieron cuenta, gracias a unos cuantos estados en los que habían vivido antes de que la Flema y yo existiéramos, que ya habían vivido en cinco de todos los de Estados

Unidos. Así que pensaron: «¿Por qué no vivir una vez en cada estado?». Después de Nueva York fuimos a Dakota del Sur, Illinois, Connecticut, Colorado, Nuevo México, y ahora hemos venido aquí para vivir el rollo de California. —Matthew sacudió el puño con el pulgar y el meñique levantados—. *Buen rollo, hermano.*

—Eso lo hacen en Hawái, atontado —masculló Emily.

—Nuestros padres son autónomos, así que pueden trabajar desde cualquier parte —explicó Matthew—. Son unos zumbados de las mudanzas.

Emily esperó a que James se partiera de risa o comparase a su familia con un circo ambulante, pero lo único que hizo fue encogerse de hombros y decir:

—Suenan guay. Mi padre también viaja mucho.

—¿No crees que sea raro? —No pudo evitar preguntar Emily.

—No más raro que tener a tu padre viviendo en hoteles por viajes de trabajo mientras tú estás en casa con una madre y una abuela obsesionadas por su empresa de *catering*. Nuestro sofá normalmente está cubierto de pasta para los *xiao long bao*.

—¿Con cuánta frecuencia ves a tu padre? —preguntó Emily.

—Un par de veces al mes, quizá. Va variando.

James dirigió la mirada hacia la parte superior de la cuesta que estaban bajando.

Emily no se imaginaba a sus padres viajando sin ella o sin Matthew, y mucho menos el uno sin el otro. Les gustaba decir que eran la familia Robinson suiza sin el naufragio, o la familia Partridge sin la música.

Se bajaron del tranvía y James llevó a Emily y a Matthew por un centro comercial al aire libre casi desierto para seguir hacia una plaza bordeada de palmeras. El Ferry Building se hallaba enfrente de una calle concurrida, encaramado al borde de la bahía. Era un edificio sencillo pero majestuoso. Largo, de dos plantas, coronado por una gigantesca torre del reloj en el centro. Unas carpas blancas para el mercado de los granjeros ocupaban la acera de delante y daban la vuelta a la esquina.

Habían cruzado la mitad de la plaza cuando Matthew se detuvo ante un hombre que estaba colocando unos cubos formando medio círculo; a algunos les había dado la vuelta y tenían un bote encima, y otros estaban boca arriba con una jarra de agua vacía boca abajo metida dentro. El hombre sacó unas baquetas del bolsillo de su chaleco y practicó unos cuantos repiques antes de recolocar algunos cubos.

—Matthew, vamos —dijo Emily—. Ya casi estamos en el Ferry Building.

Matthew se negaba a marcharse, así que Emily y James acordaron reunirse con él junto al hombre de los cubos después de encontrar el libro. Cruzaron la concurrida calle y siguieron las tiendas blancas alrededor del edificio hasta el muelle, donde un laberinto de puestos adicionales se extendía ante ellos.

Zigzaguearon entre la multitud y Emily tuvo un presentimiento. Aquella era su parte favorita de la caza de libros. Los acertijos y juegos de ingenio eran divertidos, y devoraba los libros, pero la auténtica búsqueda era lo que la llevaba de vuelta al juego una y otra vez. Podía sacar libros de la biblioteca o comprar revistas de pasatiempos en una tienda si fuera lo único que le interesase, pero combinar esas cosas con la

búsqueda era como vivir un juego de mesa en la vida real, con un libro como premio.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó James en cuanto llegaron al tercer banco del muelle.

El agua verde grisácea lamía suavemente el otro lado de la barandilla.

—Buscar el libro. Debe de estar escondido en algún sitio de por aquí. Se trata de *Tom Sawyer*.

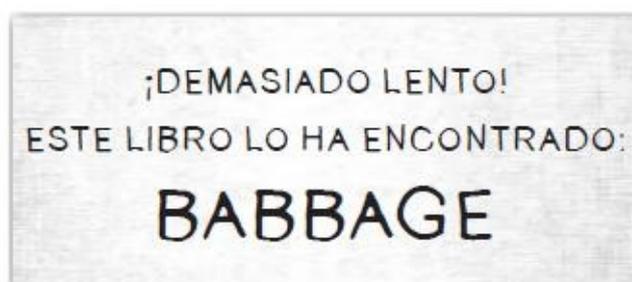
Emily se agachó junto al banco para ponerse a gatas y su cola de caballo tocó el suelo. Había un papelito pegado con cinta adhesiva a la parte inferior del banco.

—¡No!

Dio una palmada en el suelo por la frustración.

—¿Qué pasa? —preguntó James.

Emily arrancó la tarjeta y se levantó. Tenía el logo de los Buscadores de Libros en la parte delantera y en el dorso se leía:



—Ese tal Babbage nos ha birlado el libro. ¡Qué tipejo! —exclamó Emily—. Sabía que iba detrás de él y lo cogió antes.

«Y de paso los puntos dobles también», pensó con tristeza.

—¿Quién es Babbage?

—En realidad no lo conozco. Es el nombre de usuario de otro participante de los Buscadores de Libros. Podría ser cualquiera. Babbage podría ser incluso una chica.

Emily sacó una tarjeta del bolsillo pequeño de su mochila.

—¿Ves? Esta es mi tarjeta. La dejas cuando escondes o encuentras un libro, para que la gente sepa que has estado ahí.

Su tarjeta era prácticamente igual a la que habían encontrado, pero en vez de Babbage ponía Wombat Gruñón.

—¿Wómbat Gruñón? ¿Cómo se te ocurrió eso?

—Es una vieja coña con mi hermano. Cuando vivíamos en Connecticut, jugábamos a *The Gollywhopper Games* y la pista nos decía que fuéramos por un sendero que atravesaba una arboleda. No sé por qué, pero aquel camino me daba yuyu y no quería ir por allí. Matthew dijo: «No me seas un wombat gruñón», y se fue por el sendero pisando con fuerza. Eligió un nombre tan raro que me desternillé de risa. Bueno, es que son unos animales tan monos y rechonchos que imaginármelos en plan gruñón... —Emily sonrió al acordarse—. Así que dejé de estar nerviosa y lo seguí por el sendero para encontrar el libro. Más tarde, aquel mismo día, me conecté

a los Buscadores de Libros, pero tuve que dejar el ordenador por algún motivo y Matthew cambió mi nombre de usuario a Wombat Gruñón. Mi primer nombre de usuario era algo genérico, como Bibliomana123. No volví a cambiarlo.

—Wombat Gruñón. Me gusta. —James comparó la tarjeta de Wombat Gruñón y la tarjeta de Babbage durante un segundo más antes de devolvérselas a Emily—. ¿Cómo sabía ese tal Babbage que estabas buscando *Tom Sawyer*?

—Lo declaré antes de descargarme la pista. Al hacerlo de esa manera, consigues el doble de puntos si encuentras el libro. Pero cuando declaras un libro, queda marcado en la página web, así que cualquier otro participante de los Buscadores de Libros sabe que vale el doble de puntos si lo encuentra antes que tú. Pero solo han pasado un par de días desde que lo declaré y hay un montón de libros marcados, así que pensé que de ningún modo habría alguien que resolviera el código y se anticipara. Supongo que me equivoqué.

Volvieron donde los esperaba Matthew, y se pararon un par de veces a comprar algunos productos agrícolas y otros artículos del mercado de granjeros para la madre y la abuela de James. Tuvieron que sacar a rastras a Matthew de la multitud que miraba al hombre que tocaba aquella batería improvisada con cubos, y luego se dirigieron de vuelta a la parada del tranvía por un camino distinto al que habían seguido antes. Era una ciudad fantasma el fin de semana, con tan solo unos pocos coches y algún peatón esporádico. Un colorido ramo de flores abandonado en la acera hizo que Emily se parase en seco. Había otro justo delante, y otro un poco más allá. Un rastro escalonado de ramos, como las miguitas de pan que dejaron Hansel y Gretel, llevaba a la barandilla de hierro de una escalera que se metía bajo tierra.

—¿Qué son esas flores? —preguntó Matthew.

Una cinta amarilla atada a una de las barras de hierro flotó hacia arriba por la brisa mostrando la palabra precaución. Emily soltó un grito ahogado al darse cuenta de que la cinta amarilla eran los restos del perímetro que había cerrado la escalera del metro el día anterior.

—Esta es la estación del BART —dijo con voz queda, como si estuvieran a las puertas de un cementerio y no en una parada de transporte público—. Pasamos por aquí ayer. Todos los vehículos de emergencias se encontraban en esta zona.

Allí era donde habían asaltado a Garrison Griswold. A pesar de que el sol cayera a plomo sobre ellos, Emily sintió un escalofrío.



## Capítulo 7

Si no hubiera sido por la cantidad de recuerdos que honraban al señor Griswold, alguien podría haber pasado por aquella esquina sin saber que allí había sucedido algo horrible. Había un cartel apoyado en la barandilla que decía: ¡RECUPÉRESE PRONTO, SEÑOR GRISWOLD! ¡SU CIUDAD LO NECESITA!; un montón de flores, velas, animales de peluche y tarjetas, pero sobre todo había libros. Muchísimos libros, como si todos los habitantes de la ciudad hubieran llevado allí sus favoritos solo para el señor Griswold.

—Siento que deberíamos dejar algo —dijo Emily.

James miró en la bolsa de nailon que contenía las verduras de su abuela y sacó un manojo de hojas verdes.

—¿Col china?

Emily se apoyó sobre una rodilla y abrió la mochila. Arrancó un trozo de papel de su libreta y lo dobló para improvisar una tarjeta. James y ella se agacharon en la acera para escribir una nota y firmarla. James también firmó por *Steve* con tres rayitas que salían de la última «e» del nombre hacia arriba como un mechón de pelo. Emily le entregó la tarjeta a Matthew.

—¿Qué?

—Tú también deberías firmarla.

—Ni siquiera conozco a ese tío.

—Fírmala, Matthew.

Su hermano refunfuñó y extendió la mano para que le diera un rotulador. Cuando Emily cogió la tarjeta, leyó lo que Matthew había escrito: «Mi hermana está fatal por lo que le ha pasado y me ha hecho firmar esto. ¡Mejórese pronto, señor de los

caramelos!».

—¡Matthew! No puedes escribir eso. Y ya te lo he dicho antes, el apodo de Willy Wonka no tiene nada que ver con caramelos. Él hace libros.

—Muy bien. Lo corregiré.

Volvió a coger la tarjeta, tachó «señor de los caramelos» y escribió «viejo de los libros».

—¡Eso es incluso peor!

Emily le arrebató el papel a Matthew y lo arrugó en sus manos.

—Bueno, ¿y dónde pasó? —preguntó Matthew—. ¿Crees que estaba aquí mismo?

—Creo que fue abajo, en la estación —dijo James.

—Voy a comprobarlo.

Matthew ya había bajado la mitad de la escalera antes de que Emily o James pudieran decir otra palabra.

—¡Matthew, vuelve aquí! —gritó Emily tras él.

—No está cerrado ni nada —contestó Matthew a voces desde abajo—. Este sería un sitio guapísimo para un vídeo musical.

Emily y James bajaron la escalera detrás de él. El aire era más caliente y viciado a medida que avanzaban hasta que estuvieron bajo tierra, al lado de Matthew, que tomaba una panorámica de la zona con la cámara de su *smartphone*. La estación era amplia, una cueva de paredes resbaladizas con una iluminación titilante en el techo. Las notas lentas y distantes de un clarinetista al que Emily no veía la hacían pensar que la estación debía de ir más allá de donde ellos estaban. Colgando de paredes y columnas había anuncios luminosos de Beach Blanket Babylon, Teatro ZonZanni y otros negocios de San Francisco. Unos cristales sucios de huellas y unas puertas electrónicas los separaban de la escalera mecánica que bajaba al nivel donde los trenes iban y venían.

Una mujer bajó por la escalera detrás de ellos y cruzó las puertas de acceso, como si lo hiciera todos los días. Delante, un grupo entró por una boca de metro más alejada y se volvieron para dirigirse al otro extremo de la estación. ¿Acaso esa gente no se daba cuenta de dónde estaba? ¿No sabían que algo violento había pasado allí tan solo hacía un día? Gracias a la pregunta que había planteado antes su hermano, Emily no podía dejar de preguntarse dónde debía de estar el señor Griswold cuando lo asaltaron. ¿Llegaba en un tren o estaba abajo esperando uno? No quería pensar en eso, lo que, por supuesto, hacía que fuese más difícil dejar de hacerlo.

—Salgamos de aquí —dijo Emily.

Mientras se daba la vuelta para marcharse, lanzó la bola de papel de lo que había sido su tarjeta a una papelera, pero se quedó un poco corta. Al agacharse para recogerla, vio el canto granate de un libro metido entre la papelera y la pared.

—¡No puede ser! —exclamó. Sacó el libro del lugar donde estaba encajado y lo levantó—. ¡Un libro escondido!

—¿Es para los Buscadores de Libros? —preguntó James.

—*El escarabajo de oro*. —Emily leyó el título. Compensaría sobradamente que Babbage le hubiera birlado su libro si fuera en realidad para los Buscadores de Libros. Lo abrió por la cubierta—. No hay etiqueta de seguimiento en el interior. Te asignan un número de seguimiento único cuando registras un libro en los Buscadores de Libros —le explicó a James—. Imprimes el número en una etiqueta y lo pones dentro del libro. Pero a veces la gente se olvida o no se preocupa de hacer un seguimiento del libro, así que no imprime la etiqueta para ponerla dentro. Pero este parecía estar escondido, ¿verdad? ¿Por qué iba alguien a tirarlo? Parece nuevo.

Volvió a mirar el libro. El escarabajo dorado en relieve que lucía la portada emitió unos destellos.

—Dejaré mi tarjeta, por si acaso.

Se agachó junto a la papelería, pero antes de poder dejar la tarjeta, James le dio un ligero codazo.

—Mmmm, tu hermano...

Emily levantó la mirada para ver a Matthew colocando una enorme pegatina de Flush en la máquina expendedora de billetes.

—¡Matthew! ¿Qué estás haciendo? ¿De verdad llevas eso por ahí en el bolsillo?

—Un *swirly* fiel lleva en todo momento parafernalia de Flush. Es la regla número uno. La regla número dos es que los adornos de Flush hacen que el mundo sea un lugar mejor. Además, colocar etiquetas nunca hace daño a nadie.

—¿Es que no ves el cartel?

Justo encima de él había un cartel donde se leía: CUALQUIER ACTO DE VANDALISMO SERÁ SANCIONADO.

Matthew movió una mano con desdén.

—Eso es como el letrero de «Cuidado con el perro» cuando en realidad tienen un chihuahua. Ni siquiera hay nadie. Este sitio está prácticamente vacío.

—Prácticamente no es lo mismo que totalmente —apuntó James, cambiando el peso de un pie a otro mientras observaba a dos hombres que habían aparecido en la otra punta de la estación.

—Sácala, en serio —dijo Emily. Rápidamente colocó la tarjeta detrás de la papelería y la ajustó de modo que la viera cualquiera que la buscara pero no la confundiera con basura. Se levantó y señaló con la cabeza hacia unos hombres que estaban acercándose—. Esos tíos están vigilándonos.

Uno era bajo y achaparrado, y el otro alto y delgado como una farola. Los hombres estaban incómodamente concentrados en ellos. Por si había alguna duda, quedó descartada cuando el hombre bajo le dio un puñetazo a su amigo en el brazo y señaló con un dedo en su dirección.

El alto ahuecó una mano alrededor de la boca y gritó:

—¡Eh, chavales! ¡Quietos ahí!

—¡Matthew, idiota! —le soltó Emily.

—¡Seguridad infiltrada! ¡Corred! —exclamó Matthew.

Salieron volando hacia la escalera mientras Emily agarraba con fuerza su nuevo libro. James adelantó a Matthew con un empujón cuando llegaron a la acera.

—¡Seguid a Steve! —gritó James.

El mechón erizado se movía incontroladamente mientras corrían.

James regresó en dirección al Ferry Building. Esquivaron flores y animales de peluche, y corrieron por la acera de ladrillos hasta llegar a un muro de personas que hacían cola para subir a un autobús.

—¡Perdonen! —gritó James mientras atravesaban la cola.

James dobló la esquina pasando por delante del hombre de los cubos, que todavía tocaba como un loco su batería improvisada. Corrieron hacia un centro comercial vacío, y las salpicaduras de una fuente de cemento inmensa los animaron a continuar. Emily miró por encima del hombro. Continuaban persiguiéndolos y acababan de pasar junto al hombre de los cubos.

—¡Seguid corriendo! —les gritó a James y a Matthew.

James dobló la esquina al pasar junto a una panadería y entró en el centro comercial. Los escaparates de cristal se vieron borrosos al pasar a toda velocidad, luego James giró de pronto y subió a toda prisa a la planta de arriba. No se oía nada más que el sonido de sus zapatos golpeando contra el suelo hasta que, finalmente, se detuvieron en los servicios públicos.

—Creo que los hemos despistado —dijo Matthew entre jadeos.

—¡Silencio! —James se llevó un dedo a los labios.

Emily, James y Matthew se pegaron a la pared junto a los servicios para mantenerse fuera de la vista de cualquiera en el piso inferior hasta que se oyeron unas fuertes pisadas debajo de ellos que luego desaparecieron. Un hombre maldijo y su voz retumbó en el centro comercial desierto.

—Te dije que volverían al parque —dijo otra voz—. ¡Vamos!

Emily contó hasta cien para sus adentros y entonces, cuando estuvo segura de que los hombres se habían marchado, se dio la vuelta hacia su hermano, con la cara ardiendo de tanto correr y acalorándose aún más por el enfado.

—¡Matthew! —Le dio un porrazo con el libro granate que todavía llevaba en la mano—. ¡Eres increíble!

—Vamos, tranquilízate. —Matthew se secó el sudor de la frente con el borde de la camiseta—. ¿Quién habría pensado que los guardias de seguridad se alterarían tanto por unas estúpidas pegatinas?



## Capítulo 8

Emily quería buscar *El escarabajo de oro* en la página web de los Buscadores de Libros, y como casi siempre había alguien en el ordenador de los Crane y James tenía el suyo propio, dejaron a Matthew en el porche y se dirigieron al apartamento de James. A cada peldaño que subían, el olor a especias y carne asada se hacía más fuerte. Hacía mucho tiempo que Emily no iba a casa de un amigo. Pensó en la abuela de James y su tono de reprimenda, y empezó a angustiarse por si hacía o decía algo mal. Siguió a James cuando llegaron al rellano de su piso, se quitó los zapatos como él y los dejó junto a la fila de calzado pegada a la pared.

En el salón se oyeron unas voces que hablaban en chino, y cuando Emily se asomó, vio que salían de un televisor de pantalla plana colocado en un armario. Una anciana china, empequeñecida por la butaca de flores en la que estaba sentada, tenía la atención fijada en la pantalla. De tanto en tanto movía las manos y decía algo demasiado bajo para que Emily lo oyera por encima del ruido de la televisión, como si mantuviera una conversación unilateral.

—Hola, Tai Po. —James cruzó la habitación y le dio a la mujer un abrazo de lado—. Es mi bisabuela —le explicó a Emily—. Vive en Pacific con mi tía, pero los sábados normalmente viene aquí porque mis primos tienen torneos el fin de semana y esas cosas. Ya sabes cómo es eso.

James lanzó esas frases de forma despreocupada y totalmente inconsciente de que unas afirmaciones tan simples pudieran hacer que a Emily le diera vueltas la cabeza. Antes que nada, ¿qué torneos? Supuso que se refería a algún tipo de deporte o tal vez ajedrez, pero no, no sabía qué podía ser. Al mudarse con tanta frecuencia, jamás se apuntaba a ningún deporte organizado ni club del colegio. Las actividades en su

tiempo libre eran hacer turismo con sus padres, leer, los pasatiempos y los Buscadores de Libros.

Y luego estaban todas las personas que James había mencionado en una sola frase: su bisabuela, su tía, sus primos... ¿acaso todos vivían allí al lado? ¿Es que los veía todo el tiempo? Emily quizá visitaba una vez al año a su abuela, que vivía en Vermont, y el resto de sus abuelos habían fallecido. Tenía un tío que estaba en Europa, o al menos era donde ella creía que estaba. Él y su padre no es que se llevaran muy bien. Y su madre tenía una hermana con la que hablaba a menudo por teléfono, pero hacía años que no la veían.

Se oyó un estrépito en la cocina en la otra punta del apartamento. Emily se dio la vuelta para mirar por el pasillo y vio a otra mujer asomar la cabeza por la puerta.

—¡Has vuelto! —exclamó.

—Hola, mamá.

James se dirigió hacia ella por el pasillo y le pasó las dos bolsas que había traído del mercado de granjeros.

—¿Habéis comido? La cocina es zona catastrófica, así que no os acerquéis mucho, pero puedo traeros algo. Estamos preparando una cena de aniversario para el *catering* que servimos esta noche.

La madre de James tenía el pelo negro, largo y brillante, y llevaba unos pendientes de aro que se mecían como columpios cuando hablaba.

—Estamos bien —dijo James, y miró a Emily para que asintiera—. Emily va a enseñarme la página web de los Buscadores de Libros.

—¡Oh, Emily! Ni siquiera me he presentado. Lo siento mucho. Soy la madre de James. Te estrecharía la mano, pero... —Movié las manos cubiertas de harina—. ¿Está gustándote San Francisco?

—Es bonito.

Tuvo que hablar más alto para que la oyeran por encima del estruendo de la campana extractora que funcionaba a pleno rendimiento en la cocina. Algo chisporroteó como si cayera en aceite caliente. Dentro de la cocina oyeron gritar a la abuela de James algo sobre el aceite y el extractor.

La madre de James levantó las palmas y se encogió de hombros, como diciendo: «¿Qué le vamos a hacer?», y volvió a meterse en la cocina.

Era un poco abrumador lo distinto que parecía el apartamento de James al de Emily, que era prácticamente idéntico en cuanto a distribución, pero nada más. Los pisos de alquiler de los Crane siempre estaban amueblados con lo básico. Austeros e insulsos. El apartamento de James estaba lleno de objetos, olores y ruidos. Había alfombras, sillones y almohadones decorativos. Mesas con tapetes por encima, marcos y baratijas sobre ellas. Plantas de verdad a las que tenías que cuidar. Las paredes estaban pintadas de colores, no del blanco con el que te lo alquilan, y de ellas colgaban cuadros, fotografías y una colección de abanicos de papel. Algunas cosas parecían nuevas, como el televisor de pantalla plana, y otras cosas parecían sacadas

de un museo. James había dicho que su familia llevaba viviendo en aquel edificio durante generaciones, y se notaba.

La habitación de James no era distinta al resto de la casa. Estaba llena hasta los topes. Las paredes azules estaban cubiertas de póster de superhéroes y cómics, un sistema solar colgaba del techo y giraba lentamente, una boa constrictor de peluche se enroscaba por los pies de su cama. Había múltiples estanterías no solo con libros, sino también con colecciones. Maquetas LEGO cuidadas y ordenadas, monstruos de juguete, una montaña de juegos de mesa, erizos de mar... Emily y Matthew estaban limitados a una maleta de «cosas secundarias» y otra de libros. Emily ni siquiera podía calcular cuántas maletas harían falta para guardar todo lo que tenía James.

Este corrió una cortina que escondía un rincón con un escritorio y ordenadores.

—Es una broma, ¿no? —dijo Emily alucinada.

—Yo nunca bromeo con los ordenadores. —James dio unas palmaditas sobre cada uno de ellos como si fueran obedientes cachorros—. Un ordenador para los deberes del colegio y las cosas normales, otro para los videojuegos y el tercero lo he montado yo.

—¿Has montado un ordenador?

—Tampoco es tan difícil —le aseguró James encogiéndose de hombros—. Bueno, ¿cómo comprobamos que *El escarabajo de oro* sea parte de los Buscadores de Libros?

Entraron en la página web de los Buscadores de Libros y Emily clicó en «Parada Embarcadero del BART». No había ningún libro listado en «Escondidos». Buscó por *El escarabajo de oro*, pero no salió nada en los resultados.

—A lo mejor lo tiró alguien ahí y no acertó a meterlo en la papelera —apuntó James.

—¿Quién iba a tirar algo así? —preguntó Emily.

Todo el volumen tenía demasiada buena pinta: tapa dura, encuadernado en tela de lino de color granate y un escarabajo dorado en relieve en la portada con unas manchitas que destellaban cuando se movía el libro. Se abría con rigidez, como si ella fuera la primera que lo hiciera. Nadie se desharía de un libro como aquel.

Emily fue a la página de créditos. Lo único que había allí era un dibujito de un pájaro negro delante de un puente y las olas del océano, así como una serie corta de números. Aquel dibujo hizo que le diera vueltas a la cabeza porque tenía la sensación de haber soñado que lo encontraba o que había visto ese símbolo antes.

A lo mejor hacía tan poco que alguien lo había escondido que no le había dado tiempo de registrarlo *online*, o quizá se había olvidado. Clicó en el foro y publicó un mensaje.

Escribió: «He encontrado un ejemplar de *EL ESCARABAJO DE ORO* de Edgar Allan Poe en una parada del BART en San Francisco. ¿Alguien lo ha escondido y se ha olvidado de registrarlo? Por favor, contestad sí porque necesito los puntos». No es que necesitara de verdad los puntos, pero tan solo le faltaban quince para pasar del

nivel Miss Marple a Auguste Dupin, y contaba con los dos puntos que habría ganado si hubiera encontrado ese día *Tom Sawyer*.

Después de publicar el mensaje en el foro, Emily le enseñó a James la página de los Buscadores de Libros, actualizó la información de su perfil para tener San Francisco como su ciudad y anotó «Colegio Booker» en el apartado estudios/trabajo.

—¿Qué hay de la tarjeta que encontraste? —preguntó James—. En el Ferry Building. ¿Cómo llamaste a ese tío? ¿Un... birlador? ¿Puedes averiguar algo sobre él?

Emily sacó la tarjeta de la mochila y escribió «Babbage» para buscar al usuario. Clicó en el perfil y se sorprendió al ver que Babbage tenía el nivel Sherlock Holmes, el más alto de todos.

—¿Qué tipejo! Ni siquiera necesitaba los puntos. Es un birlador egoísta —masculló Emily.

—¿Los puntos no importan si estás en el máximo nivel? —preguntó James.

—Bueno, puedes seguir utilizándolos en las tiendas de Bayside Press. Y también hay gente que simplemente es competitiva y quiere ver lo mucho que pueden subir sus puntos totales.

Tardaría bastante en conseguir el nivel Sherlock Holmes, pero en cuanto lo tuviera, seguramente sería una de esas personas competitivas de las que hablaba.

—¿Ha declarado Babbage algún libro? —preguntó James—. A lo mejor podríamos llevarnos uno de los libros que él está buscando.

Emily clicó en el perfil de Babbage para mirar sus libros ocultos, pero la detuvo otro descubrimiento.

—¿Colegio Booker! —leyó James—. ¿El tío va a nuestro colegio?

—O la tía —apuntó Emily.

Al saber que Babbage era un estudiante de secundaria como ellos, aún le molestaba más que le hubiera birlado *Tom Sawyer*.

—¿No podemos ver su foto?

—No ha subido ninguna.

Babbage usaba un avatar genérico, igual que Emily.

Examinó las listas de libros de Babbage. El usuario no había declarado muchos títulos, pero él o ella había escondido varios recientemente. Cuando escondes un libro y subes la clave, seleccionas una categoría de detective para dar una idea a los demás usuarios de lo complicado que puede ser encontrar tu libro escondido. Babbage había dado a todas sus pistas el nivel Sherlock, así que estaban casi definitivamente más allá de las capacidades de Emily para descifrar códigos.

El ordenador sonó y se abrió una ventana del chat.

**CUERVO:** ¿Puedo ayudarte?

—¿Quién pregunta si puede ayudarte? —quiso saber James—. ¿Es Cuervo una

especie de sirviente?

Emily se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Ayudarme en qué?

**CUERVO:** Has preguntado por *EL ESCARABAJO DE ORO*.

—¡Oh! —Emily se irguió—. ¡Qué rápido! ¡Cuervo ya conoce el libro! ¿Lo ves? Sabía que pertenecía a los Buscadores de Libros.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Lo escondiste tú en la parada del BART?

**CUERVO:** No puedo revelar las ubicaciones.

—La ubicación ya se ha revelado, friki —dijo Emily para sí—. ¿Cómo si no iba yo a conocerla?

**WOMBAT GRUÑÓN:** Ya conozco la ubicación. Encontré *EL ESCARABAJO DE ORO* en la parada del BART. Estoy intentando que me lo reconozca el programa.

**CUERVO:** *EL ESCARABAJO DE ORO* es un relato corto de Edgar Allan Poe publicado originalmente en 1843. Poe ganó un concurso de relatos y lo premiaron con la publicación de su cuento en un periódico local. Fue una historia popular en su día y llamó la atención sobre los criptogramas y la escritura secreta.

—¿A qué viene esa lección de historia? —preguntó James.

Emily suspiró.

—No creo que Cuervo haya escondido en realidad este libro. Probablemente sea una de esas sabelotodo a la que le gusta presumir de los datos que guarda en la cabeza. Bravo por ti. Sabes mucho de Edgar Allan Poe —refunfuñó con desdén.

Emily cerró la ventana del chat con un fuerte clic del ratón.

—Veamos si hay alguna noticia nueva sobre el señor Griswold en el hospital —dijo Emily.

En el foro no había actualizaciones, pero Emily vio una conversación bajo la categoría «Garrison Griswold» titulada «Y si...». Un usuario de Carolina del Sur había publicado: «No quisiera ser un aguafiestas, pero acaba de pasármese por la cabeza una triste idea. ¿Qué pasará con los Buscadores de Libros si el señor G no se recupera?».

Emily inspiró bruscamente. Había estado preocupada por el señor Griswold y lo que significaba que estuviera en cuidados intensivos, pero no se le había pasado por

la cabeza que si le ocurría algo también repercutiría en los Buscadores de Libros. Echó un vistazo a las reacciones publicadas y encontró una gran variedad de respuestas. La mayoría de la gente era positiva respecto al futuro del señor Griswold, así como de los Buscadores de Libros. Pero la respuesta de un usuario podría haber estado escrita en negrita por el modo en que saltaba a la vista: «El amigo de un amigo trabaja en Bayside Press y digamos que ha sido el amor y no el dinero lo que ha mantenido funcionando los Buscadores de Libros. Y esto fue antes de que todo se viniera abajo con el gran G. Me gustaría tener una actitud positiva respecto a lo que depare el futuro, pero creo que deberíamos conseguir los libros que buscamos mientras aún podemos».

¿Un mundo sin los Buscadores de Libros? Hacía seis años no hubiera notado la diferencia, pero ahora era una parte muy importante de su vida. Sin los Buscadores de Libros, Emily no sería capaz de seguir por dónde viajaba un libro, ver quién lo encontraba y adónde iba a continuación, leer las aventuras que publicaban otros sabuesos ni intercambiar reseñas después de leer el libro.

Leer se convertiría en una actividad solitaria sin los Buscadores de Libros. Volver a mudarse sería insoportable sin los Buscadores de Libros.

—Bueno, parece que todo sigue igual en cuanto al señor Griswold —dijo James interrumpiendo sus pensamientos—. Hablábamos de inventarnos un lenguaje secreto. ¿Quieres hacerlo ahora?

Emily miró a James y parpadeó unas cuantas veces, como si no pudiera enfocar la vista.

—Exacto —contestó finalmente—, parece que todo sigue igual.

Emily echó una mirada una vez más al mensaje del foro antes de cerrar la ventana del navegador.



## Capítulo 9

Aquella noche en la cama, Emily distrajo la atención de su preocupación por el señor Griswold y los Buscadores de Libros leyendo el nuevo ejemplar que había encontrado. Gracias a la extraña conversación con Cuervo ese mismo día, sabía que *El escarabajo de oro* era un viejo relato de Edgar Allan Poe. Al principio pensó que era raro: una historia antigua en un libro nuevo. Pero su padre le recordó que los clásicos se publicaban una y otra vez, a menudo con una portada diferente para «hacerlos más accesibles a los lectores modernos», le explicó.

Emily metió la nariz en *El escarabajo de oro* y respiró hondo. Tenía el olor de un libro recién comprado con un ligero toque a limón. Pasó las páginas cuidadosamente para volver al principio de la historia y comenzar de nuevo. El lenguaje era anticuado, y Emily advirtió una errata inmediatamente, y luego otra más adelante, por lo que le costaba entrar en la historia.

Avanzó y leyó suficientes fragmentos para saber que trataba de un mensaje secreto y la caza de un tesoro. Eso sonaba bien, así que no lo dejó, pero los errores la molestaban demasiado. Con uno de los lápices púrpura que usaba su padre para trabajar, corrigió las erratas como hacía él, tachando la letra incorrecta y escribiendo la correcta encima. Algunas personas pensaban que era extraño e incluso destructivo escribir en los libros, pero era una costumbre que había cogido Emily a los siete años, cuando jugaba a ser correctora mientras su padre trabajaba. Por aquel entonces, la mayoría de las veces escribía tonterías o dibujaba gatitos, pero ahora sus notas formaban lo que podría considerarse un diario de lectura.

Emily suspiró por la frustración cuando se topó con la que con probabilidad sería la vigésima errata.

Oyó un golpe en el techo, luego tres golpes rápidos seguidos de otro golpe. Era la señal que James y ella habían acordado cuando se inventaron su lenguaje secreto ese mismo día. Significaba que bajaba el cubo con un mensaje. Emily cruzó su dormitorio y abrió la ventana.

Para su lenguaje secreto, habían decidido un código de sustitución. James sabía por la clase de mecanografía que las frases: «El veloz murciélago hindú comía feliz cardillo y kiwi. La cigüeña tocaba el saxofón detrás del palenque de paja» usaban todas las letras del abecedario, así que las convirtieron en la clave de su código. Para terminar con las veintisiete letras del alfabeto se saltaron las que estaban repetidas. Su código secreto quedó así:

Abecedario normal:

ABCDEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ

Clave del código:

ELVOZMURCIAGHNDFYKWÑITBSXPQJ

La *N* y la *T* seguían siendo las mismas, pero decidieron que no importaba. Si podían memorizar su nuevo alfabeto, serían capaces de leer los mensajes del otro sin utilizar la clave de respuestas como referencia.

El cubo bajó hasta el piso de Emily y la niña sacó la nota de James. Decía: «¿KBZ REVZÑ?». Un galimatías para cualquier otra persona, pero Emily sabía qué hacer. Cogió un lápiz y no tardó en traducir el mensaje: «¿Qué haces?».

Emily escribió su respuesta:

«GZZW ZF. ZNVFNTWEOEÑ 20 ZWWETEÑ. ¿TB?».

(Leer *EO*. Encontradas 20 erratas. ¿Tú?).

Utilizó el mango de la escoba que había encontrado en la cocina para repetir el golpeteo en el techo antes de enviar la nota arriba. La respuesta de James llegó pocos minutos más tarde:

«OZZWZÑ. ¿YBZOF SZW ZF?».

(*Deberes*. ¿Puedo ver *EO*?).

Emily colocó el libro dentro del cubo. Mientras esperaba a que James se lo devolviera, pensó en lo raro que era que un libro pareciera tan perfecto por fuera pero tuviese tantos fallos por dentro. Quienquiera que lo hubiera hecho no debía de haber contratado a nadie como su padre para corregir los errores. James golpeó en el techo

y el cubo volvió a bajar hacia su ventana.

«¿ZÑVWCLZÑ ZN GFÑ GCLWFÑ? IWZLZGOZ!  
HCWE KBZ RZ ZNVFNTWEOF, IE IE».  
(¿Escribes en los libros? ¡Rebelde!  
Mira qué he encontrado, ja ja).

Emily abrió el libro y vio que James había rodeado con un círculo correcciones consecutivas de letras que formaban las palabras «no, extraño, simple». James había convertido un montón de erratas aburridas en un juego divertido de búsqueda de palabras. Le envió una nota:

«TB Q TBÑ EVZWTCIFÑ. 😊»  
(Tú y tus acertijos. 😊)



El domingo por la mañana, Emily se despertó con el sonido de alguien yendo como un bólido por fuera de su habitación. Grogui, cambió de posición bajo las sábanas. Espera, ¿acababa de oír a alguien yendo como un bólido? Salió de la cama y entreabrió la puerta justo a tiempo de ver a Matthew lanzándose hacia ella con el monopatín.

—¡El desayuno! —anunció a voces al pasar a toda pastilla y le daba en la frente con una magdalena envuelta en plástico.

Se detuvo derrapando un poco más adelante del pasillo. Emily cogió la magdalena de arándanos del suelo.

—Eres un idiota —le espetó.

—Qué mala suerte tienes, entonces —contestó Matthew, encogiéndose de hombros—, porque tenemos los mismos genes.

Emily arrastró los pies hacia la cocina. Era una habitación estrecha con una mesa pequeña encajada en un extremo.

—¿Dónde está mamá? —le preguntó a su padre, que estaba sentado a la mesa rodeado de secciones de periódicos.

—Ha salido a sacar fotos para el blog.

—¿Ya?

Llevaban en San Francisco menos de dos días.

—El blog no crea contenido por sí solo, supongo —murmuró su padre.

Emily, perdida en sus pensamientos sobre *El escarabajo de oro*, buscó un vaso para el zumo entre las diferentes cajas y bolsas de la mudanza que todavía atestaban

la encimera y el suelo. La noche anterior se había abierto camino por toda la historia. Cada vez que encontraba una errata, tachaba la letra que estaba mal y escribía encima la correcta. En la última página sus correcciones a mano formaban la palabra «escribir». Aunque se había burlado del don de James para ver acertijos por todas partes, en cierta manera la asustaba, como si el libro estuviera intentando comunicarse con ella. Pero eso sería una locura.

—Oye, papá. Cuando estás corrigiendo, ¿alguna vez te has dado cuenta de que las erratas formaran una palabra?

Encontró un vaso para el zumo y se reunió con él en la mesa.

—¿Hummm?

Su padre desplegó una sección que estaba leyendo y luego la volvió a plegar para poder leer una parte diferente de la página.

Emily se sirvió un poco de zumo.

—Ya sabes, cuando tachas la letra que está mal y escribes encima la correcta. ¿Alguna vez esas letras correctas han formado palabras?

Sin levantar la vista, respondió:

—Ya son parte de una palabra.

—No. ¿Y si las mismas erratas fuesen también parte de una segunda palabra formada solo por las letras correctas que has escrito? ¿Te ha pasado eso alguna vez?

—¿Te refieres a que si las correcciones han formado una palabra por casualidad? —Su padre la miró perplejo. Luego emitió un suave gruñido, como si le hiciera gracia la idea—. Eso sería toda una hazaña. A menos que estés hablando de palabras de dos letras como «de» o quizá «el», no creo que pudiera pasar. —Reflexionó un poco más y luego negó con la cabeza firmemente—. No, sería imposible que sucediera por accidente.

Emily estaba a punto de decirle que no era imposible y que en realidad había pasado muchas veces en el libro que estaba leyendo, cuando su padre comentó:

—He pensado que te interesaría esto. —Hojeó los montones de periódicos y sacó una sección doblada por la mitad—. Un artículo de hoy sobre Garrison Griswold donde hablan un poco de los Buscadores de Libros.

—¡Oh! ¡Déjame ver!

Emily abrió y cerró la mano como un niño pequeño que quiere un juguete. Su padre se levantó de la mesa y le pasó el periódico con una sonrisa.

—Me encanta que te apasionen tanto los libros y el mundo editorial. Y hablando de lo cual, tengo que volver al trabajo.

—Es domingo —le recordó Emily.

—Tengo que recuperar el tiempo que tardamos en viajar hasta aquí para cumplir con la fecha de entrega. No hay descanso para los cansados. Pero no te preocupes, esta tarde tendremos una aventura familiar.

—Sabes que «aventura» significa algo inusual y emocionante, ¿verdad? —le preguntó Emily a su padre. El hombre arrugó la nariz e inclinó la cabeza como

respuesta, desconcertado—. Si hacer turismo y explorar lugares nuevos es lo normal en nuestra familia, entonces tal vez «aventura» no sea la palabra acertada.

Su padre se rio.

—Una teoría interesante —dijo, y abandonó la cocina.

Emily desplegó el periódico. Una foto de Garrison Griswold acompañaba el artículo. Estaba delante del edificio de Bayside Press con el mismo traje burdeos y azul plateado que James había descrito que llevaba en la feria del libro: una chistera, un traje y un bastón con los colores de Bayside Press. Era un hombre muy alto. En la foto parecía que tendría que agacharse para pasar por la puerta principal si se dejaba puesta la chistera. Llevaba gafas sin montura, tenía el pelo plateado y un flequillo largo, además de un bigote entrecano que parecía un plumero en miniatura en equilibrio bajo su nariz.

Emily leyó por encima el artículo:

Griswold se mudó a la región de la bahía de San Francisco en 1952, cuando tenía doce años. A los dieciocho, impulsado por su admiración por la Generación Beat de escritores, se marchó de casa de sus padres para vivir en la ciudad. Inspirado por los esfuerzos de Lawrence Ferlinghetti con la librería y editorial City Lights, Griswold empezó a editar un diario semanal alternativo llamado *Bayside Weekly*, que finalmente se convirtió en una de las empresas más destacadas de San Francisco. Conocido también por su carácter divertido, a Griswold se lo apoda cariñosamente el Willy Wonka del mundo editorial. En 2004 lanzó un juego de intercambio de libros llamado los Buscadores de Libros que ha ido aumentando su popularidad y que ya acumula más de 500.000 usuarios en dieciséis países, con una media de 100.000 libros a encontrar en un día determinado. Además de los Buscadores de Libros, ha presentado varios juegos a menor escala en la ciudad y, de vez en cuando, en lugares más alejados.

¿El señor Griswold se había mudado también a la región de la bahía de San Francisco a los doce años? Emily no lo sabía. Quería recortar la información y la foto de Griswold, pero no encontraba las tijeras. Después de rebuscar en cajas y bolsas, y abrir armarios y cajones de la cocina, levantó la mirada y lanzó un suspiro al techo que separaba su apartamento del de James. Apostaba a que los Lee tenían un sitio específico para guardar las tijeras. Todos los niños normales que no vivían como nómadas seguramente lo tenían. Dobló el papel sobre la esquina de la encimera laminada para cortarlo, pero sin querer arrancó un trozo de la fotografía de Griswold.

Estaba a punto de tirar aquel trocito a la bolsa de la basura que colgaba de la puerta de un armario, pero se detuvo cuando vio el logo de Bayside Press. Justo se le

había roto por la mitad de un emblema circular con una gaviota elevándose por encima del agua delante de un puente. El logo no era nuevo para ella, pero fue como si lo viera por primera vez.

Emily corrió por el pasillo para encontrar a su padre instalado frente al ordenador familiar.

—Papá —dijo sin aliento, como si hubiera corrido un kilómetro—. Respecto a mi pregunta sobre las erratas... ¿Podría haberlo hecho alguien intencionadamente? ¿Podrían haber publicado un libro con erratas a propósito?

El padre se colocó bien las gafas mientras consideraba su pregunta.

—Sí —respondió lentamente—, aunque no sé por qué habrían de hacerlo. Los editores me pagan para que no haya errores ortotipográficos en los libros. ¿Por qué iban a querer mantenerlos?

¿Por qué alguien iba a querer mantenerlos? Emily dejó a su padre perplejo por su interés repentino en el proceso editorial y volvió corriendo a su habitación. Cogió *El escarabajo de oro* de encima de un montón de libros, con la palabra «escribir» retumbando en su cabeza mientras iba a la página de créditos.

El emblema en aquella página era casi idéntico al logo de Bayside Press, pero en vez de una gaviota había un pájaro negro.

—No puede ser —susurró Emily.

Aquel libro era del señor Griswold. Tenía que ser suyo. Debía de haberlo escondido en la parada del BART antes de que lo asaltaran. Y a Emily solo se le ocurría una razón por la que el señor Griswold habría escondido un libro a propósito sin introducirlo en los Buscadores de Libros.

Para empezar un juego.



## Capítulo 10

Emily tenía que hablar con James. Miró hacia la ventana donde colgaba el cubo de arena, pero esto era demasiado urgente para utilizar ese sistema. Cogió *El escarabajo de oro* con su libreta y el recorte de prensa.

—¡Vuelvo ahora mismo! —le dijo a su padre mientras bajaba corriendo la escalera.

Le puso el artículo a James en las manos en cuanto abrió la puerta. El frío húmedo de la niebla matutina tenía a Emily saltando de un pie descalzo a otro, y se dio cuenta de que con las prisas no se había quitado el pijama, pero le dio igual.

—¡No te lo vas a creer! ¿Sabes las palabras que marcaste en *El escarabajo de oro*? —Habla rápidamente sin poder contener la emoción—. Encontré otra ayer por la noche. Y luego, cuando estaba hablando con mi padre esta mañana, vi esto.

James parecía confundido y posiblemente acababa de despertarse, aunque la presencia de *Steve* unido a su pijama podría causar ese efecto. Se inclinó hacia delante para estudiar el recorte de prensa.

—¿El señor Griswold?

—¡Hemos encontrado su próximo juego! —soltó Emily.

La expresión de James le recordó a Emily al personaje principal de *El escarabajo de oro*, que creía que su amigo se había vuelto loco.

—Supongo que deberías entrar —le ofreció James abriendo más la puerta.

Una vez en su habitación, Emily dijo:

—Mira el logo en la pared detrás del señor Griswold y compáralo con este.

Fue a la página de créditos de *El escarabajo de oro*. James miró un emblema y después el otro.

—Son casi idénticos.

—Exactamente iguales excepto por el pájaro. Este libro es el nuevo juego del señor Griswold, estoy segura.

James examinó los emblemas con más detenimiento, dándole vueltas a la idea.

—Y las palabras ocultas son parte de una pista —apuntó.

Emily asintió y su cola de caballo se movió arriba y abajo de un modo alentador. Abrió la libreta y le enseñó a James las palabras ocultas que había encontrado: «no, extraño, simple, aunque, pongo y escribir».

—¿Crees que es un acertijo? —preguntó el chico—. ¿Un anagrama, tal vez? No es extraño aunque simple... Me pongo a escribir...

Inclinaron la cabeza sobre la lista para concentrarse. James se pasó los dedos por *Steve*, absorto en sus pensamientos.

—Me pregunto por qué Poe —caviló—. ¿Por qué elegir esta historia para empezar el juego?

—A lo mejor Poe es su escritor favorito.

James señaló el recorte de periódico que aún tenía Emily en la mano.

—¿Qué hay de ese artículo? ¿Dice algo de sus escritores favoritos?

Emily negó con la cabeza.

—Podemos mirarlo por internet. Poner sus dos nombres y ver qué aparece.

Fueron al ordenador de James y escribieron «Griswold y Poe».

Emily se sorprendió al ver más de cinco mil resultados.

—Bueno, supongo que hay una conexión.

El primero se titulaba, «La rivalidad de Poe y Griswold».

—¿Se conocían? —preguntó James—. Creía que Poe estaba... muerto. Desde hace mucho tiempo.

—Yo también. —Emily clicó en el enlace, y ambos se inclinaron hacia la pantalla y empezaron a leer—. Oh, es sobre un tal Rufus Griswold. El nombre de pila es diferente.

Según el artículo, Rufus Griswold y Edgar Allan Poe eran escritores de la Costa Este a mediados del siglo XIX; se conocían, pero no se llevaban bien. Tras la muerte de Edgar Allan Poe, Rufus Griswold publicó una necrológica mezquina sobre el difunto. Comenzaba: «Edgar Allan Poe ha muerto. Murió en Baltimore anteayer. Este anuncio sobresaltará a muchos, pero pocos serán los apenados». Y entonces, para sorpresa de muchas personas, se convirtió en el albacea literario de Poe, lo que significaba que tenía acceso a todos los documentos del escritor. Más tarde, publicó una biografía sobre Poe que estaba llena de mentiras y arremetía contra su carácter.

—Debe de estar emparentado con Garrison Griswold, ¿no? —preguntó James—. Quiero decir, ¿qué probabilidades hay de que su apellido sea pura coincidencia?

—Seguramente —respondió Emily—. Aunque no entiendo lo que significa. ¿Por qué esconder un libro de Poe para el juego cuando su antepasado odiaba a este tipo?

—A lo mejor el señor Griswold se sentía mal por ello —sugirió James—. Quizá

el hecho de escoger a Poe era una manera de redimirse.

—Es posible. —Emily siguió mirando la web—. O tal vez simplemente le guste Poe y no le importe lo que ese tal Rufus sentía por él. Pero no estoy segura de que esto nos diga cómo participar en el juego del señor Griswold.

Emily examinó el libro en su regazo, como si el escarabajo de la portada fuese a empezar a hablar para darles la respuesta.

—Bueno... —James giró la silla del ordenador de un lado a otro mientras pensaba—. Quizá la pregunta que debemos hacernos es: ¿Por qué *El escarabajo de oro*? En Halloween del año pasado leímos *El corazón delator*. No había oído hablar de *El escarabajo de oro* hasta antes de ayer. Así que ¿por qué no utilizó el relato más popular? ¿U otra historia de las suyas? Tiene que haber un motivo por el que eligió esta en particular.

Emily volvió a hojear *El escarabajo de oro*, revisando lo que sabía del señor Griswold y sus juegos y lo poco que conocía de Poe.

—Esta historia trata de la búsqueda de un tesoro. Un hombre encuentra un escarabajo de oro y un trozo de pergamino, y descubre que cuando calienta el pergamino aparece un código. Descifra el código, que los lleva a él y a dos amigos a un tesoro enterrado. Así que... tal vez el señor Griswold esté planeando algo parecido.

James abrió los ojos de par en par.

—Y las palabras ocultas son parte de un mensaje que lleva al tesoro enterrado. ¿Crees que es eso?

La boca de Emily se curvó hacia arriba formando media sonrisa.

—Después de organizar el torneo para genios en Crissy Field el pasado invierno, la gente no dejaba de preguntarle al señor Griswold cuál era el siguiente juego que tenía planeado. Él contestó que estaba trabajando en algo, en algo importante. Un mensaje secreto que lleva a un tesoro enterrado me parece algo de esa envergadura.



Emily regresó a su casa todavía dándole vueltas a aquel gran descubrimiento. No podía creer que hubiera encontrado el siguiente juego del señor Griswold. Desde que se había registrado en los Buscadores de Libros hacía años y había leído todas las historias que compartían en el foro sobre los juegos de San Francisco, esperaba de alguna manera participar en persona en uno de ellos. Y ahora no solo se había topado con su juego, sino que era perfectamente posible que James y ella fuesen las únicas personas que supieran de su existencia hasta el momento.

Aunque estaba entusiasmada por haber encontrado el juego del señor Griswold y tenía la corazonada de que se trataba de una búsqueda del tesoro como en el relato de *El escarabajo de oro*, aún no sabía qué hacer con las palabras ocultas. Mientras le

daba vueltas a todo lo que acababa de averiguar, Emily entró en la cocina para encontrar a su madre ocupadísima con unas bolsas de la compra y unas cajas de cartón.

—¿Sabes dónde he puesto la varita mágica de desempaquetar? —le preguntó su madre—. Me gustaría hacer desaparecer estas cosas y que se guardaran solas. Si los platos también cantaran y bailaran mientras están en ello, sería genial.

Emily sabía por experiencia que sus padres estarían ocupados desempaquetando aproximadamente durante uno o dos días más y luego surgiría algo que los distraería: el plazo de entrega de un trabajo, un festival local que no querían perderse puesto que probablemente no estarían allí el próximo año, o la necesidad imperiosa de investigar un pájaro poco común que hubieran visto. Sus posesiones poco a poco encontrarían la manera de salir de las cajas de la mudanza y se guardarían en su sitio: la ropa iría a los armarios después de ponérsela y lavarla; ese tipo de cosas. Emily a veces sospechaba que sus padres competían tácitamente por ver quién podía ignorar las cajas de la mudanza más tiempo. Cuando estuvieron en Colorado, una de las cajas no llegó a abrirse nunca. Sus padres la donaron sin ni siquiera mirar qué había dentro cuando se mudaron a Nuevo México. Imaginaron que no debía de ser importante si no se habían visto obligados a abrir la caja en todo el año, y puesto que estaban en la búsqueda perpetua de vivir con las mínimas pertenencias necesarias, se quitaron la caja de encima. En aquel momento, a Emily le había parecido lógica su decisión. Pero ahora se preguntaba qué habría habido en aquella caja. Pensó en el apartamento de James, en todas las fotos y baratijas. ¿Y si la caja estaba llena de viejas fotos o reliquias de la familia, algo especial que no necesitarías técnicamente durante un año pero que seguía siendo importante de todas maneras?

—¡He terminado! —anunció el padre de Emily desde el salón. Sus pasos retumbaron por el pasillo y llamó fuerte a la puerta de Matthew antes de entrar en la cocina—. ¡Tengo una propuesta! —exclamó.

—¿Una propuesta? —preguntó la madre de Emily—. ¿Implica abandonar la casa? Porque me pondría muy triste si tuviera que dejar de desempaquetar ahora mismo.

Dejó la espátula que estaba sujetando y se apartó de las bolsas y las cajas para coger el monedero de la mesa de la cocina.

La música de Flush se oyó más alta cuando Matthew salió de su habitación para reunirse con ellos.

—Bajemos a North Beach —propuso el padre de Emily—. Me muero por ver City Lights.

Emily se animó.

—¿La librería?

Recordó haber leído el nombre en el artículo sobre el señor Griswold.

—La única e inconfundible —respondió su padre—. O debería decir, la única e inconfundible City Lights. Me imagino que hay muchas librerías en San Francisco. Pero City Lights está en el primer puesto de la lista de lugares relacionados con Jack

Kerouac y el movimiento *beat*.

—¡Me apunto! —exclamó Emily.

—¡Yo también! —la secundó su madre.

—¿Podemos comer algo? —preguntó Matthew.

La familia cogió un autobús para bajar de su colina a un barrio llamado North Beach. Emily no estaba segura de por qué se llamaba así, puesto que no había ni un grano de arena a la vista. Se apearon del autobús cerca de Washington Square, una explanada de hierba situada frente a una vieja iglesia. Aquel día había un desfile de tradición italiana, por lo que la plaza y las calles estaban llenas de gente. Una banda, seguida de cerca por carrozas adornadas como barcos de Cristóbal Colón, rodeaba la plaza. Por todas partes de la ciudad se celebraba la Semana de la Flota, y de tanto en tanto los Blue Angels sobrevolaban sus cabezas como parte de un espectáculo aéreo.

De camino a la librería City Lights, los Crane fueron zigzagueando entre las mesas de las cafeterías que atestaban la acera. El cielo estalló con otro rugido atronador cuando una pirámide de seis aviones voló muy por encima de los dos chapiteles blancos e idénticos de la iglesia de San Pedro y San Pablo. Emily y sus padres se taparon los oídos, pero Matthew no parecía ni inmutarse. Quizá la música que constantemente atronaba en sus auriculares amortiguaba un poco el sonido.

Su padre, a la cabeza, se dio la vuelta para mirarlos y comenzó a caminar de espaldas.

—¡Solo puede pasar en San Francisco! —gritó.

Sus padres decían eso con tanta frecuencia de todos los sitios donde vivían que se había convertido en una broma entre ellos. Cuando sus padres hacían un comentario sobre un día soleado o la venta de tomates, Emily o Matthew decían: «Solo puede pasar en... (rellena el espacio en blanco con el lugar donde estén viviendo)». Aquello solía poner nerviosa a su madre como si la regañaran, y soltaba: «Bueno, no todo puede ser una experiencia enriquecedora».

Caminaron bajo esculturas de libros abiertos que colgaban de cables como pájaros volando y pronto se encontraron delante de City Lights. El padre de Emily quería que le sacaran una foto bajo las letras pintadas en el escaparate principal: LIBRERÍA CITY LIGHTS; luego otra con él, Matthew y Emily; y después le pidió a un desconocido que tomara una fotografía de toda la familia. Estaba tan entusiasmado que parecía estar visitando Disneylandia.

Cruzaron en fila la entrada hacia una pequeña sala con forma de trozo de *pizza*.

—Es increíble pensar que esta sala constituía toda la librería al principio, ¿no?

Y era asombroso, porque en la tienda original, con la forma de un trozo de *pizza*, habrían cabido diez personas como máximo, y muy apretujadas. La librería ahora era un batiburrillo de salas que abarcaba casi toda una manzana.

—Conforme otros negocios fueron abandonando el edificio —explicó su padre—, City Lights poco a poco fue quedándose con todo el espacio.

Entraron en una sala más grande bañada por el sol que se colaba por unas

ventanas altas. Matthew estuvo a punto de chocar con un chico en edad universitaria que se quedó mirando su camiseta, la que tenía la carta del cinco de rombos.

—¡Flush! —exclamó el chico.

Y Matthew asintió:

—Sí, tío.

—¿Te has enterado del concierto clandestino en la Fillmore?

—¿En serio? —Matthew se pasó la mano por la cresta para hacerse el guay, pero Emily sabía por cómo movía su hermano la rodilla que era una noticia nueva y emocionante—. Me había enterado de que estaban haciendo una gira clandestina, pero no que tocarían aquí.

—Sí, tío —le aseguró el chico—. Tienes que comprar entradas para Shoot the Moon, pero Flush también actuará.

Matthew esperó a que el chico saliera de la tienda antes de ir corriendo a buscar a su padre.

—Papá, ¿lo has oído?

Su padre estudiaba las notas escritas en pósts sujetos con chinchetas a un tablón de anuncios en el que ponía: ¿CUÁL ES EL LIBRO QUE SIEMPRE RECOMIENDAS?

—Flush en la Fillmore, papá. Eso es como mi Jack Kerouac y mi City Lights. Tengo que ir a ese concierto. ¡No volveré a tener esta oportunidad!

Sonaba melodramático, pero probablemente su hermano tenía razón. Para cuando su grupo preferido volviera a ese sitio, lo más seguro era que los Crane se hubieran ido hacía mucho tiempo y vivieran en Ohio, Mississippi o donde fuera que los llevaran después los caprichos de sus padres.

—Ya lo hablaremos.

—¡Pero es Flush!

—Estás provocando un atasco, Matthew —le dijo su madre—. Tu padre no te ha dicho que no, pero necesitamos más información. Ahora no es el momento.

Matthew volvió a ponerse los auriculares y pasó por un arco que daba a otra sala de libros. El resto de los Crane se separó en direcciones diferentes para explorar la librería por su cuenta.

Emily caminaba de una salita a otra, subía y bajaba los tres pisos que constituían City Lights. Advirtió los suelos distintos, los carteles escritos a mano del tipo: UNA ESPECIE DE LIBRERÍA DONDE SE VENDEN LIBROS; un espejo ovalado con la cabeza de un león encima, cuadros, fotografías y recuerdos de los poetas *beat*. Emily recorrió con los dedos los lomos de diversos libros y pensó en el joven Garrison Griswold, que acababa de mudarse a San Francisco, y en que aquella librería y su propietario habían sido una inspiración para él.

Esperaba que el hecho de estar allí la ayudara a comprender las palabras ocultas que James y ella habían encontrado en el libro del señor Griswold. «No, extraño, simple, aunque, pongo, escribir», recitaba para sus adentros mientras deambulaba entre las estanterías. No hubo ningún estallido de inspiración y la librería tampoco

ofreció mágicamente una solución como ella esperaba, pero se conformaba con poder pasear por allí. Pasó junto a Matthew, que estaba sentado en un escabel hojeando un libro con fotografías en blanco y negro de músicos. Su madre le sonreía a un libro de poesía. Su padre llevaba tanto tiempo estudiando una foto de grupo de sus queridos *beats* que Emily se preguntó en qué debía de estar pensando.

Si no hubieran atacado al señor Griswold, aquel habría sido un primer fin de semana perfecto en su nueva casa. Había salido a buscar un libro a un muelle con un nuevo amigo, había descubierto el juego del señor Griswold y había pasado una tarde curioseando una librería emblemática. Solo deseaba que no hubiera un cronómetro gigantesco e invisible que mandara sobre su familia y marcara el momento en el que inevitablemente tuvieran que volver a mudarse.



## Capítulo 11

Pum. Pum-pum-pum. Pum.

Era lunes por la mañana, el tercer día de Emily en San Francisco. También era fiesta por el Día de Colón, el 12 de octubre, lo que significaba que no había colegio. Su primer día en un colegio nuevo tendría que esperar un poco más.

Emily abrió la ventana y oyó el chirrido de la polea mientras el cubo bajaba. Aunque James también tuviera la ventana abierta solo un poco más arriba, parecían haber llegado al acuerdo tácito de que no habría conversaciones verbales cuando se utilizara el cubo de los mensajes. Tan solo conversaciones encriptadas.

Desdobló el papel y leyó:

«¿KBCZWZÑ ZÑVFNOZW BN GCLWF?  
VFNFJVF BN LBZN ZÑVFNOCTZ».

Tradujo el mensaje en un abrir y cerrar de ojos: (¿Quieres esconder un libro? Conozco un buen escondite).

Emily había tenido suerte al mudarse al edificio de James.

Veinte minutos más tarde subían la cuesta y bajaban por el otro lado para terminar en medio de un tramo de tiendas y restaurantes. Emily llevaba consigo su mochila para guardar la libreta de los Buscadores de Libros y el libro que tenían pensado esconder (su segunda edición de bolsillo de *Corazón de tinta*, que había encontrado en el zoo de Albuquerque), y en el último minuto también metió *El escarabajo de oro*. Nunca se sabe cuándo tendrás tiempo para sentarte a revisar un libro en busca de

más erratas.

—Si fuéramos al colegio, giraríamos por ahí —dijo James señalando hacia una calle en pendiente.

Más abajo, unos edificios de apartamentos enmarcaban una vista de la bahía con la isla de Alcatraz justo en medio.

Emily se quedó quieta.

—Parece sacada de una película —dijo.

—¿El qué?

James miró los parquímetros, la tienda de licores al otro lado de la calle y la parada de autobús delante de ellos.

—La vista. —Emily señaló con el dedo.

—Oh. —James se pasó la mano por *Steve* distraídamente mientras volvía a mirar hacia el agua—. Sí, supongo. Aunque deberías verlo en un día más soleado.

James le dio la espalda al mar para subir por una calle.

—La librería de Hollister está por aquí arriba.

La idea de James era esconder el libro en una librería.

—Como esconder una hoja en un árbol —dijo. Tenía en mente una librería en concreto, un lugar en el que paraba a menudo de camino a casa cuando salía del colegio—. Desde que Hollister se enteró de que me gustan las revistas de pasatiempos, tiene una buena variedad.

Al acercarse, la puerta de la librería se abrió con un tintineo y salió un hombre negro con unas rastas grises recogidas sin apretar en la nuca. El hombre estudió el escaparate de la tienda como si estuviera evaluando una pintura y después volvió al interior. La parte superior de su cuerpo se movía como un metrónomo cuando caminaba, balanceando de un lado a otro de la espalda su cola de rastas.

—Ese era Hollister. Es el dueño de la tienda —dijo James.

Pronto llegaron y pudieron ver con sus propios ojos lo que Hollister estaba estudiando. Todo el escaparate estaba lleno de libros colocados por colores, amontonados unos encima de otros como piezas de LEGO para crear el símbolo de Bayside Press.

James dio un largo y grave silbido.

—¿Cómo ha hecho esto? —preguntó Emily.

—Debe de haber tardado una eternidad —dijo James.

Empujaron la puerta para abrirla.

—¡Hollister, tu escaparate tiene una pinta increíble! —exclamó James.

El dueño de la librería se dio una palmada en el muslo y dijo:

—¡Vaya, hola, James! ¿Ya has terminado la última revista de pasatiempos? Espero que no, porque el nuevo número no llega hasta el mes que viene. —Hollister señaló en dirección a Emily—. ¿Quién es la señorita?

Al acercarse, la niña se dio cuenta de que el librero tenía un ojo más caído y no miraba exactamente en la misma dirección que el otro. Se preguntó si aquel ojo vago

le dificultaría la lectura, y en ese caso, si le resultaría una tortura al estar rodeado de libros todo el tiempo.

—Esta es Emily. Acaba de mudarse aquí.

—Hola, Emily que acaba de mudarse aquí.

—Tu escaparate es muy guay —dijo ella—. Jamás se me habría ocurrido usar el color de las portadas y los lomos de los libros para formar una imagen, como si fuera arte.

—Ah, bueno. —Hollister se frotó el cuello—. Una muestra de respeto para un buen hombre. Es lo menos que puedo hacer por un viejo amigo.

—¿Un viejo amigo? —repitió Emily, que miró a James de manera inquisitiva.

Él se encogió de hombros.

—¿Eres amigo del señor Griswold?

—He dicho un viejo amigo. Hace por lo menos treinta años que tuvimos una conversación sensata. Aunque sí tengo un cliente habitual que trabaja para él. Un coleccionista de libros raros que lleva su biblioteca. Así que en cierto modo me siento como si siguiera en contacto con él. O al menos con la lectura que le interesa, pero eso es lo que más importa, ¿no? —Hollister se rio. Por un minuto pareció que fuese a añadir algo más, pero entonces se apoyó sobre una rodilla y revisó una pila de libros que había reunido. Un aire taciturno se había posado en los hombros del librero y Emily no lo conocía lo bastante bien para comprender si era normal o se debía a que estaba pensando en el señor Griswold—. El escaparate es lo mínimo que puedo hacer en estos momentos, eso es todo.

Se le ocurrió que si Hollister había conocido al señor Griswold tal vez podría ayudarlos a resolver el mensaje secreto que habían descubierto. Pero por el modo en que actuaba, por cómo hablaba del señor Griswold, temió que tal vez se tratase de un tema delicado. Y para ser sincera, parte de ella se sentía protectora. En ese instante *El escarabajo de oro* y las palabras que James y ella habían encontrado les pertenecían a ellos. Compartirlo podría estropear la diversión de alguna manera. Debían quedarse con la razón principal por la que habían ido a la tienda de Hollister. Se aclaró la garganta.

—¿Podemos esconder un libro en tu tienda? —le preguntó Emily—. Es para los Buscadores de Libros. Tiene un distintivo en el interior, por lo que nadie lo confundirá con uno de los tuyos.

Hollister asintió con la cabeza.

—Sí, sí. Adelante.

La librería era estrecha, con estanterías altas que creaban túneles que serpenteaban en diferentes direcciones. Había una escalera apoyada en una de las estanterías para poder alcanzar los títulos más altos. Cada rincón estaba ocupado por una silla, una pila de libros que se tambaleaba, o ambas cosas. Al fondo había un altillo y una escalera de caracol para acceder a él. Emily y James deambularon por la tienda en busca del mejor escondite.

—No puede ser muy difícil —dijo Emily—. Quiero que alguien lo encuentre, puesto que me llevo un punto en ese caso, y no es nada divertido seguir un libro que nunca se mueve.

—¿Qué te parece aquí? —James señaló una estantería de patas nudosas que constituía la sección de artes y oficios. James cogió *Corazón de tinta* de las manos de Emily y lo colocó debajo de la estantería de modo que se vieran las páginas en vez del lomo.

—¿Puedo coger tu libreta y un boli? —le pidió.

Emily sacó el lápiz de la coleta y la libreta de la mochila y se los pasó a James, con curiosidad por ver qué se le había ocurrido.

—La pista puede ser...

Arte

---

del revés

—Ya lo pillo. —Emily sonrió—. «Del revés bajo el arte». Es perfecto. Podemos hacer una foto de este acertijo y subirla como pista cuando volvamos a casa.

Emily volvió a guardar la libreta en la mochila y vio *El escarabajo de oro*. Miró hacia la parte delantera de la tienda, donde estaba Hollister. Puede que no le contaran nada sobre el juego ni que le preguntaran expresamente por Griswold, pero aun así podría ser capaz de darles algún tipo de información útil.

—Preguntémosle a Hollister si tiene algún libro escrito por Edgar Allan Poe o que trate sobre él —le susurró Emily a James.

Hollister los llevó a una mesa redonda decorada para Halloween con una gigantesca araña de papel, un caldero de bruja y unas telarañas cubiertas de algodón.

—La mayoría de los libros de Poe que tengo están aquí ahora. Es popular en esta época del año —dijo Hollister.

Emily le dio vueltas a sus palabras mientras echaba un vistazo a los libros allí expuestos. Quizá la elección del señor Griswold se debía a la popularidad del autor en Halloween. Quizá su sospecha de una caza del tesoro era infundada. Pero entonces ¿por qué no eligió un relato de Poe más aterrador si el motivo era Halloween?

Había varias antologías de la obra de Poe sobre la mesa, junto a otras historias de miedo y misterio. A Emily le llamó la atención un montón de libros de un color granate que le resultaba familiar. Rápidamente, sacó *El escarabajo de oro* de la mochila y se acercó más a la pila. No eran iguales. Soltó el aire que no se había dado cuenta que estaba reteniendo. El color de la cubierta era casi el mismo, pero el suyo tenía el escarabajo dorado brillante, mientras que el que vendía Hollister tenía un retrato oval de Poe. Abrió el ejemplar de la librería y lo hojeó. Su libro tenía solo un relato, y el de la mesa cerca de diez.

—¿Es ese uno de tus libros del colegio, Emily que acaba de mudarse aquí? Parece una edición de lujo.

La voz de Hollister la sobresaltó. Se había perdido en sus pensamientos comparando los dos libros. Por instinto, quiso meter *El escarabajo de oro* en la mochila para esconderlo, pero Hollister ya lo había visto.

—Nuestros libros del colegio no serían ni la mitad de bonitos —le respondió James. Si lo ponía nervioso pensar que Hollister pudiera enterarse del juego del señor Griswold, no daba muestras de ello—. Los libros del cole son viejos. En el mío de ciencias pone todavía que hay nueve planetas. Son tan viejos que encontré el nombre de mi madre escrito en uno de cuando ella era pequeña.

—Mmmm. —Hollister asintió con la cabeza—. ¿Tan viejos que están escritos en piedra? ¿En jeroglíficos?

—Esto no es más que un relato de Edgar Allan Poe sobre un escarabajo dorado —dijo Emily con su mejor voz despreocupada de «no es nada importante»—. Lo estoy leyendo por diversión. Creía que era la misma edición que tienes aquí, pero no.

Hollister silbó.

—Sí, por diversión. Bueno, Poe tenía un sentido de la diversión retorcido, ¿no? Gente enterrada viva, volviéndose loca. ¿Dices que solo hay un relato? No me había topado con uno así antes. ¿Te importa que le eche un vistazo?

—No —contestó Emily con voz un poco nerviosa.

—Es muy bonito. —Hollister pasó las primeras páginas como si fueran a romperse si lo hacía demasiado rápido. Emily contuvo el aliento mientras se acercaba a la página de créditos donde estaba la versión con el cuervo del símbolo de Bayside Press. Ya que estaba construyendo un gigantesco homenaje al original, estaba segura de que vería la similitud y lo relacionaría con Griswold, pero Hollister no se entretuvo y siguió pasando las páginas—. ¿Estás leyéndolo? ¿Te gusta?

—Lo terminé anoche —dijo Emily, relajándose un poco—. No es la historia más fácil de leer, por cómo está escrita y todo eso, como la primera línea: «Hace muchos años trabé amistad íntima con un tal William Legrand». ¿Por qué no dijo simplemente «conocí»?

—Parece demasiado rimbombante hoy en día, ¿no? —Hollister cerró el libro y se lo devolvió—. Se escribió en una época distinta, eso seguro.

—¿Las trabas no son obstáculos? —preguntó James.

Emily soltó una risita.

—A lo mejor el señor William Legrand era una pinza.

—En ese caso, uso al señor William Legrand para tender la ropa.

—La ropa la tiende mi madre, así que no tengo contacto con él —dijo Emily.

Hollister chasqueó la lengua.

—Pobre señor Legrand. La gente se aparta de su camino para evitar relacionarse con él. —Hollister le ofreció a Emily la antología de relatos de Poe que había encima de la mesa de Halloween—. Invita la casa. Un regalo de bienvenida a San Francisco

para una entusiasta de Poe en ciernes.

—Oh... no podría —rehusó Emily, aunque la mataba rechazar un libro.

Hollister colocó el libro encima de *El escarabajo de oro*.

—Insisto. Cuanto más leas a Poe, más familiar se te hará su lenguaje.

—Bueno, gracias.

Emily hojeó el libro. La antología incluía *El escarabajo de oro* y también otros relatos como *El corazón delator* y otro titulado *El gato negro*. La antología asimismo incluía poemas como *El cuervo*. Esta poesía iba acompañada de una ilustración de un pájaro negro casi exactamente igual al que habían usado en vez de una gaviota en el símbolo de Bayside Press. No se había detenido a pensar por qué el señor Griswold había escogido un pájaro negro para reemplazar a la gaviota, pero ahora se daba cuenta de que debía de ser una alusión a este poema.

—Cuervo.

Emily no pretendía decirlo en voz alta, pero lo hizo.

—Una de sus obras más famosas —señaló Hollister, antes de volver a su escaparate.

—¿Cuervo? —repitió James en voz baja para que solo lo oyera Emily—. ¿Como el usuario de los Buscadores de Libros que nos envió el mensaje con toda la información de *El escarabajo de oro*?

—No puede ser una coincidencia —le susurró Emily.

James levantó las cejas.

—Alguien más sabe de la existencia del juego.

—No solo sabe de su existencia —remarcó Emily. Recordaba la forma extraña en que Cuervo los había saludado, preguntándoles si los podía ayudar de manera tan formal que James se había burlado diciendo si era un sirviente. Y después estaba el comentario sobre que no podía revelar dónde estaba escondido el libro, aunque ellos ya lo hubieran encontrado—. Cuervo estaba intentando ayudarnos.

Emily y James salieron de la tienda de Hollister despidiéndose rápidamente y volvieron corriendo al ordenador de James (tan deprisa como se puede cuando una colina con una pendiente tan empinada como una montaña rusa te separa de donde estás al lugar al que tienes que ir). El cielo estaba nublado, pero Emily tenía la cara sonrosada y estaba secándose el sudor de las sienes cuando llegaron a su casa.

Al instalarse frente al ordenador de James, Emily se abanicó con su libreta. Entró en su cuenta de los Buscadores de Libros y buscó al usuario Cuervo.

—¡Sí! Está conectado —dijo Emily.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Puedo preguntarte sobre *EL ESCARABAJO DE ORO*?

No tardó mucho en aparecer en la pantalla la respuesta de Cuervo:

**CUERVO:** *EL ESCARABAJO DE ORO* es un relato corto escrito por Edgar Allan Poe, publicado originalmente en 1843. Poe ganó un concurso de relatos y lo premiaron con la publicación de su cuento en un periódico local. Fue una historia popular en su día y llamó la atención sobre los criptogramas y la escritura secreta.

Emily refunfuñó.

—Eso ya lo sabemos. Nos lo dijo la última vez. ¿Crees que debería ser directa con ella? —le preguntó a James—. A lo mejor entonces no es tan rara.

James se encogió de hombros.

—Merece la pena intentarlo.

**WOMBAT GRUÑÓN:** Sé lo del juego.

**CUERVO:** No puedo ayudarte con eso.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿A qué te refieres?

**CUERVO:** No tengo la información que buscas.

Emily dio un manotazo sobre el escritorio de James.

—¡No lo entiendo! El otro día tenía muchas ganas de ayudarnos.

**WOMBAT GRUÑÓN:** Creía que querías ayudarnos con *EL ESCARABAJO DE ORO*.

**CUERVO:** *EL ESCARABAJO DE ORO* es un relato corto escrito por Edgar Allan Poe, publicado originalmente en 1843. Poe ganó un concurso de relatos y lo premiaron con la publicación de su cuento en un periódico local. Fue una historia popular en su día y llamó la atención sobre los criptogramas y la escritura secreta.

Emily gruñó, pero James se irguió en su asiento.

—Está jugando con nosotros —dijo.

—¿De verdad?

—No, en serio. Hay un patrón en cómo responde. Fíjate que cada vez que mencionas *El escarabajo de oro* nos da exactamente la misma respuesta. Déjame comprobarlo.

James cogió el teclado.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Te gustan los refrescos?

**CUERVO:** No tengo la información que buscas.

**WOMBAT GRUÑÓN:** Los pantalones a cuadros te quedan muy bien.

**CUERVO:** No puedo ayudarte con eso.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Quién escondió *EL ESCARABAJO DE ORO*?

**CUERVO:** *EL ESCARABAJO DE ORO* es un relato corto escrito por Edgar Allan Poe, publicado originalmente en 1843. Poe ganó un concurso de relatos y lo premiaron con la publicación de su cuento en un periódico local. Fue una historia popular en su día y llamó la atención sobre los criptogramas y la escritura secreta.

Emily dio un grito ahogado.

—¡Tienes razón!

James revisó la conversación.

—Mira, cuando le hacemos una pregunta, contesta: «No tengo la información que buscas», porque tal vez si la tuviera nos daría la respuesta. Pero si ponemos algo que no sea una pregunta, entonces dice: «No puedo ayudarte con eso». Y al hacer una pregunta que contenga *El escarabajo de oro*, siempre da la misma respuesta.

—Déjame probar una cosa.

Emily cogió el teclado y escribió:

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Sabes qué significa «no», «extraño», «simple», «aunque», «pongo» y «escribin»?

**CUERVO:** Tu pregunta está incompleta.

Y antes de que Emily y James pudieran pensar otra pregunta que hacerle, el chat volvió a actualizarse.

**CUERVO:** Esta es toda la ayuda que puedo ofrecer hoy.

—¿Eso es todo? —gritaron James y Emily al unísono.

—Supongo que tiene un límite de preguntas para contestar —dijo James.

—Bueno, al menos nos ha revelado algo. No nos ha dicho que la pregunta estuviera mal, sino que estaba incompleta.

—A lo mejor las palabras tenían que estar en un orden diferente —sugirió James.

—O —apuntó Emily— quizá queden palabras por encontrar.



## Capítulo 12

Habían pasado dos días desde que vieron a esos niños llevarse el libro, y Barry y Clyde todavía merodeaban por la plaza al otro lado del Ferry Building. Estaban acechando la zona desde el sábado con la esperanza de que los chavales regresaran, pero no habían tenido suerte. Barry estaba sentado en unos escalones cerca de lo que debía de ser la fuente más fea de todo San Francisco. Parecía un gigantesco jenga derrumbado al lado de un estanque de agua.

—No van a volver —dijo Clyde, que no dejaba de mirar la tarjeta que habían encontrado junto a la papelera de la parada del BART, dándole con la mano de vez en cuando, como si estuviera practicando un truco de magia.

—Bueno, no tenemos otra pista.

Barry metió un palo en una grieta del escalón de cemento.

—Esta tarjeta es nuestra pista —dijo Clyde.

Barry resopló. Aunque se moría de ganas por terminar con aquello, no podía marcharse. Necesitaba el trabajo extra —no era que repartieran empleos por las esquinas— y su corredor de apuestas le daba más miedo que Clyde.

—Esta tarjeta no nos sirve de nada. No tiene ningún dato: ni la dirección, ni el nombre ni un número de teléfono. Solo hay una imagen de la Tierra y la frase «¡Demasiado lento! Este libro lo ha encontrado Wombat Gruñón». ¿Qué significa eso?

—Ya te dije que vi a la niña ponerlo ahí después de llevarse nuestro libro —refunfuñó Clyde.

—No es nuestro libro —masculló Barry.

—Lo que tú digas. No es más que algo cementico.

—¿Qué?

Barry quería clavarle a Clyde el palo, pero no se atrevía a hacerlo. Aquel tipo era... Habían pasado tres días desde que le había disparado a Garrison Griswold y todavía no mostraba ninguna emoción. No hablaba de ello ni parecía preocupado en lo más mínimo. Casi como si ni siquiera se acordara. Tal y como estarías si hubieras aplastado una mosca y un par de días más tarde alguien te preguntara por la mosca y tu cerebro tuviera que dar unas cuantas vueltas para recordar a ese bicho insignificante.

—He dicho: No. Es. Más. Que. Al. Go. Ce. Mén. Ti. Co.

Clyde estiró cada sílaba como si fuera melaza cayendo de una cuchara.

—¿Ceméntico? Esa fuente fea de cojones sí que está hecha de cemento. Una mala forma de emplear el cemento. ¿Qué diablos quieres decir con «ceméntico»?

—¿De qué estás hablando?

Clyde miró a Barry como si fuera él quien hubiera perdido la cabeza.

—¿De qué estás tú hablando? Me he perdido con eso de cemento —dijo Barry.

—Es nuestro libro... es su libro... No son más que palabras, ¿sabes?

—Oh —exclamó Barry—. Te refieres a que es algo semántico, atontado. Intenta leer más libros en vez de robarlos.

Clyde se encogió de hombros.

—Prefiero decir cemento. Es gracioso.

Barry suspiró y extendió la palma de la mano.

—Déjame ver la tarjeta.

Clyde se la pasó y Barry la examinó por enésima vez.

—Deberíamos buscarlo en internet —se le ocurrió a Clyde.

—¿Buscar el qué? Aquí no hay nada útil. ¿Quieres buscar Wombat Gruñón? ¿O esta imagen?

La imagen era un dibujo de la Tierra y un mapa del tesoro unidos.

Clyde se encogió de hombros.

—Quizá.

—Muy bien, es mejor que nada de lo que hemos estado haciendo. ¿Tienes internet en el móvil?

—¿Tienes un Mercedes?

—Sí, está en la tienda, listillo. —Barry se levantó de los escalones—. Sígueme. Conozco a una persona.

Barry tenía un amigo que trabajaba como botones en un hotel del distrito financiero. La suerte estaba de su lado, porque justo era el turno de su amigo y dejó a Barry y a Clyde entrar en la sala de ordenadores exclusiva para huéspedes.

—Bien, está vacía —dijo Clyde mientras ponían en marcha el ordenador.

Barry miró por encima del hombro, agradecido por la enorme ventana de cristal que permitía ver el pasillo desde la sala. Puede que tuviera que asomarse por encima de Clyde, pero aun así no querría estar solo en un callejón oscuro —o en una sala de

ordenadores— con aquel tipo.

Escribieron «Wombat Gruñón», pero solo encontraron un montón de cosas sobre el animal.

Barry dio un golpecito sobre el logo.

—Esto debe de pertenecer a una empresa o algo parecido. Pero ¿a qué tipo de empresa si la imagen no dice nada?

Cuanto más fijamente lo miraba Barry, más se juntaban las líneas de puntos del mapa del tesoro y la Tierra. Y entonces, tan rápido como se enciende una bombilla, Barry vio una letra oculta en el dibujo.

—¡Estas líneas de puntos forman letras! ¿Ves? —Pasó un dedo para mostrar una B en un lado y una S en el otro. Era como el juego del escondite con letras. Estaba orgulloso de sí mismo por haberlas encontrado—. Sigue sin ser mucho, pero tal vez si introducimos BS y todas las palabras que pudieran tener que ver con la tarjeta...

Barry escribió «BS», «logo» y «libro».

Clyde señaló la pantalla.

—Pon «libro escondido».

—No lo escondimos. Fue cuestión de suerte que no entrara en la papelera.

Aunque Barry no sabía si había sido buena o mala suerte.

—Pero cuando esa niña sacó el libro de detrás de la papelera, le dijo gritando a sus amigos: «Un libro escondido». La oí. Creía que lo habían escondido allí a propósito. Por eso dejó la tarjeta. Era como un mensaje para quienquiera que ella pensara que lo había puesto allí antes.

Barry miró a Clyde con el entrecejo fruncido.

—¿Por qué no habías dicho nada de esto hasta ahora?

Clyde se encogió de hombros.

—No me parecía importante.

Barry cambió «libro» por «libro escondido» y también añadió la palabra «juego» a su lista de búsqueda. Le dio a Intro y apareció una larga lista de resultados. Había uno sobre el juego El Mentiroso, otro sobre un juego llamado Engaño, otro sobre un videojuego, y el resto de resultados eran sobre algo llamado los Buscadores de Libros. Barry clicó sobre uno de ellos y se abrió la página de inicio de los Buscadores de Libros. Allí, en plena pantalla, estaba el logo de la tarjeta.



## Capítulo 13

El martes por la mañana señalaba el segundo primer día de clase para Emily aquel curso. En Albuquerque había empezado el colegio el primer día oficial de agosto, y ahora empezaba otra vez el colegio en San Francisco, casi dos meses más tarde que el resto de niños.

En algún momento, Emily esperaba dejar de estar nerviosa, pero hoy parecía peor que nunca. No quería decepcionar a James o hacer algo que le hiciera darse cuenta de que ya no quería pasar el rato con ella. No recordaba la última vez que había empezado el colegio con un amigo ya hecho. Era difícil empezar en un colegio nuevo. Los otros niños tenían un pasado juntos, habían estado en la misma clase el curso anterior, o en la liga de fútbol, o en catequesis, o en las Girl Scouts, o habían crecido en la misma calle. Hasta si dos niños no se llevaban bien, normalmente preferían estar el uno con el otro antes que con una niña nueva a la que no conocían. Saber que se volverían a mudar pronto ayudaba a Emily a no preocuparse por lo que la gente pensara de ella, pero seguía sin poder evitar los nervios del primer día.

Cuando abrió la puerta de su casa, James estaba esperándola para ir con ella. Se había preguntado si se habría bajado el mechón de pelo con gomina para ir a clase, pero *Steve* se erguía en toda su gloria.

—Aquí los niños llevan Converse, ¿verdad?

No sabía por qué había hecho esa pregunta. Ni siquiera era de las que se preocupaban por lo que llevan puesto. Y de todas formas no era que tuviera todo tipo de ropa en su armario si por alguna razón los vaqueros y la sudadera con capucha no estaban aceptados socialmente.

James se llevó el dedo índice a los labios mientras la miraba de arriba abajo.

—Espera —dijo, y volvió a subir corriendo la escalera.

Si Emily antes estaba nerviosa, ahora estaba como un flan con un nudo en el estómago. En los colegios de San Francisco debían de tener una idea muy estricta de lo que era ropa aceptable si James se había tomado tan en serio su pregunta.

Emily oyó un tintineo que no sabía muy bien de dónde provenía hasta que James volvió a salir al porche y le ofreció sus astas de reno.

—¡No voy a ponerme eso!

Los cuernos de un animal no podían estar de moda en el colegio... ¿no? En Colorado había un grupo de chicas que llevaban gorros de punto con orejas de gato.

James sacudió las astas con un ligero tintineo. Por lo visto le hizo gracia el susto que se había llevado, y Emily se rio al darse cuenta finalmente de que estaba bromeando.

—Cógelas —insistió—. Guárdalas en la mochila por si necesitas una sonrisa. O algo para intercambiar...

La puerta de Emily volvió a abrirse y su madre los saludó con una cámara.

—¡Oh, bien! Os he pillado antes de que os marcharais.

Emily reprimió un gruñido. Su madre ya se había empeñado en hacerle una foto con Matthew antes de que su padre lo llevara en coche al instituto. Por no mencionar las fotos del primer día de colegio que había tomado en Nuevo México. ¿Cuántas fotos del primer día de séptimo necesitaba una persona?

—Mamá...

James volvió a coger las astas, se las puso en la cabeza y le pasó un brazo por los hombros.

—¡Luiiis! —dijo—. ¿O qué es lo que dice un reno? ¡Muuu!

—¿Qué? —Emily se rio—. Creo que es algo así.

Cogió las astas, se las puso en la cabeza y profirió un sonido parecido al de un caballo relinchando. Juntaron las cabezas para ponerse la diadema e intentar convertirse en un reno bicéfalo. Su madre lo capturó todo, riéndose con ellos, y con cada clic de la cámara Emily fue relajándose poco a poco.

El colegio Booker era un monstruoso edificio de ladrillo que ocupaba toda una manzana. Le recordaba a la Biblioteca Pública Newbury en Connecticut, una de sus bibliotecas preferidas de todos los lugares donde habían vivido. Ambos edificios eran enormes, de aspecto histórico y muros de ladrillo, pero la biblioteca Newbury estaba junto a una ladera cubierta de gruesos árboles, y por el otro lado tenía un centro comercial, mientras que al colegio Booker lo rodeaban los cables de los autobuses eléctricos de la ciudad y un montón de edificios bajos de apartamentos.

Los pasillos estaban decorados para Halloween con papel crepé negro y naranja ensartado en tiras con forma de acordeón que caían del techo. Una telaraña hecha por los estudiantes estaba pegada a una pared de ladrillo. Mientras Emily caminaba por los pasillos llenos de gente durante el cambio de clases, sintió que pasaba muy desapercibida, salvo cuando chocó con alguien por accidente. Una ventaja de ir a un

colegio tan grande era que no destacabas como la chica nueva.

Una de sus tácticas para evitar los nervios del primer día era intentar localizar a otros usuarios de los Buscadores de Libros. En el Booker esto era particularmente difícil porque los pasillos estaban abarrotados y había mucho ruido: portazos de las taquillas, risas chillonas, voces gritando en distintos idiomas... Su atención iba de un lado a otro. No es que fuera fácil deducir la presencia de otro usuario de los Buscadores de Libros, aunque estuviera en un colegio más pequeño y tranquilo, pero a veces se veía una camiseta o una gorra con el logo impreso. Más común aún era el pin de los Buscadores de Libros, que Emily llevaba en la sudadera. Pero era fácil no ver un detalle tan pequeño. Las pocas veces que había localizado a otros usuarios no se había atrevido a acercarse a ellos para decirles algo. En vez de eso, se colocaba la sudadera de modo que el pin quedara a la vista y luego se ponía en algún sitio donde pudieran verla, dejando de ese modo a la otra persona la iniciativa. Hasta entonces aquella técnica no había funcionado.

En el Booker, al menos sabía que había otro jugador de los Buscadores de Libros: Babbage merodeaba por alguna parte. Quizá ya se había encontrado con aquel birlador en una de sus clases. Birlar era totalmente legal en el mundo de los Buscadores de Libros y algunos usuarios aseguraban que la competitividad lo hacía más divertido, pero a Emily no le gustaba. Ella creía que era más malintencionado que competitivo. Si supieras que alguien tiene la esperanza de encontrar un libro determinado, ¿por qué ibas a querer cogerlo tú antes y acabar con sus esperanzas, solo por el hecho de poder hacerlo?

Emily metió sus libros en la taquilla, entreteniéndose más de lo necesario mientras portazos, pisadas y gritos inundaban el pasillo. «No, extraño, aunque, simple». Tener un acertijo en el que trabajar siempre ayudaba a distraerse de todo lo nuevo que la rodeaba. Cerró la puerta de la taquilla y se encontró a James justo detrás de ella. Emily dio un grito.

—¡Dios, me has cogido desprevenida!

Pero sonrió mientras lo decía.

—Camino silencioso como un gato. —James levantó la punta de sus zapatillas deportivas—. ¿Preparada para Sociales?

Era la única clase que tenían juntos en todo el día. Sonó el timbre y los dos se pusieron a caminar.

—¿Ha habido algún avance? —le preguntó James.

Durante todo el camino a la escuela habían hablado sobre el juego del señor Griswold, y a la hora de la comida se habían sentado sobre el asfalto con la espalda apoyada en la pared del colegio y *El escarabajo de oro* abierto entre ambos para estudiar minuciosamente las páginas en busca de más erratas. Los gemelos con los que normalmente se sentaba James, Kevin y Devin, también estaban allí, pero demasiado distraídos para prestarles atención con una discusión sobre la mejor manera de derrotar a los jefes en un videojuego llamado «Gatos Cohete».

Emily negó con la cabeza para responder a la pregunta de James.

—Yo tampoco —dijo el niño.

Doblaron la esquina y se detuvieron delante del aula 40, su clase de Sociales, para esperar con los demás alumnos a que el profesor llegara.

—¿Puedo volver a ver *El escarabajo de oro*? —le pidió James.

Emily se lo dio y levantó la vista para ver a una chica en el grupo que estaba mirándola con el entrecejo fruncido. La chica era lo bastante alta como para pasar por una estudiante de instituto. Su pelo corto se le levantaba de la cabeza como un champiñón. James estudió las páginas de *El escarabajo de oro* por milésima vez, ajeno a la chica del champiñón y a todo lo demás. Emily intentó estudiar las páginas con él, pero no podía quitarse la sensación de que la observaban. En efecto, cuando volvió a levantar la vista, la mirada feroz de la chica con el champiñón era tan intensa que Emily se dio la vuelta, suponiendo que debía de haber alguien más a su espalda, pero se encontró solo con las taquillas.

Emily examinó el suelo, el techo y cualquier cosa con tal de no mirar a la chica del champiñón. «No, extraño, aunque, simple». Sus ojos se posaron en Vivian, una niña con el pelo negro muy liso y tan largo que le llegaba a la parte superior de los bolsillos de sus pantalones militares. Había conocido a Vivian en la clase anterior, y Emily se relajó al ver una cara familiar aparte de la de James. Tras compartir segunda hora, Vivian se había acercado a Emily tendiéndole la mano y le dijo:

—Soy Vivian Chu, la presidenta de clase de séptimo curso. Me gusta conocer a todos los de nuestra clase. Bienvenida al colegio Booker. Por favor, avísame si puedo hacer algo por ti como presidenta de clase.

Emily había estrechado la mano rígida de Vivian sin decir nada más. Ahora, delante del aula 40, flexionó los dedos para saludarla tímidamente, a lo que Vivian respondió con una sonrisa forzada. Emily se dio cuenta de lo diferente que era asistir a un colegio nuevo teniendo ya a James como amigo. En los primeros días anteriores, siempre tenía la cabeza pensando en un libro, y ahora aquí estaba saludando a casi desconocidos.

La chica del champiñón se mordía la uña del pulgar y fulminaba con la mirada el linóleo. A lo mejor no estaba tan concentrada en Emily, después de todo. Quizá aquella era su expresión habitual.

Un hombre se acercó a grandes zancadas al grupo de alumnos con unas llaves tintineando en la mano. Los estudiantes se apartaron cuando bramó:

—Vamos, gente. Tenemos que hablar de hombres muertos.

Su profesor, el señor Quisling, se plantó delante de la clase, con las piernas separadas y los brazos cruzados. Los músculos le sobresalían por debajo de las mangas cortas de su camiseta roja. Tenía el pelo entrecano muy corto y unos ojos azul pálido, que observaron a los alumnos mientras entraban y tomaban asiento. Alzó una mano como un policía de tráfico para detener a Emily.

—Una cara nueva —vociferó.

Emily no supo qué decir al oír aquello, así que se limitó a quedarse allí.

—¿Emily Crane?

—Sí —murmuró.

—Coge un libro de texto de la estantería. Espero que hayas estudiado el Imperio romano; de lo contrario, tendrás que hincar los codos para ponerte al día.

Emily sacó un libro de la estantería que le había indicado el señor Quisling y se sentó sigilosamente en el asiento que James le había guardado.

—Bueno, Emily Crane —dijo el señor Quisling—. ¿De dónde eres?

Una pregunta sencilla que siempre la desconcertaba. No era de ninguna parte. Nunca sabía si debía decir dónde había nacido o el último lugar donde había vivido. Si contestaba algo vago como «de todos lados», un profesor como el señor Quisling podía interpretarlo como una actitud inapropiada. El resto de sus profesores se habían limitado a darle la bienvenida a la escuela y ya está.

—Hummm...

Se oyeron unas risitas detrás de ella. Emily se dio la vuelta y vio a la chica del champiñón tapándose la boca y burlándose en su cara. Desde luego que no habían sido imaginaciones suyas que antes estuviera mirándola mal.

—No voy a poner nota a su respuesta, señorita Crane —dijo el señor Quisling.

—Me he mudado de Nuevo México —respondió finalmente Emily cuando sonó el timbre.

El señor Quisling dio dos palmadas para atraer la atención de todos los alumnos.

—Excelente. Un sobresaliente alto. Es broma, eso no puntúa. —El señor Quisling se frotó las manos—. Pongámonos a trabajar. Abrid vuestros libros por el capítulo ocho.

El bolígrafo de Emily estaba preparado sobre la carpeta abierta para tomar apuntes. Copió las palabras que el señor Quisling escribió en la pizarra blanca, pero su mente volvió al juego del señor Griswold. «No, extraño, escribir, aunque...».

—Psst, eh —oyó que la llamaban.

*El escarabajo de oro* se hallaba al borde del escritorio de James con una rana de origami asomando entre las páginas. Al asegurarse de que el señor Quisling seguía mirando a la pizarra, James le pasó el libro a Emily.

Lo cogió y sacó la nota en forma de rana. La colocó en su regazo y la desplegó mientras el señor Quisling hablaba, para que de esa forma no oyera el crujido del papel. La nota era una mezcla confusa de letras, pero Emily inmediatamente se dio cuenta de que se trataba de su código secreto.

Cuando el señor Quisling bajó la vista para leer en voz alta su libro de texto, Emily sacó la nota de debajo del escritorio. En ese mismo momento, algo cayó al suelo con un fuerte estruendo.

El señor Quisling levantó la cabeza enseguida y Emily metió la nota en *El escarabajo de oro*.

—¿Hay algún problema? —preguntó el señor Quisling bruscamente—. ¿Maddie?

Resultó que Maddie era el nombre de la chica del champiñón.

—Lo siento, señor Quisling —se disculpó ella—. Se me cayó el libro de la mesa por accidente.

Emily metió con la máxima discreción posible *El escarabajo de oro* dentro de la carpeta mientras el señor Quisling pasaba por su lado. Recogió el libro de texto de Maddie y se lo devolvió. El corazón de Emily latía con tanta fuerza que estaba segura de que el profesor lo oiría.

En vez de regresar a su puesto al frente de la clase, el señor Quisling se detuvo junto al escritorio de Emily. Con el dedo índice abrió la carpeta y dejó al descubierto *El escarabajo de oro*.

—No reconozco esto —dijo—. No estarás haciendo los deberes de otra asignatura en mi clase, ¿verdad, Crane?

Emily movió la cabeza de un lado a otro con tanto énfasis que el lápiz de la coleta salió volando y repiqueteó en el suelo. El señor Quisling cogió *El escarabajo de oro*, lo hojeó y sacó la nota desplegada. La niña no tenía fuerzas para mirar a James. El profesor estudió un poco el papel antes de decir:

—Qué forma más interesante de tomar apuntes tienes. ¿Lo hacíais así en tu anterior colegio?

Volvió a dejar *El escarabajo de oro* en su pupitre sin prestar mayor atención. Emily se habría sentido aliviada si no se hubiera llevado consigo la nota de James cuando volvió a la parte delantera de la clase.

—Así que eres fan de Edgar Allan Poe y tomas notas cifradas.

Alguien puso su lápiz sobre el escritorio, pero Emily se sentía demasiado avergonzada como para moverse o dar las gracias. El señor Quisling señaló el esquema de la lección sobre el Imperio romano y dijo:

—Entonces seguro que sabes qué tenían en común Edgar Allan Poe y Julio César.

Lo único que se le ocurría era que ambos estaban muertos desde hacía mucho tiempo.

—¿Alguien lo sabe? —preguntó el señor Quisling a la clase.

Una silla chirrió y alguien tosió, pero aparte de eso el aula permaneció en silencio.

—¿Quién sabe lo que es un mensaje cifrado? —inquirió entonces el señor Quisling.

Parecía realmente interesado, no como si solo estuviera torturando a un alumno. Se dio la vuelta y escribió las palabras «mensaje cifrado».

—Un mensaje cifrado —continuó después de subrayar lo escrito— es cuando se sustituyen letras por otras letras, números o símbolos.

—Como un código —dijo alguien.

—Un código es algo similar: es una manera de ocultar un mensaje. Pero un código puede ser más extenso, con sustituciones de palabras o frases más que una letra por otra letra.

Algunos de los alumnos parecían incómodos, como si estuvieran avergonzados delante de Emily; otros escribían en sus cuadernos, posiblemente copiando lo que había puesto el señor Quisling en la pizarra.

—¿Se nos examinará de esto? —preguntó un chico tirado sobre su escritorio en la fila del fondo junto a la pared.

El señor Quisling parpadeó con la lentitud de un lagarto.

—Cualquier cosa de la que hablemos en clase puedes considerarla como un posible material de examen, José.

Y entonces, para gran horror de Emily, el señor Quisling comenzó a copiar la nota de James en la pizarra.



## Capítulo 14

Eso era lo que Edgar Allan Poe y Julio César tenían en común: ambos eran aficionados al cifrado de sustitución monoalfabética.

Emily se moría por que sonara el timbre o alguien hiciera saltar la alarma de incendios mientras observaba cómo el señor Quisling transcribía la nota. Ni siquiera se atrevía a mirar a James.

—Julio César desarrolló uno de los primeros cifrados por sustitución —explicó el señor Quisling—. Hoy lo llamamos el cifrado César. Edgar Allan Poe no solamente era un escritor famoso, sino un entusiasta de los mensajes cifrados. Tan entusiasta, en realidad, que lanzó un desafío cuando era editor de una revista literaria. Aseguraba que podía resolver cualquier mensaje cifrado que le presentaran.

A su pesar, Emily encontró aquella información de lo más interesante. Claro, tenía sentido, puesto que el relato *El escarabajo de oro* incluía mensajes cifrados. Volvió a encogerse horrorizada en cuanto el señor Quisling terminó de copiar la nota de James:

«KBCJE GE VGESZ ÑZE NF».

«ÑZ HZ FVBWWZN TWZÑ».

El señor Quisling dio unos golpecitos en la pizarra.

—Lo que tenemos aquí se conoce como texto cifrado. Cuando se quiere descifrar un mensaje secreto como este, el análisis de la frecuencia de las letras es un buen sitio por el que empezar.

Comenzando por el extremo izquierdo de la pizarra, el señor Quisling escribió el alfabeto estándar. Casi parecía trotar mientras garabateaba sus letras mayúsculas achaparradas. Estaba disfrutando con aquello, pensó Emily. ¡Sí, estaba disfrutando humillándola! James estudiaba atentamente el lápiz que hacía rodar adelante y atrás bajo sus dedos.

—Los mensajes cifrados juegan un papel importante en la historia de nuestro mundo. Se han ganado o perdido batallas por ellos. Se han evitado asesinatos porque se interceptaron y descifraron planes codificados o, por el contrario, hubo asesinatos que tuvieron éxito. Los giros que ha habido en la historia a menudo han tenido origen en mensajes secretos y si fue posible mantener esos mensajes en secreto.

José levantó la mano.

—¿Está seguro de que deberíamos descifrar este código?

Emily le dedicó a José una sonrisa de gratitud, pero ello no disuadió al señor Quisling.

—En vuestro programa pone claramente que pasarse notas o hacer otros deberes que no tengan que ver con el trabajo de clase corre bajo vuestra propia responsabilidad. —El señor Quisling señaló a la pizarra detrás de él—. Os arriesgáis a esto.

»Si la señorita Crane estuviera planeando un asesinato, veamos qué tal se nos daría cambiar el curso de la historia.

Utilizando el alfabeto que había escrito en la pizarra, el señor Quisling puso una marca bajo una letra cada vez que aparecía en el mensaje de James.

—Las tres letras más comunes son la *e*, la *s* y la *a*. Al mirar nuestra tabla de frecuencia, vemos que la *z* se usa ocho veces en este mensaje, *e* y *w* cuatro veces, y *ñ* tres veces. Es muy probable que al menos una de estas letras represente a la *e*, la *s* o la *a*. Pero ¿cuál es cuál?

Era la misma técnica que había utilizado el personaje de la historia de Poe para descifrar el mensaje secreto.

—Veamos las palabras de dos letras: *ge*, *ñz*, *hz*.

El señor Quisling retrocedió y se frotó la barbilla antes de rodearlas con un círculo.

—La combinación «*se*» podemos encontrarla en otras palabras. En este mensaje, «*ñz*» se usa también en «*ñze*». Lo que sugiere que *ñ* es *s* y *z* es *e*, así que «*ñz*» es «*se*». Pongámoslo así a ver qué pasa.

El señor Quisling escribió las letras como si se tratara del juego del ahorcado. Los alumnos empezaron a gritar sus propuestas para formar palabras. Antes de que Emily se diera cuenta, el señor Quisling y su clase de Sociales habían descifrado el mensaje de James:

QUIZÁ LA CLAVE SEA NO.  
SE ME OCURREN TRES.

—¡Asesinato eludido! —exclamó el señor Quisling.

La cara de Emily ardió con tanta furia que pensó que sus ojos podrían actuar como una lupa al sol hasta prender fuego a su carpeta. Al menos James no había mencionado al señor Griswold o su juego en la nota.

Un alumno dijo:

—¡No tiene sentido!

Y otro añadió: «Esto es un pedo», y la clase se llenó de risas. El señor Quisling dio una palmada y gritó:

—¡Basta!

Las risas fueron interrumpiéndose hasta que un chico susurró:

—Los tres pedos de la Navidad pasada, presente y futura.

James se unió a las nuevas risitas, pero de pronto las puntas de sus orejas parecieron quemadas por el sol.

El señor Quisling paseó por los pasillos entre los pupitres durante tanto rato que las risas se convirtieron en risitas contenidas para dar paso a un silencio incómodo y cambios de postura en los asientos. Emily pasó el dedo por el rombo grabado en su escritorio, evitando el contacto visual y esperando que no hubiera más humillación reservada para ella.

El señor Quisling dio un manotazo sobre el pupitre de una niña que chilló del susto.

—¡Propongo un reto! —anunció el profesor—. Un desafío siguiendo el ejemplo de Edgar Allan Poe. Así es como funcionará: Deberéis presentar en clase cifrados por sustitución. Un cifrado por alumno a la semana. Podéis entregar el primero mañana, que es miércoles, si queréis. Después de esta semana, el lunes será el día de entrega. La clase tendrá toda la semana para intentar descifrarlos. Los cifrados que queden por resolver a finales de semana os darán un pase para libraros de deberes, canjeable por cualquier trabajo de este semestre. Ganaréis un máximo de tres pases de deberes.

La cháchara y el entusiasmo impregnaron el aula.

—No perdáis la cabeza, chavales —vociferó el señor Quisling por encima del alboroto—. Estad preparados para explicar vuestro tipo de cifrado a la clase en caso de que lo resuelvan, para demostrar que es válido.

Sonó el timbre, y por encima del chirrido de las sillas y el sonido de las cremalleras de las mochilas, el señor Quisling gritó:

—Traed fotocopias suficientes para la clase entera.

Mientras los alumnos salían de la clase, el señor Quisling ordenó unos papeles sobre la mesa para formar una pila uniforme. Sin levantar la vista, dijo:

—Has empezado con mal pie, Emily Crane. Hazlo mejor mañana.

Ella asintió obedientemente con la cabeza, aunque el señor Quisling no estuviera mirándola.

—No estás enfadado conmigo, ¿verdad? —le preguntó a James en el pasillo.

—¿Enfadado contigo? —replicó él—. Tú deberías estar enfadada conmigo. Para

empezar, fue una estupidez pasarte la nota. Al menos el desafío de los mensajes cifrados parece guay.

—No os emocionéis demasiado. —Maddie se apartó de las taquillas como si hubiera estado esperándolos—. Vuestro codiguito se descifró así de fácil. —Chasqueó los dedos—. Dudo que ganéis ningún pase de deberes.

—¿Y tú sí? —le preguntó James.

Maddie sonrió con suficiencia.

—¿Qué os parece una apuesta adicional? El que se haga con más pases de deberes o llegue a tres gana.

James puso los ojos en blanco.

—Para ti siempre se trata de ganar, ¿no? Solo merece la pena hacerlo si hay un premio.

Durante un breve instante Maddie hizo una mueca de dolor, pero sacudió su pelo rígido sin que hubiera movimiento y dijo:

—Parece que alguien tiene miedo a perder.

—Yo no tengo miedo a perder. ¿Tienes miedo a perder, *Steve*?

James inclinó la cabeza a un lado como si estuviera escuchando la respuesta de su remolino.

—¿Qué hay para el ganador? —terció Emily.

La sonrisa calculadora de Maddie adoptó un tinte malévolo.

—A lo mejor no se trata de qué ganemos, sino de lo que el otro tiene que perder.

—¿Qué significa eso? —preguntó Emily.

Maddie movió dos dedos por el pelo de James como si fueran las fauces de un cocodrilo.

—Si pierdes, tendrás que cortarte ese estúpido mechón de pelo que tratas como a un amigo imaginario. Y ya está. Quiero una calva en ese sitio.

Emily se quedó sin aliento. «¡*Steve* no!», pensó. Le había cogido cariño a aquel tipo como un erizo. Pero James no parecía preocupado.

—¿Y si pierdes tú? —preguntó—. ¿Te raparás la cabeza?

Por la expresión de Maddie estaba claro que no había considerado la otra cara de aquella apuesta.

—Puedes teñírtelo —soltó Emily—, de rojo con lunares blancos. Como una seta venenosa.

James se mordió el labio para evitar reírse.

—Eso ni lo sueñes —replicó Maddie.

—Es mejor que raparse parte de la cabeza —apuntó James.

—Mucho mejor —añadió Emily—. Podrás quitarte el tinte con agua ese mismo día, pero James tendrá que esperar semanas para que le vuelva a crecer el pelo.

James levantó las manos.

—Eh, entiendo que estés preocupada por si no puedes ganarme.

—Muy bien. —Maddie extendió la mano para cerrar el trato—. Empieza a

organizar una fiesta de despedida para *Stan*.

—Se llama *Steve* —dijo James cuando Maddie se apartó de nuevo—. ¡Y de lo único que vamos a despedirnos es de tu pelo castaño cuando tengas que teñirlo de rojo!



De vuelta a sus casas después del colegio, Emily y James atravesaron el tramo de tiendas y restaurantes que rodeaban la librería de Hollister. Una cafetería, un restaurante elegante, un antiguo cine convertido en gimnasio, una tintorería, otra cafetería, una tienda de ropa, un restaurante de *sushi*, etcétera. Todos aquellos negocios se encontraban en la planta baja de edificios cuyas plantas superiores eran apartamentos. Había más actividad concentrada en aquellas pocas manzanas que en toda la ciudad de Nuevo México que Emily había dejado.

—Oye, ¿qué problema tiene Maddie? —preguntó Emily.

James y ella se separaron al cruzarse con tres mujeres que llevaban una esterilla de yoga al hombro, y luego volvieron a juntarse.

James se encogió de hombros.

—Se cree mejor que cualquiera. La buena de Maddie Fernández *Pelo Casco*. Aunque, por supuesto, yo no soy el más apropiado para hablar de peinados peculiares.

—Creo que su pelo se parece más a un champiñón que a un casco —dijo Emily.

James resopló.

—¡Un champiñón! ¿Por eso se te ocurrió lo de la seta venenosa si pierde? ¿Cómo no me había dado cuenta antes? —Miró a Emily con picardía—. Es la reina malvada del champiñón.

—¿Su majestad Hongo Real? —sugirió Emily, y se desternillaron de risa.

Tres adultos que esperaban en una parada de autobús los miraron con recelo. James se tapó la boca con una mano y Emily se puso derecha, pero sus intentos de parecer serios solo hicieron que las carcajadas fueran incluso más fuertes.



El miércoles, casi toda la clase de Sociales presentó mensajes cifrados para el desafío del señor Quisling. El jueves se había descifrado hasta el último mensaje, incluyendo el de James, el de Maddie y el de Emily.

—¿En dónde me he metido? —se quejó James mientras volvían a casa después del colegio el jueves por la tarde—. No puedo creer que se hayan descifrado todos los mensajes. Esto va a ser más difícil de lo que había pensado. No quiero tener que cortar a *Steve*.

—¡No te preocupes! Su majestad Hongo Real también está apurada con el desafío. Todavía no has perdido contra ella.

—Subraya el «todavía» —dijo James con preocupación.

Emily chocó su mochila contra la de él.

—¡Eres un experto en acertijos! Lo tienes ganado. Y yo te ayudaré. Aunque no es que pueda ser de mucha ayuda, visto que no he progresado nada con el mensaje secreto del señor Griswold.

—¿Has intentado volver a hablar con Cuervo?

—Sí. No me contestó hasta ayer y lo único que obtuve fue: «No tengo la información que buscas». Ojalá pudiera pasarme por Bayside Press y sacar un poco de información sobre el juego.

James dejó de andar y se quedó mirando distraídamente a un limpiador de ventanas subido a una plataforma que colgaba por fuera de un edificio de apartamentos.

—Bueno, ¿y por qué no vamos?

Emily apartó la vista del limpiador de ventanas para mirar a James, confundida.

—Visitemos Bayside Press —dijo él—. No perdemos nada con intentarlo, ¿verdad?



## Capítulo 15

Después de dejar las cosas del colegio en sus casas, coger la merienda y pedir permiso para ir al centro, Emily y James se encontraban en el autobús de camino al distrito financiero. Fueron caminando de la parada del autobús al edificio de Bayside Press. El traqueteo de los tranvías, el ruido de los cláxones y el bullicio de la gente hacían aquella parte de San Francisco más ruidosa que donde vivían Emily y James. Cuando entraron en el estrecho patio delante de la puerta principal de Bayside Press, todo el ruido de la ciudad pareció desaparecer. Emily levantó una mano para impedir que James continuara caminando.

—Esto es como el territorio sagrado de los Buscadores de Libros —dijo Emily—. Déjame empaparme de él un minuto. —Asimiló la torre resplandeciente de un edificio de oficinas, el cielo azul reflejado en sus laterales. Los edificios de alrededor eran serios y aburridos en comparación—. Vale, ya estoy —dijo, y tiraron de las puertas de cristal para abrirlas y entrar en Bayside Press.

El vestíbulo de la planta baja era un espacio abierto con paredes grises, suelo de piedra, y un guardia de seguridad uniformado de pie tras un escritorio.

—Hola —saludó Emily al acercarse al guardia de seguridad—. Nos gustaría hablar con alguien de Bayside Press.

—Muy bien —dijo el hombre—. ¿A quién habéis venido a ver?

—Hummm...

Emily y James se miraron.

—Hemos venido a ver a Joe —respondió James aventurándose.

El hombre los miró por encima de sus gafas.

—Joe —repitió.

James asintió con seguridad. Emily no tenía claro lo de ese «Joe», pero se maravilló de lo rápido que James se inventó una historia.

El hombre hojeó una carpeta de anillas y repasó la lista de nombres.

—Joe Beatson, Joe Field, Joe Fu, Joe Kothari, Joe Mason, Joe Shah, Joe Vigil, Joe Vince, Joe Young... ¿Es alguno de estos vuestro Joe?

James tragó saliva.

—¿El último? ¿Joe Young?

El hombre cerró la carpeta.

—Me lo he inventado. Igual que sospecho que tú te has inventado a ese Joe. Lo siento, chavales, pero esto es una empresa. No podemos dejar que cualquiera se pasee por nuestros pasillos.

Emily agarró las correas de su mochila. Habían recorrido todo aquel camino y estaban tan cerca de ver el interior de Bayside Press que no quería dar la vuelta y marcharse. Aunque no encontraran una respuesta para el acertijo de *El escarabajo de oro* del señor Griswold, ahora que estaba allí se moría por echar un vistazo entre las bambalinas donde se había creado los Buscadores de Libros.

Se quitó la mochila de los hombros, abrió la cremallera y sacó *El escarabajo de oro*.

—¿Y si le digo que hemos encontrado el siguiente juego del señor Griswold? ¿Podríamos entonces hablar con alguien?

James se la quedó mirando con los ojos abiertos como platos. No habían hablado de compartir su descubrimiento del libro con nadie. Tal vez era su imaginación, pero a Emily le pareció que *Steve* estaba un poco más erizado.

El guardia de seguridad apenas miró el libro.

—No dudo de que hayáis encontrado el nuevo juego —dijo con una voz que sugería que en realidad lo dudaba bastante, de hecho—, pero aun así no puedo dejaros subir sin una cita.

—Perdonad —dijo alguien detrás de Emily y James. Se dieron la vuelta y vieron a un hombre de la edad de los padres de Emily vestido con un jersey sin mangas a rombos azules y granates—. No he podido evitar oíros.

—Hola, Jack —lo saludó el guardia de seguridad—. Les he dicho que necesitan una cita. Dicen que han encontrado el nuevo juego de Griswold, pero ya sabes... eso ya lo hemos oído antes.

¿Ya lo habían oído antes? A Emily no se le había ocurrido que pudiera haber otros libros como el suyo ahí fuera esperando que los encontraran.

—Yo me encargo —le dijo Jack al guardia, y dirigiéndose a los niños, añadió—: Así que supongo que sois fans del señor Griswold, ¿no?

—Y de los Buscadores de Libros —dijo Emily.

—Es muy buena —intervino James—. Casi ha llegado al nivel Auguste Dupin.

—Totalmente entregada —asintió Jack con un silbido.

Emily bajó la mirada, pero sonrió. Aún le quedaban catorce puntos para ser

Auguste Dupin, por lo que no habría dicho que casi había alcanzado ese nivel. Sin embargo, el cumplido y las alabanzas eran halagadores.

—Y ¿qué es esto?

Jack señaló el libro que Emily sostenía en la mano.

Aunque era un adulto, el rostro redondo y aniñado de Jack lo hacía parecer amable y digno de confianza. Pero no sabía quién era, aparte de alguien que trabajaba en Bayside Press. ¿Y si el libro era una especie de artículo valioso de la editorial y se lo llevaba? Tal vez no había sido tan buena idea sacarlo de la bolsa.

—Es... es un libro que encontramos mientras jugábamos a los Buscadores de Libros.

—¿Y creéis que puede tener algo que ver con el próximo juego de Griswold? —Jack no lo dijo con un tono socarrón o condescendiente, sino más bien como si fuera lógica su suposición—. Dejadme que os enseñe una cosa, chicos. Vamos.

Los llevó hacia el ascensor, y al entrar, dijo:

—Vaya, no me he presentado, ¿verdad? Soy Jack, el ayudante del señor Griswold.

—¿En serio? ¿De verdad trabaja con el señor Griswold? —preguntó James.

—¿Todos los días? —añadió Emily—. ¿Qué tal está?

—Ah. —Jack bajó la vista un minuto—. Me temo que no muy bien. —Volvió a levantar la mirada con los ojos vidriosos—. Pero ayudarán todos los buenos deseos y pensamientos positivos que podáis reunir.

Aquel «Me temo que no muy bien», chirrió en los oídos de Emily. Pensó en los mensajes del foro que había leído la semana pasada, cuando asaltaron al señor Griswold. Y aquel usuario de los Buscadores de Libros había dicho que disfrutaran del juego mientras pudieran. Apretó *El escarabajo de oro* contra su pecho.

Una versión instrumental de *Monster Mash* inundó el ascensor durante un momento incómodo hasta que llegaron a la séptima planta. Las puertas se abrieron para revelar un vestíbulo impregnado de los colores de Bayside Press.

—¡Vaya! —exclamó Emily—. Es más guay de lo que me había imaginado.

Se dio la vuelta lentamente, asimilando el contraste de la moqueta azul plateada con las paredes a rayas granate y azul. Un gigantesco emblema metálico de Bayside Press colgaba detrás de la pared austera del escritorio de recepción.

Jack alzó una mano e hizo el gesto para que Emily y James cruzaran una puerta y siguieran por un pasillo.

—Me temo que esta visita no será tan emocionante como tal vez esperabais, si sois fans del señor Griswold —comentó Jack mientras caminaban. Pasaron puerta tras puerta que revelaban adultos encorvados frente a sus ordenadores o hablando por teléfono, con montones de papeles desordenados apilados a su alrededor—. Con su reputación de Willy Wonka, muchas personas se imaginan nuestras oficinas como una especie de parque de atracciones. Pero aquí no tenemos un río de chocolate ni Umpa Lumpas. Aunque sí hay extravagancias, por supuesto.

Jack señaló al pasillo decorado con retratos de escritores famosos de San

Francisco, con expresiones serias y ridículos disfraces. Daniel Handler vestido de conejito, Amy Tan de granjero y Allen Ginsberg de payaso.

Jack se detuvo delante de una sala de conferencias cuyas paredes eran de cristal, con una mesa en la que había un gran montón de animales de peluche, flores, globos y libros, similar al que se habían encontrado James, Emily y su hermano en la parada del BART el sábado anterior.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Emily.

—Bueno, en esa enorme pila están las cosas que la gente ha dejado a las puertas de nuestro edificio para el señor Griswold. Lo donaremos a la planta de niños del hospital donde está ingresado. Pero el segundo montón es lo que quiero enseñaros.

Entraron en una sala y se acercaron a una pila más pequeña. Parecía una colección de notas y cartas, algunas dobladas como la que les habían pillado pasándose en la clase del señor Quisling. Algunas de las hojas estaban escritas a ordenador y otras eran páginas arrancadas de una libreta. También había trozos de libros y cosas fuera de lo corriente, como tangrams pegados a una cartulina y un mapa laminado de San Francisco lleno de notas adhesivas con letras y números escritos.

—Estos son todos los «juegos» que han encontrado otras personas y nos han enviado. Como veis, estamos inundados de ellos.

—¿Son de verdad juegos del señor Griswold?

James levantó una bolsa con ocho pelotas saltarinas, cada una con una letra escrita, y las manipuló dentro de la bolsa para que formaran la palabra «tamandúá».

—Lo dudo —dijo Jack—, aunque no puedo saberlo con exactitud. Tan solo el señor Griswold lo sabe, y él está... Bueno, ahora mismo no puede decirnos nada. Pero sí conozco un par de verdades absolutas sobre el señor Griswold. Primero: Sus juegos rara vez son sencillos. ¿Recordáis aquel juego del Bingo Más Grande del Mundo que organizó en el estadio de los Giants? Sacarlo adelante fue una pesadilla logística. Una pesadilla. —Jack se tiró del pelo ondulado que le caía sobre la frente, como si incluso el recuerdo fuera estresante—. Y segundo: Es muy reservado en lo que respecta a sus juegos. No comparte sus planes hasta que ya no puede seguir solo. E incluso entonces, a menudo consigue ayuda sin que los demás se den cuenta de que están ayudando. En cuanto a los rumores del último juego, nadie sabe qué estaba planeando. Yo trabajo más cerca de él que nadie y no tengo ni la más mínima idea.

Examinaron todos los papeles y el resto de cosas. James cogió un libro de bolsillo muy usado que estaba boca abajo.

—*El halcón maltés* de Dashiell Hammett —leyó en voz alta.

—¡Oh, mis padres me lo regalaron! —dijo Emily.

Jack asintió con la cabeza.

—Uno de los escritores más notables de San Francisco.

—¿Por qué envía la gente estas cosas? —preguntó Emily.

Jack se tomó un momento antes de responder.

—La gente se siente cerca del señor Griswold a través de los libros y los juegos. Son lo que los conecta a él. Quieren que exista el juego, así que lo encuentran en los lugares más insospechados. Todo esto —Jack pasó una mano por encima de aquellas curiosidades— son ejemplos de lo que el señor Griswold ha infundido en la gente: la capacidad de ver algo donde no hay nada, de encontrar un acertijo en lo que otros considerarían basura.

Levantó una caja de cerillas.

—Por supuesto, algunas de estas cosas son de gente que quizá tengan una fascinación malsana por el señor Griswold o que intentan engañarnos para que les demos un premio. Pero otras son de gente que de verdad cree que ha encontrado algo. Como ese *Halcón Maltés*. —Jack señaló el libro que James había vuelto a dejar sobre la mesa—. La persona que nos lo envió no quería nada a cambio. Lo encontraron escondido a través de los Buscadores de Libros y estaban seguros de que formaba parte del nuevo juego de Griswold. Simplemente pensaban que nosotros sabríamos algo de eso. No podían soportar la idea de una promesa sin cumplir, que un juego no llegue a ver la luz.

Todavía sujetando *El escarabajo de oro*, Emily examinó el montón y consideró a qué categoría de fan pertenecía, hasta que se dio cuenta de que era diferente. Ella sí había encontrado de verdad el nuevo juego del señor Griswold. No se trataba de que tuviera la esperanza de que fuese real. Y como le ocurría a la persona que Jack había descrito, no podía imaginar ignorar el acertijo de *El escarabajo de oro* ahora que lo había descubierto. Tenía que resolverse.

—Así que ¿no cree a la persona que entregó *El halcón maltés*? ¿No cree que sea parte del juego? —preguntó Emily.

Jack sonrió tristemente.

—No. Pero no importaría que sí lo creyera. Me entristece decir que lo que fuese que el señor Griswold estuviera planeando ahora mismo no es una prioridad para nosotros. Las cosas estaban agitadas antes de que todo sucediera y ahora...

Todos aquellos envíos apilados sobre la mesa eran una representación física para Emily de cuántas personas desearían estar en su lugar. Se alegraba de que Jack no creyera su historia sobre *El escarabajo de oro*.

—¿Sabéis? He pasado un buen rato hablando con vosotros dos. —Jack miró a través de los cristales de la sala de conferencias—. Me alegro de haber entrado en el vestíbulo justo en ese momento. Ambos sois la personificación del tipo de lectores a los que el señor Griswold más desea llegar: jóvenes, entusiastas, entregados. De hecho... ¡Oh, qué demonios! —exclamó como si hubiera cerrado un debate interno—. Tengo otra cosa que enseñaros. Si el señor Griswold estuviera aquí, os lo enseñaría él mismo.



## Capítulo 16

Emily y James se apresuraron a salir de la sala de conferencias detrás de Jack. El pasillo se abría a un gran espacio lleno de cubículos, el murmullo de los ordenadores, el susurro de los papeles y unas cuantas voces bajas. Había una mujer sentada a una mesa larga con dos montones de papel delante de ella. Emily reconoció lo que estaba haciendo porque había visto a su padre hacer lo mismo mientras trabajaba. Estaba revisando un libro. Una de las pilas de papeles era un manuscrito corregido, básicamente un archivo impreso en el que se habían marcado con un lápiz de color un montón de errores. La otra pila estaba constituida por unas hojas largas y rectangulares. Su padre las llamaba «pruebas» y mostraban el aspecto del libro cuando lo publicaran, con las páginas impresas, una al lado de la otra en cada hoja rectangular. La correctora pasaba el dedo de una marca a otra por las páginas del manuscrito y luego las contrastaba con las de la otra pila para asegurarse de que se habían hecho todas las correcciones en la versión del libro casi acabado. Emily había visto a su padre hacer aquel tipo de trabajo miles de veces, pero ahora que estaba rodeada por todo lo de Griswold, se le ocurrió una idea. La antología de relatos de Poe que Hollister le había regalado incluía *El escarabajo de oro*, así que ¿por qué no contrastar esa edición con la de Griswold? Quizá si revisaba palabra por palabra descubriría más erratas u otra cosa que la ayudara a resolver el acertijo de una vez por todas.

La idea le hizo añadir un par de brincos a su paso y James la miró, con una sonrisa inquisidora en el rostro.

—¿Sabes qué nos va a enseñar? —susurró.

—No. Solo estoy contenta de que estemos aquí, eso es todo.

Después de guiarlos por un laberinto de cubículos, Jack aflojó el paso delante de uno de ellos y dijo:

—Este es mi sitio.

Había fotos de un perro clavadas con chinchetas detrás de su ordenador, y algunos de los libros de corrección que Emily había visto en las estanterías de su padre estaban colocados junto a una colección de muñecos cabezones. Pero fue el nombre de su placa lo que le llamó la atención.

—¿Es usted Jack Kerouac? ¡Es el autor preferido de mi padre! Llamamos a nuestra camioneta *Sal* por uno de sus personajes.

No había imaginado que Jack Kerouac fuera tan joven, y por las descripciones de su padre jamás se lo habría figurado vestido a rombos.

Jack se sonrojó.

—Ah, bueno...

Tenía que pedirle a Jack que le firmara algo.

—¿Tienes un boli?

De la emoción se había olvidado que llevaba la mochila. La abrió y metió dentro *El escarabajo de oro* para tener la mano libre y buscar un bolígrafo.

—No soy ese Jack Kerouac —aclaró Jack—. No soy el que escribió *En el camino*. Él murió hace unas décadas. Mi madre era fan de los poetas *beat* y legalizó mi nombre en homenaje a mi padre, que participaba en el movimiento. No es que supiese que yo existía; me refiero a mi padre. Aunque el Jack Kerouac original tampoco sabía de mi existencia, claro.

Jack toqueteó el cuello de su jersey.

—¿Su madre le puso el nombre de pila y el apellido? —le preguntó James—. ¿Se puede hacer eso?

—Eran los años sesenta —contestó Jack, como si eso lo explicara todo—. Aunque me ha ido bien. El señor Griswold flipó con eso. Creo que en parte me contrató para decirle a la gente que Jack Kerouac trabajaba para él. Vamos, lo que quiero enseñaros está justo detrás de nosotros.

Se encontraron frente a unas puertas dobles. Jack metió una llave en la cerradura y las abrió para revelar una sala enorme, decorada de granate y azul plateado como el vestíbulo. La oficina del señor Griswold. Emily lo supo en cuanto la vio. Las ventanas se abrían en el otro extremo de la sala, mostrando unas vistas que incluían el Ferry Building y más allá de la bahía. Las paredes estaban forradas de estanterías llenas de libros, por supuesto, pero también de distintos juegos, puzles y juguetes: una noria en miniatura, un tablero de ajedrez con las piezas colocadas a mitad de una partida, un gran elefante montado con piezas de madera talladas... Algo zumbaba y hacía tic tac a un ritmo irregular, y Emily finalmente dirigió la vista a una vitrina con una estructura en el interior diseñada para mantener unas canicas moviéndose permanentemente hacia arriba en cubos, bajando en toboganes y rodeando ruedas de engranaje. Emily podía imaginarse al señor Griswold deambulando por aquel

despacho, hojeando libros y trasteando con sus juguetes.

Algo se movió en su visión periférica y Emily se dio la vuelta para ver a un hombre de verdad allí de pie, echando un vistazo a los títulos de la estantería junto a la entrada. Por un breve instante lleno de esperanza —antes de fijarse bien en él—, Emily pensó que era el señor Griswold. Pero entonces Jack dijo bruscamente:

—¿Qué está haciendo aquí?

El hombre colocó delante de él su maletín bastante ajado, casi de un modo protector. Sobre su cabeza sudorosa se entrecruzaban unos largos mechones de pelo rojo y llevaba un traje arrugado. El hombre prácticamente saltó hacia delante y extendió una mano.

—Leon Remora. Siento haberlo sobresaltado. Trabajo para el señor Griswold. En su casa, no aquí, en Bayside Press. Pero tengo sus llaves, ¿ve?

El señor Remora levantó un llavero y lo hizo tintinear.

—Soy un coleccionista de libros raros. Trabajo para el señor Griswold. Eso ya lo he dicho, ¿no? Bueno, estoy intentando localizar uno de los libros que le faltan, y la última vez que hablamos antes de su... eh... —El señor Remora agitó los dedos en el aire mientras buscaba las palabras—... su ya sabe. Antes de que pasara lo que pasó... —El hombre sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente con él—. El señor Griswold me dijo que lo había dejado en su oficina. El libro que estoy buscando, quiero decir. Y puesto que tengo acceso a sus llaves, con su permiso, desde luego, vine aquí a recogerlo.

Jack tenía ahora los brazos cruzados y estudiaba al señor Remora como si estuviera observando un cuadro abstracto.

—¿Y cerró la puerta con llave porque...?

—¿He hecho yo eso? No lo recuerdo. ¿Está seguro de que no se cierran automáticamente?

—No, no se cierran automáticamente.

—Bueno, debo de haberla cerrado por costumbre. Sin darme cuenta y todo eso, ¿sabe?

El señor Remora se dio unos golpecitos sobre el cráneo con el dedo índice.

—¿Ha encontrado el libro que estaba buscando? —preguntó Jack.

—No, pero si pudiera mirar un poquito más...

—Lo siento, pero no —se negó categóricamente Jack—. No permitimos que nadie entre aquí.

Los ojos de cachorrito suplicante del señor Remora se oscurecieron.

—¿Y esos niños qué? —dijo.

—Ya basta, señor Remora. —Jack lo señaló con el dedo—. Ya ha tenido oportunidad de echar un vistazo a esos libros. Si necesita más tiempo, tendrá que concertar una cita y tal vez alguien pueda ayudarlo.

—Pero ¡soy su coleccionista de libros! ¡Debería tener pleno acceso a los libros de su oficina!

—Señor Remora, puede que usted lleve su colección personal, pero aquí no tiene nada que hacer. Ahora, por favor, no me haga llamar a seguridad.

Jack retrocedió, incitando a Emily y James a moverse con él. El señor Remora pasó junto a ellos a grandes zancadas, dándose unos toques con el pañuelo alrededor del cuello, sin establecer el menor contacto visual.

En cuanto Jack vio que el hombre hubo desaparecido, se volvió hacia Emily y James.

—Lo siento, chicos, ese hombre me estropeó la sorpresa, ¿no? —Jack hizo un ademán con el brazo y dijo—: Aquí tenéis el santuario del señor Griswold.

Había una escultura de la cabeza de un hombre junto a las amplias ventanas, y gracias a la pequeña ilustración de la portada de la antología de relatos que Hollister le había regalado a Emily, la niña lo reconoció inmediatamente.

—¿Es Edgar Allan Poe? —preguntó.

—¡Impresionante! —exclamó Jack—. Sí, claro. El señor Griswold es aficionado a su obra.

—¿Podría repetirlo? —le pidió James.

Jack lo miró de manera burlona, pero Emily intervino.

—¿Es fan de él, entonces?

—Un fan con mayúsculas —respondió Jack.

Bueno, aquello al menos resolvía un misterio, pensó Emily. Ella y James habían estado dándole vueltas a por qué Griswold había elegido a Poe para su juego.

—¿Por qué Poe lleva un collar? —preguntó James.

La escultura llevaba un colgante dorado con forma de conejo. El conejo tenía en el centro unas elaboradas filigranas y de los pies le colgaban unas campanillas.

—Una de las posesiones más preciadas del señor Griswold —dijo Jack—. ¿Habéis oído hablar de la liebre de oro?

Emily y James se miraron, asombrados.

—Por supuesto que no. Ha sido una pregunta tonta. Vuestros padres probablemente serían igual de pequeños que vosotros por aquel entonces.

—¿Se refiere a cuando la gente buscaba oro aquí, en California? —preguntó James.

Jack se rio.

—No fiebre, sino liebre. —Se pasó los dedos por el flequillo y lo echó hacia atrás. Señaló el collar—. Una liebre, un conejo. Eso fue en los setenta. Un artista excéntrico y un editor colaboraron para crear un libro titulado *Masquerade*. Era un libro ilustrado con pistas ocultas en los dibujos. Si resolvías las pistas, te llevaban a un tesoro enterrado, al collar que estáis mirando ahora, para ser más precisos. El señor Griswold no fue el que lo encontró originalmente, sino que lo compró en una subasta hace varios años.

¿Pistas ocultas en un libro que llevaba a un tesoro enterrado? Aquello era parecido al relato *El escarabajo de oro* y de lo que habían supuesto que trataría el

juego. Debía de ser lo que el señor Griswold tenía planeado. Emily pasó la mano con cuidado por encima del collar de la liebre dorada, intentando disimular su entusiasmo lo mejor posible, pero en su interior daba brincos de ilusión.

—La caza del tesoro se convirtió en un fenómeno —continuó Jack—, pero fue un fracaso cuando resultó que las pistas eran demasiado difíciles. Costó tres años, y al final la persona que lo encontró hizo trampas. Pero produjo todo un género llamado «búsquedas del tesoro de salón».

»Al señor Griswold le encantaba ese momento de la historia editorial. Para él este conejo representa cómo una idea (ya se trate de un libro, un juego o lo que sea) puede captar la fascinación de tanta gente al mismo tiempo, hasta el punto de que se cree una comunidad a su alrededor donde antes no había nada.

—Como los Buscadores de Libros —señaló Emily.

Jack hizo una pausa, inclinó la cabeza a un lado, y asintió pensativamente mientras lo consideraba.

—Sí. Exacto. Al señor Griswold le habría hecho mucha ilusión oírte decir eso.

Emily sonrió tímidamente mirando la liebre dorada. Le entusiasmaba saberlo.



## Capítulo 17

Emily y James pasaron la hora del almuerzo del viernes en la biblioteca del colegio. James quería buscar información sobre mensajes cifrados para el desafío del señor Quisling y así entregar algo superdifícil que los demás tuvieran que solucionar. El resto de la clase de Sociales a sexta hora debía de haber tenido la misma idea, porque casi todas las mesas de la biblioteca estaban llenas. Después de enterarse del desafío, la bibliotecaria del colegio colocó en un carrito libros relacionados con los mensajes cifrados y los códigos, y temporalmente los dejó excluidos de préstamo para asegurarse de que estaban disponibles para todos.

Emily le dijo a James que lo ayudaría a investigar sobre los mensajes cifrados, pero primero quería terminar de comparar las dos ediciones de *El escarabajo de oro*. Se puso a ello la noche anterior después de volver de Bayside Press; ya casi había finalizado la hora de comer y todavía no había acabado. Comparar textos palabra por palabra resultaba ser una tarea bastante absorbente.

—No puedo creer que sigas buscándolos —dijo James, levantando la vista de *Mensajes misteriosos*.

—He sacado siete en total solo durante la hora del almuerzo —dijo Emily.

A su derecha estaba *El escarabajo de oro* de Garrison Griswold y a su izquierda el mismo relato impreso en la antología de Poe que le había regalado Hollister. Emily daba golpecitos sobre la misma palabra, primero en un libro y después en el otro. Encontró otra errata en el de Griswold: «estremadamente», una falta de ortografía que no vio las otras veces que había leído atentamente el relato. Tachó la s y escribió una x sobre la palabra.

—Estoy casi al final de la historia, así que será mejor que las tenga todas. Esto es

aburrido. —Comparó los últimos párrafos y no encontró más erratas—. ¿Ahora qué? —masculló Emily, más para sus adentros que para cualquier otra persona.

—¿Has intentado escribir todas las letras en una página aparte en el orden en el que aparecen en el libro? —le preguntó James—. Tal vez sea más fácil distinguir las palabras si miramos solo las letras que hemos encontrado juntas en una página.

Era una buena idea. Emily empezó a copiar las letras en su libreta. James la detuvo tras la cuarta letra para decir:

—Mira, antes encontramos «no», pero ahora le sigue «es». Entonces la frase empieza «No es...». Pero ¿qué es lo que no es?

Cuando Emily terminó, la serie de letras quedó así:

Noesperonipidoquealguiencreenlextraño

aunque simple relato que me dispongo a escribir

James probó a leerlo en voz alta:

—«No es peroni...» no. «No es pero ni pido... que alguien creen lextraño... aunque simple relato que me dispongo a escribir...». No tiene sentido —dijo.

—Falta añadir algunas correcciones —dijo Emily—. ¿Ves? No es «lextraño», sino «el extraño»; «que alguien crea en el extraño».

Probaron a leer la frase otra vez los dos en voz alta:

—«No espero ni pido que alguien crea en el extraño aunque simple relato que me dispongo a escribir».

—Esto es lo más descabellado que he visto en mi vida —dijo James hojeando las páginas de *El escarabajo de oro*—. O debería decir: ¡«lo más extraño aunque simple» que he visto en mi vida!

—Suena como si faltase algo, ¿no? —apuntó Emily—. Es como si dijera: «Espera a oír esta loca y extraña historia...» pero luego no hay nada más.

—Y está redactado de forma muy rara —afirmó James—. Anticuada. Me refiero a que nadie dice hoy en día que «se dispone a escribir» algo.

—A lo mejor el señor Griswold habla de esa manera.

Lo soltó como una idea, pero había visto vídeos de él en internet y no recordaba que sonará así.

James negó con la cabeza.

—No. Dio un discurso de bienvenida en la feria del libro y habla como un adulto normal. Quizá un poco más contento y menos dramático, pero no sonaba como si hubiera viajado en el tiempo y perteneciera a hace cien años o algo por el estilo.

—¿Cómo se convierte una frase oculta en un juego? —murmuró Emily en voz alta.

—Es una lástima que no haya nadie a quien pedirle ayuda —dijo James.

—¡Eso es!

Emily señaló a James.

El niño miró a su alrededor para ver qué estaba señalando.

—¿Yo? —exclamó.

—Ayuda —dijo Emily—. Cuervo es alguien que está dispuesto a ayudar.

—¡Tienes razón!

Corrieron a los ordenadores al fondo de la biblioteca. James se dejó caer en una silla y sacudió el ratón para despertar la máquina. Entraron en la página de los Buscadores de Libros, Emily inició sesión y, afortunadamente para ellos, Cuervo estaba conectado.

—Toma. —Puso su libreta junto al teclado—. Escribe la frase para ver qué dice Cuervo.

Emily leyó en voz alta la frase mientras James escribía.

**CUERVO:** No puedo ayudarte con eso.

—¡Ostras! —rezongó James—. Se me había olvidado que debía hacer una pregunta.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Es «No espero ni pido que alguien crea en el extraño aunque simple relato que me dispongo a escribir» una pista para el juego del señor Griswold?

**CUERVO:** ¡Felicidades! Has encontrado la primera pista para el juego literario que Garrison Griswold lanzará el 10 de noviembre. Si has llegado tan lejos, es que has encontrado uno de los cincuenta ejemplares de *EL ESCARABAJO DE ORO* escondidos por la ciudad. También has localizado a mi ayudante en el juego: Cuervo. Cuervo está dispuesto a ofrecerte ayuda en cierta medida durante el viaje, siempre que hagas las preguntas correctas.

Emily miró la pantalla pestañeando. Había soñado con aquello: mudarse a San Francisco y participar en uno de los juegos del señor Griswold. Lo había conseguido. Había encontrado el siguiente juego. Volvió a leer el mensaje.

—Se supone que hay escondidos cincuenta ejemplares de *El escarabajo de oro* —dijo James—. ¿Cuántos crees que escondió antes que este?

—Estamos solo a mediados de octubre. Tenía planeado que el juego empezara oficialmente dentro de tres semanas. A lo mejor todavía no hay más por ahí.

Al menos Emily esperaba que ese fuera el caso. Le gustaba pensar en *El escarabajo de oro* como su conexión personal con Garrison Griswold.

—Solo nos quedan cinco minutos antes de que suene el timbre y todavía no sabemos qué hacer con la frase oculta. Rápido —Emily le dio un empujoncito a James—, pregúntale eso a Cuervo.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Qué hacemos con la primera pista?

**CUERVO:** Una buena historia se merece otra.

—«Una buena historia se merece otra,» ¿Y qué significa eso? —preguntó James. Antes de que Emily pudiera responder, apareció en la pantalla el mensaje de un invitado.

**INVITADO:** Creo que has encontrado mi libro.

Emily arrugó la nariz.

—¿Cómo? ¿Quién eres tú?

—¿Por qué iba a esconder un libro para los Buscadores de Libros si ni siquiera es un jugador registrado? —añadió James.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Qué libro?

**INVITADO:** Has dicho que encontraste un libro de Poe en la parada del BART. Ese libro es mío. Tienes que devolvérmelo.

Emily y James se miraron el uno al otro. ¿El libro de Poe pertenecía a alguien? No podía ser. Tenía el símbolo de Bayside Press con un cuervo y acababan de descubrir el mensaje secreto. Cuervo incluso había confirmado que formaba parte del juego. Emily estaba al cien por cien segura de que aquel libro era del señor Griswold. Lo que significaba que aquella persona misteriosa era el señor Griswold, que de alguna manera había entrado en los Buscadores de Libros desde el hospital aunque el día anterior Jack hubiera dicho que estaba en muy mal estado, o aquel invitado se había equivocado. O —una posibilidad que la ponía nerviosa solo de considerarla— alguien conocía el juego y estaba intentando conseguir el libro por ese motivo.

**WOMBAT GRUÑÓN:** Encuentro muchos libros. Háblame del tuyo.

**INVITADO:** Está escrito por Poe.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Título?

El cursor parpadeó una y otra vez hasta que finalmente apareció otro mensaje.

**INVITADO:** *EL ESCARABAJO DE ORO.*

A Emily se le encogió el estómago.

James le dio un empujoncito.

—Hollister dijo que no era habitual ver un libro con solo un relato de Poe. A lo mejor existe otra antología con ese título. Quizá sea una coincidencia.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Cuántas historias tiene?

El cursor no dejaba de parpadear.

**INVITADO:** Tres.

Emily suspiró con alivio.

**WOMBAT GRUÑÓN:** Lo siento. No creo que el libro que tengo sea el tuyo.



## Capítulo 18

Barry golpeó con el puño el terminal, lo que llamó la atención de la bibliotecaria en el mostrador de información.

—Perdón —farfulló Barry, y agachó la cabeza.

—No deberías haber dicho tres —le recriminó Clyde.

Se recostó en la silla junto a él, girando el asiento de un lado a otro.

—Tú me dijiste tres —protestó Barry con los dientes apretados.

Clyde se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé?

Tras el descubrimiento de la página web de los Buscadores de Libros el lunes, habían pasado de mantener bajo vigilancia la zona alrededor de la parada del BART a pasar el resto de la semana revisando aquella página web. O al menos hasta donde les era posible, dado que Barry no tenía ordenador en casa y trabajaba en una tienda de licores por la noche, y Clyde... Barry no tenía ni idea de lo que hacía Clyde cuando no estaban juntos.

En cualquier caso, habían pasado cinco días enteros, ya fuera en el ordenador del hotel donde trabajaba su amigo o allí, en la biblioteca principal de la ciudad, cuando su amigo no estaba trabajando.

La luz verde junto al nombre de Wombat Gruñón pasó a ser gris y en vez de «conectado» se leía «no disponible».

—Claro —dijo Barry—. La hemos asustado.

Barry apoyó la cabeza entre las manos. Vaya, la había fastidiado. Para empezar, ya había estado mal deshacerse del libro. Pero Barry no le había mencionado a su jefe los niños. Le había hecho creer que controlaban mejor la situación de lo que en

realidad estaban haciendo. Aunque el jefe ya los había amenazado con tomar cartas en el asunto si no se daban prisa, por lo que quizá Barry no había hecho tan buen trabajo convenciéndolo de que controlaba la situación.

Barry clicó en el nombre Wombat Gruñón y la página saltó al perfil de la niña. Al menos supuso que era el de aquella niña, la que había visto Clyde dejando la tarjeta. Se trataba de un perfil con muy poca información personal y no tenía foto. Barry forzó la vista para examinar la página entera en vez de detenerse solamente en un par de líneas. Al final de la página había un detalle importante que Barry se había saltado antes.

Se acercó más a la pantalla y parpadeó para asegurarse de que estaba viendo bien.

—Ahí está. —Las palabras se le quedaron clavadas—. Colegio Booker. Podemos ir a ver.

—Vamos de excursión —dijo Clyde.



## Capítulo 19

Aunque el usuario invitado no conocía los detalles exactos sobre el libro, Emily seguía sintiéndose inquieta.

—¿Estás bien? —le preguntó James.

—Sí, es que...

Aquella persona había dicho específicamente que buscaba un libro con tres relatos y el del señor Griswold tenía solo uno. Aun así, la desconcertaba que hubiera alguien insistiendo en que *El escarabajo de oro* era suyo.

—Es que ha sido raro —dijo.

James asintió con la cabeza para señalar que estaba de acuerdo.

—Pero hemos encontrado la primera pista.

—¡Es verdad! —exclamó Emily alegremente—. «Una buena historia se merece otra» —repitió—. ¿Qué significará?

Sonó el timbre. James llevó su libro sobre mensajes cifrados de vuelta al carrito de la biblioteca y fue leyéndolo hasta el último segundo. Emily se había dejado su carpeta, *El escarabajo de oro* y la antología de relatos de Poe sobre la mesa cuando fueron a hablar con Cuervo, así que fue a por ellos. Los cerró y los apiló, colocando la antología de relatos encima de todo.

Una historia. «Una buena historia —*El escarabajo de oro*— se merece otra... historia».

Emily volvió a abrir la antología de relatos y la hojeó.

—¿Preparada? —preguntó James, colocándose la mochila sobre los hombros.

Emily continuó pasando las páginas, deteniéndose cada tres o cuatro. A la mitad del libro Emily se encontró con un relato titulado *El gato negro*.

—¡James! —exclamó y empujó el libro en su dirección por encima de la mesa. James se inclinó hacia delante y leyó en voz alta:

—«No espero ni pido que alguien crea en el extraño aunque simple relato que me dispongo a escribir».

Miró a Emily con la boca abierta de par en par.

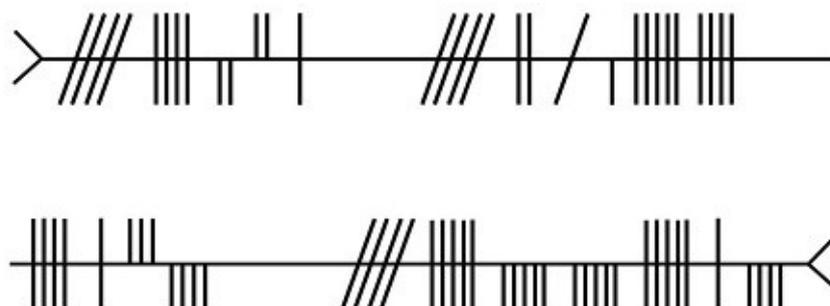
—«Una buena historia se merece otra» —dijo Emily con una carcajada de incredulidad—. La pista es la primera línea de otro relato de Poe.



Emily se pasó el fin de semana como si estuviera andando entre las nubes. Aunque aún no sabía qué hacer con la siguiente pista, el hecho de haber llegado tan lejos ya era bastante satisfactorio. De momento.

James también estaba de buen humor a la salida del colegio el lunes. La primera semana del desafío del señor Quisling fue un chasco, puesto que todos los mensajes cifrados entregados por los alumnos se resolvieron. La mitad de la clase ya parecía haber perdido el entusiasmo por el reto al darse cuenta de lo difícil que era que se te ocurriese algo indescifrable. Emily ni siquiera llegó a presentar el suyo. Había estado demasiado liada con los deberes y enfrascada en la lectura de *El gato negro* con la esperanza de averiguar qué se suponía que debía hacer a continuación en el juego del señor Griswold, por no hablar de las aventuras de su familia. Sin embargo, James y Maddie estaban tan comprometidos con su apuesta como lo habían estado la semana anterior. Cada uno presentó su mensaje cifrado, y James creía que tenía muchas posibilidades esta vez.

—¡Su majestad Hongo Real va a caer! —se pavoneó James mientras subían cansados por la acera después de clase. Mientras caminaban, sostenía delante de él una hoja con el mensaje cifrado de Maddie:



—Este lo resolveré en pocos segundos —se pavoneó James.

Las copas frondosas de los árboles aliviaban momentáneamente el sol abrasador de octubre sobre sus cabezas. La niebla de por la mañana se había desvanecido y Emily se había atado la sudadera a la cintura, pues ya no le servía para nada. Si

estuviera en Denver o Albuquerque, un frescor otoñal acompañaría a la cálida luz del sol.

—¿Sabías —dijo James mientras esquivaban a una mujer que salía de un edificio de apartamentos con un carrito de bebé— que hace mucho tiempo, si un gobernante quería enviar un mensaje secreto, le rapaba la cabeza a su sirviente, escribía el mensaje en su cuero cabelludo, esperaba a que le creciera de nuevo el pelo al sirviente, luego este viajaba hasta el destinatario del mensaje y volvía a raparse la cabeza para que el tipo en cuestión pudiera leerlo?

—Si tienes que rapar a *Steve*, podrías intentarlo —dijo Emily.

James echó las manos arriba a cada lado del mechón, como si le tapara a *Steve* las orejas.

—¡Como si fuera a perder! Ten un poco de confianza.

Emily dio unas palmaditas a las puntas erizadas de *Steve*.

—¡Mis más sinceras disculpas, *Steve*! Por supuesto que no perderéis.

—Aquellos tíos debieron de pasarse toda la vida yendo de un lado a otro con mensajes en la cabeza, como una hoja de un cuaderno con patas —dijo James.

Se acercaron a la librería de Hollister. Su homenaje en el escaparate a Bayside Press seguía en su sitio. Emily se detuvo y echó un vistazo al interior a través de un hueco entre dos libros.

—Hollister está ahí dentro hablando con alguien. ¿Crees que nos ayudará con la pista de *El gato negro*?

—No nos hará ningún daño preguntárselo. La semana pasada sabía mucho de Poe.

Empujaron la puerta para abrirla justo a tiempo de oír que el cliente decía:

—¡Dijiste que tendrías el Welty! Me he cruzado toda la ciudad.

Unos escasos pelos rojos se aferraban como una garra a la cabeza prácticamente calva del cliente furioso. James se paró en seco, con Emily justo detrás. Era el mismo hombre que vieron en el despacho del señor Griswold la semana pasada.

—¿Qué está haciendo aquí? —le susurró James a Emily.

—No, ahora no —decía Hollister—. Te dije que había encontrado el Welty del que hablamos. Ojalá hubieses llamado antes, Leon. No sé qué más decirte. —Hollister echó un vistazo a la tienda y vio a Emily y James justo en la puerta. Los hombros se le separaron de las orejas y se dibujó una sonrisa en su rostro—. Ah, James y Emily que acaba de mudarse aquí. Ahora mismo acabo con mi amigo, el señor Remora. De hecho, es aquel que os había mencionado. El especialista en libros raros que trabaja con el señor Griswold. —Y dirigiéndose al señor Remora, añadió—: Estos dos son fans de Gary y los Buscadores de Libros.

¿Gary? Sonaba raro oír que llamaban Gary al señor Griswold.

El señor Remora apenas miró en su dirección. Si había reconocido a Emily y a James no dio muestras de ello.

—¡Esto es inaceptable! —Golpeó con el dedo índice sobre el mostrador, como si

estuviera dando con un mazo en miniatura—. Le dije a mi cliente que le entregaría el libro esta semana.

—Bueno, comprobaré su disponibilidad lo antes posible y ya te diré algo, Leon. Te lo entregaré personalmente para que no tengas que volver a pegarte la caminata hasta mi tienda.

Al señor Remora se le metió un pelo delante de los ojos y sopló varias veces, pero lo único que consiguió fue que cayera otra vez. Al final se colocó el pelo de nuevo sobre la cabeza.

—Muy bien.

Emily y James estaban apoyados en el mostrador, esperando su turno para hablar con Hollister. Había una bandeja llena de palabras magnéticas junto a un expositor de marcapáginas. Emily y James fueron juntando palabras mientras esperaban. «Feroz». «Pescado». «Ojo». Emily se acordó de cuando descubrieron las palabras ocultas del señor Griswold en *El escarabajo de oro*.

Hollister sacó un bolígrafo de una taza junto a la caja registradora.

—¿Cuál es tu dirección?

—Calle Fillmore, 1717...

—Ah, ¿vives en Fillmore? —inquirió Hollister mientras lo apuntaba.

—Sí. ¡Qué suerte tengo! Tráfico y ruido. ¡Viva!

Hollister cerró la boca y se concentró en escribir la dirección al tiempo que inspiraba profundamente por la nariz. Al acabar, guardó el bloc de notas en una estantería bajo el mostrador y se volvió hacia Emily y James.

—Bueno, chavales, ¿qué os trae hoy por aquí? ¿Estáis buscando más libros?

—Oh, eeh...

Emily miró al señor Remora. Estaba buscando en una pila de libros sobre el mostrador de Hollister.

—Queríamos preguntarte por *El gato negro*.

—¡El Gato Negro! —exclamó Hollister—. Hacía años que no pensaba en ese sitio. Allí fue donde conocí a Ferlinghetti.

—No —intervino James—. No es un sitio. Nos referimos a...

Su voz se apagó cuando Emily y él se miraron el uno al otro. ¿Había un sitio llamado El Gato Negro? A lo mejor eso era lo que la pista estaba diciéndoles, que fueran a El Gato Negro.

El señor Remora golpeó tres veces con la palma de la mano sobre el mostrador.

—Hollister. Ya he terminado. Quiero estos. —Señaló el montoncito de libros que había cogido de la pila original—. ¿Y qué hay del Carver que tenías el mes pasado? ¿Todavía sigue aquí?

—Creo que sí. Déjame que vaya a comprobarlo. —Hollister dedicó a los niños una sonrisa de disculpa—. Responderé a vuestras preguntas en un santiamén.

Emily le dio un golpecito a James con el codo.

—Podemos buscarlo en internet —sugirió.

—¡No te preocupes, Hollister! ¡Lo buscaremos en Google! —le gritó James a Hollister mientras este se retiraba.



## Capítulo 20

Emily y James estaban sentados el uno junto al otro en el acordeón de un autobús urbano extralargo de camino al restaurante El Gato Negro. En un lado de la parte flexible había una mujer con una caja sobre ruedas llena de bolsas de plástico con comida, y al otro un hombre pintado de pies a cabeza de color plateado estaba leyendo un periódico. Cada vez que pasaba una página, un sonido robótico acompañaba misteriosamente el movimiento. Emily intentó no quedarse mirándolo fijamente, pero habría jurado que la boca no se le movía para hacer aquel ruido.

James no miró dos veces al hombre plateado ni a la mujer de las bolsas de plástico. Emily no estaba segura de si aquello se debía a que llevaba toda la vida viviendo en San Francisco y era inmune a aquel panorama o si era por lo absorto que estaba en descifrar el mensaje de Maddie. Para ella ahora mismo era impensable concentrarse en cualquier otra cosa que no fuera el juego del señor Griswold. Emily casi botaba en su asiento, estaba muy entusiasmada y se esforzaba por leer los carteles con los nombres de las calles cada vez que el autobús se acercaba a uno, con la esperanza de haber llegado ya a su parada.

Finalmente, se aproximaron a la ubicación del restaurante El Gato Negro y James se levantó para pedir parada. Salieron por la puerta de atrás, saltaron a la acera y el autobús se alejó zumbando.

—Debería estar en la siguiente esquina —dijo el chico.

Cruzaron la intersección de una calle concurrida de cuatro carriles y pronto se encontraron bajo un cartel de neón que sobresalía por encima de la acera.

Se oyó música de *jazz* cuando abrieron la puerta principal. Los ojos de Emily se adaptaron a la luz tenue del interior. No había nadie en la recepción, así que Emily se

asomó al bar donde un hombre fornido, con una calva reluciente, limpiaba una mesa con un trapo.

—No servimos hasta las cinco en punto —dijo el hombre con voz de barítono sin alzar la mirada.

—No hemos venido a comer —contestó Emily, que sonó como un ratón comparada con él.

—Entonces, ¿para qué habéis venido exactamente, nenes? —preguntó de buenas maneras, sin apartar el paño de encima de la mesa.

—Nos dejamos algo —terció James.

—Anoche —añadió Emily—. Tenemos que recuperarlo.

—¿Vosotros dos estuvisteis aquí anoche? —se extrañó el hombre.

—Con nuestras familias —respondió James—. Era un grupo grande.

—Bueno, era grande pero no tanto —lo corrigió Emily. ¿Y si no había habido ningún grupo grande la noche anterior?—. Pero era grande.

—Un grupo grande que no era grande, ¿eh? —El hombre lo consideró con una mueca de escepticismo—. Vale, me lo trago. ¿Qué os dejasteis?

—Eeeh... un libro —respondió Emily.

James le dio en la espalda. Bueno, vale, quizá un libro no era la mejor cosa imaginaria que dejarse en un restaurante, pero no sabía cómo se suponía que funcionaba el juego de pistas del señor Griswold. ¿Sabía este hombre de qué iba y tenía una pista guardada para ellos? ¿O acaso tenían que encontrarla escondida en alguna parte? Tal vez si mencionaban un libro, les preguntaría cuál, entonces ella diría *El escarabajo de oro* y el hombre les daría la siguiente pista.

Pero el gerente del restaurante no les hizo más preguntas, y si le parecía ridículo haberse dejado un libro en un restaurante, no comentó nada. Cruzó el puesto de recepción y rebuscó entre los objetos que había detrás del mostrador.

—Tengo un teléfono móvil, unas gafas de sol y un paraguas. No hay ningún libro.

—¿Podríamos buscarlo por ahí? No tardaremos mucho —le pidió James.

—No estropearemos nada —añadió Emily.

—Vale, vale.

El hombre los llevó hacia el fondo del comedor.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —susurró James.

Emily levantó un mantel y miró debajo de una mesa.

—No tengo ni idea —contestó—. Espero que lo sepamos al verlo. Estate atento a cualquier cosa que parezca fuera de lugar. Una nota enganchada debajo de una mesa o algo por el estilo.

Fueron por todo el comedor levantando manteles, mirando por debajo de las sillas, escudriñando tapices y pequeños ramos de claveles que había en cada mesa.

Cuando se reunieron en el centro, James preguntó:

—¿Ya has leído *El gato negro*? A lo mejor hay algo en el relato que nos indique lo que deberíamos estar buscando.

—Bueno, es sobre un tipo que bebe mucho, mata a su gato estando borracho y luego piensa que el gato vuelve de entre los muertos. Después el tipo se vuelve incluso más loco y mata a su mujer; la entierra en el sótano, pero accidentalmente entierra al gato zombi con ella y lo pillan. Así que espero que la historia no tenga nada que ver con lo que deberíamos estar buscando, porque preferiría no tener que desenterrar cadáveres ni gatos zombis.

—Jolín. Hollister no bromeaba. Poe de verdad tenía una imaginación retorcida, ¿no?

Emily se puso las manos en las caderas y contempló el restaurante. Habían repasado hasta el último centímetro sin éxito.

—Tal vez deberíamos decirle algo al gerente sobre el juego. Tal vez se supone que él tiene que darnos la siguiente pista.

Era la mejor idea que tenían, así que volvieron al bar, donde el gerente revisaba unos papeles detrás de la barra.

—¿Habéis encontrado vuestro libro? —preguntó sin levantar la vista.

—Mmm, no —respondió Emily.

No estaba segura de qué decir a continuación, pero no tuvo que preocuparse porque James tomó la iniciativa.

—¿Sabía que hay un relato titulado *El gato negro*? —preguntó James mientras se subía a un taburete. Emily se sentó en el de al lado con vacilación—. ¿Por eso se llama así este local?

El hombre dejó el montón de papeles y bajó la mirada hacia James.

—No —dijo.

—¿No? ¿No sabía que había un relato con ese título o este local no se llama así por el cuento?

El gerente no respondió.

—Bueno, ¿lo ha leído? —quiso saber James—. Es de Edgar Allan Poe, y trata sobre un tipo que...

—Así que no habéis encontrado vuestro libro, ¿no? —volvió a preguntar el hombre.

—En realidad estamos buscando un libro de Edgar Allan Poe. ¿Ha oído hablar de —James se inclinó hacia delante con entusiasmo— *El escarabajo de oro*?

El hombre salió de detrás de la barra, cogió sus mochilas y bajó a James y a Emily de los taburetes.

—Chavales, vosotros no os habéis dejado aquí ningún libro, ¿verdad? —Los condujo hacia la puerta—. Entonces, ¿qué habéis estado haciendo? ¿Habéis ido a las bebidas alcohólicas? ¿Habéis dejado una bomba fétida por algún sitio?

—No, no, no —se apresuró a negar James.

—Encontramos un mensaje secreto en un libro —confesó Emily—. ¿Tiene nuestra próxima pista?

El gerente les entregó sus mochilas.

—¿Qué? —exclamó sacudiendo la cabeza—. No, no tengo ninguna pista para vosotros, chavales. Id a jugar a otro sitio, ¿vale? Yo tengo que trabajar.

Emily y James guardaron silencio por la decepción mientras volvían a su casa en autobús. La niña estaba segurísima de que aquel era el lugar al que tenían que ir.

Finalmente, Emily dijo:

—Bueno, al menos podemos tachar de nuestra lista el restaurante El Gato Negro.

El movimiento del autobús los mecía de un lado a otro. James tenía su carpeta abierta otra vez y estudiaba el mensaje cifrado de Maddie. Emily miraba por la ventana y veía pasar la ciudad. Edificios grises, licorerías... Se acercaron a un pequeño parque en una esquina construido sobre un aparcamiento. En el cartel ponía PLAZA PORTSMOUTH. Unos toldos de color rojo intenso, al estilo pagoda, cubrían las mesas de pícnic. Las farolas se encendieron cuando anocheció. Un hombre subió la escalera hacia el parque. Avanzaba con un tambaleo lateral, unas rastas largas se movían por su espalda y llevaba una bolsa de lona.

—Mira, James. —Emily le dio un codazo—. ¿No es ese Hollister?

James levantó la vista.

—Sí. Me preguntó qué hará aquí.

Pasaron el parque y continuaron mirando por la ventana. James tiró distraídamente de *Steve*.

—Oye, Emily —dijo—. ¿Y si el señor Griswold no terminó el juego? ¿Y si ahora mismo solo se puede llegar al relato de *El gato negro*? Cuervo dijo que el juego no comenzaría hasta dentro de unas semanas.

—Ni hablar. —Emily negó con la cabeza firmemente—. Sí acabó el juego.

No podía demostrarlo, claro, pero sabía que era verdad. Tenía que serlo.

—Bueno, quizá deberíamos concentrarnos en el desafío del señor Quisling durante un rato. Admítelo, ¿no te alegraría el día ver a su majestad Hongo Real con un peinado oficial de seta? Además... —James lanzó un puño al aire y gritó—: ¡Tenemos que defender el honor de *Steve*!

Solo había dos personas más en el autobús, pero ambos se dieron la vuelta para mirarlos. James se disculpó con un gesto de la mano.

—¡Perdón!

—*Steve* no tiene por qué preocuparse —lo tranquilizó Emily—. Nos aseguraremos de eso.

James sonrió forzadamente y volvió a sus apuntes sobre el mensaje cifrado de Maddie.



## Capítulo 21

Al día siguiente en la clase del señor Quisling, Emily vio a James abatido en su pupitre junto a ella. Estaba molesto porque todavía no había resuelto el código de Maddie.

—Es martes —le recordó Emily—. Tenemos aún la semana entera.

Pero James se abatió todavía más cuando su mensaje secreto fue uno de los dos que se resolvieron. Después de clase, Maddie se colocó detrás de James y dibujó un círculo imaginario alrededor de *Steve*.

—En cuanto te rapas eso, podrás dibujarte en su lugar un ocho y tu cabeza parecerá una Bola Mágica del 8 —dijo.

James apartó el dedo de Maddie de su cabeza con un manotazo.

—¿Qué, no replicas, valiente? —lo provocó Maddie.

James cerró la cremallera de su mochila con un violento tirón.

—No dejes que te afecte —intentó calmarlo Emily cuando dejaron atrás a Maddie, que sonreía con suficiencia—. Todavía tienes mucho tiempo para resolver el suyo.

—Para ti es fácil decirlo —replicó James—. No es tu pelo el que está en juego.



El jueves, James había conseguido un gran avance con el mensaje cifrado de Maddie y volvía a estar de buen humor.

—No se lo ha inventado ella sola —le aseguró James a la hora del almuerzo.



—Yo... eeeh...

No era eso lo que esperaba que le preguntase. No sabía qué esperaba que le preguntase, pero desde luego no tendría nada que ver con los Buscadores de Libros.

—En la reunión de profesores del otro día, el director Montoya comentó que un hombre había contactado con nuestro colegio al creer que un jugador de los Buscadores de Libros había encontrado por error un libro valioso que le pertenecía, y según su perfil, ese usuario es alumno del colegio Booker. Dijo que ese jugador escribió en el foro de los Buscadores de Libros que había encontrado un libro titulado *El escarabajo de oro*, escrito por Edgar Allan Poe. Recuerdo que la semana pasada sobre tu pupitre tenías un libro de Poe con un aspecto poco corriente.

El señor Quisling apoyó un codo en el brazo de la silla mientras estudiaba pacientemente a Emily. La niña jugueteaba con el pin de los Buscadores de Libros que llevaba en la sudadera. No sabía qué decir. Todo aquello la cogía por sorpresa: el señor Quisling queriendo hablar con ella, alguien contactando con el colegio por *El escarabajo de oro*, alguien que afirmaba que el libro era suyo... Aquella era la segunda vez que alguien reclamaba el libro. Emily pensó en el usuario invitado que el otro día le había enviado un mensaje a través de los Buscadores de Libros.

—¿Te acuerdas del libro al que me refiero? —le preguntó el señor Quisling.

—Sí —respondió Emily.

—Ah, ¿todavía lo tienes?

—Yo... no. —La mentira salió de su boca antes de que pudiera cambiar de opinión—. Volví a esconderlo a través de los Buscadores de Libros.

El señor Quisling levantó las cejas.

—¿Ah, sí?

Al pensar en su conversación con el usuario invitado de los Buscadores de Libros y que no sabía cuántos relatos había en *El escarabajo de oro*, dijo:

—¿Por qué esa persona está tan segura de que le pertenece el libro que encontré? A lo mejor se equivoca.

El profesor frunció el entrecejo.

—Emily, si alguien se ha molestado en mirar tu perfil y contactar con tu colegio, le daría el beneficio de la duda. Además, no es que tenga importancia, pero esa persona es un coleccionista de libros profesional. No se trata de un jugador de los Buscadores de Libros que esté intentando engañarte. Ese hombre cree que el libro pertenece a uno de sus clientes, y si es el libro que está buscando, afirma que es muy valioso. No tanto como para ti u otra persona, sino que tiene un valor sentimental para su cliente y, por lo tanto, es valioso. También lo es porque ese hombre dice que perderá su trabajo si no encuentra el libro y lo devuelve.

—¿El hombre que llamó al colegio es un coleccionista de libros? —preguntó Emily.

El señor Remora era un coleccionista de libros y había estado buscando un libro que pertenecía al señor Griswold cuando se toparon con él en Bayside Press.

¿Cuántos coleccionistas de libros raros podía haber en San Francisco?

—Sí —respondió el señor Quisling, y continuó sin darse cuenta de que aquel detalle significaba algo para ella—. Bueno, si dices que ya has escondido el libro, entonces confío en tu palabra. Pero visto que el trabajo de un hombre está en juego, ¿por qué no intentas recuperarlo para que le pueda echar un vistazo? Si no es el que busca, puedes devolverlo a su escondite y el libro continuará su viaje en los Buscadores de Libros.

¿Significaba aquello que el señor Remora conocía el juego del señor Griswold? No parecía la clase de persona que se entusiasmaría con algo así. Y Cuervo había dicho que había cincuenta ejemplares en total de *El escarabajo de oro* escondidos por la ciudad, así que si el señor Remora estaba interesado en ese libro por el juego, que fuera a buscar su propio ejemplar. Tal vez no se había dado cuenta de que el señor Griswold había escondido el libro con la intención de que se perdiera.

—La Tierra llamando a Emily. —El señor Quisling chasqueó los dedos—. No te preocupes, no estás metida en ningún lío. Es muy sencillo: has encontrado un libro que pertenece a otra persona. Recupéralo y devuélvelo.

Emily asintió.

—Sí, intentaré hacerlo.

Le devolvería el libro al señor Remora, pero ya había avanzado tanto en el juego del señor Griswold que no podía hacer ningún daño terminarlo. De esa manera, el señor Remora volvería a tener el libro en sus manos y ella tendría la satisfacción de resolver entero el juego del señor Griswold. Todos ganarían.



—¿Qué quería el señor Quisling? —le preguntó James mientras se alejaban del colegio.

Delante de ellos, un tendero regaba la acera frente a su tienda de la esquina. Accionó el mecanismo para que dejara de salir agua y lo abrió de nuevo cuando ya habían pasado.

—No lo adivinarías ni en un millón de años.

—¿Te seleccionó para una misión espacial? ¿Está aprendiendo a tocar *Heart and Soul* con el piano y necesita que tú lo acompañes con la armónica?

Emily se rio.

—¿Te acuerdas del señor Remora? ¿El especialista en libros que trabaja para el señor Griswold?

—¿Aquel tipo que vimos en Bayside Press y en la librería de Hollister? Claro.

—Bueno, pues por lo visto está buscando *El escarabajo de oro*. Puede que fuese lo que estaba buscando la semana pasada en el despacho del señor Griswold. Leyó mi mensaje en el foro de los Buscadores de Libros, vio en mi perfil que iba al colegio

Booker y llamó. Nuestro director se lo contó a los profesores, y como el señor Quisling vio *El escarabajo de oro* en mi pupitre...

—... ¡el día que lanzó el Desafío de los Mensajes Cifrados del que saldré victorioso! —concluyó la frase James.

Emily sonrió.

—Sí. Y por lo visto el día que se grabó a fuego en la memoria del señor Quisling mi ejemplar de *El escarabajo de oro*.

—¿Tu ejemplar? —James sonrió con complicidad—. Creía que era del señor Griswold.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—¿Y por qué quiere el señor Remora *El escarabajo de oro*? ¿Sabe algo del juego?

—Yo también me he hecho esa pregunta, pero no creo que ese sea el caso. Cuervo dijo que había más ejemplares de ese título para que los encontraran, así que ¿por qué iba a necesitar este? El señor Quisling dice que el libro tiene un valor sentimental y que el señor Remora perderá su trabajo a menos que consiga devolverlo a la colección personal del señor Griswold.

—¿Y se lo has devuelto? —preguntó James.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Emily—. ¿Cómo íbamos a terminar el juego si no? Y además fue un maleducado el otro día en la librería de Hollister.

—Pues sí. Pero eso no significa que en realidad no necesite el libro.

—Voy a devolvérselo —dijo Emily en un ligero tono defensivo—. Pero es que quiero terminar antes el juego.

—Me parece un buen plan, entonces —opinó James, y arrancaron a caminar de nuevo.



## Capítulo 22

El sonido de unas campanillas anunció la entrada de Emily y James en la tienda de Hollister. Aunque el señor Remora la conociera solamente por el perfil de Wombat Gruñón en los Buscadores de Libros y probablemente no se hubiera dado cuenta de que se habían cruzado el otro día, cuando entraron estaba nerviosa. Si daba la casualidad de que se encontraba en la librería, le resultaría más difícil actuar con normalidad por el hecho de saber que estaba buscándolos a ella y al libro. Pero no había nadie en la tienda de Hollister, al menos eso parecía desde donde estaban.

—¿Hollister? —lo llamó James.

Oyeron su silbido como respuesta. Se abrieron camino a través de las estanterías abarrotadas, desviándose por la sección de artesanía para que Emily pudiera agacharse a comprobar si habían encontrado *Corazón de tinta*.

—Sigue ahí —dijo.

Revisaba con regularidad su estado en la web de los Buscadores de Libros, pero nunca sabías si alguien lo había encontrado pero no había registrado el hallazgo.

Vieron a Hollister en medio de la tienda, ordenando unos libros de bolsillo en una caja de cartón. Se llevó un libro cerca de los ojos para verlo mejor y luego lo agitó como si fuera un boleto de lotería premiado.

—*Alguien voló sobre el nido del cuco* en excelentes condiciones. ¡Este es muy bueno!

Hollister volvió a mirarlos como si no los hubiera llegado a ver del todo la primera vez.

—¡Vaya, hola! ¿Habéis venido a rebuscar en mi selección de buena literatura?

—La verdad es que estoy buscando libros sobre mensajes cifrados o cómo

inventar códigos —dijo James.

Hollister dio unos golpecitos con el dedo sobre la punta de su nariz, reflexionando, luego se dio la vuelta y, con su característico bamboleo mientras arrastraba los pies, los adentró más en el laberinto de estanterías. Unas bombillas polvorientas colgaban del techo y creaban focos de luz mortecina para guiar su camino.

Mientras caminaban, Emily dijo:

—Fuimos a ese restaurante que nos dijiste, Hollister. ¿Recuerdas? El Gato Negro.

—No lo hicisteis —replicó Hollister.

Las tablas de suelo crujieron bajo sus pies.

—Mmm, la verdad es que sí fuimos —afirmó James.

Hollister se detuvo, se acercó a una estantería y pasó el dedo índice por los lomos mientras examinaba los títulos. Sacó *Descifrando el código maya* del estante, se lo pasó a James y luego les hizo un gesto para que lo siguieran de vuelta a la parte delantera de la tienda.

—El Gato Negro está cerrado —dijo Hollister—. Lleva cerrado desde los años sesenta.

James y Emily intercambiaron una mirada, sin estar seguros de si Hollister hablaba en serio o estaba gastándoles una broma.

—Bueno, debe de haber vuelto a abrir, Hollister, porque fuimos allí —le aseguró Emily.

—En Broadway —añadió James.

—Ahí está el problema. El que yo os dije estaba en Montgomery, no en Broadway. Junto al edificio Transamerica, esa vieja pirámide de acero y cemento.

Emily se paró en seco y James chocó contra ella por detrás.

—¿Cerró? —preguntó Emily.

—En 1963. El mismo año que dispararon al presidente Kennedy.

Hollister sacó *El criptógrafo* de la estantería y se lo pasó a James.

Este pagó los libros. En cuanto estuvieron fuera, Emily lo agarró del brazo y se lo sacudió como si estuviera tocando una campana gigantesca.

—¡Nos equivocamos! ¡Te dije que no era un callejón sin salida!

—Vale, vale. —James se rio y liberó el brazo para levantar las manos y rendirse—. ¡Me doy por vencido! Pero solo hay una manera de asegurarse.



A la sombra de un rascacielos con forma de pirámide se hallaba un viejo edificio de ladrillo, pintado de blanco con ventanas verdes. Arriba, en letras doradas, ponía CANESSA PRINTING CO., sobre cuatro ojos de buey, por encima de una entrada a su derecha.

—Una imprenta —dijo James—. Tiene sentido, al ser el señor Griswold un editor y todo eso.

—Pero la dirección no es correcta —señaló Emily—. El Gato Negro comparte el edificio, pero el número es el 710. Este es el 708.

James echó un vistazo por las ventanas al nivel de la calle del número 710. Al otro lado había sentado un grupo de cuatro personas mirando un menú.

—¿Otro restaurante? —exclamó decepcionado.

Emily tiró de las correas de su mochila y estudió la calle y el edificio. No veía nada que la ayudara a relacionar aquel edificio con la antigua cafetería El Gato Negro, pero la dirección coincidía con lo que habían encontrado en internet, así que debía de ser allí. Tan solo era cuestión de descifrar lo que necesitaban averiguar.

Gracias a todos los años que llevaba usando los Buscadores de Libros, se había acostumbrado a estar muy atenta a cualquier detalle extraño. Las pistas y los acertijos podían guiarte hasta cierto punto, como la pista para el libro que consiguieron James y ella, que los había llevado hasta el muelle del Ferry Building. Después de eso era cuestión de ser un sabueso, investigar todos los rincones que podrían ser un lugar idóneo para esconder un objeto con forma de libro, observar un trozo de tierra recién excavado o advertir algo fuera de lugar.

Emily echó un vistazo a unos maceteros llenos de flores, dos mesas metálicas de café, una acera salpicada de restos de chicle ennegrecidos, un panfleto pegado a un árbol enfrente del edificio y un parquímetro de color naranja y negro. Se debatía entre volver a fingir haberse dejado algo en el restaurante o ser directa y decir que participaban en un juego de pistas, cuando una brisa arrancó el panfleto que estaba clavado en el árbol. Se trataba de un panfleto que parecía nuevo, con una foto de... ¿un gato? Emily se acercó para verlo mejor: ¡una foto de un gato negro!

—¡Mira esto, James!

Escrito en mayúsculas con un rotulador grueso de color negro, bajo la foto, había el siguiente mensaje:

¿BUSCAS UN GATO NEGRO?  
LLAMA A SAMUEL.

La parte inferior de la página estaba cortada en flecos con un número impreso en cada lengüeta:

(978) 067-9722 X649

—¡Tiene que ser esto! —exclamó Emily.

El panfleto estaba nuevito y las tiras con los números de teléfono, intactas. Emily cortó una y volvieron a casa tan rápido como pudieron.

Subieron corriendo la escalera hacia el apartamento de James y se quitaron los zapatos. James cogió el teléfono inalámbrico de su base en una mesa auxiliar.

—Léeme el número.

El teléfono hacía bip con cada número que James marcaba. Antes de haber llegado a la mitad, Emily oyó una voz grabada.

—¿Quién es? —preguntó.

James frunció el entrecejo. Se repitió el mensaje grabado.

—Dice que no hemos marcado suficientes dígitos. Que volvamos a intentarlo —respondió.

Emily repitió los números, pero una vez más se oyó la grabación a mitad de la llamada.

—Debe de ser por el cero. Nunca había visto un número de teléfono que empezase por cero —dijo la niña.

—A lo mejor no es un número de teléfono. Puede que sea otra cosa. ¿Una ecuación matemática? ¿Una clave?

Emily fue a coger su libreta de la mochila cuando vio la hora en el reloj del abuelo Lee. Refunfuñó.

—Tengo que irme. Pero podemos trabajar en esto mañana durante el almuerzo.

—Íbamos a trabajar en el desafío del señor Quisling, ¿recuerdas?

La brusquedad del tono de James hizo que Emily sintiera una punzada de culpabilidad por no haberse acordado.

—Claro que me acuerdo —mintió—. Trabajaremos en las dos cosas.



## Capítulo 23

Emily continuó dándole vueltas a la pista del número el viernes y durante el fin de semana. El domingo por la mañana, sus intentos de encontrarle sentido habían terminado en nada. Y siempre estaba en el aire la pregunta de James sobre si el juego en realidad se habría completado antes de que atacaran al señor Griswold. La pista de *El gato negro* al fin y al cabo los había llevado a alguna parte, pero ¿y si aquel número ahora era un callejón sin salida?

Tampoco ayudaba el rumor que se había extendido por el foro de los Buscadores de Libros la última vez que entró sobre que el señor Griswold no estaba evolucionando bien. Uno de los usuarios, CapitánCubrepañalón, que afirmaba trabajar en el hospital en el que estaba ingresado el señor Griswold, decía que seguía en coma y lo habían trasladado a cuidados intensivos porque estaba muriéndose. Pero entonces alguien preguntó al CapitánCubrepañalón si podía verificar su afirmación y respondió que no, y luego un montón de gente empezó a echársele encima por avivar las llamas del rumor. Era agotador seguir aquella conversación. Emily salió del foro y decidió que no tener noticias era eso, no tener noticias, y no dejaría que los rumores la afectaran antes de oír algo real.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. No podía quitarse de encima la preocupación de que el señor Griswold tal vez no se recuperara y no solo lo perdiera a él sino también los Buscadores de Libros.

Aquella tarde, su familia iba a un concierto al aire libre en el parque Golden Gate, y parecía la oportunidad perfecta para sacarse de la cabeza al señor Griswold y su juego. También parecía un momento ideal para esconder un libro. El padre de James estaba en la ciudad por unos días, así que Emily, por desgracia, tendría que jugar sola

a los Buscadores de Libros. Era curioso que, tan solo dos semanas antes, en realidad hubiera preferido que fuera así.

Para hacerse una idea de dónde esconder el libro, Emily buscó en internet imágenes de la explanada donde tenía lugar el concierto y descubrió que allí había una fuente. Una vez había encontrado un ejemplar de *Escapa de la biblioteca del Sr. Lemoncello* escondido en un acuario en el consultorio de su anterior médico, y desde entonces siempre había querido esconder un libro bajo el agua. Esta parecía la oportunidad perfecta. Lo único que necesitaba era coger un libro y meterlo en una bolsa cerrada impermeable. Aún conservaba la que el usuario de los Buscadores de Libros había utilizado en el acuario de su médico. Podían comprarse en la página web, y esta estaba diseñada para que pareciese el interior de un acuario con aquel color verde azulado y trozos de coral. (Personalmente, Emily habría escogido la que hacía parecer al libro un cofre del tesoro). El camuflaje del acuario en una fuente no era el ideal, pero funcionaría.

Ahora le tocaba decidir qué libro esconder.

Siempre le resultaba difícil elegir cuál de sus libros regalar. Sus preferidos estaban marcados con corazones, signos de exclamación y otros apuntes en los márgenes, para nunca separarse de ellos. Pero coleccionaba ejemplares de sus favoritos para regalarlos. Después de revolver en su colección de libros ocultables, se decidió por *El juego de Westing*.

Cuando los Crane se marcharon al concierto, el blanco enturbió el cielo. No había vistas de la bahía en aquel día nublado. Pasaron por la calle donde estaba el colegio de Emily y siguieron caminando hasta detenerse en una pequeña tienda de *delicatessen* para coger unos sándwiches; después siguieron caminando y finalmente llegaron donde su padre había encontrado por fin un aparcamiento en la calle para *Sal*.

—Deberíamos haber ido caminando al parque —dijo Matthew mientras subía a la parte trasera—. Ya casi estamos allí.

—¡Solo puede pasar en San Francisco! —contestó su padre.

Emily se sentó en el asiento central de la furgoneta y abrió *El juego de Westing*. Estaba releendo el trozo donde Turtle entra a hurtadillas en la mansión el día de Halloween cuando Matthew gritó:

—¡Mirad! Miradmiradmiradmiradmirad.

Golpeó con el dedo índice en el cristal con cada «mirad».

Le dio tal susto a Emily que casi dejó caer el libro. Le echó un vistazo a la calle para intentar averiguar lo que había exaltado tanto a su hermano. Había un edificio de ladrillo muy soso que parecía más bien un banco que cualquier otra cosa, hasta que advirtió la marquesina iluminada donde se leía *THE FILLMORE*.

—Hasta dentro de una semana —le dijo Matthew al edificio mientras pasaban por delante.

Matthew había encontrado un grupo de amigos en su instituto que iban al

concierto de Flush, así que sus padres estuvieron de acuerdo en dejarle comprar la entrada. Si hubiera sido cualquier otra persona la que ya hubiese hecho amistad con todo un grupo para ir a un concierto, Emily se habría sorprendido, pero se trataba de Matthew.

—Si viviéramos aquí, trabajaría en The Fillmore —dijo Matthew.

—Si viviéramos aquí, montaría en tranvía todos los días —intervino su madre.

Este era uno de sus juegos habituales. Se imaginaban cómo sería vivir a largo plazo en un lugar, aunque a veces sonara ridículo.

—Si viviéramos aquí, las pantorrillas se me pondrían como dos sandías pequeñas de subir por tantas colinas —comentó su padre.

Emily observaba pasar zumbando los edificios grises. La blanca neblina persistente hacía que los cables que atravesaban la ciudad resaltaran como uno de aquellos juegos de cuna.

—Te toca, Emily —dijo su padre.

—Si viviera aquí, tendría mi casa sobre una librería —contestó Emily, pensando en los apartamentos que había sobre la tienda de Hollister.

—¡Oh, sí! —exclamó su madre—. Si nos quedáramos a vivir aquí...

Emily se preguntó por qué no se quedaban allí. La idea de vivir en San Francisco y considerarlo su hogar no le resultaba tan irracional.

Cuando llegaron a la explanada donde tenía lugar el concierto, el *jazz* ya estaba en pleno apogeo. Sus padres no se habían dado cuenta de que se trataba de una actuación de Halloween y los bancos de la parte delantera estaban llenos de zombis, brujas y hadas. Hasta el escenario parecía disfrazado de algo sacado de la antigua Roma, con una cúpula ornamentada en la que había unos ángeles tallados y columnas que flanqueaban ambos lados, pero Emily había visto en fotos que aquel era el aspecto que tenía siempre. Se habían colocado mesas y carpas más allá de los bancos, bajo unos árboles encrespados, cuyas hojas estaban iluminadas por farolillos de color naranja. Pasaron por delante de la gran fuente con una estatua donde Emily quería esconder su libro y continuaron hacia una zona abierta de césped. Los músicos tocaban algo alegre y dinámico mientras los Crane zigzagueaban en fila india alrededor de mantas, sillas plegables y un niño pequeño que bailaba disfrazado de mono. El padre de Emily puso las manos en las caderas de su mujer e hizo como si bailase una conga lamentable que prácticamente consistía en mover los hombros y dar una patada al aire de vez en cuando. Emily se sintió aliviada cuando encontraron un espacio libre en el césped para extender su manta.

—¿Alguien tiene hambre?

La madre dejó en el suelo la bolsa con los bocadillos.

—Voy a esconder mi libro —dijo Emily.

—¿Por qué no la acompañas, Matthew?

Emily fingió estar muy interesada en ajustar la bolsita impermeable alrededor de *El juego de Westing*. Hacía tiempo que Matthew y ella no escondían un libro juntos.

Antes le encantaba, tal vez incluso más que a Emily, al principio. Por aquel entonces se peleaban porque él siempre quería esconder los libros de tal modo que era superdifícil encontrarlos, mientras que Emily quería que encontraran sus libros para leer sobre sus aventuras cuando viajaban a lugares nuevos. Matthew metió la mano en la bolsa de papel y sacó un sándwich de jamón. Sin ni siquiera mirarla o dedicarle una sonrisa de disculpa, dijo:

—No. Prefiero ir a mirar al guitarrista.

Emily sabía que se había sonrojado. Notaba las mejillas calientes. Era una estupidez por su parte que aquello le importara. Ya sabía que no iba a querer ir con ella. De todos modos, solo se trataba de llevar el libro hasta la fuente y meterlo allí, así que no le hacía falta un compañero. Pero si hubiera sido hacía unos años, Matthew habría encontrado la manera de convertir algo tan sencillo como eso en una misión de espías secreta.

—Matthew, acompaña a tu hermana —dijo su madre—. Ya te acercarás después al escenario.

—No pasa nada —se apresuró a decir Emily—. No voy lejos y será superrápido. Además, para este no hacen falta dos personas.

Antes de que nadie pudiera añadir nada más, Emily salió corriendo hacia la fuente. Metió una piedra pequeña en la bolsa hermética para ayudar a hundir *El juego de Westing* y que permaneciera bajo el agua. Cuando le pareció que nadie estaba prestándole atención, dejó caer el libro. Con un chof, se hundió. Aquella noche, cuando llegara a casa, introduciría la pista en los Buscadores de Libros. Se le había ocurrido una buena: «Donde las cosas mojadas están entre el arte y la ciencia», cifrado en el lenguaje secreto de James y ella para ponerle un poco más dificultad. «El arte y la ciencia» se refería al Young Museum y la Academia de las Ciencias, que estaban a cada lado de la explanada.

Se quedó sentada en el borde de la fuente durante un minuto. Una Dorothy y un León Cobarde jugaban a las damas sobre una manta. Tres pequeños piratas se cogieron de la mano y gritaron dando vueltas en círculo hasta caerse al suelo. Sus padres bailaban salsa torpemente, descalzos sobre la hierba. A Matthew no se lo veía por ninguna parte. Sin duda estaría lo más pegado posible al escenario. Bajó la vista a *El juego de Westing*, sumergido en el fondo de la fuente. Le habría gustado que James estuviera con ella aquella noche. El chico habría disfrutado escondiendo el libro bajo el agua. Era curioso haber jugado sola durante tantos años a los Buscadores de Libros y haberlo disfrutado, pero ahora sentía que le faltaba algo al no estar acompañada.



## Capítulo 24

El lunes empezaba la tercera semana del reto del señor Quisling. Ya casi todo el mundo lo había dejado al decidir que hacer los deberes sería más fácil que el trabajo de crear y descifrar los mensajes de la clase. James y Maddie seguían en el desafío, pero Emily se figuraba que a aquellas alturas era más por el orgullo de ganar la apuesta que por poder pasar de los deberes. El marcador estaba cero a cero, pero a la hora de la comida James estaba seguro de que los resultados iban a cambiar.

Se sentaron a su mesa de la biblioteca y James le explicó el código del genio con el que se había topado durante el fin de semana, mientras miraba de tanto en tanto hacia donde Maddie estaba sentada.

—Encontré un apartado sobre el código Bacon —dijo James.

Emily se inclinó para oír las palabras que susurraba.

—¿Bacon? ¿Cómo huevos con bacón?

—Exacto. Un código que sabe de maravilla en todos los sándwiches. —James sonrió burlonamente—. No, Bacon fue el tío que lo inventó. En el código Bacon se usa una combinación de aes y bes para representar las letras del alfabeto. Estaba pensando en que la programación de ordenadores es un tipo de código (se llama codificación, al fin y al cabo) y luego me tropecé con lo de Bacon y se me ocurrió combinarlo con el código binario.

—¿Qué es binario?

En vez de explicárselo, James sacó una hoja de su carpeta y se la pasó a Emily. Había un párrafo corto en la parte superior donde se leía: *Cuidado con el mono ninja. Le gusta el pan de plátano y conduce una furgoneta negra.*

—Esto es un párrafo normal —dijo la niña.

—Emily. —James inclinó la cabeza hacia abajo—. Tú mejor que nadie deberías saber que los párrafos que parecen normales pueden ocultar mensajes secretos.

—Ah, vale. Bueno, ¿cómo funciona?

James sacó otra hoja de su carpeta, las respuestas supuso Emily. A cada letra del abecedario le correspondía una combinación de unos y ceros:

a=00000  
b=00001  
c=00010  
d=00011  
e=00100  
f=00101  
g=00110  
h=00111  
i=01000  
j/k=01001  
l=01010  
m=01011  
n/ñ=01100  
o=01101  
p=01110  
q=01111  
r=10000  
s=10001  
t=10010  
u=10011  
v/w=10100  
x=10101  
y=10110  
z=10111

—Estos ceros y unos se llaman código binario. Para este mensaje cifrado, cada letra del alfabeto se corresponde a un grupo de unos y ceros. Como la *k*, la *ñ* y la *w* no se utilizan tanto, las he colocado con otras letras y así es un poco más complicado —aclaró James—. Así que he cogido mi mensaje secreto, que es «Me gusta la sopa», y lo he convertido a binario. Así, *M* es 01011, *e* es 00100, etcétera, hasta llegar a esto:

James señaló un párrafo en su hoja de respuestas hecho únicamente de ceros y unos: 01011 00100 00110 10011 10001 10010 00000 01010 00000 10001 01101 01110 00000.

—Luego me inventé frases que utilizaran al menos tantas letras como dígitos hay en este texto cifrado. «Cuidado con el mono ninja. Le gusta el pan de plátano y

conduce una furgoneta negra». Todas las letras que representan un cero están escritas en cursiva, de modo que si alguien averigua lo que he hecho, podrá descifrarlo. Aun así, creo que es bastante difícil.

—¡Es una idea genial! —exclamó Emily, un poco demasiado alto.

Maddie los fulminó con la mirada desde la otra punta de la sala.

—Perdón —le susurró a James.

Pero aquel grito merecía la pena. Ni en un millón de años habría sabido cómo descifrar el párrafo de James.

Este dejó el bolígrafo sobre las hojas con el código e inclinó la silla hacia atrás.

—No tienes por qué disculparte. La torturará saber que está condenada. Bueno, ¿qué hay del número de teléfono del gato negro? ¿Has hecho algún avance?

—Si consideras avanzar saber lo que no es, entonces sí, he avanzado mucho. No tiene la cantidad de números para ser una matrícula de coche ni tampoco se trata de una dirección de San Francisco, como por ejemplo el número 97806797226 de la calle cuarenta y nueve. Puedes convertirlo en una ecuación matemática y sumar todos los números, pero ¿después qué haces con eso? Terminas con otro número que no significa nada.

—¿Lo llevas encima? Puedo intentar a ver...

Apareció una mano entre ellos para coger de la mesa el ejemplar de *El libro de los códigos* que tenía James.

—Tengo que tomarlo prestado —dijo Maddie—. Se supone que tenemos que compartir. Son las normas de la biblioteca.

James rápidamente deslizó la carpeta sobre las páginas del código antes de coger el libro con una mano para recuperarlo.

—No es de la biblioteca, es mío —replicó James.

—Sí, claro, como si yo fuera a tragármelo.

Mientras James y Maddie tiraban del libro hacia un lado y a otro delante de Emily, el código de barras se movió como una bandera blanca y negra hasta que por fin atrajo su atención.

Emily se levantó de la mesa y gritó:

—¡Basta!

James y Maddie se quedaron paralizados. Las cabezas de toda la sala se volvieron en su dirección. La bibliotecaria del colegio salió de detrás de una estantería y preguntó:

—¿Hay algún problema?

Maddie frunció los labios hasta hacer pucheros. Apartó la mirada de Emily para dirigirla a James, y luego dijo: «Ningún problema», y regresó airada a su asiento.

James miró con recelo cómo se retiraba la cabeza de champiñón al otro lado de la sala.

—¿Crees que ha visto mi código?

Pero Emily estaba demasiado concentrada en su descubrimiento como para

prestar atención a cualquier otra cosa. Dio unos golpecitos sobre el código de barras del libro de James.

—¡Mira! ¡Mira esto!

Encima del código de barras estaban las letras ISBN y una sucesión de números que empezaba por 978, igual que el número de teléfono. Emily pasó el dedo por los números y contó mentalmente.

—Trece dígitos, como el número de teléfono de la pista —dijo.

James hojeó su otro libro. Su ISBN también empezaba por 978 y tenía trece dígitos. La antología de relatos de Poe de Emily también tenía otro número ISBN de trece dígitos. Todos los libros tenían un número similar, pero único. *El escarabajo de oro* no tenía código de barras, pero tenía sentido si el señor Griswold lo había impreso especialmente para el juego.

—¡La pista del señor Griswold lleva a otro libro! —exclamó Emily.

Corrieron al banco de datos para consultar el número ISBN. En el buscador, había una opción para encontrar el número exacto de ISBN/ISSN. Emily la seleccionó y escribió los trece dígitos que aparecían en la foto del gato negro. Conteniendo la respiración, clicó sobre la flecha roja y esperó mientras el ordenador pensaba y cargaba lentamente una página nueva. *El halcón maltés*, de Dashiell Hammett.

—No puede ser —dijo Emily.

—¡Tiene que ser ese! —exclamó James—. Pero ¿por qué decía que llamaras a Samuel? ¿Se supone que tienes que hacerlo también o crees que escribió eso solo para que pareciera un anuncio real sobre un gato perdido?

Emily clicó en el enlace «Sobre el autor» del libro.

—Utilizó «Samuel» por esto. —Dio unos golpecitos en la pantalla—. El verdadero nombre de pila de Dashiell Hammett era Samuel. A lo mejor pensó que poner Dashiell sería casi desvelarlo.

Aunque era emocionante saber que había solucionado otro de los acertijos del señor Griswold, y que por lo tanto debía de estar más cerca del final, al mirar fijamente la portada de *El halcón maltés* se sintió como si estuviera empezando otra vez desde cero. ¿Qué se suponía que debían hacer ahora con esta pista? La satisfacción de haber conseguido algo podía llegar a ser muy breve.

—Tengo la sensación de que este libro me resulta familiar por algún motivo. Pero no creo haber oído hablar de él hasta ahora —comentó James.

—La acción transcurre en San Francisco. A lo mejor has oído hablar de él porque tiene que ver con la ciudad —dijo Emily.

—¿Cómo lo sabes?

—Mis padres me lo dieron como regalo relacionado con San Francisco antes de mudarnos aquí. O quizá lo viste en mi habitación.

—Sí, quizá —murmuró James. El timbre sonó para anunciar que había acabado la hora del almuerzo—. De todas maneras, no importa. Lo verdaderamente importante ahora es que pronto le entregaremos a su majestad Hongo Real el código de la

condena. Qué día más estupendo, ¿eh?



Al final de la clase del señor Quisling, la cabeza de Emily se había alejado del Imperio romano y había vuelto a la pista de *El halcón maltés*. Escribió «Dashiell Hammett» en su libreta y lo rodeó con un círculo. Junto al nombre del escritor escribió: «¿Nació aquí? ¿Escribió libros aquí? ¿Colegio?». Como la pista del gato negro los había llevado a una ubicación en San Francisco, tal vez esa nueva pista se suponía que debía llevarlos a otro lugar de la ciudad. Tendría que releer su ejemplar de *El halcón maltés* para coger más ideas.

—¿Señor Quisling? —Al lado de Emily, James levantó la mano—. La clase casi ha terminado. ¿Va a recoger los mensajes cifrados de esta semana?

El profesor alzó la vista hacia el reloj y le dio la espalda a la pizarra.

—Así es. Supongo que tiene uno, señor Lee.

—Exacto —respondió James, y lo buscó en el interior de su carpeta.

En ese mismo momento, Maddie se levantó.

—Yo también tengo uno.

Llevó su montón de papeles hacia la parte delantera del aula y se los entregó al señor Quisling. Volvió a sentarse detrás de James, que estaba sacando unos lápices, unos papeles arrugados y unos libros de texto de su mochila para apilarlos sobre su pupitre.

—Lo tenía ahí mismo —masculló James.

—Perfecto, Maddie.

El señor Quisling sostuvo la hoja de modo que la pudiera ver el resto de la clase. Aquel folio tenía un párrafo corto escrito en la parte superior.

Emily sintió un hormigueo en la barriga, como si una serpiente se deslizara por su estómago. Solo podía pensar en sus cosas abandonadas en la mesa de la biblioteca mientras fueron a los ordenadores para descubrir la siguiente pista del señor Griswold. Se inclinó hacia James en el pasillo y le susurró:

—¿Ese no es...?

—¡Qué interesante! —dijo el señor Quisling—. Un párrafo sobre monos ninjas... ¿O qué es esto?

James levantó la mirada.

—¡Oye, ese es mi mensaje cifrado!

—No —protestó Maddie con el tono perfecto de incredulidad e indignación—. Es mío. Acabo de entregarlo.

James se revolvió en su asiento para discutir con ella.

—He pasado todo el fin de semana trabajando en eso.

Las cejas de Maddie se juntaron para mirarlo con frustración.

—Es curioso, porque yo también pasé todo el fin de semana trabajando en eso.

Si Emily no hubiera estado sentada al lado de James a la hora de comer, escuchando cómo se resolvía su nuevo código, cómo le explicaba su funcionamiento, puede que se hubiera creído la magistral interpretación de Maddie.

El señor Quisling le dio la vuelta al mensaje cifrado para estudiarlo.

—El nombre de Maddie aparece en esta hoja —comentó.

—Bueno, a lo mejor lo escribió en una hoja nueva después de robármelo.

—¡Yo no he robado nada!

—¡Basta! —gritó el señor Quisling mientras sonaba el timbre.

Los otros alumnos se removieron inquietos en sus asientos mientras guardaban las cosas en las mochilas.

—¡Señor Quisling! —Emily alzó la voz por encima del ruido y la cháchara que inundaban el pasillo fuera del aula—. Ese es el mensaje cifrado de James. Me lo enseñó durante el almuerzo.

Maddie parpadeó rápidamente, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—¡Cómo no iba a apoyarlo ella!

—¡He dicho que basta! Está claro que aquí algo no va bien, pero ahora no tenemos tiempo de llegar al fondo del asunto. Ya sabéis lo que opino de mentir. —El señor Quisling rompió el papel en dos. Cogió el montón de copias que Maddie le había entregado y las tiró junto a la hoja rota a la papelera de reciclaje—. Este mensaje cifrado no es válido. —Señaló con un dedo a James y a Maddie—. Durante esta semana permitiré que me entreguéis un mensaje cifrado diferente. Pero si hay el más mínimo indicio de que uno de los dos ha hecho trampas, quedará descalificado por completo del desafío.

Emily observó con recelo cómo James metía sus pertenencias en la mochila. El chico no habló cuando salieron del aula 40. Pasaron en silencio a través de los portazos de las taquillas y las risas de los estudiantes.

—¿Cómo pudo escribir Maddie su nombre en tu papel? —preguntó por fin Emily. James se encogió de hombros.

—Era un párrafo corto. No debió de tardar mucho en volver a escribirlo a ordenador e imprimir las copias.

—Pero ¿por qué? —insistió Emily sin dar crédito.

—A Maddie no le gusta perder —respondió James con aire taciturno.

—Pero tenía que saber que no podía librarse de los deberes con tu mensaje cifrado.

—No quería librarse de los deberes. Quería asegurarse de que yo no lo consiguiera y al mismo tiempo quería restregármelo por las narices —farfulló James.

—Así que se siente amenazada por ti —apuntó Emily, intentando arrojar un poco de luz sobre el asunto—. Y hace bien. Aún puedes usar tu código de los huevos con bacón. Simplemente entrega mañana un mensaje cifrado distinto.

Tenía la esperanza de provocar una sonrisa con lo de los huevos con bacón, pero

James no levantó la vista del linóleo.

—Maddie también me robó la hoja de respuestas. En cuanto sabes cómo funciona un código, es fácil de descifrar. —Se detuvo de repente en una intersección del pasillo. Con las manos metidas en los bolsillos de su sudadera y los ojos todavía clavados en el suelo, murmuró—: Había olvidado que tenía que hacer algo.

Se dio la vuelta y se lo tragó la multitud.



## Capítulo 25

—Una semana entera aquí sentados y nada —protestó Barry.

Era el segundo lunes por la tarde seguido que Clyde y él se sentaban en su destartalado *El Camino* aparcado frente al colegio Booker, junto a los coches de los padres. Había pensado que sería sencillo volver a localizar a los niños, pero cuantos más días pasaban allí sentados sin apartar la vista, más empezaban a parecerse todos aquellos chavales entre sí. Eran muchos los que salían por las puertas de ese colegio, y además había diferentes salidas por todos los lados del edificio.

—Esto no va a funcionar —dijo Barry.

—Los encontraremos —lo animó Clyde.

Clyde metió las manos en la abertura de su sudadera e hizo que Barry se estremeciera. Una masa caótica y chillona de niños y niñas corría por la acera o saltaba de la escalera en grupo. Quizá si pudiera ponerlos en fila y que se estuvieran quietos un minuto... Pero seguirían siendo idénticos por mucho que intentase distinguirlos.

—Eres un tío muy nervioso, ¿no? —le preguntó Clyde.

Barry se mordió una uña.

—¿Te diviertes así? Porque yo desde luego no...

—Una mochila púrpura —dijo Clyde, y señaló.

Barry siguió la dirección de su dedo sin mucho entusiasmo. Ya habían visto otras mochilas púrpura. Y cuanto más buscaban a esos niños, más se preguntaba si tal vez la mochila era negra o verde.

La niña de la mochila estaba esperando algo, y fue entonces cuando Barry vio al niño agachado, atándose un zapato. Aquel mechoncito de pelo que se levantaba de su

cabeza... Había visto menearse aquella cosa cuando iba corriendo detrás de ellos.

—¿Qué opinas? —preguntó Barry.

Clyde parecía un gato acercándose a su presa.

—Bingo —dijo.

—Bingo —admitió Barry.



## Capítulo 26

James no estaba tan hablador como era habitual de camino a casa. Emily sabía que el desafío de los mensajes cifrados sería un tema delicado después de que Maddie le hubiera arruinado todo su duro trabajo, así que intentó distraerlo hablando de la última pista del señor Griswold.

—Entonces, ¿no sabes nada sobre Dashiell Hammett? —le preguntó—. ¿No has oído hablar de un parque que lleva su nombre o algo por el estilo?

James estaba concentrado en una fila de pájaros negros posados sobre un cable por encima de sus cabezas y no respondió.

Emily continuó hablando.

—Todas las pistas nos han llevado a otro libro o relato, así que creo que con esta pasará lo mismo. O se me ocurre otra idea: tal vez haya una temática animal en este juego de pistas: escarabajo de oro, gato negro, halcón maltés...

James dio un breve resoplido y dejó de caminar.

—¿Sabes...? —empezó a decir, pero algo lo distrajo al otro lado de la calle—. ¿Los conoces?

Emily miró a las personas que entraban y salían de las tiendas y restaurantes, los coches aparcados por allí cerca, el autobús que pasaba por la calle...

—Ese coche —dijo James—. Parece que esos hombres nos estén observando.

Un coche largo de color marrón estaba parado en la manzana de arriba. El reflejo en el parabrisas no dejaba verlos bien, pero parecía claro que ambos ocupantes se inclinaban en su dirección.

—A lo mejor están esperando que salga alguien de la tintorería —sugirió Emily, pero se alegraba de que el coche estuviera al otro lado de la calle.

El coche se puso en marcha.

—Da igual. Ya se van —dijo James.

Reemprendieron su camino, pero Emily no podía quitarse de encima la sensación de que la vigilaban. Cuando miró tras de sí de nuevo, vio que el coche hacía un cambio de sentido en la intersección. Aquellos hombres estaban dando la vuelta y se dirigían hacia ellos.

—James —anunció Emily—. Vuelven.

—¿Qué demonios...? —James pareció desconcertado solo por un instante antes de que su expresión se convirtiera en un gesto serio—. Vale, vamos por aquí.

James dobló la esquina y se dirigió hacia el Booker y al coche que se aproximaba.

—¿Qué haces? No creo que debamos hablar con ellos. Me da mala espina.

—No vamos a hablar con ellos —replicó James continuando adelante—. Tendrán que pasarnos de largo y volver a dar la vuelta si quieren seguirnos.

Tenía razón: la calle estaba bordeada de coches aparcados. Los hombres ni siquiera podían dejar el coche en doble fila sin detener el tráfico.

—¡Oye, queremos hablar con vosotros! —gritó por la ventana el hombre en el asiento del pasajero mientras pasaban por su lado.

Emily y James aceleraron el paso.

—No vamos a haceros daño —añadió el hombre.

—Oh, bueno, ahora sí me fío de ellos —murmuró Emily.

—Vamos, sé cómo podemos darles esquinazo.

La gente sentada en las mesas de las cafeterías levantó la vista al verlos pasar corriendo. Un perro pequeño en la entrada de una *boutique* de ropa dio unos ladriditos.

—¡Por aquí!

En la siguiente esquina, James cruzó la calle y subió por una colina con tanta pendiente que no podían ver más allá de la primera manzana.

—¿Estás seguro de esto? No corro muy rápido por estas cuestas tan empinadas.

—Confía en mí —dijo James jadeando—. Les llevamos bastante ventaja. Sigue corriendo, no tardaremos mucho en llegar.

Emily se preguntó adónde iban. Agarrando las correas de la mochila, se dobló hacia adelante y avanzó. Se inclinó tanto que la mochila casi estaba paralela al suelo. Se sentía como una tortuga y probablemente se movía tan rápido como una tortuga. Le palpitaba la parte posterior de las piernas. Tenía el flequillo enmarañado y apelmazado por el sudor. Siguió concentrada en el suelo e intentó no pensar en cuánto faltaba para llegar o quién iba detrás de ella. Su respiración era entrecortada. Tenía miedo de desmayarse, pero entonces alzó la vista y se dio cuenta de que había llegado a la cima de la colina. Unos cuantos pasos más y el suelo volvería a ser llano otra vez. Quería apoyarse en el edificio más cercano, bajo la sombra de un árbol, y recuperar el aliento, pero cuando miró pendiente abajo, el coche marrón doblaba la esquina.

—Vamos —dijo James resollando.

Menos mal que giraron por la calle que acababan de cruzar que, por suerte, era llana. Pisaban con fuerza las sombras de los árboles. Las hojas crujían bajo sus pies.

—Ya casi hemos llegado —gritó James.

Delante, una fila de coches avanzaba lentamente: un embotellamiento. James llegó a la esquina donde todos los coches giraban y se detuvo para esperar a que Emily lo alcanzara.

—Podemos ir por la escalera.

—¿Qué esca...?

La calle se curvaba bruscamente cuesta abajo siguiendo un camino en zigzag, como el rastro de una serpiente de cascabel. Al final de la manzana continuaba en un camino recto que podía seguirse por toda la ciudad hasta la bahía y la Coit Tower al otro lado.

—Bienvenida a Lombard, la calle más tortuosa de Estados Unidos —dijo James jadeando—. Perdona por no tener tiempo para tomar una foto.

Bajaron la pendiente con pasos cortos y rápidos hasta que llegaron a la escalera, haciendo lo posible por esquivar a turistas y peatones.

Un coche tocó el claxon detrás de ellos, seguido de otros como una cacofonía de gansos peleándose. Emily y James habían recorrido más de la mitad de la escalera cuando se detuvieron para mirar atrás. Por encima del seto y las hortensias que separaban la calzada de la escalera, vieron el coche marrón que se había unido al desfile que bajaba por la calle. La puerta del pasajero se había abierto y uno de los hombres corría cuesta abajo.

El conductor también había salido del coche, golpeaba con las manos el capó y gritaba.

Y fue entonces cuando Emily se dio cuenta de quiénes eran aquellos hombres.



## Capítulo 27

Emily se agarró a la barandilla.

—¡Vamos, vamos! —gritó James, pero ella estaba paralizada.

El hombre que iba tras ellos tropezó con una cámara colocada sobre un trípode. El dueño de la cámara —un hombre corpulento, que doblaba en tamaño y altura al que los perseguía— sujetó el trípode con una mano y agarró al perseguidor con la otra. Se pusieron a discutir.

James volvió a subir la escalera y tiró del brazo de Emily.

—¡Vamos!

La niña se dio la vuelta y movió los pies tan rápido como pudo. Al llegar al final, giraron bruscamente y casi chocaron con una mujer que pintaba en un caballete, pero continuaron corriendo hasta encontrarse en una tranquila calle residencial. Se oían las bocinas de los coches a lo lejos, lo que les aseguraba que los hombres seguían retenidos.

—¿Qué te ha pasado ahí atrás? ¿Te atacaron con un rayo paralizador?

El corazón de Emily latía con fuerza en su pecho.

—¿No has visto quiénes eran esos hombres?

—¿Los conoces?

—Son los de la parada del BART. Los guardias de seguridad que nos persiguieron hace unas semanas.

—Eso es imposible. Tienen que pasar cosas más importantes en el BART como para ir tras dos críos que pusieron una pegatina en una máquina. Para empezar, buscar al que atacó al señor Griswold.

James tenía razón, no tenía sentido. Pero Emily estaba segura de que aquellos

eran los hombres de la parada del BART. ¿Cómo los habían encontrado? Repasó aquel sábado por la tarde: Encontró el libro del señor Griswold, su hermano puso la pegatina de Flush en la máquina expendedora de billetes, los hombres les dijeron a gritos desde el otro lado de la estación que se detuvieran...

—Oh, no —exclamó Emily en voz baja.

—¿Qué?

James la miró con recelo.

—Encontraron mi tarjeta de los Buscadores de Libros. Con mi nombre de usuario. La coloqué junto a la papelera cuando encontré el libro del señor Griswold, ¿recuerdas? Probablemente entraron en la web de los Buscadores de Libros, buscaron a Wombat Gruñón y vieron nuestro colegio en la información de mi perfil. ¿Crees que han estado siguiéndonos desde el Booker?

—¿Encontraron tu tarjeta donde tú encontraste el libro del señor Griswold? —inquirió James.

Un coche pasó petardeando por un cruce más adelante y ambos se sobresaltaron, pero solo se trataba de un taxi. James la cogió del brazo y siguió caminando por una manzana hasta una especie de seto de árboles y arbustos descuidados que ocultaban un pequeño parque metido entre dos edificios. Emily se asombraba por lo bien que James conocía su propio terreno. Ella habría pasado por delante sin haberse percatado de que tras el follaje había unos columpios, un tobogán para niños pequeños y una estructura de juegos en forma de tipi. James se agachó delante de la entrada del tipi y entró a gatas.

—¿Desde cuándo es un delito tan grave poner una pegatina en algo? —se preguntó Emily. Las sombras de las hojas y la luz del sol moteaban el dorso de sus manos mientras entraba detrás de James a gatas en el tipi—. ¿Por qué se molestan tanto?

—¿Hola? —James se dio unos golpecitos en la cabeza y se quitó la mochila de los hombros—. ¿No lo pillas? ¿Por qué crees que miraron junto a la papelera?

—Porque me vieron poner allí la tarjeta.

—Porque te vieron sacar el libro de allí. Quieren *El escarabajo de oro*, Emily. —James subió y bajó la cremallera de su mochila hasta que finalmente dijo—: Creo que deberíamos deshacernos de él.

James estaba serio y, de hecho, parecía un poco asustado.

—No estamos seguros de que esos hombres vayan detrás del libro.

James habló mirando a su mochila en vez de a la niña.

—Sé que quieres terminar el juego, pero esto tiene pinta de ser demasiado arriesgado para ser un juego que ni siquiera sabemos con certeza si se completó.

Emily suspiró. Otra vez no.

—Sí se completó, James. Estoy segurísima. La pista de *El gato negro* lleva a algo, ¿no lo ves? Si el señor Griswold no hubiera terminado el juego, habríamos llegado a un callejón sin salida.

James no levantó la mirada de su mochila, así que Emily probó una táctica diferente.

—Si esos hombres utilizaron mi cuenta en los Buscadores de Libros para seguirnos hasta el Booker, solo saben eso de nosotros. Que vamos al colegio Booker. No tienen mi nombre real, ni una dirección, ni nada parecido. Y escribiré en el foro que ya no tengo el libro. Volveremos a casa por caminos distintos, saldremos por otra puerta del colegio. No volverán a encontrarnos.

Hablaba cada vez más rápido en su intento por convencer a James de no rendirse.

—No se trata solamente de esos hombres, Emily. También estaba ese usuario invitado de los Buscadores de Libros que preguntaba sobre *El escarabajo de oro*. Luego descubrimos que el señor Remora lo necesita. Ahora esto. Es como si el universo estuviera diciéndonos que el libro no es nuestro.

—¡Pero tampoco es de ellos! —Emily señaló con el pulgar en la dirección por la que habían venido—. Si esos hombres están tan desesperados por tener el libro, entonces debe merecer la pena lo que sea a lo que lleve el juego de pistas del señor Griswold. A él no le gustaría que esos hombres lo tuvieran.

—¿Por qué no le devuelves el libro al señor Remora? —preguntó James—. Le pertenece, y así no tendríamos que preocuparnos por él.

La sugerencia de James fue como una bofetada.

—No le pertenece.

—Si dijo que lo necesitaba para su trabajo...

—Es el libro del señor Griswold y el juego del señor Griswold. No creó *El escarabajo de oro* para que estuviera en una estantería y lo ignoraran. El señor Griswold quería que jugásemos a su juego.

—¿Quieres dejar de decir eso? —James la miró con ojos como agujones—. Simplemente reconoce que eres tú la que quieres jugar. Es de lo único que te has preocupado desde que encontramos ese estúpido libro. Te he ayudado con los acertijos, y aunque dices que vas a ayudarme con el desafío del señor Quisling, no lo haces.

El enfado de Emily por la sugerencia de entregarle al señor Remora *El escarabajo de oro* se convirtió en un incómodo horror cuando se dio cuenta de que James tenía razón. No lo había ayudado en nada con el desafío de los mensajes cifrados. El tipi se inundó del gorjeo de un pájaro y el sonido del tráfico a lo lejos.

—Pero no necesitas mi ayuda. —Su voz sonó muy distante—. La semana pasada resolviste el mensaje cifrado de Maddie, y lo que llevabas hoy era increíble...

—Y se fastidió en dos segundos. ¿Sabes cuánto tardé en dar con la idea de Bacon? ¡Cuánto tiempo malgastado! Solo porque la tonta de Maddie lo robó cuando nos dejamos las cosas para ir al ordenador.

La parte que no se había dicho en esa frase era «para mirar el número ISBN». Otra vez el juego del señor Griswold.

James continuó:

—Podría haber sido una idea guay, pero sigo sin ganar un pase de deberes, lo que significa que aún puedo perder mi apuesta con Maddie. De todos modos, no importa si necesitaba o no tu ayuda. Yo quería tu ayuda. Y me la habías ofrecido.

—No es más que una tontería de apuesta.

—Bueno, entonces digo que *El escarabajo de oro* no es más que una tontería de juego. ¿Acaso hace eso que te importe menos?

—Yo pretendía...

—Ya no es un juego, Emily.

También para ella había dejado de ser un juego. Aquellos hombres daban miedo, pero se trataba de algo que valía la pena. Algo que le importaba al señor Griswold. Y eso era lo que determinaba que quisiera conseguirlo antes.

—Es importante —dijo Emily.

—No, no lo es. —James subía el volumen de su voz a cada palabra—. No puedo creer que te importe más un estúpido juego que un buen amigo.

James cogió su mochila y salió a gatas del tipi. Sus pasos se oyeron cada vez más tenues en la tierra a medida que se alejaba.



## Capítulo 28

Emily se quedó sentada en el tipi durante un buen rato antes de volver caminando a su casa. James tenía razón, no lo había ayudado con el desafío del señor Quisling. Pero una parte de ella estaba molesta con él de todas formas. Para Emily, participar en el juego del señor Griswold era el equivalente a llegar a un campeonato si practicabas un deporte. Habría estado bien que se hubiera dado cuenta y lo hubiese comprendido.

Subió a su apartamento dando fuertes pisotones, dejó la mochila en el suelo de su habitación y se desplomó sobre la cama. Las astas de reno que James le había dado el primer día de colegio estaban apoyadas en el alféizar de la ventana. La foto de los dos con las astas sobre sus cabezas estaba pegada con cinta adhesiva en la pared de atrás, junto con el recorte de periódico acerca del señor Griswold.

—Va a enfadarse conmigo de todos modos —le dijo Emily a la foto del señor Griswold al otro lado de la habitación.

Se levantó de la cama y encontró *El halcón maltés* guardado en su maleta de libros. Mientras lo hojeaba, le vino un recuerdo a la cabeza. El recuerdo de pasar las hojas de un *Halcón maltés* diferente cuando James y ella visitaron Bayside Press. Habían visto una edición de bolsillo en aquel montón de supuestos juegos que Jack les había enseñado. Jack no se había tomado en serio la idea, pero ¿y si la persona que lo había enviado a Bayside Press estaba en lo cierto? Jack dijo que esa persona lo había encontrado jugando a los Buscadores de Libros y pensó que se trataba del próximo juego del señor Griswold. Quizá no fuese el juego completo, pero a lo mejor se trataba únicamente de un trozo. El trozo que Emily estaba intentando resolver en aquel momento.

Corrió por el pasillo hacia el salón con la intención de buscar *El halcón maltés* en la página de los Buscadores de Libros, pero se detuvo en seco cuando vio a Matthew en el ordenador familiar. Estaba montando otro de sus estúpidos vídeos de fans para Flush.

—Matthew —dijo Emily—, necesito el ordenador.

Su hermano tenía la capucha de la sudadera puesta. Cuando no respondió, se la bajó de un tirón y vio que tenía los auriculares en los oídos, pero se le salió uno al darse la vuelta.

—¿Qué te pasa?

—Tengo que usar el ordenador.

—Lo siento, pero ahora estoy yo.

—¿No puedes hacerlo en tu teléfono?

—Esto no.

—Matthew, por favor. Será rápido.

—Espera tu turno.

—Vale.

Emily se dejó caer en el sofá que tenía al lado. Desde aquel sitio estratégico, veía a Matthew montando otro vídeo *stop-motion*. Este parecía estar hecho con dibujos en hojas de un cuaderno, que se arrugaban y se desarrugaban una y otra vez. Y por lo visto estaba tardando una eternidad en acabarlo. Emily volvió a levantarse.

—Solo quiero comprobar una cosa —dijo—. Será rápido.

—¿Por qué no se lo pides a James? Seguro que puede prescindir de uno de todos esos ordenadores para tus juegos.

Dijo «juegos» como si hubiera dicho «chupetes» o «triciclos».

—No tiene tantos ordenadores —replicó Emily—. Además, este no es tuyo. Nos pertenece a todos.

—Y estoy usándolo ahora mismo.

Emily estaba a punto de estallar.

—¿Por qué siempre eres tan malo? —explotó—. Antes eras divertido. ¡Pensaba que eras guay!

Matthew la miró de reojo y luego volvió a centrarse en la pantalla.

—Puedo hacer una pausa. —Matthew guardó su trabajo—. De todos modos, tengo hambre.

Se levantó de la mesa y fue a la cocina.

Aquella simple reacción a su arrebató solo la hizo sentirse peor. Ahora podía añadir «dramática» e «infantil» a la lista de razones por las que ya no iba por ahí con ella. Emily apartó de su cabeza los pensamientos acerca de su hermano y entró en la página de los Buscadores de Libros. Seleccionó «San Francisco» y después buscó *El halcón maltés* por título.

—¡Hala!

Se irguió en su asiento. Cincuenta y dos ejemplares escondidos solo en San

Francisco. Nunca había visto en ninguna parte tantos ejemplares de un libro escondidos en una misma ciudad. Pero esta era una gran ciudad. Buscó *Harry Potter y la piedra filosofal* para compararlo con un libro que normalmente se escondía. Nueve ejemplares. No cabía duda de que algo pasaba con *El halcón maltés*.

Volvió a los resultados y miró bajo la columna de Usuario. Ahí se veía el nombre de quién había escondido el libro, y Emily volvió a sorprenderse. Tres ejemplares estaban escondidos por diferentes personas, pero los otros cuarenta y nueve los había escondido el mismo usuario. Y no se trataba de un jugador cualquiera: era Cuervo.

Emily clicó sobre el icono de mensajes y escribió «Cuervo» en el campo «Para».

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Quién eres?

**CUERVO:** No tengo la información que buscas.

—Sí, sí —dijo Emily.

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Llevas el juego del señor Griswold?

**CUERVO:** No tengo la información que buscas.

—Vale, muy bien. Sé evasiva.

Miró la lista de ejemplares de *El halcón maltés* escondidos. Todos los ejemplares de Cuervo se habían escondido la semana anterior a la mudanza de Emily a San Francisco. Por el que habían entregado en Bayside Press, ya sabía que dentro había un mensaje de algún tipo, algo que hizo creer a la persona que lo entregó en Bayside Press que se trataba de un juego del señor Griswold. Encontrar uno de esos ejemplares tenía que ser el siguiente paso. Miró el mapa de San Francisco en la página de los Buscadores de Libros y redujo las opciones para que mostrase solo los libros escondidos por Cuervo, ya que los cuarenta y nueve ejemplares eran los únicos que este había escondido.

Cada libro oculto estaba marcado con una estrella en el mapa, y la estrella más cercana a donde ella vivía se encontraba en una zona llamada Nob Hill. Por costumbre, casi declaró el libro para obtener doble puntuación, pero al recordar que Babbage le birlaba los libros, retiró el dedo del ratón justo antes de clicar. No era que no hubiese cuarenta y ocho opciones más que elegir si declaraba esa y alguien lo cogía antes que ella, pero Emily no quería arriesgarse a atraer la atención de otra persona. O alertar a alguien de que estaba interesada en ese libro, advirtió al recordar a aquellos hombres que debían de saber que ella era Wombat Gruñón.

Abrió la pista sin declarar el libro y leyó: «Donde terminó de escribir esto».

—Vale —dijo Emily para sus adentros y abrió un nuevo navegador.

Buscó en internet «Dashiell Hammett» y «halcón maltés». Había cerca de doscientos mil resultados. Los primeros eran sobre una película que se había hecho

de la novela. Estaba a punto de realizar una búsqueda con otras palabras cuando vio un enlace a distintas webs sobre *El halcón maltés* así como una lista de lugares donde Dashiell Hammett había vivido. Clicó allí. Había solamente dos localizaciones destacadas en Nob Hill. Se colocó sobre una de ellas y apareció un globo en el que se leía: «Dashiell Hammett vivió en la calle Leavenworth, 1155, cuando terminó el último borrador de *El halcón maltés*».

¡Lo había resuelto! Allí era donde tenía que ir. Emily dio una vuelta en la silla del ordenador en señal de victoria.

Tenía que contárselo a James. Sí, estaba enfadado, pero le interesaría saber que la pista de *El halcón maltés* llevaba a alguna parte y le gustaría enterarse del papel de Cuervo en el juego. Hasta era probable que quisiera acompañarla.

Emily pasó las hojas de su libreta hasta encontrar una limpia y en su código secreto escribió: «Cuervo escondió cuarenta y nueve ejemplares de *El halcón maltés* por San Francisco. Uno de ellos está en Leavenworth, 1155. ¡A por la siguiente pista!». Fue a su habitación, abrió la ventana, dejó el papel en el cubo y tiró de la cuerda para que subiera. Se encaramó a una silla y dio los golpes secretos en el techo con el artilugio de la regla y la pelota de tenis que había preparado. Y esperó. No se oyeron pasos arriba, ni a James abriendo la ventana. Emily intentó llamar de nuevo.

A lo mejor no estaba en su cuarto. Hizo bajar el cubo, cogió la nota, bajó corriendo la escalera hasta el descansillo de su edificio y llamó a la puerta de los Lee. Después de unos segundos sin oír ningún ruido al otro lado, volvió a llamar y luego tocó el timbre. Oyó cómo abrían dos cerraduras y un cerrojo, y la anciana señora Lee apareció en la puerta. Aunque la abuela de James era apenas más alta que Emily y llevaba una de las viejas camisetas de su nieto de los Angry Birds, resultaba bastante intimidante.

—¿Está tu apartamento en llamas? —preguntó.

—Mmm, no, yo...

—No llames tan fuerte a menos que tu apartamento esté quemándose. No soy dura de oído.

—Sí, señora —dijo Emily dócilmente.

La abuela de James agarraba una cuchara de madera con una mano y tenía los labios fruncidos mientras esperaba. Por un instante, Emily no recordó por qué estaba allí.

—Estaba buscando información sobre... un libro y he encontrado algo que pensé que le interesaría a James. ¿Está en casa?

—Un momento —dijo la señora Lee, y llamó por la escalera—: ¡James! Emily está aquí.

Emily esperaba que su amigo apareciera, pero en su lugar oyó la voz del niño contestando en chino.

La señora Lee se volvió hacia Emily, con el rostro suavizado por una sonrisa de disculpa.

—Está realizando un proyecto para el colegio y no se lo puede interrumpir. Quizá más tarde... O si quieres, puedo enseñarle yo lo que has descubierto.

La señora Lee extendió la mano con la que no sujetaba la cuchara de madera.

—No importa —dijo Emily retirándose.

Sabía que James estaba enfadado, pero ¿ni siquiera quería hablar con ella?

Había dejado la puerta de su casa abierta de par en par y entró para cerrarla tras de sí con suavidad. Cuando llegó al final de la escalera, encontró a su hermano merodeando por el pasillo y supuso que había oído la conversación con la señora Lee. Lo ignoró, y estaba a punto de entrar en su habitación cuando Matthew dijo:

—Flemily. Quiero decir, Emily.

—¿Qué?

No se molestó en darse la vuelta.

—Tengo algo de tiempo libre esta semana, por si quieres que te acompañe a buscar algún libro.

Emily guardó silencio un instante, esperando algún chiste final o que su hermano comenzara a reírse y se retractara de sus palabras. Al no oír nada de eso, finalmente se dio la vuelta. Matthew se rascaba las líneas que se había afeitado en la cabeza y parecía estar estudiando los zócalos. Levantó la vista para mirarla una vez, quizá para comprobar si seguía ahí.

—Vale —dijo Emily—. Gracias.



## Capítulo 29

El día después de su pelea con James fue la primera vez desde que había empezado en el Booker que Emily se sentía perdida en aquel colegio enorme. No perdida porque no encontrase su clase, sino porque no sabía dónde encajaba. En todos los colegios a los que había asistido en el pasado siempre había empezado con una identidad que prácticamente la acompañaba hasta el final, ya fuera «la niña solitaria enfrascada en un libro» en Nuevo México y Colorado, o «la hermana pequeña de Matthew» antes de eso. No siempre la entusiasmaba esa identidad, pero era agradable tener una y sentir que conocía el papel que se suponía que debía representar. En el Booker había empezado desde el primer día como «la amiga de James». Y ahora ya no sabía qué papel representaba.

A la hora del almuerzo no le pareció bien ir a la biblioteca sin James, así que fue a la cafetería, donde había tanto ruido como si una banda estuviera ensayando en un lavabo. Vio a Vivian, la niña que iba con ella a Literatura y Sociales, que se había presentado como la presidenta de la clase. Pero Vivian estaba inmersa en una conversación con otras chicas en su mesa y no miró hacia ella. Emily continuó hasta llegar afuera.

El colegio Booker tenía una inmensa pista donde pasaban el recreo, hacían Educación Física y comían. Emily encontró un tramo junto al edificio del colegio que estaba vacío (salvo por alguna gaviota agresiva), se apoyó en la pared y sacó *El halcón maltés* y su bolsa de comida. «Hola, niña solitaria enfrascada en un libro. Hacía tiempo que no te veía», pensó.

En la clase del señor Quisling, James y Emily se sentaron apartados el uno del otro. Maddie les echó un vistazo y dijo:

—Vaya, parece haber tensión en el club. —Se sentó detrás de James—. ¿Alguien le ha revelado la contraseña secreta a un tercero?

—Cállate, Maddie —masculló James.

Estaba resolviendo metódicamente otro de sus juegos de lógica y no levantó la mirada. Emily fingió estar demasiado absorta en garabatear un laberinto en el margen de su libreta para prestarles atención.

Cuando empezó la clase, James se inclinó hacia su mochila y sacó un puñado de tiras de papel largas y finas.

—He traído un código inventado por lo de ayer —le anunció al señor Quisling.

Emily agachó la cabeza para mirar a Maddie y se alegró de verla boquiabierta. La niña vio que Emily estaba mirándola y cerró de golpe la boca. Tenía los ojos abiertos de par en par, pestañeó, y a Emily se le ocurrió que Maddie podría estar nerviosa de verdad por la preocupación de perder la apuesta.

—¿Ah, sí? —El señor Quisling aceptó el manajo de tiras y extendió una para ver lo que había escrito en ella—. Interesante, señor Lee.

El señor Quisling asintió en señal de aprobación y repartió el mensaje cifrado de James por la clase.

Emily le echó un vistazo a su tira. No se parecía a nada de lo que habían entregado hasta aquel momento para el desafío, ni tampoco se parecía a nada de lo que James y ella habían hablado sobre los códigos. En la tira se leía:



Emily se preguntó por qué el mensaje era vertical en vez de horizontal. Y ¿por qué había cuatro grupos de dos letras, separados de manera equidistante, y luego una letra al final? ¿El mensaje constaba de cuatro palabras distintas de dos letras y una

palabra de una letra? ¿Acaso existían cuatro palabras diferentes de dos letras que pudieran utilizarse para inventarse un mensaje? No sabía cómo empezar a descifrar aquello, aunque no es que quisiera resolverlo o presentar su solución si lo resolvía. Puede que no se hablaran, pero todavía quería que James ganara la apuesta con Maddie.



Después de clase, para asegurarse de que estaba a salvo de esos dos hombres, Emily salió del colegio por una puerta diferente a la principal, por la que habían salido el día anterior. También tomó una ruta diferente, tal vez para evitar tropezarse con James así como con esos hombres, si acaso volvían. En realidad no creía que volvieran, porque había hecho algo brillante de lo que estaba bastante orgullosa. En la página de los Buscadores de Libros había escrito que *El escarabajo de oro* estaba escondido en Outer Sunset. Había elegido aquel barrio en un mapa porque parecía lo más alejado posible de su colegio aunque dentro de los límites de la ciudad. Para la pista, buscó aquel lenguaje antiguo que Maddie había utilizado para el desafío de los mensajes cifrados, Ogham, y lo usó para escribir las indicaciones que los guiarían a un banco imaginario en un parque. Si aquellos hombres estaban buscando *El escarabajo de oro* como James suponía, y estaban atentos a lo que ella hacía en los Buscadores de Libros, eso los llevaría a buscar una aguja en un pajar. Le habría gustado que James le hablase para poder decirle que ya no había nada por qué preocuparse.

Cuando Emily entró en el salón de su piso, se sorprendió un poco al ver a Matthew despatarrado en el sofá, esperándola. Aunque había dicho que iría con ella a la caza del libro después de clase, medio esperaba que la dejara tirada.

Matthew se puso en pie de un salto.

—Vale, vámonos. He buscado la dirección en el mapa: Leavenworth, 1155, ¿no? Le enseñó el teléfono para que Emily lo confirmara.

—Te acuerdas —dijo Emily.

Matthew le tiró de la coleta al pasar junto a ella y se dirigió a la escalera.

—Claro, Flemily —respondió.

—Ve tú delante, Vomit-ew —le soltó, pero estaba sonriendo mientras seguía a su hermano hacia la puerta.

De camino en autobús a la calle Leavenworth, Emily se preguntó qué estaría haciendo James. Probablemente estudiando en su habitación o encorvado sobre sus libros de mensajes cifrados o juegos de lógica con Steve desafiando la gravedad, como un trampolín de pelo pegado a su cabeza. Como si hubiera estado leyéndole la mente, Matthew se quitó los auriculares y preguntó:

—¿Qué te ha pasado con James? ¿Por qué no te ha acompañado?

Emily se encogió de hombros. Pasaron junto a una señora que sacaba las bolsas de la compra del maletero de un coche aparcado en la acera.

Matthew guardó silencio un momento y luego dijo:

—Sea lo que sea, se le pasará. No te preocupes.

—Es fácil para ti decirlo —replicó Emily, todavía mirando por la ventana—. Cada vez que nos mudamos haces tropecientos amigos. Por eso te gusta tanto cambiar de ciudad.

Matthew resopló.

—A mí no me gusta mudarme. Si me lo hubieras preguntado hace unos años, habría preferido decolorarme el pelo y volver a quemarme las cejas.

Se rieron al acordarse, y Emily se llevó los dedos a los labios para intentar contener la risa. Recordó a su hermano saliendo del baño con una toalla en la cara mientras gritaba: «¡Quema! ¡Quema!». No fue divertido en ese momento, pero lo era un poco ahora que todo había salido bien. Emily no podía imaginarse que su hermano prefiriera volver a pasar por eso antes que mudarse.

—Adelante, ríete a mis expensas —dijo Matthew, que también estaba sonriendo—. Así es nuestra vida. Tienes que admitir que puede ser guay de muchos modos. —Matthew movió la mano abarcando el interior del autobús, como si el hombre solitario agarrado a su botella de oxígeno y los asientos garabateados con rotulador indeleble fueran lo que él consideraba guay—. Pero antes odiaba mudarme.

—¿De verdad?

—Cuando vivíamos en Connecticut. ¿Recuerdas?

Emily se acordaba de Connecticut, pero no recordaba a Matthew disgustado por tener que mudarse.

—Acababa de montar el grupo con Ollie y su hermano. No quería marcharme y volver a empezar de nuevo en otro sitio. Hasta me escapé. Estaba muy enfadado.

—¿Te escapaste?

—No me escapé del todo, pero fui a casa de Ollie y le dije a su madre que tenía permiso para dormir allí, cuando era mentira. Mamá y papá se enteraron.

—¿Se enfadaron?

—No, pero tú sí.

—¿Yo?

Por mucho que lo intentara, no recordaba nada de aquello.

—A ti te encantaba mudarte por aquel entonces. ¿Recuerdas cuando nos hiciste hacer el mapa familiar?

Claro que se acordaba de eso. El mapa familiar había estado colgado en todas las cocinas desde que lo habían hecho. En la parte superior estaba escrito «Los Crane conquistan Estados Unidos» con la letra de Emily a los ocho años, cuando le daba por poner caritas sonrientes dentro de las *es*, las *aes* y las *oes*. Unas estrellas metálicas salpicaban las ciudades donde habían vivido.

—Se te metió en la cabeza que podíamos tener un alce como mascota cuando nos

mudamos a Colorado.

—Iba a llamarlo *Monty* —dijo Emily.

Había pasado mucho tiempo haciendo dibujos de ella con *Monty* y las aventuras que habrían tenido en Colorado.

—Creo que conseguí que mamá y papá se replantearan seriamente mudarse y tú pensabas que te estaba arruinando la diversión. Ahí fue cuando mamá y papá me regalaron un teléfono para que mantuviera el contacto con mis amigos. Y resultó que Colorado era un sitio guay donde vivir. Aunque nunca tuviste tu alce de mascota, así que tal vez no estés de acuerdo. Con todas nuestras mudanzas, al final me di cuenta de que tanto si te quedas como si te vas, pierdes cosas. Así que decidí adaptarme. Aceptar cómo vivimos.

Había una cita de Jack Kerouac que a su padre le encantaba repetir cuando la familia deliberaba sobre los planes del fin de semana. Emily la dijo en voz alta:

—«¿Qué me espera en la dirección que no tomo?».

—Exacto —asintió Matthew, y se puso los auriculares.

Si se hubieran quedado en Nuevo México, Colorado, Connecticut o cualquiera de los otros estados, nunca habría conocido a James, ni montado en tranvía, ni encontrado el libro del señor Griswold. Aunque se acababan de mudar a California y James y ella no se hablaran, no cambiaría por nada esas últimas semanas. Matthew tenía razón; en cualquier caso se perdía algo. O se ganaba, depende de la perspectiva.



## Capítulo 30

Emily y Matthew se encontraban en el porche protegido de la calle Leavenworth, 1155. Era un edificio que hacía esquina y tenía una entrada blanca y arqueada enmarcada por cuatro faroles negros. La primera planta era de ladrillos *beige*, y la segunda y tercera eran amarillas, con la escalera de incendios pintada a juego.

—¿Entramos? —preguntó Matthew.

—No estoy segura —dijo Emily—. Lo único que decía la pista era: «Donde terminó de escribir este libro». Su apartamento ahora pertenece a otra persona, estoy segura, así que dudo que tengamos que llamar a la puerta y preguntar si podemos echar un vistazo.

—A menos que sean ellos los que hayan escondido el libro en los Buscadores de Libros.

—Sí, claro.

Aunque su hermano había estado haciendo un buen esfuerzo desde el día anterior por la tarde, todavía no le había contado lo del juego del señor Griswold. Al hacerlo, se sentiría como si estuviera reemplazando a James, y no quería eso. Si la situación fuera como a ella le habría gustado, James estaría con ellos en ese instante.

Matthew probó a entrar por la puerta principal, pero estaba cerrada. Había un interfono para llamar de manera individual a cada apartamento y pedir que alguien abriera.

—No lo habrá escondido dentro —murmuró Emily, y se dio la vuelta para inspeccionar la zona—. Rodeemos el edificio.

Como los edificios estaban contruidos uno justo al lado del otro, en realidad no podían rodearlo, pero fueron varias veces de acá para allá por la calle Leavenworth y

la calle Sacramento, estudiando cada rincón y recoveco, buscando dónde podrían haber escondido un libro. Había ventanas justo sobre el suelo, a la altura de la acera y también a la altura de sus cabezas. Pero Emily no veía el modo de esconder un libro allí. No había maceteros ni bancos junto al edificio, y el hueco de la entrada estaba perfectamente ordenado. No había nada parecido a un libro en aquel lugar. Emily examinó una escalera de incendios.

—¿Debería subir? —preguntó Matthew.

—No llegas.

La escalera de incendios acababa unos cuantos centímetros por encima del arco de la entrada principal.

—Estoy seguro de que sí.

Matthew se puso a saltar repetidamente, sin ni siquiera acercarse a la escalera de incendios, pero siguió saltando de todas formas.

Emily se dio la vuelta y miró a los dos árboles que había frente al edificio. Algo posado entre las hojas atrajo su atención. Un pájaro grande y negro los miraba desde arriba.

—¡Oh, da miedo! Matthew, mira, ese pájaro está observándonos.

Matthew dejó de saltar y levantó la vista hacia el árbol. Tuvieron un duelo de miradas durante un minuto antes de que el chico dijera:

—Está muy quieto. ¿Los pájaros duermen con los ojos abiertos? ¡Eh, pájaro!

—¡Matthew!

Emily se rio, lo que animó a su hermano a continuar.

—¡Oye, tú, pájaro! ¡Te estoy hablando!

Seguía sin haber ninguna reacción por parte del ave.

—Es muy raro —apuntó Emily.

—A todo esto, ¿qué tipo de ave eres, pájaro? —gritó Matthew—. ¿Eres un cuervo? O tal vez un...

—¡Un cuervo! —exclamó Emily—. ¡Eso es! ¡Ese es el libro que estoy buscando!

—¿Eres un libro, pájaro? —gritó Matthew—. ¡Eso sí que es raro!

—¿No querías subir a algo? —Emily señaló el árbol con un gesto triunfal—. ¿Te interesaría encaramarte a este árbol?

El tronco se dividía en cuatro direcciones y cada rama era más ancha que las dos piernas de Emily juntas. Su hermano saltó hacia arriba y se abrió camino hacia el cuervo falso. Después de bajar y saltar a la acera, le dio el pájaro a Emily. Era una caja de madera diseñada para que pareciese un cuervo. Emily lo abrió por la parte delantera y reveló un compartimento lo bastante grande para guardar un libro de bolsillo, donde se encontraba *El halcón maltés*.

—¡Esto es muy guay! —exclamó Emily.

Volvió a colocar la tapa y le dio la vuelta a la caja para examinarla.

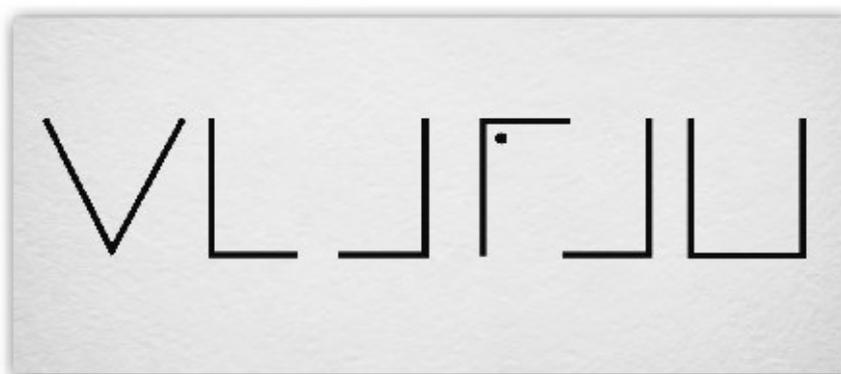
—Este participante sí que lo ha dado todo. Debe de ser un ricachón para regalar una caja como esa.

Emily le dio al cuervo una palmadita cariñosa.

—Tal vez.

De camino a casa en el autobús, Emily hojeó *El halcón maltés*. Parecía una edición de bolsillo corriente. No había nada escrito ni escondido en él. Tenía toda la información sobre el editor, el ISBN y los derechos de autor donde solía estar, lo que indicaba que aquella era una versión que realmente había sido publicada y no una edición artesanal como *El escarabajo de oro* del señor Griswold.

Emily volvió al interior de la cubierta donde habían colocado la etiqueta de seguimiento de los Buscadores de Libros. Se la había saltado la primera vez, suponiendo que tendría el número de registro como era habitual. Pero entonces se dio cuenta de que no era así. En vez del número de seguimiento había seis símbolos:



Sacó su libreta de la mochila y el lápiz de la coleta y copió los símbolos. Empezó a darle vueltas a diferentes posibilidades de cómo descifrar el código: los cambió de orden, los dibujó combinados los unos con los otros como si colocara las piezas de un rompecabezas. Solo había seis símbolos, así que ¿era una palabra de seis letras? ¿O cada símbolo representaba una palabra convirtiéndolo en una frase de seis palabras? Llegó un momento en el que sintió que su hermano estaba observándola. Lo miró y él se quitó un auricular.

—Solo para que lo sepas, no creo que tu caza de libros sea una estupidez.

Emily puso los ojos en blanco.

—¡De verdad! —insistió Matthew—. No lo es más que lo estúpidos que opinas que son mis vídeos de Flush. Era divertido cuando íbamos antes a buscar libros juntos. Hoy también ha sido divertido. Solo que ahora me gustan más otras cosas, así que cuando tengo que elegir, me quedo con lo otro.

—No espero que elijas los Buscadores de Libros o que hagas nada conmigo —replicó Emily en voz baja—, pero no tienes por qué ser tan malo.

A Emily le vinieron a la cabeza las palabras de James cuando se pelearon. Había dicho que el desafío del señor Quisling era una tontería y él respondió diciendo que el juego del señor Griswold era lo mismo, y luego le preguntó cómo le sentaba eso a ella. Que su hermano diera prioridad a sus propios intereses antes que a los de ella no era distinto a que Emily diera prioridad al juego del señor Griswold antes que al

desafío de los mensajes cifrados. La ponía enferma pensar que tal vez estaba apartando a James, un nuevo amigo al que quería impresionar, del mismo modo que creía que su hermano la había apartado a ella.

—¿Matthew? —Su hermano estaba a punto de volver a ponerse los auriculares, pero esperó—. No creo que Flush sea una estupidez.

—Mejor que no —dijo Matthew, y le dio un puñetazo suave en el brazo—. No solo son unos músicos geniales, sino que son mis colegas.

—Oh, créeme. Lo sé.



## Capítulo 31

Después de que Matthew y ella regresaran a casa, Emily pasó más de una hora intentando descifrar aquellos extraños símbolos del papel sin éxito. El mensaje era tan corto que la frecuencia del análisis no servía de mucha ayuda. Solo el símbolo **┘** estaba repetido, pero a lo mejor ni siquiera era una letra. Incluso si intentaba sustituirlo por una letra que se usara normalmente, no tenía manera de saber si era la correcta, y era muy difícil averiguar las letras que representaban los demás símbolos para formar una palabra real. Si utilizaba la *E* para el símbolo duplicado:

\_\_ E \_ E \_  
¿Bremen?  
¿Quemen?

Esas eran dos palabras, pero cómo iba a saber cuál era la correcta, si es que lo era alguna.

O la *A*:

\_\_ A \_ A \_  
¿Platas?  
¿Brasas?

Si usaba la *S*:

-- S \_ S \_  
¿Masuso?

¿Era eso una palabra?

Tenía que comprobarlo para asegurarse de si era de verdad una palabra.

¿Masiso? ¿Cosose?

Eran casi palabras, pero no estaban bien escritas.

Arrugó el papel y lo tiró al otro lado de la habitación, donde chocó con las astas de reno que ahora estaban junto a la caja del cuervo.

—Sí, preferiría estar trabajando con él en esto —le soltó a las astas.

¿Cómo había podido disfrutar alguna vez buscando sola libros? Trabajar solo era tan... silencioso, sin risas.

Las tablas del suelo de James habían crujido hacía un rato, así que sabía que estaba en casa, pero ahora no podía pedirle ayuda. Había intentado conseguir una pista de Cuervo en los Buscadores de Libros, pero no le había respondido. (Lo que era especialmente molesto porque Cuervo tenía la luz verde de «conectado», así que estaba claro que la ignoraba). El otro experto en mensajes cifrados que se le ocurría aparte de James era el señor Quisling, y tampoco iba a pedirle ayuda. «Una forma interesante de comunicarse por notas, señorita Crane». Lo más probable era que la echase de clase con algún tipo de amonestación para que estudiara más y jugara menos.

—¡Oh!

La inspiración apareció de repente. Emily hurgó en su mochila, dejó con cuidado a un lado la libreta y *El escarabajo de oro*, luego sacó varios trozos de papel hasta que encontró la tarjeta doblada de aquel birlador que le había robado su libro en el Ferry Building hacía unas semanas.

Babbage. Así se llamaba. Recordó que también iba al colegio Booker, según su perfil, así que eran compañeros. No es que aquello significase mucho, puesto que era una escuela grande. Probablemente tendría más confianza en el gato de la ventana que acababa de pasar que con el noventa y nueve por ciento de los niños del Booker. Le enviaría un mensaje a Babbage y le preguntaría si quería quedar en el colegio para hablar de mensajes cifrados. Quizá hasta le mencionara aquel nuevo acertijo. La gente a la que le gustaban los acertijos normalmente no podía resistirse a echarle un vistazo a uno nuevo, eso si no intentaba resolverlo. Cruzó los dedos para que Babbage respondiera a su mensaje.



El miércoles en el colegio hizo todo lo posible por evitar a James. De todas maneras, no lo necesitaba; no tardó en formar una nueva camarilla con las gaviotas que la rondaban a la hora del almuerzo. Le dio un pedazo de pan a una de ellas a la que había empezado a llamar *Meneo*, por la manera en que movía la cabeza arriba y abajo mientras la observaba comer.

—Mañana es Halloween, *Meneo* —dijo.

*Meneo* giró la cara de lado y clavó el pico en el trozo de pan.

—¿Los niños aquí se disfrazan, *Meneo*?

La gaviota asintió con la cabeza.

—No sé si eres digno de confianza, *Meneo*. Tengo la impresión de que dirías cualquier cosa para conseguir más comida.

Lanzó otro trozo de corteza en su dirección.

Babbage no había dicho nada el día anterior, así que al llegar a casa fue directa al ordenador para volver a comprobar sus mensajes. Su madre estaba actualizando su blog *50 casas en 50 estados* con fotos del concierto en el parque Golden Gate. Emily se inclinó sobre su hombro.

—¿Puedo mirar mis mensajes superrápido? —preguntó.

—No, pero puedes mirarlos rápido —contestó su madre—. Me encanta esta.

La imagen que estaba cambiando de tamaño estaba tomada entre una multitud de gente y enfocaba a Emily subida a una fuente con las manos pegadas a los muslos. Tenía la cabeza vuelta hacia el Young Museum, por lo que solo se le veía la cola de caballo. Unas luces naranjas brillaban en los árboles. La muchedumbre se veía borrosa y colorida a su alrededor: alguien con tutú y alas de mariposa, una persona con la cabeza de un unicornio, Benjamin Franklin, y un grupo de gente con pelucas de colores fluorescentes. Era como mirar por la entrada de una madriguera extraña a una Alicia en vaqueros y sudadera con capucha.

Su madre guardó su trabajo y se levantó, dándole a Emily unas palmaditas en la mejilla.

—Todo tuyo —dijo.

Emily entró en los Buscadores de Libros y la recibió la notificación de un nuevo mensaje. ¡Babbage había respondido! El mensaje decía: «Podría quedar contigo mañana por la mañana antes de que empiecen las clases. Tengo la primera en el Aula 40. Podemos hablar allí».

Tener respuesta de Babbage le levantó el ánimo, así que decidió volver a probar suerte con Cuervo, que, por supuesto, estaba conectado. Empezaba a sospechar que Cuervo debía de ser un adulto que trabajaba todo el día delante del ordenador, porque parecía estar siempre allí.

**WOMBAT GRUÑÓN:** Hola, Cuervo. He encontrado otra pista.

**CUERVO:** No puedo ayudarte con eso.

Emily suspiró. Cuervo era muy riguroso en cumplir la norma de «preguntar con una frase interrogativa».

**WOMBAT GRUÑÓN:** ¿Tienes idea de cómo resolver el mensaje cifrado de *El halcón maltés*?

**CUERVO:** Charlie, Sally, Lucy.

—¿Qué clase de pista es esa? —masculló Emily.

Sin embargo, a buen hambre no hay pan duro. Buscó individualmente en la página de los Buscadores de Libros a jugadores que se llamaran Charlie, Sally y Lucy, pero había cientos de resultados. Tendría que pensar un poco más para descubrir de qué iba esa pista.

Aquella noche, antes de su encuentro con Babbage, comprobó dos veces su mochila del colegio para asegurarse de que no se olvidaba *El halcón maltés*. Le había dado por llevar siempre consigo *El escarabajo de oro* y también la antología de relatos de Poe, pero como su mochila estaba tan llena, casi estuvo a punto de sacarlos. Los dos libros de Poe eran los más pequeños y apenas ocupaban sitio, así que los dejó dentro. Además, ¿y si Babbage y ella hacían buenas migas mientras hablaban de mensajes cifrados? Quizá le apetecería contarle lo del juego del señor Griswold, o al menos enseñarle el mensaje oculto original y cómo funcionaba. ¡Quién sabía! Así que era mejor estar preparada.

A Emily también se le ocurrió una idea para un disfraz de Halloween, si es que se podía llamar disfraz. Quería algo discreto para no sentirse avergonzada si resultaba que al final nadie iba disfrazado, pero tampoco ser una aguafiestas si todo el mundo lo hacía. Utilizó unas sencillas etiquetas blancas y cortó puntos y guiones para el código Morse que luego pegó en una camiseta negra en este orden:

—... — — — — — —

Por primera vez desde que James y ella habían dejado de hablarse, estaba un poco entusiasmada por ir al colegio al día siguiente.



El jueves por la mañana, Halloween, Emily llegó a la escuela muy temprano. Los pasillos estaban casi vacíos. Dos profesores que Emily no conocía dejaron de hablar cuando ella pasó por su lado. Uno iba vestido con una camisa roja a rayas a juego con un gorro de punto y llevaba unas gafas redondas y negras. Levantó la mano para saludarla, y la mujer vestida como una científica loca exclamó alegremente:

—¡Buenos días!

Emily dobló una esquina y pasó por delante de unos sombreros de bruja de papel maché, hechos por los alumnos de sexto curso, que decoraban las ventanas de la biblioteca. Observó a cada uno de los estudiantes con los que se cruzó en los pasillos y se preguntó si alguno de ellos sería Babbage: un niño que llevaba un gorro de panda y un jersey de los Giants, dos niñas con diademas con orejas de gato y las caras pintadas con bigotes.

El aula 40 era donde James y ella tenían clase de Sociales con el señor Quisling, así que cuando entró no debería haberla sorprendido verlo allí corrigiendo exámenes, pero así fue.

—¡Oh! —Emily retrocedió—. Se supone que tengo que encontrarme aquí con un alumno.

El señor Quisling dejó su bolígrafo. No iba disfrazado para aquel día.

—¿Wombat Gruñón?

Por un momento Emily creyó que estaba preguntando si aquel era el alumno con el que iba a encontrarse. Finalmente, comprendió que estaba preguntándole si ella era Wombat Gruñón.

—¿Usted... usted es Babbage?

Sabía que los adultos jugaban a los Buscadores de Libros, pero no se le había ocurrido que pudieran ser profesores.

—A tu servicio. —Bajó los ojos hacia su camiseta y luego volvió a subirlos. Esbozó una sonrisa—. «Uh» a ti también —dijo.

Emily se sonrojó.

—No estaba segura de si los niños se disfrazaban para Halloween o no...

El señor Quisling asintió con la cabeza.

—Inteligente. Sutil. Me gusta. Bueno, así que tienes una pregunta sobre un mensaje cifrado. —Entrecerró los ojos—. No será una de las entregas en clase, ¿verdad?

—No, no, no —respondió Emily—. No es para el colegio. Es algo... en lo que estaba trabajando en mi tiempo libre.

Aquello pareció satisfacer al señor Quisling.

—Echémosle un vistazo.

Emily dejó la mochila en el escritorio del profesor y abrió la cremallera para sacar su libreta. Antes de que metiera la mano dentro, el señor Quisling se aclaró la garganta.

—Espero que ese no sea el libro que creo que es.

¡Oh! ¿Por qué no pensó un poco antes de abrir la mochila? *El escarabajo de oro* estaba a la vista encima de su libreta. Se había olvidado por completo de que le dijo al señor Quisling que lo había escondido a través de los Buscadores de Libros e intentaría recuperarlo. Mostrando tanta indiferencia como le fue posible, empujó el libro hacia el fondo de la mochila mientras sacaba la libreta.

—Ya lo he visto. Es inútil que intentes esconderlo —dijo el señor Quisling—. Será mucho peor si me mientes. Puedes confiar en mí respecto a eso.

Emily lo admitió a regañadientes:

—Es... Sí es ese libro de Poe. Voy a devolverlo. Pronto.

La boca del señor Quisling formó una línea fina y apretada. Movi6 la mandíbula como si estuviese triturando algo con los dientes y las palabras que pronunci6 a continuación salieron muy despacio de su boca:

—¿Me oíste decir que el trabajo de alguien dependía de ese libro? Podrían despedir a un hombre si sus superiores descubren que no lo tiene.

—Sí —contest6 Emily.

No podía mirar al señor Quisling a los ojos. Desde el momento en que había conocido a aquel profesor que estaba en su contra. Debía de tener un concepto muy diferente del tipo de persona que en realidad era ella.

—A ver si lo entiendo bien. ¿Preferirías que un hombre perdiera su trabajo para poder quedarte con el libro?

A cada palabra que decía el señor Quisling, Emily se encogía unos centímetros.

—No iba a quedármelo...

El señor Quisling alz6 una mano para que se callara y luego coloc6 la palma hacia arriba.

—Dame el libro.

Tenía que hacérselo comprender.

—Señor Quisling, no es lo que usted cree. —Antes de que el señor Quisling la interrumpiera, se apresur6 a decir—: Es el siguiente juego del señor Griswold. Y puedo demostrarlo.



## Capítulo 32

El señor Quisling dejó caer la mano encima del escritorio y no dijo nada. Emily no estaba segura de si aquello significaba o no que estaba sorprendido. Las expresiones del señor Quisling eran como un armario de trajes grises recién planchados. Serenas, profesionales, respetables. Pero era difícil saber de un día para otro si el traje gris que llevaba puesto era el mismo u otro distinto al que vestía el día anterior.

Abrió *El escarabajo de oro* por la página con el símbolo de Bayside Press que tenía un cuervo en vez de una gaviota.

—Esta fue la primera pista que encontré —dijo—, y luego descubrí un mensaje secreto en el relato. El señor Griswold incluyó en este libro errores tipográficos a propósito. Si se encuentran las erratas y se colocan todas las letras en una fila, se forma la primera frase de otro cuento de Edgar Allan Poe.

El señor Quisling cogió el libro y lo hojeó mientras Emily relataba el resto de la búsqueda hasta entonces.

—Y ahora estoy atascada con la pista que he encontrado en *El halcón maltés*. Entonces pensé que podría ayudarme.

Fue a coger su mochila para sacar el libro, pero el señor Quisling levantó una mano.

—No quiero verlo, Emily.

—Pero podría ayudarme a resolverlo. Podríamos jugar juntos al juego y cuando llegemos al final devolveremos el libro. Tenía pensado hacerlo desde el principio.

—Si miro el acertijo que acabas de encontrar, estoy seguro de que querré resolverlo. Por eso no quiero que me lo enseñes. —El señor Quisling suspiró—. Tuve la oportunidad de conocerlo, ¿sabes? Al señor Griswold.

Dio unas palmaditas sobre el libro.

—Entonces debería entenderlo mejor que nadie —suplicó Emily—. La gente dice que podría... —Emily agachó la cabeza y se concentró en el escritorio del señor Quisling. No podía pronunciar aquellas palabras. Había dejado de mirar las actualizaciones sobre cómo estaba el señor Griswold porque tenía miedo de que las noticias fueran malas—. A él le gustaría que jugaran a su juego. Querría que lo terminara.

Emily no alzó la vista por miedo a que el señor Quisling no lo entendiera, igual que James tampoco lo había entendido.

—Probablemente tengas razón, Emily —asintió el señor Quisling—, y es fascinante saber lo de este juego y todo lo que ya has averiguado. Me alegro de que lo hayas compartido conmigo, pero eso no cambia el hecho de que tienes que devolver este libro.

Emily no podía hacer nada salvo mirar al señor Quisling parpadeando. ¿Cómo podía querer que devolviera el libro después de todo lo que le acababa de contar? ¿Cómo podía resistirse a saber lo que aguardaba al final del juego del señor Griswold? Casi se sentía engañada.

—Pero ¿por qué? —preguntó finalmente—. Sé quién es el coleccionista que reclama este libro, el señor Remora. Lo he conocido.

El señor Quisling levantó una ceja, que tal vez fue lo más cerca que estuvo jamás de parecer sorprendido.

—James y yo fuimos de visita a Bayside Press —le explicó Emily, y entonces fueron las dos cejas del señor Quisling las que se levantaron—. Terminamos los dos en el despacho del señor Griswold. El señor Remora estaba allí cuando se suponía que no debía estar. Más tarde, lo oímos haciendo negocios en la librería de Hollister, y no fue muy amable que digamos.

—Debiste de cogerlo en un mal día —apuntó el señor Quisling—. Entrás en un territorio peligroso cuando juzgas a una persona basándote en una interacción limitada.

Emily no podía creer que se fiara de la palabra de un hombre al que ni siquiera conocía.

—El señor Remora dice que necesita recuperar ese libro para no perder su trabajo, pero el señor Griswold ya lo había escondido para el juego. Se suponía que no debía estar en la colección personal del señor Griswold cuando lo encontré, así que ¿por qué el señor Remora está diciendo que sí debería estar allí?

—¿Sabíais que no debía estar en su colección personal cuando lo encontraste? ¿Lo tienes confirmado? ¿O se trata de una suposición?

—No tengo pruebas, pero...

—¿Mintió el señor Remora sobre que el señor Griswold era su cliente?

Emily tiró de la cremallera de su mochila.

—No.

—¿Mintió sobre que *El escarabajo de oro* pertenecía a su cliente?

—No.

—Así que en realidad no lo has pillado en ninguna mentira. A mí me parece que la verdad es que estás buscando una razón para quedarte el libro, aunque solo sea por un tiempo. Lo siento, Emily. Lo siento mucho. Entiendo por dónde vas, pero hay cosas más importantes que los juegos. La posibilidad de que un hombre necesite realmente este libro para asegurar su propio trabajo supera cualquier juego, sin importar lo interesante que sea. ¿Está claro o tengo que llamar a tus padres?

Emily tragó saliva.

—Está claro.

El señor Quisling guardó *El escarabajo de oro* en el primer cajón y siguió corrigiendo exámenes. Su reunión había terminado y, para colmo, ni siquiera había conseguido ayuda para el mensaje cifrado de *El halcón maltés*. Emily abandonó el aula conteniendo las lágrimas.

El pasillo estaba lleno de una mezcla de niños disfrazados ahora que estaba a punto de sonar el timbre que anunciaba la primera hora. Emily chocó contra la mochila de un esqueleto.

—Perdón —murmuró.

Dobló una esquina tras otra hasta encontrarse delante de su taquilla. Puso la combinación, tiró de la puerta para abrirla y metió la cabeza dentro bajo el pretexto de ordenar las cosas de su mochila. Se secó la nariz y se quedó mirando el hueco oscuro donde había estado *El escarabajo de oro*.

Más tarde aquel mismo día, Emily apartó los ojos del señor Quisling al entrar en la clase de Sociales. Estaba en la parte delantera del aula, como siempre, con los brazos cruzados, y de vez en cuando saludaba a los alumnos con un gesto de la cabeza.

—Buenas tardes, Emily —dijo cuando la niña pasó por su lado.

Ella mantuvo la cabeza gacha, pero esbozó una sonrisa por cortesía.

Se sentó junto a James y también evitó mirarlo. Lo pilló observándola cuando sacó la carpeta de la mochila. A lo mejor eran imaginaciones suyas, o quizá era la sudadera con capucha del Monstruo de las Galletas que llevaba puesta por Halloween, pero habría jurado que parecía preocupado antes de volver a centrar su atención en los juegos de lógica.



Había estado usando la salida trasera desde que aquellos hombres los persiguieron a James y a ella, pero hoy tendría que atravesar la muchedumbre que esperaba en la casa encantada/cafetería. No estaba de humor para nada de eso y ya habían pasado cuatro días desde que tuvieron el incidente con aquellos hombres. Dudaba mucho que

todavía estuvieran buscándola, sobre todo desde que había escrito en los Buscadores de Libros que ya no tenía el ejemplar en cuestión. Emily se dio cuenta de que, irónicamente, era cierto. Así que ¿qué importaba de todas formas?

Tenía ganas de ver una cara conocida y decidió evitar su ruta habitual y parar en la librería de Hollister. Antes de salir por la puerta principal del colegio, Emily observó los coches que había aparcados delante. No vio ni rastro del viejo coche marrón.

Aquella tarde hacía calor y el sol era intenso mientras subía por la calle. Emily se protegía los ojos, pero aun así los rayos deslumbrantes se las apañaban para esquivar su mano e impedirle ver bien. Un golpeteo metálico se hizo más fuerte al acercarse a la tienda. Pasó por encima de una gruesa manguera que salía de un camión aparcado en el bordillo junto al edificio de la librería de Hollister. La manguera parecía estar conectada a lo que fuese que estuviera haciendo aquel ruido de taladradora en el interior.

La puerta de la tienda estaba abierta.

—¡Emily que acaba de mudarse aquí! —gritó Hollister por encima del estruendo cuando entró la niña. Estaba tras el mostrador, con una túnica púrpura y un sombrero de mago encima de las rastas. Salió de allí para cerrar la puerta, lo que no silenció del todo el ruido, pero lo hizo más soportable—. Hoy jugamos a «Escoge tu veneno» —dijo Hollister—. O sufres ese jaleo o trabajas en un horno. Ese ventilador no hace nada en un día como este. —Hollister señaló un ventilador giratorio que zumbaba en un rincón y regresó al libro que estaba envolviendo con papel de estraza—. ¿Hoy no vienes con tu compinche?

—James tenía otros planes.

Emily movió las palabras en la bandeja de poesía magnética: «Roto», «Nube».

—Ah. ¿Y qué te cuentas? ¿Todavía estás disfrutando de Poe?

Poe. El señor Quisling probablemente estaría hablando con el señor Remora en aquel mismo instante para hacerle saber que Emily había devuelto *El escarabajo de oro*.

—Llevo el libro de Poe que me regalaste a todos lados.

Hollister sacó un trozo de cordel de un huso pegado a su mostrador mientras Emily formaba más palabras magnéticas: «duro», «tonto», «mágico». Hollister sujetó con una mano el papel que envolvía el libro y el cordel con la otra, y apartó la vista de las tijeras que había cerca del libro para mirar el cordel y después a Emily.

—¿Te importa? —preguntó, señalando el cordel con la cabeza.

—Oh, claro.

Emily cogió las tijeras y se inclinó sobre el mostrador para cortar el cordel. Observó cómo lo enrollaba alrededor del paquete y remataba el trabajo con un buen nudo.

—La presentación marca la diferencia, ¿no crees?

Levantó el libro envuelto hacia Emily, girándolo para enseñarle todos los lados.

—Se te da muy bien —dijo Emily, y recordó la escultura del emblema de Bayside Press construida con libros que había quitado hacía una semana con el fin de decorar el escaparate para Halloween.

Hollister sacó un bloc de notas de la estantería de debajo del mostrador y pasó las hojas hasta encontrar lo que estaba buscando. Le tendió el bloc.

—No entiendo mi propia letra.

Emily se inclinó hacia delante.

—Me parece que pone Octopus, 2634 —leyó.

—Probablemente sea calle Octavia.

Hollister anotó la dirección en una nota adhesiva y la pegó sobre el libro envuelto.

—¿Es para el señor Remora?

La pregunta surgió al recordar que Hollister se había ofrecido a entregarle un libro la última vez que ambos estuvieron en la librería. En cuanto hizo la pregunta, Emily se dio cuenta de que ya conocía la respuesta. El señor Remora se había quejado a Hollister de vivir en la calle Fillmore cerca de la sala Fillmore, que estaba metida en la cabeza de Emily gracias a su hermano. Hasta casi se acordaba de la dirección, en la que se repetían los siete, algo así como 1717 o 7171 o 7711.

Hollister se le quedó mirando un momento, con el párpado caído como siempre.

—¿De qué conoces al señor Remora?

Emily le recordó aquel día.

—Nos dijiste que es un coleccionista de libros raros y que el señor Griswold es uno de sus clientes.

—Ahora me acuerdo. Sí, es verdad. Y no, el paquete no es para él.

A Emily se le ocurrió una idea. No era una idea meditada y lo más seguro era que tampoco fuese una buena idea, pero Emily lo preguntó de todos modos.

—¿Necesitas ayuda para el reparto de tus libros? Puedo llevar el que acabas de envolver, y si tienes preparado el libro del señor Remora, también podría entregárselo...

Y quizá entonces, cuando entregara el libro del señor Remora, podría decirle que era la estudiante que había encontrado *El escarabajo de oro* y pedirselo prestado por un breve periodo de tiempo.

Hollister se colocó bien su sombrero de mago.

—Qué amable por tu parte. Gracias, cielo. Pero no, no puedo aceptar tu oferta, me temo. Eres demasiado joven para ser mi empleada. Aunque ese no fuera el caso, no me sentiría cómodo enviándote por la ciudad a hacer mis recados. Quizá si fuerais James y tú juntos, pero aun así...

Hollister negó con la cabeza y las rastas barrieron la espalda de la túnica púrpura.

Hollister observó cómo formaba palabras magnéticas: «sal», «corazón», «estela».

—¿Sabes? —dijo—. Aprecio a mis clientes. Y muchos de ellos son muy buenas personas. Pero no todos a los que les gustan los libros son buena gente. No hay que confundir el hecho de compartir intereses con compartir la ética. —Dio unos

golpecitos con el índice en su gorro puntiagudo—. Ahí te dejo para hoy un poco de sabiduría mágica.

Hollister se apartó del mostrador y se puso a ordenar unos libros de una estantería cercana, enderezó algunos y movió algún título a la fila de abajo. Sus palabras hicieron pensar a Emily en su antigua amistad con el señor Griswold. Ambos eran personas a las que les gustaban los libros. Ambos parecían buena gente. Y a pesar de que no habían sido amigos en los últimos treinta años, Hollister se preocupaba por él lo suficiente como para dedicarle un escaparate al dueño de Bayside Press cuando el momento lo requiriera.

—Hollister, ¿has hablado con el señor Griswold desde que lo ingresaron en el hospital?

Si su pregunta lo había sorprendido, no dio muestras de ello.

—No creo que esté en condiciones de conversar —fue todo lo que dijo, pero las arrugas en su rostro se hicieron más profundas.

—Hay gente que está cotilleando sobre él en la página web de los Buscadores de Libros —dijo Emily—. No creen que vaya a sobrevivir al ataque. —Emily no estaba segura de si debía haberlo dicho, pero llevaba aquella preocupación en la cabeza, y el hecho de transmitirla a alguien que conocía a Garrison Griswold ayudaba—. No me gusta pensar en eso —añadió.

Hollister suspiró.

—La negatividad nunca ha sido amiga de nadie.

—¿Cómo era cuando vosotros dos erais amigos? —preguntó.

Terminó de ordenar aquellos libros y contempló su tienda, casi como si estuviera examinando el lugar para ver qué tarea desempeñaría a continuación. Emily pensó que tal vez no había oído su pregunta o simplemente iba a ignorarla porque no quería hablar del señor Griswold. Pero entonces respondió:

—Gary era joven. Muy creativo. Ambicioso. Idolatrábamos a los de la Generación Beat. —La miró y algunas de las rastas se movieron sobre su hombro—. ¿Conoces a los *beats*?

—Mi padre es un gran fan de Jack Kerouac.

—Buen gusto, buen gusto. —Hollister asintió con la cabeza y su gorro de mago se inclinó hacia un lado—. La persona a la que Gary y yo admirábamos más era Lawrence Ferlinghetti. Cuando abrimos esta librería nos creíamos Lawrence Ferlinghetti y Peter Martin cuando empezaron con City Lights.

—¿Abrimos? ¿Esta librería era también del señor Griswold?

Se imaginó al señor Griswold saliendo de la trastienda con una caja de libros para colocar en los estantes, saludando a los clientes cuando la campanilla anunciaba su entrada. ¿Era posible sentirse nostálgica por algo que no había vivido?

—Eso fue antes de Bayside Press, por supuesto. Éramos jóvenes. Demasiado jóvenes para ser parte del movimiento *beat*, pero lo bastante mayores para que nos influenciara. No obstante, como les pasó a Lawrence Ferlinghetti y Peter Martin, al

final cortamos nuestra asociación. Aunque me temo que lo nuestro fue menos amistosamente.

—¿Por qué?

—Intereses similares, prioridades distintas. Puede que no tenga sentido que dos personas tengan pasión por las mismas cosas y aun así encuentren espacio para el desacuerdo, pero pasa.

—No, en realidad tiene mucho sentido —dijo Emily, pensando en su pelea con James.

—Gary siempre tenía un gran plan, una manera de hacer que las cosas fueran más importantes. Yo tenía la idea de mantener la librería pequeña, que fuera un local de la comunidad. Gary quería propagar su energía y entusiasmo por las letras a tanta gente como le fuese posible. Entonces pensé que su espíritu generoso se había vuelto codicioso y tuvimos una pelea. Con el tiempo me he dado cuenta de que, aunque al final tuvo éxito y dinero, ese nunca fue su objetivo. El dinero cambia tus circunstancias, pero no puede cambiar cómo eres. Una mala persona se convertirá en una mala persona con dinero. Una buena persona será una buena persona con dinero.

—James y yo nos hemos peleado.

Emily se concentró en poner los imanes en fila en vez de observar cómo Hollister reaccionaba ante su confesión.

—Son cosas que ocurren. Hasta a los mejores amigos.

—No creo... —La taladradora reverberaba con un ruido sordo a través de la pared medianera. Emily respiró hondo—. No sé cómo ser una buena amiga.

Hollister hizo una pedorreta.

—Tonterías. No existe un «cómo». Simplemente se es. Se hace. Eso es lo que es una buena amiga. Eso era Gary para mí. Durante años él intentó llegar hasta mí, pero yo no supe apreciarlo al principio, y James puede que tampoco. Pero si tus intenciones son buenas y la amistad era real, cambiará de opinión.

El golpeteo mecánico paró de repente e hizo que el silencio pareciera absoluto. Las palabras magnéticas rascaron la bandeja cuando Emily las empujó y absorbieron lo que Hollister tenía que decir: «pájaro», «susurro», «sombra».



## Capítulo 33

Emily salió de la tienda de Hollister. La taladradora comenzó a funcionar otra vez y sus pasos siguieron el ritmo que esta le marcaba. El sudor le caía por el cuello mientras subía por la calle bordeada de tiendas y se metía por una residencial. Estaba mirando un gato posado en una ventana salediza cuando una voz que no reconoció dijo a su espalda:

—Hola, Wombat Gruñón.

Emily se dio la vuelta para ver a los dos hombres de la parada del BART y la calle Lombard. Retrocedió colina arriba, pero la pronunciada pendiente la obligaba a dar pasos pequeños.

—No hemos venido a molestarte —dijo el hombre alto levantando las manos.

El bajo caminó hacia ella y Emily por instinto dio otro paso cuesta arriba.

—Queremos el libro —dijo amenazante.

—¡Clyde! —lo reprendió el alto.

La sonrisa falsa desapareció. Unas gotas de sudor salpicaron su labio superior como si él fuera el nervioso.

Emily apretó los puños alrededor de las correas de su mochila. Todos los edificios de la calle tenían garajes en la planta baja y las casas se levantaban encima. Unos largos tramos de escalera llevaban a las puertas principales. Alguien tendría que estar justo en la ventana, mirando hacia abajo, para advertir su presencia. Se oyó el zumbido de una aspiradora abriéndose paso por el estruendo de la taladradora cada vez más lejana.

—No queremos hacerte daño —dijo el hombre alto.

«No queremos hacerte daño» era igual de poco tranquilizador que «No vamos a

hacerte daño».

La puerta de un coche se cerró colina arriba y Emily se volvió para mirar detrás de ella. Las luces rojas traseras de un coche aparcado cuesta arriba se encendieron y el coche salió del aparcamiento para alejarse.

—Lo mejor que puedes hacer es darnos el libro. Sabemos que lo tienes.

El tipo bajito —Clyde, según lo había llamado el otro— dio otro paso hacia ella, pero su amigo colocó el brazo delante de él impidiéndolo avanzar más.

—Espera —dijo.

—¿A qué...? —Se le quebró la voz al intentar hablar y empezó de nuevo—. ¿A qué libro se refieren?

—Al de la parada del BART —respondió el tipo alto—. Dejemos de jugar, ¿vale? Fuiste muy lista poniendo que habías escondido el libro en Outer Sunset. Pasamos un buen rato en ese parque, y sabemos que no está ahí.

Clyde hizo un aspaviento con la mano.

—¡Esto es una pérdida de tiempo! ¡Cojamos su bolsa y marchémonos!

—¡No! —le espetó Barry con violencia—. No —repitió más calmado—. No tenemos que robárselo, ¿vale? —Y se dirigió a Emily—: Danos el libro y nos iremos. No volverás a vernos jamás.

Emily tenía que pensar qué hacer, y rápido. Aquellos hombres podían cogerla sin ni siquiera dar un paso, así de cerca estaban. Y ese tal Clyde parecía un perro que buscaba pelea. El problema era que en realidad no tenía el libro.

Podía decirles eso, pero ¿la creerían después de haberlos enviado a la otra punta de la ciudad? Y ¿qué harían si no la creían? No podía escapar de aquellos hombres. Su única opción era ser más lista que ellos. Se le ocurrió una idea, pero era demasiado arriesgada. Solo funcionaría si aquellos tipos sabían tan poco del libro del señor Griswold como ella esperaba.

—¿Es de Poe? —preguntó.

—Ya sabes que sí —respondió el hombre alto.

—¿Con una portada granate?

Se puso la mochila delante y pegó la barbilla al pecho para ocultar que tragaba saliva por los nervios mientras abría la bolsa. Retrocedió otro paso cuesta arriba. Cuanto más espacio hubiera entre ellos, mejor.

—Estaba disfrutando leyéndolo, pero si os hace tanta falta...

Emily sacó la antología de relatos de Poe que le había regalado Hollister.

El hombre alto cogió el libro, lo sujetó a un brazo de distancia para examinar la portada antes de que se lo arrebatara Clyde y lo abrió. Emily volvió a tragar saliva y retrocedió, segura de que estaban a punto de descubrir su engaño.

Clyde pasó las hojas hasta llegar a *El escarabajo de oro*, que la niña había marcado mientras lo comparaba con el de Griswold para encontrar todas las erratas. Hizo todo lo posible por parecer indiferente y aburrida.

—¡Has escrito en él! —exclamó Clyde agitando el libro.

—Sí... —asintió temerosa.

—No deberías escribir en los libros.

—No importa. —Su compañero lo echó hacia atrás tirando de la capucha de su sudadera—. No es más que un libro.

Los dos hombres se dieron la vuelta y Emily observó cómo doblaban la esquina y desaparecían de su vista. Se quedó mirando unos minutos más, y al ver que los hombres no regresaban, inhaló profundamente y exhaló despacio.

Dos libros perdidos en menos de ocho horas. No era un buen día para un buscador de libros.



Emily se encontraba en el rellano de su edificio, con la vista clavada en la puerta de James. Habían pasado tres semanas desde que un chico extraño la había hecho reír y luego había resuelto su mensaje cifrado cuando ella no estaba mirando. Entonces... ¡puf! Había conseguido un mejor amigo cuando jamás había tenido uno. Más fácil que resolver una pista de nivel Enciclopedia Brown en los Buscadores de Libros. Quería contarle a James lo de aquellos dos hombres. Que había perdido *El escarabajo de oro*. El pasado del señor Griswold como copropietario de la librería de Hollister. Y que había descubierto la identidad secreta de Babbage. Echaba de menos a James. Las palabras de Hollister —«Simplemente se es, se hace»— pasaron por su cabeza como una ola sobre la arena. Si Hollister hubiera estado allí, se imaginó que le habría dicho que intentara llamar y ver qué pasaba. Pero no podía arriesgarse a que la señora Lee volviera a abrirle la puerta en vez de James. Ni a preguntar por James y que él la rechazase.

Así que abrió la puerta de su casa y subió penosamente la escalera. Dejó la mochila en la cama con la intención de hacer los deberes e intentar dejar de pensar en que había perdido en cuestión de pocos días todo lo que le parecía importante. Cuando abrió la cremallera de la mochila llena hasta los topes, salió disparado *El halcón maltés*. Después de que su reunión con el señor Quisling/Babbage fuera tan mal, no había caído en el hecho de que aunque hubiera perdido *El escarabajo de oro*, todavía tenía *El halcón maltés* y su pista. Al fin y al cabo, a lo mejor no había salido perdiendo en todo. Si conseguía descifrar aquella pista, quizá podría seguir avanzando en el juego del señor Griswold, con o sin *El escarabajo de oro*, con o sin James.



*Meneo*, la gaviota, se había vuelto muy exigente con el pan, así que el viernes Emily volvió a pasar la hora del almuerzo en la biblioteca. Estar rodeada de libros era

reconfortante, aunque estuviera sentada sola a la mesa.

James también estaba allí, en una mesa de al lado, con aquellos gemelos, Kevin y Devin. Emily intentó que no fuera obvio, pero lo miraba de vez en cuando. Volvió a pensar en Hollister y en su conversación del día anterior. Pensaba que lo que Hollister quería decir era que no debía tener miedo de dar un paso en falso con una amistad. Cualquier paso era bueno, siempre y cuando intentaras ser una buena amiga. Pero allí sentada en la biblioteca, con el ritmo bajo y enérgico de la música *reggae* que salía del despacho de la bibliotecaria y las conversaciones en voz baja interrumpidas por alguna carcajada esporádica, Emily presentía que había muchas posibilidades de dar un paso en falso, a pesar de lo que pensase Hollister.

Una de las veces que Emily miró en dirección a James, lo pilló mirándola. Él volvió la cabeza tan rápido hacia el juego de cartas por el que los hermanos estaban discutiendo que *Steve* pareció por un momento haberse tumbado antes de volver a ponerse derecho. Poco después de eso, James dejó sus cartas y se apartó de la mesa. Emily trató de parecer ocupada trabajando en el mensaje cifrado de *El halcón maltés*. Se llevó una desilusión cuando James pasó de largo. Había ido al lavabo.

Después de aquello, intentó trabajar en serio, y estaba tan enfrascada que no oyó a James volver.

—Pigpen —oyó que decía su voz detrás de ella.

Se dio la vuelta.

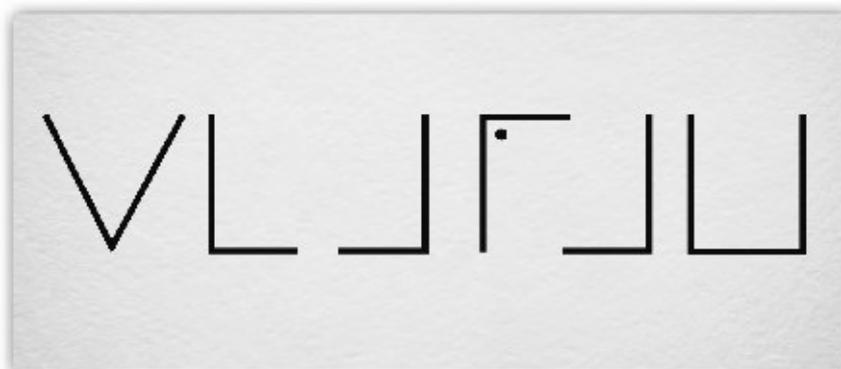
—¿Qué?

Había estado estudiando la hoja por encima de su hombro. Señaló.

—Pigpen. Ya verás.

Y eso fue todo.

Emily volvió a examinar su trabajo. El mensaje cifrado original estaba escrito en la parte superior de la página.



El papel estaba cubierto de sus intentos por descifrarlo, lo que parecía un montón de juegos del ahorcado inacabados, sin el ahorcado. También había escrito la pista de Cuervo: Charlie, Sally, Lucy.

—Pigpen —susurró Emily para sus adentros, y se dio cuenta de lo que había visto James.

Los nombres pertenecían a los personajes de la tira cómica *Snoopy*: Charlie Brown, Sally y Lucy. Pigpen era el nombre de otro personaje en inglés, pero ¿qué tenía que ver con el mensaje cifrado? La solución tenía seis letras y Pigpen tenía seis letras. Pero no podía ser porque la tercera y la quinta letra eran la misma según ese código, y en Pigpen esas letras eran *g* y *e*. No eran las mismas.

Pero Pigpen tenía que significar algo. Emily fue a los ordenadores. Todos los resultados en la primera página tenían que ver con el personaje de los dibujos. Bajó y vio un apartado que ponía «Búsquedas relacionadas con Pigpen», y en la lista que había debajo la palabra «código» llamó su atención. ¡Pigpen era el nombre de un cifrado por sustitución!

Imprimió las claves para descifrar el Pigpen:

<b>A</b>	<b>B</b>	<b>C</b>	<b>J</b>	<b>K</b>	<b>L</b>
<b>D</b>	<b>E</b>	<b>F</b>	<b>M</b>	<b>N</b>	<b>O</b>
<b>G</b>	<b>H</b>	<b>I</b>	<b>P</b>	<b>Q</b>	<b>R</b>
<b>S</b>			<b>W</b>		
<b>T</b>	<b>U</b>	<b>X</b> · · · <b>Y</b>			
<b>V</b>			<b>Z</b>		

Al tener la clave, tardó solo unos segundos en averiguar la solución de la pista que le daba *El halcón maltés*:

SCARAB.



## Capítulo 34

SCARAB.

*Scarab* era la palabra que Poe utilizaba en la versión original de *El escarabajo de oro*. Significa «escarabajo», como el que relucía dorado en la cubierta. Como el que aparecía en tinta negra en el interior.

Si *scarab* era la siguiente pista, Emily tenía la impresión de adónde la dirigía el señor Griswold: de vuelta a *El escarabajo de oro*. De vuelta al libro que le habían quitado.

Emily apretó la frente contra las manos, con los codos clavados en la mesa de la biblioteca. Ya estaba. Para ella había terminado el juego del señor Griswold. Era como estar haciendo un rompecabezas complicado sin saber la imagen que formará al final. Justo cuando las piezas estaban empezando a encajar y casi podías adivinar el resultado, alguien llegaba y te lo tiraba todo al suelo. Y luego aspiraban las piezas por si acaso. Haber decidido parar en aquel momento era lo normal. Que le hubieran arrebatado el poder de la elección hacía sentirse a Emily pequeña e insignificante.

Levantó la cabeza y pilló a James observándola. Ambos apartaron la mirada como si el contacto visual los quemara. Sonó el timbre y Emily empezó a guardar las cosas. Estaba cerrando la cremallera de su mochila cuando James apareció a su lado.

—¿Lo entendiste? ¿Pigpen?

—Oh. —Emily bajó la vista un momento—. Sí. Gracias por la sugerencia.

Incluso si James había notado que estaba disgustada y fuera a preguntarle qué le pasaba, no estaba segura de querer explicarle el motivo. James quería que abandonara el juego y Emily no podía soportar la posibilidad de que alguien le dijera que dejarlo a la fuerza era lo mejor. Lo único que James dijo fue:

—He reconocido los símbolos por uno de mis libros de códigos. Me ha alegrado ayudarte. A veces dos ojos ven mejor que uno.

Emily añadió en una respuesta automática:

—Sin ofender a los cíclopes.

Intercambiaron una breve sonrisa antes de que James se marchara.



Aquella tarde en la clase de Sociales, el señor Quisling preguntó si había algún último intento de resolver el mensaje cifrado de James. Sus largas tiras de letras habían sido la única entrega de esa semana. Emily contuvo el aliento mientras esperaba si alguien levantaba la mano.

El aula permaneció en silencio y el señor Quisling anunció:

—Señor Lee, su mensaje cifrado ha sobrevivido a esta semana. Felicidades por ganar su primer pase de deberes.

Emily no pudo resistirse a echar un vistazo detrás de ella para observar a Maddie, que miraba con el entrecejo fruncido su carpeta y hacía garabatos en los márgenes de un papel.

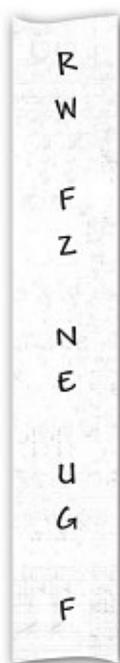
James levantó los puños al aire y echó la cabeza hacia atrás para gritar al techo:

—¡STEVE SOBREVIVE!

La clase se rio disimuladamente, y hasta el señor Quisling parecía en cierto modo desconcertado.

—¿Serías tan amable tú (o Steve) de iluminarnos sobre cómo funciona tu cifrado?

James se colocó delante de la clase y mantuvo vertical su tira de papel con letras:



—He utilizado un tipo de cifrado llamado Scytale. Se coge una tira vertical de papel como esta y se enrolla alrededor de un objeto con forma cilíndrica. —James mostró un lápiz. Lo envolvió con la tira y todas las letras quedaron en horizontal—. Para descodificar el mensaje, se tiene que envolver el papel alrededor de un objeto con el mismo diámetro que el que usó el remitente del mensaje original para que las letras se alineen correctamente. Lo que yo usé fue este lápiz.



Vivian levantó la mano y habló al mismo tiempo que lo hacía.

—Tu mensaje sigue sin entenderse. No puedes usar palabras sin sentido y esperar que nosotros averigüemos lo que significan, ¿no, señor Quisling?

Antes de que el señor Quisling pudiera responder, Emily intervino:

—No son palabras sin sentido —dijo al darse cuenta de que podía leer el mensaje de James aunque nadie más de la clase supiera cómo hacerlo, y sonrió al ver lo que ponía—. Ha utilizado un mensaje por sustitución para codificar su mensaje como seguridad por si descifrabais el Scytale. ¿No es así? —le preguntó a James.

El muchacho asintió con la cabeza, sonriendo. James mostró un trozo de papel para que vieran el código secreto.

—Esta es la clave del cifrado que he utilizado. Si se descodifica, en mi mensaje pone «Hongo Real».

Cuando James volvió a sentarse, el señor Quisling aplaudió. Emily se unió a los aplausos sin ni siquiera pensarlo. Enseguida bajó las manos, avergonzada por su muestra de entusiasmo, pero James le dedicó media sonrisa y *Steve* una palmadita de «buen trabajo» con sus puntas. Pequeños gestos que hicieron sentirse a Emily un millón de veces más ligera.

Cuando sonó el timbre y todos se pusieron a recoger sus cosas, James caminó arrastrando los pies por el pasillo y salió de la clase sin mirar en su dirección. Emily no se dio cuenta de que debía de haber estado mirándolo abiertamente hasta que Maddie se colocó a su lado para decirle:

—A buenas horas, mangas verdes.

Se ahuecó con una mano su pelo de champiñón. Emily sabía que Maddie solo intentaba molestarla. Y funcionó, pero no del modo en que Maddie esperaba. El oír el miedo verbalizado por Maddie de que su amistad con James se había terminado para siempre tuvo un efecto inesperado en Emily y le hizo darse cuenta de lo tonto que sonaba. No era demasiado tarde. Aunque pareciera mentira, de entre todas las personas había sido Maddie la que acababa de darle a Emily una brillante idea para

arreglar las cosas.

De vuelta en su apartamento aquella tarde, Emily escribió una nota para el cubo. Lo único que decía era:

GF ÑCZNTF  
(*Lo siento*)

Puso la nota en el cubo de arena. Cogió las astas de reno y pegó una servilleta de papel de forma que pareciera una bandera blanca en señal de tregua. Metió las astas en el cubo y se aseguró de que la bandera se viera desde la ventana de James en cuanto subiese. Después de izarla, sujetó la cuerda para que el cubo quedara allí arriba hasta que James lo retirara.

Un rato más tarde crujió el suelo. La ventana de James estaba enfrente de la puerta de su cuarto, así que Emily supo que había visto las astas y la bandera cuando entró en la habitación. Que fuera a cogerlas o no era otra historia.

Se dejó de oír el crujido, luego continuó, y James abrió la ventana. Su expresiva risa y el tintineo de la campanilla se colaron por la ventana abierta de Emily.

Le envió una respuesta:

QF TEHLCZN GF ÑCZNTF  
(*Yo también lo siento*)

Emily le mandó la siguiente nota:

¿YFOZHFÑ RELGEW?  
(*¿Podemos hablar?*)

James fue a buscarla y pasaron la tarde del viernes poniéndose al día de lo ocurrido esa semana.

—¿Llevaste a aquellos hombres hasta Sunset? ¿Y Babbage es el señor Quisling? —Negó con la cabeza, sin dar crédito—. Dejo de hablarte unos días y pasa de todo. Lo más emocionante que me ha ocurrido a mí fue la cena con mi padre en Michelangelo's.

—Ganar un pase de deberes en el desafío del señor Quisling no es para bostezar. Le llevas uno de ventaja a Maddie. Está nerviosa porque tendrá que llevar el pelo como una seta venenosa. Lo que me recuerda que tengo un plan que creo que te gustará. Lo llamo: Operación Hongo Real.



El lunes hacía tres días desde que Emily había descifrado la pista de *scarab*. Todavía le dolía pensar que *El escarabajo de oro* estaba apretujado en una estantería de alguna parte y que el juego del señor Griswold había quedado inactivo. Pero fueron las palabras de su hermano más que nada las que la consolaron. Era mejor haber jugado un poco al juego del señor Griswold que no haberlo descubierto. Y las cosas se habían arreglado con James, así que no lo había perdido todo.

De camino al colegio, retocaron el plan para la Operación Hongo Real. Debían hacer como si continuaran peleados, así que se separaron antes de llegar al Booker.

A la hora del almuerzo, James se colocó en una mesa junto a la de Maddie en la biblioteca, con sus últimas investigaciones sobre códigos delante de él. Cuando Emily se acercó, James hizo grandes aspavientos juntando todos sus papeles, como para que ella no pudiera verlos.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó en tono desabrido.

Su enfado y molestia eran tan palpables que Emily se olvidó por un segundo de que estaban fingiendo.

—Yo... —tartamudeó.

Maddie le dio un empujoncito a la niña que estaba a su lado y señaló con la barbilla en dirección a Emily, que era exactamente el motivo que esta necesitaba para empezar con las frases que James y ella habían practicado.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó.

James no la miró.

Emily se sentó junto a él, de espaldas a Maddie.

—James, vamos. ¿Todavía estás enfadado? Ya has ganado un pase de deberes.

El muchacho recogió sus papeles y dio unos golpecitos con ellos sobre la mesa.

—No gracias a ti. Y Maddie podría volver a escena, así que no he ganado aún la apuesta. Este nuevo mensaje cifrado hace que el anterior parezca un acertijo de preescolar. De ninguna manera voy a enseñártelo y arriesgarme a que me lo roben o me lo copien.

—Habrían descifrado tu código Bacon de todas formas —dijo Emily mientras James sostenía el montón de papeles a su espalda, por encima de su mochila abierta de par en par—. Es que ¿no resulta demasiado evidente un código binario? Sobre todo viniendo de un friki de los ordenadores como tú.

—¿Qué?

James soltó los papeles. El plan era que cayeran al suelo en vez de dentro de la mochila, pero para que fuese creíble, ninguno de los dos podía mirar para asegurarse de que eso era lo que pasaba.

—Además, vi esa idea en un libro.

Emily continuó con su guion.

—Demuéstralo.

James cogió su mochila desmañadamente y siguió a Emily mientras esta cruzaba

la biblioteca y desaparecía entre las filas de estanterías. Cuando ya no los podían ver desde las mesas, Emily susurró:

—¿Ha picado?

James se inclinó hacia un estante bajo y apartó los libros para crear una ventana diminuta. Se agachó, miró entrecerrando los ojos como si fuera miope entre los lomos y observó un momento antes de levantar un pulgar triunfante.

—Prácticamente he dejado caer los papeles a sus pies —dijo James—. Por supuesto, no ha podido resistirse.

—Bueno, esperemos que los use. Y luego el resto depende del señor Quisling. Ojalá que se dé cuenta.



En Sociales, James montó un gran espectáculo al buscar otro trabajo perdido cuando el señor Quisling recogió las entregas para el desafío de los mensajes cifrados. Ni a Emily ni a James le sorprendió que Maddie presentara «su» entrega para el desafío. El señor Quisling la aceptó y le echó un vistazo. Levantó lentamente la cabeza, con los ojos clavados en Maddie como láseres.

—¿Es esto una broma, señorita Fernández?

Maddie no se había dado cuenta de que aquel cifrado no era de James. El mensaje pertenecía a Babbage y estaba copiado palabra por palabra. Era un código de nivel Sherlock Holmes y Emily y James no tenían ni idea de cómo resolverlo. James había incluido una solución falsa entre las páginas que había fingido perder en la biblioteca. Se imaginaban que, o bien el señor Quisling reconocería su propio trabajo, o más tarde, cuando no se resolviera, Maddie tendría que revelar la solución, lo que resultaría ser una respuesta sin sentido en cuanto comenzara a explicársela a la clase.

Emily estaba tan contenta de que su truco hubiera funcionado que casi no se dio cuenta de que por un momento el señor Quisling clavó su mirada en ella. Casi. Bastó para recordarle a Emily un detalle importante que había pasado por alto: el señor Quisling sabía que ella conocía su identidad en los Buscadores de Libros como Babbage. Si reconocía su propio mensaje cifrado de la página web, entonces era lógico que lo relacionara con ella. Emily estudió el rombo grabado en su escritorio. Pero el señor Quisling se dirigió a Maddie, no a Emily.

—Conozco este mensaje cifrado, señorita Fernández. Y sé que no es suyo.

—Pero yo...

—Ni en esta clase ni en los deberes se tolera hacer trampas. Además, ya se le advirtió la semana pasada de las consecuencias de entregar un mensaje cifrado que no fuera de su creación. La descalifico del concurso.

James escribió algo en su cuaderno y lo levantó para que Emily pudiera verlo: «¡ÑC!», o «¡SÍ!» en su lenguaje cifrado. Lo único que querían era darle a probar a

Maddie su propia medicina. El hecho de que quedara descalificada era una ventaja añadida.

—¿Qué? —gritó Maddie—. ¡No es justo!

—Descalificada. Fin de la discusión —dijo el señor Quisling—. Ya ha malgastado bastante nuestro tiempo.

En el pasillo, al acabar la clase, Maddie fue rápidamente hacia Emily y James.

—¡Me habéis tendido una trampa! —gritó tan fuerte que los estudiantes se pararon para mirarla.

—¿Has oído eso? —James ahuecó una mano alrededor de su oreja—. Es el sonido de *Steve* celebrando mi victoria. No te preocupes, quedarás genial de pelirroja.

Maddie se puso colorada.

—¿Tu victoria? No he perdido. Me han descalificado.

—No recuerdo que fuera parte de la apuesta. ¿Recuerdas que fuera parte de la apuesta, Emily?

—No.

—El acuerdo era quienquiera que ganara más pases de deberes u obtuviera los tres primeros. La descalificación no se mencionó —dijo James—. Yo he ganado uno y tú tienes, déjame contar... Oh, eso es, ¡ninguno!

—Lo que tú digas. Es una estúpida apuesta. Yo no te habría hecho raparte la cabeza.

James resopló.

—Claro.

Maddie giró sobre sus talones y se alejó entre la multitud.

—¡Empezarás la moda de la seta venenosa! —gritó James tras ella—. ¡Acepta tu destino! ¡No temas tu propia suerte!

—¿Crees que lo hará? —preguntó Emily.

—Ni por asomo —respondió—. Aunque no importa. Verla avergonzada ha sido mejor que el pelo de seta envenenada. Probablemente empezaría una moda. O al menos disfrutaría de toda la atención.



## Capítulo 35

Al volver hacia sus casas después de clase, Emily y James oyeron los bramidos de los leones marinos del Pier 39. Aquel sonido hizo retroceder a Emily al primer día en San Francisco, hacía ya casi un mes. Unos rugidos salvajes en medio de la ciudad le había parecido que desentonaban, inesperados, pero ahora resultaban relajantes. No los oía todos los días, por lo que ese ruido era casi un regalo. Ahora conocía bastante bien la ciudad como para seguir una ruta colina abajo, por el trazado de las calles que descendían hasta el inicio del Pier 39.

Subieron los escalones de la entrada a su edificio, que a Emily antes le parecían tan severos y duros. Ahora la recibían como un amigo familiar y la moldura sobre la parte superior de las ventanas era como unas cejas levantadas, sorprendida por verla otra vez.

Invitó a James a pasar un rato en su casa, y mientras subían la escalera, oyeron en su piso el estruendo del monopatín y a Matthew cantando las canciones de Flush.

—Perdona —dijo Emily—, es que Matthew va a un concierto esta noche...

Un grito aún más fuerte de su hermano mientras cantaba la interrumpió.

Sus padres salieron corriendo de la cocina y siguieron por el pasillo hacia ellos. Su padre sostenía un envase de zumo de naranja sobre la cabeza y su madre daba voces tras él.

Emily y James se pegaron a la pared para dejarlos pasar.

—¿Qué ocurre? —gritó Emily.

—¡Estamos de celebración! —respondió su padre—. Lo único que teníamos era zumo de naranja. ¡Pero no me importa! ¡Este es el zumo de naranja más festivo de la historia!

Matthew salió rodando de su habitación sobre el monopatín y clavó los talones para hacerlo saltar hasta su mano. Unas espirales recién afeitadas salpicaban su cabeza.

—¿Estáis celebrando que voy al concierto de Flush? Oh, no teníais por qué hacerlo.

—¡Lo hemos vendido! —dijo su madre aplaudiendo—. ¡Hemos vendido *50 casas en 50 estados!* ¡Nuestro agente acaba de llamarnos para darnos la noticia!

—¿Lo habéis vendido? —repitió Emily.

Sus padres les pasaron vasos de plástico con zumo, pero Emily estaba demasiado estupefacta para coger uno. Todos menos Emily saltaban, salpicando de zumo de naranja el suelo y cantando a coro: «¡Hemos vendido un libro! ¡Hemos vendido un libro!». Hasta Steve se unió a la fiesta con su movimiento adelante y atrás. Su padre hacía girar la cola de caballo de su hija como si estuviera dirigiendo una orquesta.

—¡Vamos, Em! ¡Hoy es un gran día, es una gran noticia!

La niña seguía sin saltar. Una sensación similar al terror estaba superándola.

Emily retiró la coleta de la mano de su padre y se marchó a su habitación. Los gritos y los saltos fueron acabándose mientras su familia y James observaban cómo se iba. ¿A qué venía ese mal humor? Sabía que estaba estropeando el momento de sus padres. ¿Tanto le costaba dar unos saltos, beber un poco de zumo de naranja y fingir que estaba entusiasmada como todos los demás?

Qué idiota había sido. Se sentó en su cama, con la mochila todavía a la espalda. Había bajado la guardia y se había encariñado con la gente y un lugar cuando sabía que inevitablemente volverían a mudarse. ¡Sus padres iban a publicar un libro sobre la vida en cincuenta estados, por Dios santo!

James empujó la puerta de su cuarto.

—¿Estás bien? —preguntó.

Una bocina sonó varias veces y Emily oyó que su hermano gritaba: «¡Llegó la hora del espectáculo!». Por supuesto, a él no lo afectaba. Le iba la aventura y todo eso. Ahora no podía ayudarla ninguna cita de Jack Kerouac. También tenía que haber algún dicho para cuando dejabas de disfrutar de lo que te rodeaba en vez de siempre estar esperando qué ocurriría a continuación. A ella no le importaba lo que la esperaba a la vuelta de la esquina. Sabía que no sería otro loco de la informática y los acertijos con un mechón de pelo por compinche.

James cambió el peso de un pie a otro.

—Si ahora no es buen momento, puedo irme...

Emily se levantó con la mochila todavía a la espalda.

—Ahora es el único momento. Vamos.

Sus padres estaban donde los había dejado, enfrascados en una conversación.

—Emily —la llamó su madre.

—Sabemos que no te alegras por lo que hemos anunciado —dijo su padre.

Emily pasó por su lado a toda velocidad y bajó la escalera con James a la zaga.

Dio un portazo al salir. Una furgoneta llena de amigos de Matthew entraba marcha atrás por la calle y Emily les hizo señas para que parasen.

Abrió la puerta trasera.

—Déjanos sitio —le dijo a Matthew.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó su hermano—. ¡No tenéis entradas!

—Tú muévete —insistió Emily.

En su voz debía de haber un tono de «no te metas conmigo», porque Matthew empujó a su amigo y les hicieron sitio. Emily se colocó sobre el regazo de su hermano y James se apretujó junto a la puerta.

—¿Adónde vamos? —susurró James.

—A ver al señor Remora. Tengo que terminar el juego del señor Griswold. O al menos intentarlo.

—¿Sabes dónde vive?

—Le dijo a Hollister que vive al lado de la Fillmore. —Señaló a su hermano con la cabeza—. Allí es donde van ellos.

—Pero... —James tiró de *Steve*—. Hay muchos sitios donde vivir alrededor de la Fillmore —dijo con cierta prudencia.

—Me acuerdo de su dirección.

James levantó las cejas.

—Bueno, la recuerdo casi toda. Tiene sietes y unos, algo así como 1177 o 7171.

—Ah, vale.

Notaba que James tenía dudas acerca de su impulsivo plan, pero estaba decidida a encontrar al señor Remora para pedirle que le devolviera *El escarabajo de oro*, aunque tuviera que llamar a todas las direcciones con unos y sietes de la calle Fillmore.

Dieron vueltas por el vecindario de la sala de conciertos para buscar aparcamiento. En cada vuelta que daban, Emily echaba un vistazo a los números. Sabía que el señor Remora vivía lo bastante cerca para quejarse de la Fillmore, y el 1717 era el número que tenía más posibilidades. Tenía que ser ese.

Al final encontraron aparcamiento en una calle lateral y todos salieron en tropel. Emily se acomodó la mochila y se apresuró a adelantar al grupo de Matthew. James estaba justo a su lado. Al llegar a la intersección de la Fillmore, Emily y James giraron por la calle y se apartaron de la sala de conciertos, corriendo para cruzar antes de que el semáforo cambiara.

—¿Adónde vais vosotros dos? —les preguntó Matthew.

Emily aceleró el paso. Estaba decidida a hacerlo, y si se paraba a explicárselo a su hermano, solo se retrasaría más.

Matthew dejó a sus amigos y los alcanzó jadeando.

—¿Qué pasa?

—Va a buscar un libro —dijo James.

—¿Has recorrido todo este camino por un libro? ¿No puede esperar?

Emily se volvió hacia su hermano.

—No, no puede esperar, Matthew. Si tuvieras entradas para Flush y alguien te quitara esas valiosas entradas y esa fuera tu única oportunidad de participar en esa experiencia con Flush, ¿qué harías? ¿Te alegrarías? ¿Dirías: «Guay, no importa», o intentarías recuperar tus entradas al menos?

Matthew se quedó con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados por la concentración, como si estuviera de verdad imaginándose en esa situación hipotética.

—Recuperaría mis entradas, sin duda.

—Bueno, pues ahora piensa que mi libro son un par de entradas para Flush. Es así de importante para mí.

Emily continuó caminando, con la mochila chocando contra ella con fuerza a cada paso. Supuso que su hermano volvería con sus amigos, pero en cambio lo oyó gritar:

—Eh, tíos, estoy con vosotros en un minuto.

Entonces pasó trotando junto a Emily y James mientras daba palmadas como un entrenador de fútbol.

—En marcha, gente. ¡Tenemos que rescatar un libro!



## Capítulo 36

Emily tenía sus dudas cuando se quedó mirando fijamente el 1717 de la calle Fillmore. Esperaba encontrarse algo desvencijado y marrón, como el maletín del señor Remora, pero esta era una construcción victoriana cuidada, con una tienda de color morado intenso en la planta baja y una escalera verde con barandillas blancas que llevaba hasta la puerta principal.

—Así que esta es la casa del ladrón de libros —dijo Matthew mientras los tres estaban al pie de la escalera—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que escale ese árbol? ¿Que rompa una ventana?

—No es un ladrón de libros, Matthew. —Emily agarró las correas de su mochila y levantó la vista hacia la puerta principal—. Es un especialista en libros raros.

Subió la escalera.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué está haciendo? —preguntó Matthew primero a Emily y después a James.

—Parece que va a llamar al timbre.

—¿Ese es tu plan? —dijo Matthew mientras James y él se reunían con Emily en la entrada—. ¿Vas a llamar al timbre y pedirle que te dé su libro?

Antes de que pudiera pensárselo mejor, el señor Remora abrió la puerta.

—No como galletas —dijo, y estaba a punto de cerrar la puerta cuando Matthew metió un pie en el quicio para mantenerla abierta.

—Espere. No vendemos galletas. Mi hermana tiene algo que pedirle.

—Señor Remora, soy la estudiante que escribió sobre *El escarabajo de oro* en los *Buscadores de Libros*. Sé que el señor Quisling se lo ha devuelto, pero me preguntaba si me dejaría volver a echarle un vistazo.

—No sé de qué estás hablando —contestó el señor Remora.

—¿No se acuerda de nosotros? —terció James—. Lo vimos en el despacho del señor Griswold y en la tienda de Hollister.

Emily añadió:

—Sabemos que colecciona libros raros y que el señor Griswold es uno de sus clientes.

—Bueno, me alegro por vosotros —les espetó el señor Remora—. Sigo sin saber de qué estáis hablando. Quizá deberíais volver a preguntarle a vuestro profesor.

—¿No lo ha llamado el señor Quisling?

—¿Qué parte de «no sé de qué estáis hablando» no entiendes?

James y Matthew miraron a Emily, esperando sus instrucciones, pero la niña estaba perpleja. El señor Quisling había sido inflexible en que Emily le diera el libro para devolvérselo al señor Remora lo antes posible.

—¿Emily? ¿Estás bien? —preguntó James.

La asaltó un horrible presentimiento. Le había contado al señor Quisling lo del juego y este le dijo que no quería mirar el acertijo porque no sería capaz de resistirse a resolverlo.

—Necesito sentarme —dijo con voz ronca.

El señor Quisling no llegó a ver nunca el mensaje cifrado de *El halcón maltés*, pero sería fácil para él abrir *El escarabajo de oro*, encontrar las erratas que ella había marcado y juntar las piezas por sí solo.

Matthew la rodeó con el brazo, dejó que se apoyara en él y empujó la puerta del señor Remora con la mano que tenía libre. El señor Remora retrocedió.

—¿Qué haces? —farfulló el hombre.

—¿Podemos entrar un segundo? —preguntó Matthew—. Creo que mi hermana no se encuentra muy bien.

—No, no podéis...

Matthew pudo más que el señor Remora, y Emily y él entraron atropelladamente en la casa.

—Estoy bien —dijo Emily jadeando, aunque todo le daba vueltas.

Había libros amontonados en todos los asientos, así que se sentó en el suelo, sin molestarse en quitarse la mochila, y puso la cabeza entre las piernas.

—¿Emily?

James se agachó a su lado.

Cuervo había escondido por la ciudad cuarenta y nueve ejemplares más de *El halcón maltés*. Aún quedaban muchos para que los encontrara el señor Quisling y seguramente resolvería la pista del Pigpen en menos que canta un gallo. Y luego era solo cuestión de tiempo que resolviera todo el juego y descubriera el gran premio.

—¿Cómo he sido tan tonta? —se lamentó.

¡Cómo había podido confiar en el señor Quisling precisamente! Babbage. Si había birlado una vez, lo haría siempre.

Levantó la cabeza intentando encontrar algo en lo que concentrarse. La estancia donde se hallaban era mitad sala de estar, mitad cocina. Había pilas, montones y torres de libros por todas partes. Un rayito de luz se filtraba por las cortinas cerradas y le daba un aire lóbrego a la habitación. Un pasillo oscuro daba al fondo de la casa.

—¿Le puede dar un vaso de agua? —preguntó James.

El señor Remora había cogido el teléfono.

—Venid aquí —dijo bruscamente al auricular—. Ahora mismo.

Matthew fue a la cocina y abrió los armarios junto al fregadero hasta que encontró un vaso. El señor Remora alzó las manos en el aire.

—¡Venga, como en vuestra propia casa!

—Siento molestarlo —dijo Emily—. He cometido un error.

En alguna parte del pasillo se oyó chirriar una puerta. El señor Remora cerró la puerta principal y echó el cerrojo. Unas pisadas fuertes se fueron acercando hasta que un hombre alto y desgarbado apareció por el pasillo.

—Tío Leon, ¿qué pasa?

El que había hablado era uno de los hombres de la parada del BART. Barry, según recordaba Emily del día que lo había engañado dándole la antología de Poe que Hollister le había regalado. Barry apartó la vista de Matthew para mirar a Emily, en el suelo, a James agachado al lado de ella, y al señor Remora.

—¿Qué hace este aquí? —preguntó Emily.

Al tiempo que Barry dijo:

—¿Qué hacen estos aquí?

Emily se levantó. Al otro lado de la habitación, en la isla de la cocina, bajo el brillo de unas lámparas colgantes, estaba *El escarabajo de oro*.

—¡Sí que lo tiene! —gritó.

Se olvidó de todo lo demás y corrió para levantar el libro de la isla. El escarabajo dorado la saludó, resplandeciendo bajo aquella luz rosada. Así que el señor Quisling no la había engañado. Pero entonces...

—¿Por qué ha mentado?

Se puso de cara al señor Remora. James y Matthew se colocaron cada uno a un lado de la niña. Barry se puso a caminar por la habitación, tan receloso como ella.

El señor Remora seguía junto a la puerta, con los brazos cruzados y el entrecejo fruncido.

—No es asunto tuyo. Además, ¿por qué tienes tanto interés? No creía que Edgar Allan Poe fuera tan popular entre los niños de hoy en día.

Sonó el timbre. El señor Remora corrió el cerrojo y tiró de la puerta para abrirla.

—Has tardado bastante, Clyde —soltó.

Entró el hombre bajo y fornido que estaba con Barry el otro día.

—¿Qué están haciendo aquí? —Clyde los señaló con el pulgar—. ¿Quién es ese nuevo con las telarañas afeitadas en la cabeza?

—Son espirales —lo corrigió Matthew.

Barry dio unos pasos adelante.

—Creía que habías dicho que ya habíamos acabado con estos chavales.

—Bueno, estaba equivocado —dijo impaciente el señor Remora—. Por lo visto han venido a ayudarnos. —El señor Remora era pequeño, enjuto y estaba quedándose calvo, y a primera vista parecía cualquier cosa menos intimidante. Pero la mirada en sus ojos al acercarse a ellos hizo que Emily retrocediera—. Dejémonos de payasadas. Ambos estamos interesados en ese libro por la misma razón: el ridículo juego del señor Griswold.

—¿Conoce el juego?

—Claro que sí. Los detalles en sí, no. Pero lleva años farfullando sobre búsquedas de tesoros de salón, pidiéndome que le localizara este libro o el otro para tener una colección completa del género.

Barry se aclaró la garganta.

—¿Por qué no dejas que se vayan estos chavales? Podemos considerarlo una confusión. Termina de hacer lo que sea que estés haciendo con ese libro y olvidemos que todo esto ha pasado.

—¿Por qué debería perder el tiempo resolviendo el juego de Garrison cuando estoy casi seguro de que esta niña ya lo ha hecho? O al menos está muy cerca de completarlo. —Se dirigió entonces a Emily—: Por eso estás tan desesperada por recuperar el libro, ¿no? Así que trabajemos juntos. Hasta te dejaré quedarte *El escarabajo de oro* como recuerdo. Además, no te interesaría el premio. No es nada que le gustaría a un niño, no son juguetes ni caramelos.

—¿Sabe cuál es el premio? —preguntó Emily.

—¿Por qué si no iba a molestarte? ¿Quién querría hacerlo solo por diversión? —El señor Remora se estremeció—. Odio los juegos. ¿Qué dices? ¿Te importaría compartir tus secretos?

Si Emily conseguía apartar a los hombres de la puerta, podrían huir. La cocina estaba en el rincón más apartado de la habitación. Allí era donde tenían que moverse los otros para que ellos tuvieran oportunidad de escapar.

—Bueno, tiene razón. Lo tenemos prácticamente resuelto —dijo con voz temblorosa—. Pero estamos atascados en la última pista. Es un mensaje cifrado.

James se la quedó mirando fijamente con la boca abierta. Sabía que estaba mintiendo. Había resuelto la última pista. Emily agarró con más fuerza *El escarabajo de oro*.

—¿Y cuál es esa última... pista que tienes que resolver?

El señor Remora dijo «pista» con un pequeño escalofrío, como si estuviera hablando de serpientes en vez de un juego.

—¿Tiene papel y lápiz?

Ella tenía su lápiz metido en la coleta, claro, pero esperaba que el señor Remora tuviera que dirigirse a algún otro sitio para buscarle uno. Y así fue.

Justo como esperaba, el señor Remora entró en la cocina. La niña advirtió que no

había vuelto a cerrar la puerta con llave después de dejar entrar a Clyde. Con suerte eso ayudaría, siempre que pudieran provocar suficiente distracción para llegar ellos antes a la puerta. Barry y Clyde apartaron unos libros y unas revistas del sofá, y se sentaron. Clyde se mordía un padastro; Barry miraba al señor Remora. No estaban tan lejos de la puerta como Emily esperaba, pero tendría que servir.

Se volvió hacia James.

—Recuerdas el último mensaje cifrado, ¿no? Puede que necesite ayuda para acordarme de todo.

James asintió con la cabeza, despacio, intentando seguirle el juego pero sin estar seguro de qué estaba planeando.

Mientras el señor Remora rebuscaba en un cajón atiborrado, Emily miró a su hermano articulando la palabra «puerta» para que le leyera los labios. Él le hizo una seña casi imperceptible con la cabeza y se alejó ligeramente de ella para aproximarse a la puerta principal.

—¿Ha leído todos estos libros? —le preguntó Emily al señor Remora.

Había libros hasta en la encimera de la cocina y sobre la nevera. Por un lado, estaba ganando tiempo, pero por otro, era auténtica curiosidad. Aunque no tuviera que limitarse a una maleta llena, tardaría décadas en coleccionar tantos libros, por no hablar de leerlos.

—Nada de parloteo.

El señor Remora le pasó un bloc de notas y un lápiz sorteando un montón de novelas de la revolución norteamericana.

Emily empezó a escribir y luego fingió un pequeño ataque de tos.

—¿Podría tomar ese vaso de agua?

El señor Remora suspiró y le dio el vaso lleno de agua que su hermano había dejado junto al fregadero. Dio un pequeño sorbo y sonrió.

—Gracias.

El señor Remora hizo un gesto con las manos para que se diera prisa.

Escribió su plan utilizando el código secreto que compartía con James, pero se esforzó por actuar como si estuviera intentando recordar el cifrado falso que estaba evocando. James lo entendió e intervino:

—Creo que era *T-A*, no *T-X*.

Su nota decía: «Monta un lío con los libros. Corre».

No era un plan maestro, pero era lo mejor que se le había ocurrido.

Barry se echó hacia atrás en el sofá con los ojos cerrados. Clyde pasaba las hojas de una revista tan bruscamente que parecía increíble que no las arrancara. Matthew estaba un paso más cerca de la puerta.

—Creía que habías memorizado la pista —dijo el señor Remora, sonando más decepcionado que suspicaz.

—Te has olvidado esto —intervino James, que miró brevemente a Matthew para asegurarse de que estaba prestando atención.

Entonces en su lenguaje cifrado James escribió «¡Ya!». Y sucedieron muchas cosas a la vez: Emily le tiró el agua al señor Remora, mojando los libros de la revolución norteamericana en el proceso. El señor Remora gritó «¡No!» mientras James volcaba una torre tras otra de libros. Matthew saltó hacia la puerta principal y la abrió, luego se dio la vuelta para darle una patada a un montón de libros en dirección a Barry y Clyde.

—¿Qué demonios...? —balbuceó Barry, sobresaltado al despertarse de su siesta.

Inexplicablemente, Clyde empezó a arrojar revistas por la habitación como si estuviera lanzando *boomerangs*.

El apartamento del señor Remora era un aluvión de libros voladores y objetos que chocaban mientras Matthew, James y Emily salían corriendo por la puerta, esta última sujetando con fuerza *El escarabajo de oro*. El señor Remora daba vueltas de un lado a otro, sin saber adónde ir. Se agachó para que no le diera una de las revistas que tiraba Clyde y gritó:

—¡Para! ¡Para! ¡Para!

Los tres salieron disparados hacia la negra noche y cruzaron la calle sin tráfico. Las farolas iluminaban sus pies mientras corrían por la acera hacia el auditorio Fillmore. Emily se concentró en sus pisadas y en el peso de la mochila chocando contra ella, instándola a ir más rápido, más rápido, más rápido. Agarró con más fuerza *El escarabajo de oro* e intentó pensar en él como un testigo en una carrera de relevos que estaba tratando de ganar.

—¡Ladrona! —Se oyó la voz del señor Remora.

Emily no creía que fuese posible ir más rápido, pero su voz provocó que acelerara el ritmo. No tardaron en alcanzar a la muchedumbre que hacía cola para entrar al concierto. Pasaron por en medio, esquivando a la gente.

—¿Dónde hay un incendio, Crane? —gritó uno de los amigos de Matthew.

—¡Parad a esos viejos! —le contestó Matthew a voces, señalando con el pulgar por encima del hombro.

Atravesaron las puertas principales de la Fillmore y se oyeron unas voces airadas detrás de ellos. Emily se atrevió a echar un vistazo. Un grupo de personas obstruía la acera y oyó la voz nasal del señor Remora que decía:

—¡Dejadme pasar! ¡Dejadme pasar!

La cabeza de Barry asomaba por encima de la multitud, y Emily estaba segura de que los vio doblar la esquina. Un reluciente autobús negro y dorado estaba aparcado junto al bordillo, con las puertas correderas abiertas. Un hombre apoyado en el parachoques le dio una calada a un cigarrillo.

—Por aquí —gritó James, y los tres se apresuraron a subir al interior del autobús.

Por dentro era más bien una autocaravana que un autocar normal y corriente, con una mesa de cafetería con bancos a cada lado del pasillo y una minicocina. Una cortina de terciopelo ocultaba la parte trasera del autobús. Emily, James y Matthew fueron directos a las ventanas tintadas para ver si alguien los había seguido.

—¿Qué creéis que estáis haciendo, chavales?



## Capítulo 37

Era el hombre que estaba apoyado en la parte delantera del autobús. Se oyó que alguien tiraba de la cadena del váter al fondo y una voz detrás de ellos dijo:

—Eh, Mikey, solo tienes una responsabilidad: mantener a los fans fuera del autocar. ¿Tanto te cuesta?

—Lo siento, Trevor —balbuceó Mikey—. Salieron volando por la esquina. Pasó tan rápido que ni siquiera me di cuenta.

Matthew emitió un sonido parecido al del jerbo. Se había quedado pálido y estaba mirando a Trevor fijamente con la boca abierta.

—¿Trevor? Como el de... ¡Oh, Dios mío!

Emily juntó las manos sobre la boca y se olvidó completamente de que el coleccionista de libros loco iba tras ellos. Se trataba de Trevor, el batería de Flush.

—Perdón por colarnos en tu autobús —dijo James—. No somos fans ni nada de eso... —Miró a Emily y Matthew—. Bueno, al menos yo no. Quiero decir, sin ofender. Estoy seguro de que vuestra música es genial y todo eso, pero es que mi abuela es muy estricta respecto a lo que escucho y...

James se dejó caer en el banco que había a su espalda.

—Perdón —volvió a disculparse—. Ha sido una noche larga.

Dejó escapar un suspiro y echó la cabeza hacia atrás contra el cuero sintético del banco.

Trevor se mordió el labio con un *piercing* mientras los estudiaba.

—¿Estos dos hablan? —le preguntó a James.

Emily apartó las manos de la boca.

—Perdona —dijo dócilmente—. No había conocido antes a nadie famoso.

Matthew dejó escapar otro ruidito de jerbo.

—Mi hermano es vuestro fan número uno. Normalmente no es así.

Matthew farfulló:

—Five... FiveSpade. Soy FiveSpade.

Trevor levantó las cejas.

—¡Ni de coña! ¿Tú eres FiveSpade? Creía que serías mayor. No te ofendas, tío, pero el vídeo de LEGO Domination fue brutal. Estaba seguro de que al menos ibas a la universidad.

Trevor dejó su actitud cautelosa y le estrechó la mano a Matthew, tirando de él para darle una palmada en la espalda.

—¡Tío, esto sí que es un viaje! —exclamó Trevor. Fue a la cortina y llamó a los que estaban detrás—. ¡Zeke! ¡Liam! ¡Neil! Mirad quién está aquí.

Un tipo con una barba incipiente y el pelo castaño y despeinado retiró la cortina de terciopelo y salió, descalzo, con vaqueros y sin camiseta.

—¡Zeke! —exclamó Matthew.

—¿Qué pasa?

Trevor lo cogió del brazo.

—Zeke, adivina quién es este.

Zeke miró a Matthew de arriba abajo.

—¿El primo de Liam? —preguntó.

—No, tío. FiveSpade. ¿Puedes creerlo?

—¿LEGO Domination? —Zeke asintió con la cabeza—. Mola.

Emily sabía que su hermano se había quedado de piedra con todo aquello, igual que ella, porque todavía no había aprovechado la oportunidad para soltarle «te lo dije» y restregarle en las narices que los miembros de Flush de verdad sabían quién era él. Dejó caer la mochila al suelo y se sentó en el banco junto a James. El entusiasmo y la alegría de Trevor ayudaba a atenuar la tensión de tratar con el señor Remora.

James miró por la ventana.

—¿Ves algo? —le preguntó Emily.

Él negó con la cabeza.

—No han bajado por la calle. Los hemos perdido.

Se habían librado de ellos. Emily infló las mejillas y soltó el aire despacio. Ahora estaban a salvo, y encima en un autobús de gira con Flush.

Todos los miembros del grupo estaban en la parte delantera saludando a su hermano apodado FiveSpade. Neil abrió una nevera pequeña y repartió unos refrescos. Liam saltó para sentarse sobre la encimera y comenzó a jugar con un mechero Zippo, abriéndolo y dándole vueltas en la mano para cerrarlo. Trevor estaba diciendo:

—Así que ¿vives en Frisco, FiveSpade?

Matthew asintió.

—Por ahora. Pero no lo llames Frisco. Los de por aquí odian ese nombre.

Emily relajó los dedos que sujetaban *El escarabajo de oro*. Había estado agarrándolo con tanta fuerza durante tanto tiempo que la cubierta de lino le había dejado una marca en la palma de la mano.

Con cuidado, pasó los dedos por encima. Inclino el libro de un lado a otro mientras observaba cómo la luz se reflejaba en el escarabajo dorado. La última pista había sido *scarab*, pero hasta entonces no había encontrado nada extraordinario en eso.

—¿Qué ves? —susurró James.

Emily negó con la cabeza.

—Nada.

Abrió la cubierta y escudriñó el *scarab* del interior. Dibujado en tinta negra, había una versión más diminuta del escarabajo que aparecía en la portada. No había números, letras ni símbolos impresos alrededor u ocultos en su interior. Quizá estaba equivocada. Quizá la pista del *scarab* no tenía nada que ver con el libro. Emily se desanimó al pensar que había pasado por todo aquel drama para nada... ¿Y si le hubieran hecho daño a James o a su hermano? Todo por un libro que no guardaba la respuesta que ella suponía. ¿Qué habría hecho el señor Remora si no hubieran escapado?

Aquellos pensamientos daban vueltas en la cabeza de Emily mientras desconectaba, observando a Liam abrir su Zippo, encenderlo para luego volver a cerrar la tapa. La llama le recordó la historia de *El escarabajo de oro*, donde se revela un mensaje cuando se calienta un pergamino. Emily bajó la vista al escarabajo negro y volvió a mirar a Liam.

—¿Me lo prestas?

Liam parecía escandalizado.

—¡No puedes fumar!

Emily se sonrojó.

—No, solo es para un experimento.

Liam, un poco a regañadientes, le ofreció el mechero. Intentó pasar el pulgar como le había visto hacer a él para que apareciera la llama, pero no sabía usarlo.

—¿Puedes encenderlo por mí y pasarlo por esta página?

Matthew seguía conversando con los otros miembros de Flush. Se había relajado hasta ser él mismo y se puso a describir el nuevo vídeo *stop-motion* que estaba haciendo.

Liam pasó el encendedor por encima de la página blanca con el escarabajo negro.

—¿Así? —le preguntó.

—Tal vez un poco más cerca —dijo ella cuando vio que la página permanecía en blanco.

—¡Demasiado cerca! —gritó Trevor al darse cuenta de lo que Liam estaba haciendo.

Este retiró la mano sobresaltado. Los chicos del autobús estallaron en carcajadas.

—Perdona —se disculpó Liam con una sonrisa.

—No pasa nada —dijo Emily—. Probablemente haya sido una idea tonta...

—¡Mira! —James señaló la página, donde empezaban a aparecer unas líneas del color del té aguado alrededor del escarabajo negro.

—¡Tenía razón! —Emily le hizo un gesto a Liam para que volviese al libro—. ¡Pásalo otra vez! Debe de haber tinta invisible en esta página. El calor la hace visible.

El grupo formó un corro alrededor del libro para ver cómo iban apareciendo línea tras línea para revelar un mapa de San Francisco. El escarabajo marcaba un punto en el mapa etiquetado como PLAZA PORTSMOUTH, RLS.

—¡Eso es! ¡Tenemos que ir allí! —exclamó Emily.

—¿Ahora mismo? —preguntó Matthew.

—No sé, Em —dudó James.

En voz baja, la niña le suplicó a su amigo:

—Es el final del juego. Tiene que serlo. Este es el mapa del tesoro que señala el lugar. Hemos perdido de vista al señor Remora. No tiene *El escarabajo de oro*, no sabe nada de este mapa y no tiene ni idea de adónde nos dirigimos. Si lo hacemos esta noche, resolveremos el juego del señor Griswold. Mañana podemos llamar a Jack en Bayside Press y contarle también lo del señor Remora.

James tiró de Steve pensativamente, considerándolo todo.

—¿No quieres ver qué es el tesoro del señor Griswold?

Al final asintió con la cabeza y Emily se levantó del banco.

—Nos vamos ya —dijo.

—¿Esta noche? —preguntó Matthew.

Tenía cara de sufrimiento, como si estuviera diciéndole que no podía tener un cachorro.

—No tienes que venir —dijo Emily—. Sé que tienes tu entrada.

Matthew se mordió el labio, con la vista clavada en el mapa, y al final sacudió la cabeza.

—Tíos, conoceros ha sido lo más guay que podía imaginar —les dijo a los miembros de Flush. Se volvió hacia Emily—. No os voy a dejar a vosotros dos ir solos. Habrá más conciertos. Estoy en vuestro grupo de búsqueda os guste o no.

Trevor le dio una palmada a Matthew en la espalda.

—Eres un buen hermano, hermano. Vamos a bastidores en un minuto, así que podéis tomar prestado a Mikey para que os lleve hasta allí, pero tendréis que volver a casa por vuestra cuenta. Y no te preocupes, FiveSpade —añadió Trevor—, nos pondremos en contacto contigo.



## Capítulo 38

Emily, James y Matthew se hallaban en la oscura y desierta plaza Portsmouth. La única luz procedía del tenue resplandor anaranjado de las farolas y las ventanas altas de los edificios de alrededor. Una niebla había descendido a esa parte de la ciudad. Envolvía los árboles y se arrastraba entre los barrotes de los columpios.

—¿Sabes algo de este sitio? —le preguntó Emily a James.

—Lo llaman el corazón del barrio chino. Mucha gente mayor pasa el día en esta plaza. Mi tío viene a jugar a las cartas. —Señaló el toldo al estilo pagoda que protegía las mesas de pícnic. En uno de los bancos había un bulto acurrucado en un saco de dormir cuya silueta oscura destacaba contra el fondo de niebla blanca—. Supongo que también es un lugar de interés para los sin techo.

No se acercarían a esa zona si podían evitarlo.

—¿Y qué estás buscando? —preguntó Matthew.

Llevaba su nueva sudadera enorme de Flush con un gorro, y sostenía un póster enrollado firmado por todos los miembros del grupo. También le habían prometido entradas VIP para cualquier futuro concierto de su elección.

En el límite del parque, la silueta de un barco en miniatura apareció entre la niebla.

—¿Eso es un barco pirata? —preguntó Emily.

Sus pies chapotearon en el césped húmedo mientras se dirigía hacia la escultura con la idea de un cofre del tesoro en la cabeza. Estaba demasiado oscuro para leer la inscripción en la piedra. Emily pasó los dedos por el grabado.

—Toma.

Matthew sacó rápidamente el móvil para iluminar las palabras con la pantalla.

Emily las leyó en voz alta:

—«En recuerdo de Robert Louis Stevenson...».

Dio un grito ahogado y se agarró al brazo de Matthew.

—¡Cuidado con el póster! —exclamó su hermano, quitándosela de encima.

—¡En el mapa ponía RLS! ¡Robert Louis Stevenson! Escribió *La isla del tesoro*. Tiene que ser esto. Lo que sea que tengamos que encontrar debe de estar por aquí cerca.

Matthew continuó leyendo la inscripción en voz alta mientras Emily rodeaba el monumento para examinarlo más detenidamente. James inspeccionó los bancos más cercanos.

—«En recuerdo de Robert Louis Stevenson: Por su sinceridad, amabilidad, por ganar un poco, por gastar un poco menos, por hacer a toda la familia más feliz con su presencia, por renunciar cuando era necesario y no amargarse, por mantener a unos cuantos amigos, pero sin capitulación». ¿Qué significa «capitulación»? —reflexionó Matthew en voz alta.

—Creo que se refiere a ser un buen amigo sin esperar nada a cambio —dijo James mientras le daba a un palo debajo de una papelería.

Emily gateaba al pie de un árbol, con las rodillas heladas y empapadas, y sintió una punzada de culpa al recordar su pelea.

Matthew terminó de leer la inscripción.

—«Sobre todo en las mismas duras condiciones para mantener a los amigos cerca. Es tarea de todos que un hombre tenga fortaleza y delicadeza». —Matthew apagó la luz del móvil—. Vaya, parece que este tío era serio.

La rodilla de Emily chocó contra un objeto duro y la niña dio un grito. Pasó los dedos por el césped y con las yemas rozó algo frío y liso. Pensó que se trataba de un guijarro, pero no se movía.

—Matthew, trae esa luz aquí.

—Estoy quedándome sin batería.

Pero de todas maneras fue donde estaba Emily.

La piedra tenía forma de escarabajo y era lo suficientemente plana para quedar escondida en la hierba pero lo bastante abultada para notarla si la pisabas.

—Es como en el relato —dijo Emily—. En *El escarabajo de oro*, un escarabajo señala el lugar donde está escondido el tesoro.

Aquello debía de ser lo que quería el señor Griswold que encontraran. Llevaba esperando ese momento desde que descubrieron el primer libro del señor Griswold. Creía que se pondría a saltar de la emoción, pero en vez de eso sintió inquietud. Algo parecido a cuando pisas una superficie resbaladiza y te das cuenta de que vas a caerte un segundo antes de patinar.

James intentó levantar el escarabajo pero no pudo.

—¿Alguien quiere ayudarme?

Matthew sostuvo el teléfono en lo alto para iluminar el suelo, sin dejar de agarrar

su póster con la otra mano en actitud protectora. Emily y James arrancaron un trozo de césped y cavaron por debajo del escarabajo hasta que pudieron cogerlo como un pomo. Estaba pegado a un palo hundido en el suelo. Lo movieron a un lado y a otro para soltarlo de la tierra hasta que pudieron sacarlo. El final del palo se fue ensanchando hasta convertirse en una pequeña pala.

—¡Tenemos que cavar! —exclamó James—. Se supone que tenemos que cavar.

Utilizaron la pala y las manos para sacar la tierra. No tuvieron que cavar mucho antes de tocar algo sólido y pronto apareció una caja metálica. Sacaron la caja del hoyo. Emily levantó la tapa y reveló un montón de papeles amarillentos en una bolsa transparente sellada. Pegada a la parte delantera de la bolsa había una carta escrita a mano:

*¡Saludos, buscador!*

*¡Enhorabuena! Has completado con éxito mi desafío literario y has demostrado ser un experto en adivinanzas, acertijos, y en orientarte por San Francisco y su rica historia literaria. Estarás preguntándote qué tienes ahora en las manos. Permíteme contarte una historia:*

*En 1841, mi tataratatarabuelo Rufus Griswold conoció al señor Edgar Allan Poe. Rufus Griswold era un editor, poeta y crítico consumado. En aquella época se podría haber discutido que incluso fuera más consumado que Poe. Como tenían aspiraciones e intereses similares, se podría suponer que mi tataratatarabuelo y Poe serían amigos íntimos. Por desgracia, no fue así. Su relación era profesionalmente tolerante en el mejor de los casos y una amarga rivalidad en el peor.*

*A pesar de esto, cuando Poe falleció de forma repentina en 1849, Rufus Griswold fue nombrado albacea literario de su patrimonio, para sorpresa de muchos. Algunos afirman que lo obtuvo por medios dudosos y que Poe no lo designó a él personalmente, pero sigue siendo un hecho que fue a Rufus Griswold al que dieron acceso a la obra de Poe y quien publicó una antología póstuma de sus escritos.*

*Hace varios años, estaba repasando las reliquias de mi familia cuando me topé con un manuscrito que se suponía que era una novela escrita por mi tataratatarabuelo. Cuando empecé a leerla, el estilo me recordó al de alguien cuya obra me es bastante familiar. Mantuve en secreto aquella corazonada, pero hice que un experto autentificara el*

*manuscrito. Me emociona contarte que el tesoro que sostienes en las manos es una obra desconocida de Edgar Allan Poe.*

*Bayside Press publicará esta novela, y esta carta certifica que tú, querido buscador, serás premiado con el diez por ciento de los derechos de autor que generen las ventas del libro, con la condición de que aceptes devolverme el manuscrito para que se preserve adecuadamente y se exponga en la colección de una biblioteca pública.*

*Concebí esta búsqueda del tesoro con la esperanza de que quienquiera que llegase a este punto apreciara mi regalo como el tesoro que en realidad es y lo tratara como tal.*

*Vuestro en las páginas y el juego,  
Garrison Griswold.*

Se quedaron mirando la carta en silencio hasta que se apagó la luz del teléfono de Matthew.

—Se ha quedado sin batería —dijo.

Emily sacó de la caja metálica los papeles en la bolsa y se puso de pie. Sabía que estaba sosteniendo un tesoro literario único y debería sentir algo parecido al asombro o la admiración, pero lo único que sentía era decepción. Se alegraba de que el teléfono se hubiera apagado para que James y su hermano no le vieran la cara. Después de todo por lo que habían pasado para llegar hasta allí, ¿por qué no estaba más contenta de haber llegado al final del juego del señor Griswold?

—¿Crees que vale mucho dinero? —preguntó James.

—No tengo ni idea —respondió Emily en voz baja.

—Yo sí —contestó una voz detrás de ellos.



## Capítulo 39

La niebla envolvía a las tres figuras que estaban bajo el resplandor de una farola.

—Dame eso —dijo el señor Remora extendiendo la mano.

Barry y Clyde estaban detrás de él.

Matthew gruñó.

—¿Vosotros otra vez?

Emily abrazó la bolsa del manuscrito.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —preguntó James.

—No creeríais que ibais a engañarme, ¿no? ¿Escondidos en ese autobús de gira? Sabía que estaríais cerca del final del juego de Griswold o no os habríais presentado en mi casa tan desesperados por echarle la mano encima a *El escarabajo de oro*. Era solo cuestión de tiempo que me llevarais hasta el manuscrito.

Flexionó la mano extendida en un gesto que decía «dámelo».

—Y ¿cómo se enteró de esto? —preguntó Emily. Echó un vistazo al parque en busca de una vía de escape. Una reja de hierro rodeaba toda la zona. Había una abertura a la calle no muy lejos, pero la pregunta era si podrían huir del señor Remora y sus matones por segunda vez aquella noche—. La carta del señor Griswold dice que nadie sabía de su existencia.

—¿Quién crees que autentificó el manuscrito? —replicó el señor Remora. Metió las dos manos hacia el fondo de los bolsillos para protegerse del frío de la niebla nocturna—. Llevo mucho tiempo trabajando para ese hombre. Deduje su conexión con Rufus Griswold durante el primer año de colaboración. Y no fue él quien encontró el manuscrito de Poe. Fui yo. Pero no me nombra en esa bonita carta suya, ¿verdad? Por supuesto que no. Deberíamos haber sido socios. Haberlo dividido al

cincuenta por ciento. Nunca habría sabido lo que tenía delante de las narices si no hubiera sido por mí.

El señor Remora caminaba de un lado a otro delante de Barry y Clyde, ahora con las manos fuera de los bolsillos, gesticulando en todas direcciones mientras hablaba.

—Entonces Garrison planeó este juego absurdo sin consultarme. ¿Sabes qué dijo cuando le llamé la atención? —El señor Remora le clavó un dedo a Matthew como si esperase que respondiera. Matthew negó con la cabeza y retrocedió—. Dijo: «Oh, claro que serás mi socio, Leon. Lo único que tienes que hacer es jugar ¡y ganar!». Y se rio.

Emily frunció el entrecejo. El señor Griswold no habría sido tan malo.

—Cuando me dio a conocer su estúpido plan de dar el manuscrito de premio, como si fuera un jamón cocido con miel o un trofeo de plástico, me horrorizó. ¡Esta obra se merece estar en un museo! No enterrada en el suelo como un hueso, al alcance de cualquier perro que pueda sacarla escarbando.

—El señor Griswold está de acuerdo con usted, eso dice en su carta —insistió Emily.

—¡Ja! —vociferó el señor Remora—. Si estuviera de acuerdo conmigo entonces no estaría ahora en tus manos grasientas. ¡Probablemente lo estés llenando todo de crema de cacahuete!

—¡Está envuelto en plástico! —exclamó Matthew.

—Y tengo las manos limpias —añadió Emily, nerviosa.

—¡Lo recortarás para hacer muñecas de papel!

El señor Remora agitó los brazos mientras sus escasos mechones de pelo se movían de forma irregular.

—Oye, tío Leon... —fue a decir Barry.

El señor Remora lo señaló con el dedo.

—Tú no digas ni una palabra. He confiado en ti demasiado. Esta niña ha demostrado tener más recursos que tú, Barry. Eres un inútil. Pierdes dinero que no es tuyo en carreras de caballos. Te saco de apuros con los corredores de apuestas todo el tiempo y luego, cuando te pido que te encargues de una simple cosa, también la fastidias.

Su estridente voz sonó en la noche.

Emily apartó los ojos del señor Remora para mirar el paquete envuelto en niebla, con la esperanza de ver que alguien se acercaba para comprobar qué era aquel ruido. Barry se movió de un lado a otro sin dejar de mirar al señor Remora. Clyde bostezó.

—¡Garrison Griswold era un fraude! Pregonaba un profundo amor y respeto por la literatura, pero ¿sabías que una vez utilizó una primera edición de Dashiell Hammett como posavasos? ¡Como posavasos!

Emily retrocedió un paso, tropezó con la caja metálica y cayó en el agujero que habían cavado. Cayó de culo, con el manuscrito pegado al estómago. Aquel movimiento repentino alarmó al señor Remora, que gritó:

—¡No te muevas!

Lo siguiente que Emily supo fue que Clyde sacó una pistola del bolsillo y les apuntó.

—Tío —exclamó Matthew.

—¡Creía que la habías tirado! —le gritó Barry.

—Te lo dije para que te callaras —respondió Clyde con desprecio—. ¿Acaso crees que quiero que esto salga a la luz y me relacionen con el disparo de Griswold?

Desde donde estaba sentada en el suelo, Emily preguntó:

—¿Tú le disparaste al señor Griswold?

Durante todo aquel tiempo no había puesto en duda que había sido un asalto fortuito en la parada del BART. Pensó en todas las veces que había actualizado el foro de los Buscadores de Libros para tener noticias sobre qué tal estaba el señor Griswold, en lo preocupada que había estado por si no llegaba a recuperarse. Y ella no era la única a la que había afectado un acto violento e irreflexivo. Prueba de ello eran los montones de flores, libros y animales de peluche que habían dejado para rendirle homenaje por toda la ciudad. La presencia del arma de Clyde debería haberla aterrorizado, pero la oleada de pena creció por el actual estado incierto del señor Griswold, seguida de un *tsunami* de enfado.

—¿Le disparaste por un libro? ¿Cómo pudiste hacer algo así? ¡Él no ha hecho sino cosas positivas! Podría morir, y ¿por qué? ¿Cómo pudiste ser tan malo y superficial?

La furia que aumentaba en Emily la levantó del suelo y la impulsó hacia delante. A cada paso y a cada palabra suya los tres hombres se iban apretujando entre sí, aunque Clyde no bajaba la pistola.

—¡No tenía que ser así! —Emily gritó aquellas palabras al cielo nocturno, pero no sirvió de nada. El juego del señor Griswold había terminado. Él seguía en estado crítico. No importaba si el premio era un valioso manuscrito, un millón de dólares o una morsa de peluche. El señor Griswold podía morir, y los Buscadores de Libros podrían desaparecer con él. Nada cambiaría eso. James y Matthew estaban detrás de ella, y Matthew le puso una mano en el hombro. Emily dirigió una mirada de furia a los tres hombres—. Sois patéticos.

—Fue él quien le disparó, no yo. —El señor Remora señaló a Clyde—. Pero tenía que hacerse. Desde luego no puedo ir anunciando el descubrimiento de ese manuscrito de Poe si Griswold sigue por aquí. Y ahora que nadie sabe de su existencia, podría ser un descubrimiento mío. Bueno... —El señor Remora se pasó la mano por el pelo y de repente pareció incómodo—. No lo sabe nadie menos vosotros tres.

Entre la oscuridad, detrás de Clyde, se oyó una voz bramando:

—Que sean cuatro.

Sonó un golpe fuerte y Clyde cayó de rodillas. La pistola salió volando de su mano y patinó por la hierba. El señor Remora se agachó y se protegió la cabeza,

luego echó un vistazo a su alrededor.

—¡Allí!

Matthew señaló la pistola con su póster de Flush y James corrió para cogerla. Por desgracia, Barry también salió disparado y llegó antes a la pistola.

El que había atacado a Clyde apareció bajo la luz de una farola y se agachó junto a Clyde para asegurarse de que estaba inconsciente. Aquellas rastas se reconocerían en cualquier parte.

—¿Hollister? —preguntó Emily.

—Chicos, esperaba veros aquí, pero no en estas circunstancias —dijo el librero.

Emily no tuvo tiempo de darle vueltas a todas las preguntas que la presencia de Hollister planteaba. Barry movió la pistola de un lado a otro.

—No te quedes ahí parado, idiota. Haz algo —dijo el señor Remora entre dientes.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? —gritó Barry.

—Se supone que tienes que conseguirme el manuscrito sea como sea —dijo el señor Remora, que apuntó con un dedo en dirección a Emily, puntualizando cada palabra—. Consígueme. Ese. Manuscrito.

Hollister permaneció agachado junto al cuerpo inconsciente de Clyde. Usó una mano para mantener juntas las muñecas relajadas de Clyde mientras que metía la otra mano en su propio bolsillo.

—Leon, tranquilízate —dijo mientras lo hacía.

—¡Tú no te metas en esto! —El señor Remora ni siquiera miró hacia Hollister—. Dame la pistola, Barry.

—No son más que unos niños —protestó este.

—No dejes que te hable así —lo instigó Matthew.

Barry movió la pistola hacia él y Emily apretó incluso con más fuerza el manuscrito contra su pecho.

—Está utilizándote, tío —insistió Matthew—. No le importas un pimiento. Lo único que lo preocupa es conseguir ese estúpido manuscrito antiguo.

—Eso es lo único que os importa a todos.

Barry volvió a apuntar al señor Remora.

—Barry —dijo el señor Remora sin alzar la voz, calmado—. Eso no es verdad. Eres de mi propia sangre. Dame la pistola y te pagaré el doble.

—¿Cuánto te paga? —le preguntó James.

—Quinientos dólares —murmuró Barry.

—¿Solo? —exclamó Matthew—. Sabes que va a forrarse con ese viejo montón de papeles mohosos que está sosteniendo mi hermana, ¿no? No se habría molestado tanto si fuera a ganar únicamente un par de miles de dólares.

—No lo escuches —clamó el señor Remora—. No es más que un crío.

Pero las palabras de Matthew habían calado en Barry.

—No te importo —decidió este—. ¡Lo único que te importa son los libros!

Débilmente, a lo lejos, se oyeron unas sirenas.

—He llamado a la policía. —Hollister sacó la mano del bolsillo para mostrar un móvil encendido—. Llegarán en cualquier momento.

—Bien —masculló Barry, sin dejar de apuntar con la pistola al señor Remora—. Estoy harto de este trabajo.



## Capítulo 40

Emily, James y Matthew se sentaron bajo el toldo en forma de pagoda acompañados por Hollister. Habían informado de lo sucedido a la policía, que ahora terminaba de ocuparse de Barry, Clyde y el señor Remora.

En aquel instante, el señor Remora estaba arrodillado en el césped y gritaba:

—¡No me quedó más remedio! Griswold no respeta los tesoros literarios. ¡Era un salvaje! ¡Enterró ese manuscrito en el suelo! ¡Seguramente ni siquiera esté en un envase a prueba de ácidos!

Mientras esperaban que un agente los acompañara a casa, Emily por fin tuvo la oportunidad de preguntarle a Hollister por qué estaba allí.

Este se encorvó en el banco y las rastas le cayeron sobre un hombro.

—No me desperté hasta que oí los gritos... —Era el del saco de dormir que habían visto al llegar a la plaza Portsmouth. Parecía más alterado por todo lo que había pasado que Emily, James y Matthew—. Siento mucho no haber llegado antes. Las cosas podrían haber resultado mucho peor de como salieron.

—No pasa nada, Hollister. —James le dio unas palmaditas en la espalda—. Ahora estamos bien.

—¿Siempre duermes aquí? —le preguntó Emily.

—Con bastante frecuencia. En realidad, desde que trajisteis aquel libro a mi tienda.

—¿*El escarabajo de oro*? —preguntó Emily con sorpresa—. ¿Sabías lo del juego? ¿Sabías que terminaba aquí?

—Sí y no —respondió Hollister—. Verás, como te he dicho antes, Gary y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Hace unas décadas, hubo una búsqueda del

tesoro que giraba en torno a un libro titulado *Masquerade*. Se convirtió en todo un fenómeno e inspiró a Gary. Eso fue hace unos cuarenta años, pero a pesar de que ocurriera hace tanto tiempo, fue entonces cuando planeó empezar su juego con *El escarabajo de oro* y acabarlo justo aquí, con un guiño a Robert Louis Stevenson. Esas eran las partes de su plan que yo conocía. Así que cuando vi vuestro ejemplar de *El escarabajo de oro*, reconocí el trabajo de Gary. Me imaginé que había decidido que había llegado el momento de poner en marcha el juego. No sabía nada del manuscrito y por lo visto él tampoco lo sabía hasta hace poco. Pero no me sorprende. Era consciente de que quería hacer algo grande, algo de lo que la gente hablaría. Decidí echarle un ojo al sitio. Sinceramente, he estado intentando averiguar dónde escondió el tesoro para que no cayera en malas manos.

Hollister señaló con la cabeza hacia el señor Remora, Barry y Clyde para indicar el tipo de malas manos al que se refería.

—Tengo que pedir os disculpas, chicos —dijo a continuación—. Creía que sería un juego inofensivo. No me di cuenta de que el señor Remora o alguna otra persona estuviera involucrada. No es que no esperara una cosa así de Leon; es un tipo quisquilloso, pero nunca me habría imaginado que fuera un ser tan despreciable. No me habría quedado de brazos cruzados viendo cómo jugabais si hubiese creído que os estabais metiendo en problemas. Pero a Gary le encantaría saber que fuisteis vosotros los que resolvisteis el juego. Os disteis cuenta de lo que iba. Comprendisteis el espíritu del juego y os apasionan verdaderamente los libros. Así es Gary.



A la mañana siguiente antes del colegio, Emily entró en la cocina para enfrentarse a sus padres por primera vez desde que vio sus caras pálidas y estupefactas cuando los agentes de policía llamaron a la puerta acompañados por ella y Matthew. Se sentía fatal por haberse marchado tan furiosa. Sabía que sus padres debían de haber pensado que había reaccionado exageradamente ante la noticia. Ya sabía lo que iban a decir al respecto: «Todavía nos queda mucho tiempo en San Francisco». Pero a pesar del tiempo que les quedara, nunca sería suficiente. Seis meses, nueve meses, un año... Nunca parecía suficiente cuando sabías que estarías despidiéndote pronto. Y ¿cómo va a apetecerte decir «hola» cuando ya estás preparando el adiós?

Su madre y su padre estaban sentados a la mesa de la cocina con los álbumes familiares abiertos delante de ellos. Estaban mirando un despliegue de fotos de un día que pasaron en Estes Park, en Colorado.

—¿Te acuerdas de esto, Em? —le preguntó su padre.

Un grupo de alces había bajado por la carretera de la montaña hasta la calle principal del pueblo, entrando en las tiendas como si estuvieran comprando *souvenirs*.

—Cuántos buenos recuerdos —comentó su madre.

—Solo en Colorado —dijo el padre.

Emily sabía adónde iba aquella conversación: Todas las experiencias y aventuras que habían vivido en los diferentes estados y lo afortunada que era. Que los demás niños memorizaban las capitales de los estados de un mapa mientras que ella las visitaba en persona, que había paseado por el monte Rushmore en vez de solo leer acerca de él, o que había recitado el Discurso de Gettysburg en Cemetery Hill, donde el presidente Lincoln pronunció ese mismo discurso en persona.

Su padre se aclaró la garganta.

—Anoche no terminamos la conversación.

—Ya he pedido disculpas —dijo Emily.

Su madre pasó otra página del álbum.

—Bueno, nosotros también sentimos que te debemos una disculpa.

—¿Ah, sí?

—Tanto tu madre como yo sabemos que el estilo de vida que hemos creado para nuestra familia es inusual. Eso fue en parte lo que nos atrajo de él. Y creemos que tú y tu hermano estáis recibiendo un tipo de educación que no puede adquirirse ni encontrarse al asistir al mismo colegio año tras año.

—Lo sé —asintió Emily, que aún no había oído la disculpa de sus padres.

—Nos hemos dado cuenta de que hemos sido un poco egoístas —continuó su madre—, y Matthew y tú os estáis haciendo mayores. Estáis desarrollando vuestros propios sueños y aspiraciones y puede que no coincidan con los nuestros. Anoche nos dimos cuenta de que queremos que toda la familia esté de acuerdo con nuestro próximo destino. Sabes que nos encantan este tipo de sorpresas, pero nunca se nos ocurrió que podía causaros estrés el hecho de no saber cuándo ni adónde nos mudaríamos. Así que nos quedaremos en San Francisco indefinidamente y tomaremos la decisión de seguir el viaje todos juntos cuando estemos preparados, ya sea dentro de un año a partir de ahora o dentro de cinco.

—¿De verdad? Pero ¿y qué pasa con vuestro libro?

—¿Qué pasa? —preguntó su madre.

—Vuestro libro va de nosotros viviendo en los cincuenta estados. Todavía nos queda mucho antes de conseguirlo. Si paramos ahora, no podréis seguir escribiéndolo.

—Nuestro libro va de la búsqueda de vivir en cincuenta estados. Tenemos mucho material con el que trabajar.

—¿Significa eso entonces que no vamos a volver a mudarnos?

Su padre se levantó de la mesa y le pasó un brazo por los hombros.

—Lo dejaremos abierto a un debate familiar, pero por ahora San Francisco será nuestro hogar siempre que Matthew y tú queráis que lo sea. En cuanto vayáis a la universidad, tu madre y yo podremos volver a nuestra vida nómada.

Emily rodeó con un brazo la cintura de su padre y con el otro la de su madre, que

continuaba sentada a la mesa, y los juntó en un abrazo de grupo.

—¡Chicos, sois los mejores!



## Capítulo 41

Una semana más tarde, Emily y James regresaban al edificio de Bayside Press, en esta ocasión acompañados de Matthew, para reunirse con el ayudante del señor Griswold, Jack, y hablar sobre el premio que habían ganado en la búsqueda del tesoro. El manuscrito de Poe lo habían entregado a la policía en la plaza Portsmouth, y Emily no tenía ni idea de qué esperar de aquel encuentro. Sabía que debía estar entusiasmada —su ilusión era participar en un juego del señor Griswold, por no mencionar ganarlo—, pero se sentía desanimada por el altercado con el señor Remora. Las puertas del ascensor se abrieron al vestíbulo color vino y plateado.

—¿Han vomitado aquí algodón de azúcar o qué? —exclamó Matthew.

Jack se apoyó en un codo sobre el escritorio de la recepcionista mientras los esperaba. Igual que la primera vez que se habían encontrado con él, llevaba puesto un jersey a rombos sin mangas. Recibió a Emily y a James con abrazos y le estrechó la mano a Matthew.

—Seguidme —dijo, guiándolos por el pasillo—. Está impaciente por hablar con vosotros.

—¿Quién? —preguntó Emily.

Jack se detuvo delante de unas puertas dobles. Acababan de darse cuenta de quién era el despacho cuando Jack abrió las puertas y apareció el mismísimo señor Griswold. Estaba sentado en una silla de ruedas con los colores de Bayside Press y contemplaba el medallón dorado de la liebre que seguía expuesto alrededor del busto de Poe. ¿Estaba Emily alucinando?

—¡No puede ser! —exclamó James.

—¡El viejo de los libros! —gritó Matthew.

Emily le pegó un tortazo a su hermano y luego jugueteó con el lápiz de su coleta. Notaba las palmas de las manos sudorosas y se las secó en los vaqueros.

El señor Griswold se acercó con la silla de ruedas y, al sonreír, su espeso bigote se levantó por los bordes. Tenía el mismo aspecto que en la foto del artículo del periódico, pero menos gris.

—Vosotros debéis de ser Emily, James y Matthew. ¡Un placer conoceros a los tres! Emily, según tengo entendido, llevas años siendo una usuaria fiel de los Buscadores de Libros.

—No está en coma —soltó la niña como si hablara para sí, y después se dio un mamporro a sí misma mentalmente.

Llevaba desde siempre fantaseando con aquel instante y ¿así era cómo saludaba a su ídolo?

El señor Griswold se rio.

—Entrad, entrad. —Retrocedió con la silla de ruedas y señaló hacia el sofá colocado entre dos estanterías—. Tenemos mucho que contarnos, ¿no?

Mientras Emily, James y Matthew tomaban asiento, Jack se sentó en el brazo del sofá y comenzó las explicaciones.

—La policía sospechaba desde el principio que el ataque en la parada del BART había sido premeditado —dijo—. En gran parte porque no robaron los efectos personales del señor Griswold.

—Excepto uno muy importante —añadió el editor guiñando un ojo.

Mientras él había estado en coma, se violó la seguridad del hospital y se temió que su vida estuviera aún en peligro, así que lo trasladaron en secreto. El personal del hospital advirtió su desaparición y se difundió el rumor de que había muerto, pero su equipo decidió no decir nada hasta que se estabilizase su salud. Al oír esto, Emily se dio cuenta de que el usuario CapitánCubrepañalón de los Buscadores de Libros, el que afirmaba trabajar en el hospital donde estaba ingresado el señor Griswold, no se había inventado el rumor que había hecho correr.

—Recuerdo encontrarme a aquellos dos hombres en la parada del BART, y lo siguiente fue que me desperté un mes más tarde en un lugar extraño con un terrible dolor de cabeza, sin saber cómo había llegado hasta allí ni cuánto tiempo había transcurrido. Jack me puso al corriente de todo lo sucedido. ¡Y vaya si habían pasado cosas!

Los ojos del señor Griswold se estrecharon con amabilidad cuando posó la mirada en Emily.

—Aclararé mi... eeh... vitalidad esta tarde, pero después de todo lo que habéis pasado, antes quería daros yo directamente la noticia.

Emily estaba boquiabierta. No sabía si había cerrado la boca ni una sola vez, ni siquiera si había respirado durante todo el rato que Jack y el señor Griswold llevaban hablando. Una mezcla de alivio y admiración se arremolinaba en su interior mientras procesaba que el señor Griswold estaba sentado justo delante de ella. Todo parecía un

sueño.

—Espero que hayáis disfrutado con mi búsqueda del tesoro literario, a pesar de las excentricidades del señor Remora —dijo.

—Sí —respondió Emily con una voz que casi era un susurro.

Tragó saliva y repitió la afirmación más alto.

El señor Griswold juntó las manos en su regazo y estudió el busto de Poe mientras hablaba.

—Desde que me enteré de mi vínculo familiar con Rufus Griswold y el papel que desempeñó en la vida de Poe, he sentido remordimientos por cómo mi antepasado trató a Poe tras su muerte. Veréis, Rufus se aprovechó de su posición como albacea literario de Poe, modificó algunas de sus cartas y escritos y los recogió en una biografía póstuma en un intento de pintarlo de forma muy negativa.

—¿Por qué haría tal cosa? —preguntó James.

El señor Griswold negó con la cabeza.

—No estoy seguro de que nadie lo sepa. Las mentiras e invenciones de Rufus no se revelaron totalmente hasta mucho después de su muerte, así que nunca tuvo que explicarse. Poe y él tenían una relación tormentosa, sin lugar a dudas. Hacia el final de la vida de Poe, hubo una mujer de la que ambos eran amigos, y algunos especulan que se trataba de un triángulo amoroso. —El señor Griswold volvió a negar con la cabeza—. Desconozco el motivo, pero ir por ahí difundiendo mentiras sobre alguien después de que haya fallecido, bueno, solo se me ocurre que mi tataratarabuelo debía de ser un hombre triste y amargado.

El señor Griswold arrastró el dedo por los dijes que colgaban del medallón de la liebre dorada.

—Cuando descubrí el manuscrito de Poe, se me ocurrió una idea. Desde hacía mucho tiempo era admirador del relato corto de Poe *El escarabajo de oro*, y creí que sería divertido emular una búsqueda del tesoro. En cuanto encontré el manuscrito me di cuenta de que no solo tenía el premio perfecto, sino que podía compensar al fantasma de Poe al mismo tiempo.

Algo que había estado preocupando a Emily la última semana desapareció mientras escuchaba hablar al señor Griswold.

—¿Qué hay de... qué hay del señor Remora?

El señor Griswold suspiró con tristeza.

—Sí, el señor Remora. Lo siento mucho por Leon. No tenía ni idea de que fuera capaz de... tal atrocidad. —Hizo una mueca y el bigote se curvó hacia las profundas arrugas de su rostro—. Es un gran conocedor de los libros y la historia literaria. Siempre me olvido de que no todos los bibliófilos son buena gente.

Emily inclinó la cabeza, sorprendida al oír eso. Hollister había dicho casi lo mismo hacía un par de semanas.

El señor Griswold continuó:

—Me siento como si debiera haber percibido o visto señales, pero cuando tengo

un juego en marcha, me puedo...

—¿Obsesionar? —sugirió Jack.

El señor Griswold sonrió.

—Iba a decir hiperconcentrar. Estoy tan decidido a orquestar mis planes y mantenerlos en secreto que supongo que tiendo a dejar de observar lo que está sucediendo en realidad a mi alrededor.

—Como cuando te pierdes en una buena *jam session* —apuntó Matthew.

—Exacto.

El señor Griswold enfatizó la palabra con un golpeteo con el dedo contra el brazo de la silla de ruedas.

Emily todavía no estaba satisfecha del todo.

—El señor Remora dijo que fue él quien encontró el manuscrito de Poe. Dijo que se merecía ser su socio, repartirlo al cincuenta por ciento.

El señor Griswold se burló.

—Técnicamente fue él quien encontró el manuscrito. Supongo que esa parte es cierta. Lo contraté para revisar y archivar los papeles y las reliquias de mi familia, además de ayudarme con mi colección de libros. Yo no esperaba descubrir un manuscrito de Poe, desde luego, pero sabía que había algunos artículos potencialmente valiosos o históricamente interesantes. Hasta le hice firmar al señor Remora un acuerdo de confidencialidad donde aseguraba que no divulgaría ninguna información de la que se enterara o reclamara la propiedad de cualquier cosa en mi posesión.

»Por no mencionar que lo compensé por su trabajo. Lo compensé muy bien, de hecho. Pero no creo que fuera el dinero lo que le importaba en última instancia. Creo que era la gloria de descubrir un Poe perdido. Y tú y yo entenderíamos un poco eso, ¿verdad, Emily? La emoción y la satisfacción de la búsqueda del tesoro. De eso trata los Buscadores de Libros.

—En parte —respondió la niña—. También es una comunidad de amantes de los libros. De compartir literatura y aventuras con amigos.

Miró a James y sintió un ataque de timidez, pero él estaba sonriendo.

Matthew le dio un codazo.

—Y con los hermanos.

—Creo que el señor Remora sabía que si yo estaba involucrado —continuó el señor Griswold—, él solo sería una nota a pie de página en la historia. Sin mí, podía disponer de un escenario distinto en el que él «descubriría» la obra, para asegurarse de ese modo que toda la atención se centrara en él.

Emily se había convencido a sí misma de que las afirmaciones del señor Remora sobre el señor Griswold no eran ciertas, pero no fue hasta entonces, al oír al editor dar su versión en persona, que el peso de aquellas palabras negativas se evaporó de verdad.

—Hay algo que sigo sin comprender —dijo James—. Si estuvo realmente

inconsciente todo este tiempo, entonces ¿quién era Cuervo? ¿Era Jack?

Jack se señaló.

—¿Yo? ¡Ni siquiera he oído hablar jamás de Cuervo!

El señor Griswold se rio.

—Cuervo está aquí mismo. —Se acercó con la silla de ruedas a una estantería que, una vez abierta, reveló una pequeña habitación llena de equipo informático.

—Este es Cuervo. Mi asistente virtual. Es un programa informático diseñado para ayudar a los jugadores en la búsqueda del tesoro.

—¡Lo sabía! —James alzó un puño triunfante—. Sabía que tenía algo raro. Pero ¿por qué activó a Cuervo si no tenía planeado poner en marcha el juego ahora mismo?

—La respuesta es sencilla: quería tacharlo de mis tareas pendientes. Parece una tontería, ¿no? —El señor Griswold se colocó bien las gafas—. Cuervo estaba programado para contestar las preguntas de los usuarios solo si utilizaban la frase que lo hacía funcionar: «El escarabajo de oro». Una vez habías establecido ese contacto inicial con Cuervo, podía responder a otras preguntas con o sin las primeras palabras clave. Y por eso, y porque nadie había escrito nunca sobre *El escarabajo de oro* en los Buscadores de Libros, activé a Cuervo. No preví que existiera la posibilidad de que alguien pusiera en funcionamiento a Cuervo porque no tenía planeado esconder ningún ejemplar de *El escarabajo de oro* hasta justo antes de que el juego comenzara.

—Entonces ¿todo lo que nos dijo Cuervo estaba preprogramado?

—Sí —afirmó el señor Griswold—. Estaba configurado para dar pistas específicas o fragmentos de información si alguien utilizaba las palabras correctas.

—Por eso siempre decía lo mismo una y otra vez cuando escribíamos «El escarabajo de oro» —reflexionó James.

—¿Y por qué no respondía siempre? —preguntó Emily, pensando en las veces que había visto la luz verde que indicaba que Cuervo estaba conectado pero no recibía contestación a sus mensajes.

—Programé a Cuervo para responder a ocho consultas por usuario a la vez. Si agotabas las ocho, Cuervo no te respondería hasta pasadas cuarenta y ocho horas. Era solo un intento de complicarlo un poco. —El señor Griswold se aclaró la garganta—. Bueno, ha llegado el momento de lo divertido: vuestros premios.

El señor Griswold explicó que el manuscrito original de Poe se prestaría a la colección de una universidad, donde se mostraría en una exposición y podrían estudiarlo los expertos. Por su parte, Bayside Press publicaría un ejemplar de la obra póstuma de Poe. Emily, James y Matthew se repartirían el diez por ciento de los derechos de autor que generaran las ventas del libro, y ese dinero se depositaría en un fondo para becas de las que disfrutarían los tres. Además, les iban a regalar a cada uno un portátil y estaban invitados a ser miembros fundadores de la junta asesora para adolescentes de la página web de los Buscadores de Libros.

—Tengo otro detalle de agradecimiento en mente, pero por ahora me gustaría

mantenerlo en secreto —añadió el señor Griswold.

—¿Sabe?, hay alguien más que nos ayudó —intervino Emily con cierta timidez. No estaba segura de cómo reaccionaría el señor Griswold ante aquello, pero se sentía obligada a sacar el tema de todas formas—. Creo que es un viejo amigo suyo. Se llama Hollister.

La comisura de los labios del señor Griswold se movió nerviosamente mientras una emoción indescifrable le recorría el rostro un breve momento.

—Ah, Hollister —dijo en voz baja el señor Griswold—. Me temo que hace siglos que no hablamos.

—Bueno, nunca es demasiado tarde para contactar con alguien. En realidad, eso fue lo que me dijo.

El señor Griswold sonrió.

—¿Ah, sí? Es un buen consejo. La verdad es que es muy buen consejo.



## Capítulo 42

Emily estaba tumbada en su cama, terminando el libro que James le había prestado, titulado *El maquinador de rimas*. Tenían planeado esconderlo en el Pier 39 aquella noche, cuando fueran con su familia al desfile de barcos iluminados.

Alguien llamó a la puerta de su casa y su padre acudió a abrir, dejando entrar el sonido del álbum de Flush que Matthew había estado obligando a oír a la familia una y otra vez desde Acción de Gracias.

—Te han traído un paquete —le dijo su padre levantando una caja de cartón de tamaño mediano que sostenía en una mano.

Emily se puso en pie de un salto y la cogió. El logo de Bayside Press estaba impreso en la parte superior.

—¡Ya han llegado! —gritó.

El señor Griswold les había dicho que les enviaría unos ejemplares anticipados de la nueva novela de Poe. El último premio para ella, James y Matthew se encontraba en el interior del libro.

—¡Tengo que contárselo a James!

Dejó la caja y corrió hacia la ventana. Una colorida sarta de bombillas de Navidad colgaba alrededor de su ventana, reflejándose en el cristal salpicado de lluvia. Moviéndose del alféizar al suelo las astas, *El escarabajo de oro* y la caja con forma de cuervo antes de abrir la ventana y alargar la mano hacia la cuerda de la polea, que ahora estaba resbaladiza por la lluvia.

Su padre soltó una risita y se marchó cerrando la puerta tras él. En cuanto tuvo el cubo enfrente, Emily cogió la libreta y escribió un mensaje:

IREN GGZUEOF GFÑ GCLWFÑ! ISZN!  
(¡Han llegado los libros! ¡Ven!)

Los siguientes quince minutos fueron los minutos más largos mientras esperaba que bajase James. Terminó *El maquinador de rimas* y luego caminó de un lado a otro de la habitación hasta que su amigo asomó la cabeza.

—¡Por fin!

Emily aplaudió.

James sostenía una bolsa de papel fino con un logo para el pan de masa fermentada.

—He pensado en un buen librodifraz —dijo—. La pista podría ser algo de un pan perdido o sobre un libro que quiere ser comestible. —Chasqueó los dedos. Se le había ocurrido una idea—. ¡Nos inventaremos la pista usando una poesía modificada, como hace el personaje de *El maquinador de rimas*!

Emily sonrió.

—Sí, sí, sí. Brillante. Pero antes... ¡Mira!

Arrastró la punta de un bolígrafo por la cinta adhesiva que cerraba la caja de Bayside Press. Al abrirla, vieron los libros en edición de bolsillo de *Los asesinatos de la catedral*: una novela póstuma de Edgar Allan Poe. No era la edición definitiva, pero Jack les había dicho que los ejemplares anticipados serían como el ensayo general antes de la representación oficial.

Emily sacó un ejemplar y lo apretó entre sus manos, respirando el olor del papel. Lo hojeó, preguntándose si el último premio sería otro acertijo oculto. Pero no era el caso. Se trataba de una mención especial en la introducción del libro:

*Un día de otoño Emily Crane y James Lee, dos estudiantes de San Francisco, encontraron lo que creyeron que era un inofensivo ejemplar de un libro de Edgar Allan Poe abandonado en una parada del BART. Lo que no sabían era que este libro, una reimpresión del relato corto de Poe El escarabajo de oro, los llevaría a una alocada búsqueda del tesoro por San Francisco, que culminaría en el descubrimiento del manuscrito de la mismísima novela que ahora tienes en las manos.*

La introducción continuaba contando la historia de los planes que el señor Griswold tenía sobre aquel juego y cómo Emily y James resolvieron todas las pistas.

—No me lo puedo creer. ¡Estamos en un libro! —exclamó Emily.

—¡Somos cazadores de libros famosos! —aulló James.

Pasaron unos cuantos minutos en silencio, mirando sus ejemplares del nuevo libro de Poe, hasta que Matthew asomó la cabeza por la puerta. Se había rapado la cresta torcida para dejarse el pelo corto e incipiente por todas partes salvo en el flequillo,

que llevaba largo.

—¿Ha dicho papá que los libros han llegado?

Emily le pasó uno a su hermano.

—Página cinco —dijo.

Después de echarle un vistazo a la introducción, Matthew exclamó:

—¡Aquí no pone nada de mis impresionantes movimiento de kung fu para detener al señor Remora!

—Eso es porque solo sucedió en tus sueños —contestó Emily.

—Ah, vale.

Matthew movió el flequillo con un gesto de la cabeza para apartárselo de los ojos y sonrió.

—Pero por supuesto sí te mencionan por la pista de *El halcón maltés* y en la plaza Portsmouth.

Matthew señaló la bolsa de pan que había en el suelo.

—¿Para qué es el pan? —preguntó.

James metió dentro *El maquinador de rimas*.

—Es un librodifraz.

Matthew hizo una mueca y negó con la cabeza.

—No, no, no. Si vas a disfrazar un libro de barra de pan, tiene que ser más convincente que eso. Esperad.

Matthew abandonó la habitación y James miró por uno y otro lado el libro envuelto.

—Supongo que parece simplemente un libro dentro de una bolsa de papel.

Cuando Matthew regresó, llevaba un rollo de papel higiénico y hojas de periódico. Arrugó una página del periódico con una mano e hizo un gesto para que le pasaran el libro.

—Ponéis el papel encima para añadir volumen, como si fuera pan de masa fermentada. Luego —añadió pasándoles el rollo de papel higiénico— lo momificáis para que todo quede en su sitio.

James envolvió el libro con papel de váter mientras Matthew lo sostenía junto con el papel hecho una bola. Emily abrió la bolsa del pan para comprobar el tamaño.

—Aplástalo un poco más para que entre —dijo.

Emily sonrió al ver cómo las cabezas de su hermano y James se inclinaban juntas por la concentración. Cuando terminaron de llenar la bolsa de pan, Emily levantó el libro oculto y le dio unas vueltas para verlo por todos los ángulos.

—Ahora sí que es un librodifraz —afirmó Matthew.

Desde el vestíbulo oyeron que la madre de Emily los llamaba:

—¡Hora de marcharse, vamos!

—Vamos a esconderlo —dijo con entusiasmo James—. ¿Estás lista, Em?

—Estoy lista.

Y lo estaba. Estaba lista para comenzar la siguiente aventura.



## Nota de la autora

Aunque esta historia es totalmente ficticia, hay muchos fragmentos basados en hechos reales. Aquí tenéis un poco de información.

### RUFUS GRISWOLD

Rufus Wilmot Griswold es una figura histórica de verdad y contemporáneo de Edgar Allan Poe. Aparte de su relación con Poe, Griswold es famoso por publicar la antología *Los poetas y la poesía de América* en 1842. La animadversión entre Poe y Griswold tal vez empezase en serio cuando Poe escribió una reseña de esta antología donde criticaba la selección de poetas (aunque aparecieran los poemas del propio Poe). Para complicar aún más la situación, en realidad fue el mismísimo Griswold el que pagó a Poe para que escribiera la reseña, pues presuntamente esperaba que este dijera algo favorable. El asunto fue de mal en peor a partir de entonces entre los dos hombres hasta que Poe murió de forma imprevista (y misteriosa) en 1849. Griswold publicó la infame necrológica que citaron Emily y James: «Edgar Allan Poe ha muerto. Murió en Baltimore anteayer. Este anuncio sobresaltará a muchos, pero pocos serán los apenados». Griswold firmó como «Ludwig» en vez de poner su propio nombre, tal vez por miedo a la reacción del público, pero su identidad no tardó en descubrirse.

Parece increíble que alguien que escribiera un obituario con tanta malicia hacia Poe pudiera también ser nombrado albacea literario de sus obras, pero eso fue lo que sucedió de verdad. Algunas fuentes dicen que Poe lo nombró su albacea literario antes de morir, pero otros sugieren que Griswold consiguió aquella posición tras la muerte de Poe por unos arreglos que hizo con la suegra del fallecido. Griswold iba a publicar una antología póstuma que incluía una biografía de Poe difamatoria y en parte inventada. Griswold adornó los escritos y las cartas de Poe para describirlo como un alcohólico egoísta, mentalmente inestable, adicto a las drogas y propenso a los celos amargos. Aunque seguidores y amigos de Poe protestaron ante aquella biografía, continuó siendo la fuente principal de consulta sobre Poe durante veinticinco años. Hoy en día, la caracterización que hizo Griswold de Poe a menudo prevalece, aunque algunos biógrafos, como Arthur Hobson Quinn en su obra de 1941 *Edgar Allan Poe: Una biografía crítica*, han documentado las invenciones maliciosas de Griswold.

En el momento de su muerte, Poe dejó un relato inacabado sobre un farero, pero hasta donde yo sé, no existe ningún manuscrito sin publicar tan largo como una novela. Encontrar una novela inédita sería especialmente raro, puesto que Poe es

conocido principalmente por sus historias cortas y poemas, y publicó solo una novela. Si se descubriera algo así hoy en día, valdría una considerable cantidad de dinero. Una primera edición de la primera obra publicada de Poe, *Tamerlán y otros poemas*—considerado por muchos el libro más raro de la literatura norteamericana, del que existen tan solo doce ejemplares conocidos— se vendió recientemente por más de seiscientos mil dólares.

## EL ESCARABAJO DE ORO

Lo que Cuervo dice acerca de *El escarabajo de oro* es cierto: es un relato corto publicado en 1843, popular en su día, que llamó la atención sobre los criptogramas y la escritura secreta. No es una de las obras más conocidas en la actualidad, tal vez porque no encaja en el estilo de terror gótico que los lectores suelen relacionar con él. En *El escarabajo de oro*, el protagonista descubre e intenta resolver un criptograma que espera que lo lleve hasta un tesoro enterrado.

A Poe se le atribuye el origen del género detectivesco con su personaje Chevalier C. Auguste Dupin, que apareció en tres relatos: *Los crímenes de la calle Morgue*, *El misterio de Marie Roget* y *La carta robada*. Algunos clasifican *El escarabajo de oro* como una de las historias de detectives de Poe, porque el narrador y el protagonista trabajan como detectives para resolver el misterio del escarabajo de oro y descifrar un mensaje en clave. Pero se supone que una historia de detectives auténtica debe presentar todas las pistas a los lectores, de modo que ellos mismos puedan intentar resolver el misterio junto al detective, y *El escarabajo de oro* oculta información hasta el final.

## EL DESAFÍO DE LOS MENSAJES CIFRADOS

Poe era aficionado a los cifrados y la criptografía. No solo incorporó un mensaje cifrado en *El escarabajo de oro*, sino que también escribió ensayos sobre el tema. Mientras escribía para el *Alexander's Weekly Messenger*, invitó a los lectores a que enviaran criptogramas para que él los resolviera. Recibió numerosas entregas y aseguró haberlos resuelto él solo. Eso fue lo que inspiró el desafío de mensajes cifrados del señor Quisling en *Los buscadores de libros*.

## MASQUERADE

*Masquerade* es un libro ilustrado, obra de Kit Williams, un artista inglés, que colaboró con su editor para lanzar una búsqueda del tesoro en la que las pistas estaban ocultas en las ilustraciones del libro, que finalmente llevaban a un tesoro enterrado. *Masquerade* se publicó en 1979 y supuso un fenómeno que tuvo a

millones de personas buscando un tesoro —un medallón con una liebre dorada en una cadena que Williams hizo él mismo— hasta que se encontró en 1982. *Masquerade* inició un género literario llamado «búsquedas del tesoro de salón». *La búsqueda de la liebre dorada*, de Bamber Gascoigne, es una excelente narración de lo sucedido tanto antes como después de que se publicara *Masquerade*.

## EL JUEGO DE LOS BUSCADORES DE LIBROS

El juego de buscar libros es un producto de mi imaginación, pero la idea salió como otras muchas: al mezclar varias fuentes de inspiración. La primera es una página web llamada Book Crossing ([bookcrossing.com](http://bookcrossing.com)). Book Crossing ofrece una manera maravillosa para los lectores de compartir libros usados al «soltarlos» en la naturaleza. Se puede etiquetar y seguir el recorrido de los libros *online* para ver adónde van. Me encanta la idea de liberar un libro preferido para que tenga nuevas aventuras y conecte con nuevos lectores. Oí hablar por primera vez de Book Crossing en 2003, más o menos en la misma época que oí hablar de otros dos pasatiempos populares: Geocaching y Letterboxing. Geocaching es una búsqueda del tesoro mundial, al aire libre, en la que la gente utiliza un dispositivo GPS para encontrar pequeños recipientes. Cada recipiente contiene un registro y baratas. Letterboxing es similar al Geocaching, pero las cajas escondidas contienen un sello de goma único. Los participantes llevan un cuaderno de bocetos, una almohadilla de tinta y su propio sello de goma. Cuando se encuentra una caja, el participante intercambia los sellos, marca su cuaderno con el de la caja y pone su sello individual en el registro.

*Los Buscadores de Libros* comenzó con la imagen de unos niños que encontraban un libro en una parada del BART que los llevaba a un misterio. ¿Qué libro encontraban? ¿Cuál era el misterio? Me imaginé una historia del estilo de algunos de mis libros y películas preferidos cuando era pequeña: *Los Goonies*, *El mundo está loco, loco, loco*, *El juego de Westing* de Elton Raskin, *From the Mixed-Up Files of Mrs. Basil E. Frankweiler* de E. L. Konigsburg o *El juego de Egipto* de Zilpha Keatley Snyder.

Me encantan los acertijos y los mensajes cifrados, así que decidí que debía haber uno oculto en este libro misterioso que habían encontrado. Para ayudarme a buscar ideas sobre lo que podría ser o significar el mensaje secreto, consulté diferentes libros, en particular *Mensajes misteriosos* de Gary Blackwood, *El criptógrafo* de Stephen Pincock y *El libro de los códigos: cómo comprender el mundo de los mensajes ocultos*, editado por Paul Lunde (puede que reconozcáis estos títulos de la investigación de James para el desafío de los mensajes cifrados). Al leer más sobre la historia de los cifrados, averigüé que Edgar Allan Poe era un ferviente admirador de ellos. Este fue el origen de la historia.

Aparte de las referencias históricas, la mayoría de las ubicaciones en San

Francisco, las cifras y su significado histórico no son inventadas. El Ferry Building, el Pier 39, la librería City Lights, El Gato Negro original, la calle Lombard, la explanada para conciertos en el parque Golden Gate, la residencia de Dashiell Hammett, la sala Fillmore, la plaza Portsmouth... todos son lugares que existen. El primer Gato Negro al que van Emily y James estaba basado en un restaurante de verdad, pero ese local cerró mientras escribía este libro. Hasta el parque secreto al que van Emily y James está basado en un lugar real por el que solía pasar de camino al trabajo y cuando volvía a casa, aunque desde entonces he intentado sin éxito encontrar ese parque después de mudarme lejos de San Francisco. Tal vez sea la magia de la ciudad en juego: Solo te revelará sus secretos cuando formes parte de ella.

Hay otros pequeños detalles que son alusiones a algo fuera de la historia. Me divertí poniéndolos y puede que disfrutes localizándolos y deduciendo su significado.

## Agradecimientos

*Los Buscadores de Libros* es la realización de un sueño que tenía desde la infancia y le debo mi gratitud a mucha gente. En particular, este libro no existiría sin las siguientes personas:

Mi agente, Ammi-Joan Paquette. Gracias por tu perspicacia, tu inagotable entusiasmo y tu amistad.

Christy Ottaviano, estoy encantada de poder decir que eres mi editora. Gracias por creer en mí y apostar por mi trabajo. Eres magnífica en lo que haces.

Gracias a todos los de Henry Holt por llevar mi libro al mundo con tanto cuidado y entusiasmo. Agradecimientos especiales a la editora de producción, Christine Ma, y a Sara Watts por sus fabulosas ilustraciones.

A los siguientes escritores que leyeron y criticaron *Los Buscadores de Libros*, lo bueno, lo malo y todas las etapas de en medio, os estoy muy agradecida por vuestros comentarios: Vanessa Appleby, Michelle Begley, Ann Braden, Maryanne Fantalis, Mike Hassell, Megan Kelly, Audrey Laferlita, Shari Maser, Jeannie Mobley, Laura Perdew, Rachel Rodríguez, Katherine Rothschild, Jennifer Simms, Kiersten Stevenson y Elaine Vickers.

Gracias a Cheryl Klein: sin tu apoyo al principio habría dejado esta historia hace mucho tiempo.

Mi agradecimiento a los siguientes profesores y administradores que compartieron su tiempo y experiencia conmigo: David Green-Leibovitz, April Holland y Emily Peek. Gracias también a Gabrielle Dean, conservadora de las rarezas literarias y manuscritos en las bibliotecas Johns Hopkins Sheridan, que amablemente respondió a mis preguntas sobre Poe y manuscritos raros. Y a Kimberly Ng, Rachel Rodríguez, Katherine Rothschild y Laura Young-Cennamo, gracias por dejar que os consultara sobre la vida en San Francisco cuando no pude estar allí en persona.

También le estoy agradecida a los siguientes amigos y miembros de mi familia que leyeron los primeros borradores: Justin Bertman, Cade Chambliss, Diane Chambliss, Jeff Chambliss, Kayla Chambliss, Laura Chambliss y Sammie Peng. Vuestros ánimos y entusiasmo por la historia me ayudaron a seguir adelante.

Sería un descuido no mencionar a los siguientes profesores cuyas palabras y acciones influyeron sin duda en la persona y escritora en la que me he convertido: la señora Peterson, la señora Buckey y la señora Adams —mis profesoras de primero, segundo, tercero y cuarto—, que ayudaron a alimentar mi amor por la lectura y la escritura; Andrew Althschul, que impartió mi primera clase de escritura creativa en la UC Irvine. Al asistir a su clase, recordé lo mucho que disfrutaba escribiendo e inventando historias. Michelle Latiolais, me habría apuntado a todas sus clases de la UC Irvine si hubiera sido posible, y me ayudó a creer que no era ridículo imaginar mi

nombre en la portada de un libro o mi firma en un relato. Lou Berney y John Fleming, mis mentores en Saint Mary's: gracias por mirar más allá de mi tímido exterior del modo más amable posible y por ayudarme a destapar a la peculiar escritora de mi interior.

Mi escritura también se ha beneficiado enormemente de las conferencias, clases y recursos ofrecidos por las siguientes organizaciones: Book Passage Children's Writers and Illustrators Conference, SCBWI, Better Books Marin Workshop, y el Lighthouse Writers Workshop en Denver.

Escribir es un acto solitario que a veces te aísla, y escribir y reescribir una novela durante una década me habría vuelto loca sin entablar un vínculo con la comunidad de literatura juvenil. Gracias a SCBWI, Verla Kay y los miembros de los Blueboards, Erin Murphy y la comunidad que ha promovido a través de su agencia, las Fearless Fifteeners, y EMU's Debuts por sus ofertas para escritores, por aunar esfuerzos, su apoyo y ánimos, ofrecer consuelo, reconciliar y ayudar a crecer.

En la categoría de «Gracias por mantenerme cuerda» están los amigos que han estado ahí para lo bueno y lo malo, sobre todo Michelle Comstock, Lisa Evans, Valerie Kovacovich, Michelle Mason, Sammie Peng, Jennifer Quong, Katherine Rothschild y Laura Young-Cennamo.

Por último, estoy infinitamente agradecida a mi familia. A mis padres, Tom y Diane Chambliss, que son mis amigos, mis modelos a seguir, mis animadores: gracias por todas las formas en las que me habéis apoyado y alentado durante estos años. Jeff y Laura, sois los mejores hermano y cuñada que una persona pueda desear. Vuestro apoyo y ánimos siempre me han llegado alto y claro. Cade y Kayla, es un honor y una alegría ser vuestra tía. Sois parte de la inspiración que hay tras los personajes, y espero que este libro os haga sentir orgullosas. A mis suegros, Roger y Julie Bertman: agradezco enormemente vuestra generosidad y consideración. A mi hijo Nils: cada día me inspiras a hacerlo mejor y ser mejor. El mundo es más feliz con tu presencia. Y, finalmente, a mi marido y mejor amigo, Justin. Has apoyado mis sueños de incontables maneras. Esto no merecería tanto la pena sin ti a mi lado. Os quiero a todos.



Jennifer Chambliss Bertman nació en San Francisco y estudió Escritura Creativa y Danza en la Universidad de California.

Le gusta escribir historias con un poco de misterio, una pizca de humor y grandes dosis de diversión.

*Los buscadores de libros* es su primera novela y ha sido un bestseller destacado en *The New York Times*, *Publishers Weekly* y Amazon, entre otros.